VIDA

Y HECHOS

A.T.J
1906

A.T.V
1906

M. 5895
R. 2091

A.T.V.
1906

OBRA SOCIAL
Caja de Ahorros de Vitoria

VIDA Y HECHOS

DE

DON TOMAS DE ZUMALACARREGUI.

Esta obra es propiedad de la empresa de La Esperanza, *quien perseguirá ante la ley al que la reimprima.*

Ch. Vogt lith.

Imp. Lith. Portmann.

Tomas Zumalacarregui

VIDA Y HECHOS

DE

DON TOMAS DE ZUMALACARREGUI,

Nombrado por el señor don Cárlos María Isidro de Borbon, capitan general del ejército realista, duque de la Victoria y conde de Zumalacárregui.

ESCRITA

POR EL GENERAL DEL MISMO EJÉRCITO

D. J. ANTONIO ZARATIEGUI.

.....semperque inferior copiis, superior omnibus prodiis discedent: quod nunquam nostrum moderaret, aliis cum adversariis locorum angustiis claudi-ret, quod perito regionum, callideque sagittanti saepe accedebat.....

Curt. Nip. in vita Datam.

MADRID 1845:

Imprenta de D. José de Rebolledo y Compañía.

Calle del Fomento núm. 15.

DON TOMAS DE ARIZA Y CERRETI.

Novelizada por el señor don Carlos Rubio Soldevilla, capitan graduado del ejército español de la Victoria y cronista de Nuevalcarreti.

POR D. GERARDO DEL ARROYO MARTIGUI.

DISCURSO PRELIMINAR.

Al dar á luz la vida y hechos *de* ZUMALACÁRREGUI, *nos parece que vamos á cambiar en algun modo el concepto que acerca de la persona y mérito de este general tienen formado hoy dia algunos españoles y muchos extranjeros, que no habiéndole conocido sino por el eco de la fama, faltos de detalles ignoran lo que realmente fue y el valor de lo que hizo. Despues que el público haya visto nuestro trabajo (nos preguntaremos á nosotros mismos) ¿se acrecentará ó disminuirá la reputacion que actualmente goza en Europa* Zumalacárregui? *Esto es precisamente lo que nos es muy difícil adivinar, por cuanto los hombres difieren bastante en el juicio de las cosas. Sin embargo, son de tal importancia las noticias que intentamos publicar, que desde luego nos lisonjeamos de que el fallo será en favor del* héroe carlista, *tanto porque su reputacion quedará sentada sobre una base robusta, cuanto porque á los escritores que tomen á su cargo el delicado trabajo de trasmitir á las generaciones futuras los acontecimientos de nuestra desgraciada guerra civil, les facilitamos una guia segura para tratar con la debida exactitud lo que tenga relacion con la materia.*

Honrados con la amistad de Zumalacárregui, *depositarios de su entera confianza, testigos oculares de todos sus actos, tanto públicos como privados, durante*

el tiempo de la guerra que ha dado orígen á su grande celebridad, nos creemos autorizados para decir que ninguno puede estar mejor enterado de los hechos de su vida que nosotros. Quizá aquellos que no nos conozcan considerarán nuestro testimonio como la expresion de un ánimo apasionado; mas no por eso debemos retraernos de ofrecer este pequeño tributo á la preclara memoria del hombre que todos admiran y que nos distinguió con particular predileccion. Otro motivo nos excita tambien á dar á luz la vida de Zumalacárregui; *cual es el justo deseo de satisfacer á tantas preguntas como de continuo se nos hacen acerca de su persona y carácter.*

Los oficiales aplicados que desde el año de 1815 *acá han pasado su vida (gracias á la paz que ha reinado en casi toda Europa) devorando volúmenes sobre el arte militar, se maravillarán tal vez al llegar al fin del libro que les presentamos, de no hallar en las operaciones de* Zumalacárregui, *á pesar de la celebridad que como general goza, ninguna de aquellas reglas que dan á conocer la existencia de un plan concertado de antemano; pero acaso cesará su estrañeza luego que sepan que esto procedia de que no le era dado obrar sino conforme se lo permitian sus medios y situacion. Solo algunos momentos bastarán para hacerles comprender los motivos verdaderos de semejante conducta.*

Al comenzar el año de 1835, *habiendo manifestado don Cárlos á* Zumalacárregui *las grandes ventajas que obtendria su causa desde el momento que sus armas pudiesen avanzar hasta Burgos, oido su parecer, le mandó presentar un plan ó memoria con expresion de aquello que consideraba indispensable para conducir el ejér-*

cito á la empresa indicada. Zumalacárregui, *á penas se retiró de la presencia de dicho señor, comenzó á echar sus cálculos, escribió en seguida su memoria, y pocos dias despues la puso en sus manos. Obsérvese bien que todo lo que pedia en ella para ejecutar ó llevar á cabo lo que tanto se apetecia y se encomiaba, estaba reducido á* cuatrocientos mil *cartuchos de fusil, y á* cien mil *duros en metálico; debiendo destinarse esta última cantidad á satisfácer por espacio de dos meses el sueldo de las tropas, sin que fuese necesario gravar para ello á los pueblos. Los que conozcan la importancia de estas dos sumas, y sepan algo de los gastos que cuesta la menor operacion de la guerra, las tendrán seguramente por muy moderadas. Sin embargo,* Zumalacárregui *servia á un personaje mas rico de virtudes que de dinero, por cuya causa la memoria fue un trabajo inútil y sin resultados, como lo fueron siempre igualmente todos cuantos proyectos se formaban si requerian para su ejecucion algun dispendio.*

El general de un ejército, como el arquitecto, pide segun la magnitud de la obra que se le encarga; pero cuando por entero faltan los recursos, su plan es dictado por las circunstancias; y el gefe militar que ante todo tiene que buscar el pan diario para sus tropas, no es á la verdad muy libre para acordar lo que hará mañana. No obstante, Zumalacárregui *tenia su plan particular y miras fijas de las cuales muy rara vez se apartó; mas este plan solo estaba escrito en su mente y nada lo ha acreditado tanto como sus mismos progresos.*

Los que lean la vida y hechos de Zumalacárregui, *sin parar la consideracion en los recursos que tuvo este*

general para reunir, disciplinar y sostener su ejercito en medio de un estado tan precario, contra todos los esfuerzos de un enemigo sumamente activo y poderoso, acaso despues de leer los detalles que les presentamos, le tendrán en menos de lo que le han tenido hasta el dia; mas los que le juzguen con imparcialidad, no solo se mantendrán en la opinion que antes tuvieron, sino que aumentarán su admiracion.

Las miras principales de este gefe fueron fomentar por todos los medios las fuerzas de su mando, sin preferir por eso el número á la solidez y consistencia, y no emprender nunca operacion que no le ofreciese alguna ventaja. La avidez que en él se notaba de conservar aquello que habia adquirido, procedia de las grandes dificultades que tuvo que vencer para llegar al estado en que se hallaba, y de que ageno de ilusiones no veia, como tantos otros, muy seguros los medios de reparar los males que un revés podria ocasionarle.

La historia por imparcial que sea nunca juzgará bien á Zumalacárregui, *pues habiéndole faltado los recursos no pudo dar á conocer la extension de sus talentos militares. Si por solo haber acaudillado seis, ocho, ó á lo mas doce batallones, cuatro escuadrones y un viejo cañon (que solamente la necesidad pudo obligar á servirse de él), no se le quiere conceder una plaza entre los mas grandes capitanes, es muy justo que al menos se le conceda un lugar entre aquella especie de héroes que por medio de las mas sencillas armas, como Hércules con una maza, David con una honda y Sanson con una quijada, humillaron la arrogancia de sus enemigos.*

INTRODUCCION.

LA Navarra, que por sí sola formaba en otro tiempo un reino, hoy dia no es mas que una provincia de la España. Situada al norte de la Península, está separada de la Francia por la barrera natural de los montes Pirineos, y confina además con Guipúzcoa, Alava, Castilla la Vieja y Aragon. En el siglo XV los límites de Navarra eran de mayor extension; pero desde que don Fernando el Católico incorporó este estado á su vasta monarquía, la porcion que habia allende de los Pirineos la tomó la Francia. Actualmente el territorio navarro que pertenece á la España tiene unas veinte y seis leguas de longitud, veinte y dos cuando mas de latitud, y cerca de cuatrocientas cincuenta de superficie. Además de la grande cadena de los montes Pirineos, encierra la Navarra en su seno otros varios aunque de inferior magnitud, á los que dan los naturales el nom-

bre de sierras: estas que pueden considerarse como estribos ó ramales de aquellos, se hallan cortadas de trecho en trecho, ya por profundos derrumbaderos, ya por el curso de los torrentes; formándose con frecuencia laberintos (pues tal es el nombre que se les puede dar), de los que el pasajero que no los conoce bien sale con dificultad. Las sierras mas considerables de la Navarra son las de Urbasa y Andía, situadas en medio de los valles de Amézcoa, Yerri, Guesalaz, Goñi, Araquil, Borunda y la provincia de Alava. Otra es la de Aralár, entre los caminos reales que se dividen en Irúrzun, viniendo de Pamplona, y conducen á Vitoria y Tolosa. Sobre la elevada cima de esta última sierra ó monte de Aralár, está situado el santuario de san Miguel-Excelsis. Despues de las tres que citamos hay otras sierras de un segundo órden, como son las de Ujue, el Perdon y Codés; y un número considerable de menor elevacion. En medio de tantas alturas, crestas y cordilleras como allí se elevan, se ven erguir sus cabezas como otros tantos gigantes á la Higa de Monreal, cerca de Pamplona; á la Peña-Roya, junto á la Amézcoa baja; á la Artesa y al San-Donato, en los extremos de la sierra Andía; y al Montejurra y Monjardin, en la vecindad de Estella. El sitio renombrado de las Dos-

Hermanas consiste en dos enormes peñascos que se alzan perpendicularmente á uno y otro lado del camino real de Pamplona á Tolosa. Las montañas ocupan las tres quintas partes de la Navarra, por lo que no puede maniobrar la caballería sino en pequeños destacamentos. En el mismo caso se encuentra Guipúzcoa y Vizcaya; únicamente Alava tiene un buen trozo de llanura en torno de Vitoria.

Pero volviendo á Navarra, cuya descripcion tratamos de hacer mas particularmente, decimos: que de la infinidad de torrentes y riachuelos que descienden de sus montañas, se forman inmediatamente tres rios principales, Ega, Arga y Aragon. Trae el Ega su orígen de los montes vecinos á Maestu, y los otros dos de los Pirineos. Estos tres rios cuando á penas han podido fertilizar algunas hermosas y feraces llanuras, poco extensas á la verdad, se encuentran con el Ebro, á quien pagan el comun tributo. Este príncipe entre los rios de la Península pone por espacio de algunas leguas límites con su curso al territorio navarro, al que atraviesa despues por uno de sus mas fértiles trozos.

El antiquísimo reino de Navarra, formado á poco de la irrupcion de los sarracenos en España, se sostuvo por espacio de mas de siete

siglos independiente. El P. Moret ha escrito con toda extension la historia de esta antigua monarquía.

Cuando la Navarra se unió á los demas estados de la corona de Castilla, fue bajo ciertos pactos acordados entre el rey don Fernando el Católico, mediante poder que para ello dió hallándose en Logroño á don Diego Fernandez de Córdoba alcaide de los Donceles, y los tres estados de aquel reino. Todos los soberanos de España sucesores de tan insigne monarca los han jurado y observado hasta don Fernando VII inclusive con mas ó menos religiosidad, y si acaso alguna vez lo dejaron de hacer, luego que los tres estados juntos en Córtes presentaron sus agravios, les fue hecha justicia.

Un error bastante comun ha inducido á creer que los navarros tomaron las armas á la muerte de don Fernando VII no mas que por defender sus *Fueros*. Si no hubiesen estado entonces en posesion de ellos, podria eso tener alguna verosimilitud, pero hasta aquella época lejos de haber manifestado el Gobierno la intencion de abolirlos, prometió conservárselos en toda su integridad. Es la constitucion española de 1812, restablecida en 1836, la que ha anulado la de Navarra, porque realmente no son otra cosa los que se llaman *Fue-*

ros. (a) La guerra comenzada en este país en 1833 no tuvo otro objeto que la defensa de los derechos del entonces infante don Cárlos María Isidro á la corona de España, y si lo que se verá en el curso de esta historia no bastase á probarlo, nosotros como testigos de vista de cuanto ha pasado en Navarra durante toda la lucha, *protestamos* contra los que sostuvieren lo contrario.

La Navarra está dividida en cinco distritos ó merindades, cuyas capitales son Pamplona (que lo es además de toda la provincia), Sangüesa, Estella, Olite y Tudela. Entre las cinco cuentan cerca de mil poblaciones, nueve de las cuales tienen el título de ciudades, sobre noventa el de villas, y el resto se compone de lugares y aldeas. De la agregacion de varios de estas dos últimas clases de pueblos se forma lo que se dice Valle. Nada mas regular que la composicion de los valles relativamente á la parte topográfica, pero no respecto á la poblacion que difiere bastante en el número. La naturaleza, con ser tan sumamente limitada la extension de Navarra, ha concedido á su suelo algunos trozos de grande fertilidad: el trigo, cebada, legumbres y maiz que produce es tan

(a) Véase el núm. 1 de los documentos justificativos.

abundante como en cualquiera otra parte de la Península. La cosecha que de todos estos granos se hace, excede en mucho á las necesidades del pais; de la del vino particularmente resulta á veces que en varios pueblos de la Ribera se ven precisados á tirar una porcion del añejo para colocar el nuevo por falta de vasijas donde recogerlo; y esto despues de haber empleado mucha parte del fruto en otras cosas. El aceite es comun en Navarra en ciertos parajes y en especial en las llanuras inmediatas al Ebro, donde tambien hay exquisitas frutas, casi de tantas especies como existen en Europa. Los ganados, que son en mucho número, sobre todo los de lana, merecen así por lo sustancioso y agradable de su carne, como por su rico vellon, una estimacion universal. En los rios hay abundante pesca. Finalmente, donde todas estas cosas faltan, como sucede en los lugares vecinos á las perpétuas nieves del Pirineo, la naturaleza lo compensa por medio de bosques extensos de maderas de construccion y minas de hierro.

El territorio navarro contiene doscientos sesenta mil habitantes, poco mas ó menos, los cuales á excepcion de una cuarta parte son labradores acostumbrados desde sus primeros años á la fatiga y trabajo de los campos. Con este constante ejercicio y el que por otra

parte hacen jugando á la pelota y tirando á la barra, sus miembros adquieren una gran soltura y agilidad. El navarro en general es de una constitucion fuerte, vigorosa, y aunque de mediana estatura, fornido y bien formado: es ademas fiel, valiente y bastante reservado, circunstancia que no deja de ser en cierto modo un contraste con su carácter habitualmente alegre: labrando sus campos en el rigor del invierno, como recogiendo sus mieses bajo la influencia del sol ardiente de la canícula, parece no encuentra mejor remedio para aliviar ú olvidar sus fatigas y las incomodidades que sufre, que el cantar los *aires* provinciales. En campaña siendo soldado, á menos que sus gefes no se lo prohiban, canta mejor el dia que se vé acosado de la sed y de la hambre, y aun en el momento mismo de entrar en combate, que en las otras circunstancias de la vida. Las pasiones favoritas del navarro del pueblo en su juventud son dos: la una, las músicas nocturnas que en el pais llaman rondas, y la otra, las meriendas ó comidas entre amigos. Los crímenes atroces á penas los conoce toda una generacion. El hurto, y en particular el suicidio, se ven en Navarra muy rara vez. No podemos decir lo mismo con respecto á las pendencias, que desgra-

ciadamente suelen ser frecuentes y no siempre se terminan sin efusion de sangre.

La riqueza entre los navarros está bastante repartida, lo que procura la ventaja de que los unos no dominen ni avasallen á los otros, como sucede en ciertos puntos de España. El número de los que por su extrema pobreza tienen que implorar la caridad pública, es muy reducido comparado con las que hay en las demas provincias; y esto consiste en lo fácil que es el proporcionarse lo necesario á la subsistencia en un pais, donde la agricultura forma el solo elemento de prosperidad. Ultimamente, el navarro en su juventud, ya sea por el influjo del clima ya por efecto de su educacion y costumbres, ama tanto la profesion de las armas durante la guerra, como la odia en tiempo de paz.

La capital Pamplona, poblacion de 18,000 almas, es plaza de guerra muy fuerte con una ciudadela modelada por la de Amberes. En esta capital, antes que la revolucion de 1836 extinguiese los fueros, existia un Consejo Real que juzgaba los negocios de justicia del pais definitivamente y sin apelacion, y gozaba de otras muchas preeminencias en beneficio de los naturales. Todos los pueblos de Navarra estaban gobernados por alcaldes ordinarios nombrados cada año por el Virey á propuesta de los

ayuntamientos. Los alcaldes dependian inmediatamente del Consejo Real, ante el cual respondian de todos sus actos.

Las córtes de Navarra compuestas de los tres estados ó brazos del reino, á saber: el eclesiástico, militar y el de universidades, ó sea el clero, nobleza y pueblo celebraron sus últimas sesiones en 1829. Al terminarlas dejaron nombrada, segun costumbre, una diputacion permanente que se reunia tambien en Pamplona en ciertas épocas del año. El objeto principal de la diputacion era velar la observancia de los *Fueros* y el cumplimiento de las últimas disposiciones de las córtes.

Las tres provincias vascongadas compañeras en la lucha de que vamos á hablar, se diferencian muy poco de la Navarra en cuanto á las costumbres; diremos mas, la exceden en bondad y sencillez: sin ser unos mismos, hay tambien grande semejanza en sus leyes ó *Fueros*. El territorio que ocupan las tres provincias es igual en extension al de Navarra: la Guipúzcoa, la mas vecina al Pirineo, tiene cerca de ciento veinte mil habitantes, y la Vizcaya pasados de ciento cuarenta mil. Estas dos provincias confinan con el mar cantábrico, en el cual poseen varios puertos: esto las resarce de las pocas producciones que en general les

dá su pais. La provincia de Alava, situada mas al interior, confina con la Castilla y la Navarra, y á pesar de ser su territorio en algunos parajes excelente, es la menos poblada de las tres, puesto que solo cuenta setenta mil habitantes. Los naturales de Vizcaya, de Guipúzcoa y de una considerable parte de Navarra hablan el idioma vascongado: la conservacion pura de este, despues de tantos y tan grandes sucesos como han ocurrido en el espacio de mas de veinte siglos en España, es el mejor monumento, á nuestro modo de ver, para probar al mundo el valor con que defendieron siempre su independencia los naturales de estas montañas.

VIDA Y HECHOS

DE

DON TOMAS DE ZUMALACARREGUI.

CAPITULO PRIMERO.

Origen del espíritu belicoso de la Navarra. — Estado político de la Nacion antes de principiar la última guerra. — El infante don Cárlos heredero presuntivo de la Corona. — Cuartas nupcias de Fernando VII. — Decreto revocando la ley de sucesion. — La infanta doña María Luisa Carlota. — Sentimientos del pueblo español. — Enfermedad de Fernando VII. — Creacion del partido cristino. — Su entrada en el poder. — Sus primeras providencias. — Disposicion hostil de varias provincias contra los nuevos gobernantes. — Fidelidad de don Cárlos hácia el rey su hermano. — Viaje del Infante á Portugal. — Protesta sobre sus derechos á la Corona. — Precauciones del partido cristino. — Muerte de Fernando VII. — Movimientos de algunas provincias en favor de don Cárlos. — Don Santos Ladron y don Manuel Lorenzo. — Combate de Los Arcos. — Ladron prisionero. — Origen de su prestigio. — Efectos que causa en Navarra su muerte. — Ocurrencias entre los gefes carlistas en Logroño. — Vuelta de don Francisco Iturralde á Navarra. — Crítica sobre la posicion de Logroño. — Sarsfield en Burgos. — Sus primeras operaciones. — Lorenzo se apodera de Logroño. — Fomento de los carlistas en Navarra. — Biografía de Iturralde. — Empleo de las fuerzas carlistas. — Daños que se originan de resultas de la falta de unidad de mando.

uando al comenzar el último siglo se vió pasar el cetro de la monarquía española á la dinastía de los Borbones, la Navarra y las tres provincias vascongadas que como vecinas de Francia estaban mas expuestas á los horrores y contingencias de la guerra con aquel reino, se lisonjearon con la esperanza de que no volve-

ria á aparecer semejante azote en su suelo. Fundada ya la paz sobre una base verdaderamente sólida, mediante el célebre tratado de Utrech, todavía vino despues el *Pacto de familia* á robustecerla. De este modo el período de sesenta á setenta años de tranquilidad que entonces gozó Navarra, dió sobrado tiempo para que tres generaciones se sucedieran sin que varon alguno tomase las armas, á menos que no se cuenten aquellos que su particular vocacion conducia á sentar plaza en los regimientos españoles. Era á sus *Fueros* ó leyes á lo que los naturales navarros y provincianos debian la prerogativa que los eximia de todo servicio militar, excepto en el caso que su frontera fuese amenazada por el extranjero, lo que ya no era de temer despues que una misma dinastía ocupaba los tronos de san Fernando y de san Luis.

Poblada la Navarra de numerosa y robustísima juventud, parte de ella surcaba el Océano para ir á probar fortuna á Méjico, ó al Perú, de donde los mas traían ó mandaban despues considerables riquezas, mientras los que quedaban en la madre patria las buscaban con tanto ó mayor afan en el comercio ó agricultura de su pais. En medio del estado de general prosperidad que en todo se veía, las diputaciones de estas felicísimas provincias concibieron y ejecutaron los mas útiles proyectos. Testimonio permanente de su celo son los caminos reales que en el dia se ven y que tanto encomian todos los inteligentes, por mas que entonces los desaprobase el célebre conde de Gages. Cuéntase que hallándose este por aquel tiempo de virey de Navarra, se oponía fuerte-

mente á la construccion de las calzadas, y que no habiéndola podido evitar, se lamentaba exclamando en el estilo de los antiguos profetas: " Para Francia ¡ oh españoles ! mas os valiera levantar murallas de bronce." Desconocida era todavía entonces á la humana inteligencia la terrible tormenta que conforme iba trascurriendo el siglo se venía avanzando sobre la Europa envuelta en la revolucion francesa; pero luego que esta se dejó ver claramente en las cumbres del Pirineo con el semblante ensangrentado, la espada y la tea en la mano, todos los ancianos de Navarra se acordaron de su antiguo virey.

Llegado que fué este tiempo, la España, aunque en decadencia, se resolvió á combatir la naciente república, y desde aquel dia desapareció la paz de las provincias confinantes con la Francia. Todos los navarros en masa corrieron presurosos á la lucha trocando la esteva y la azada por el fusil y la lanza. No bien empuñaron estas armas, para las cuales creian no haber nacido, sintieron latir en su corazon el genio de los combates. Ocupada entonces la imaginacion de muchos con la seductora idea de dominacion, de renombre y de gloria, comenzaban á preferir la vida llena de privaciones, de fatiga y de contínuo riesgo, á la tan venturosa que habian conocido, cuando el tratado de paz que hizo la España con la vigorosa República los obligó á restituirse á sus hogares.

Empero, mas adelante, creciendo su denuedo con los mismos halagos que la fortuna hacia á la ambicion del Corso, numerosos batallones se formaron y recorrieron con disimulado intento de un ex-

tremo á otro la Península, hasta que descubierta la perfidia convirtió en saña y furor su mansedumbre y nobleza. Obstinada lucha se trabó en el centro de la Monarquía; mas hallándose por entonces invadida la Navarra, y su única plaza fuerte ocupada por el francés y fronteriza al vasto imperio de su enemigo, se vió antes subyugada que advertida; pero con el marcial estrépito de las armas y llamamiento á la pelea, no pudo permanecer en la inaccion aquel genio belicoso que se dió á conocer durante la guerra contra la República. Entonces fué cuando impaciente por mezclarse en la comenzada lucha contra el invasor, una parte de su juventud abandonó el hogar paterno y corrió á alistarse en los regimientos españoles. La otra, compuesta de los mas indomables, se arriesgó á enarbolar el pendon de independencia nacional en medio de su pais, al tiempo mismo que este estaba convertido en un vasto campamento francés. El movimiento de estos últimos en particular, procediendo como procedia de natural impulso, era una operacion hecha sin exámen y ejecutada sin órden; por lo que obrando en el principio estos hombres, cada uno segun sus inclinaciones, acumularon sobre sus heróicos trabajos monstruosas imperfecciones, hasta que finalmente llegó un tiempo en que merecieron la atencion de la Europa siendo el orgullo de la patria que los habia visto nacer. A la verdad, los anales de la historia refieren pocos ejemplos que puedan compararse con la guerra que el limitadísimo estado de la Navarra sostuvo contra las huestes de Napoleon.

Todavía nosotros en la infancia, cuando nuestro

pais se esforzaba en sacudir el yugo extranjero, la memoria nos recuerda la profunda impresion que las hazañas de Mina y de sus capitanes hacian en los sencillos corazones de los de nuestra misma edad. Los efectos que causaron tales impresiones se conocieron la primera vez, cuando en el año de 1822 se alzó bandera en Navarra contra el sistema constitucional. Precisamente era este el tiempo en que aquellas debian dar su fruto, por cuanto los niños habian llegado á la virilidad, y es en vano buscar muchas veces orígen diferente para darlo á un acto que solo nace de la voluntad espontánea del hombre. De aquí el principal motivo de que sin pensar bastante en lo arriesgado de la empresa, en el peligro y en la justicia de la causa que iban á defender, acudian á la guerra como á su natural elemento. Fueron entonces los discípulos de la escuela de Mina, los caudillos y maestros de aquella nueva milicia; del mismo modo que los de esta deberian serlo un dia de la milicia venidera. Por semejante órden se ve que cuando una guerra se termina, deja ya sobre los mismos lugares el principal gérmen de la que debe sucederle.

No desconocian esto á la verdad los prudentes varones que se hallaban al frente de la diputacion de Navarra el año de 1830, en el momento que aparecieron en su frontera los Minas, Chapalangarras, Jáureguis y otros gefes de nombradía, con el objeto de atentar contra la pública tranquilidad. La prueba de su prevision la tenemos en que á pesar de las muchas tropas que acudieron á repelerlos, aplicaron el remedio mas saludable al humor belicoso de sus

naturales formando un cuerpo de mil hombres voluntarios que ofrecieron á la disposicion del Soberano. A penas se había hecho pública esta resolucion, cuando el número excedia á la oferta; pues los hijos de las familias mas nobles, de labradores acomodados y de gentes de conocido modo de vivir se apresuraban á alistarse. Afortunadamente para la España se conservó la paz sin necesidad de derramar nueva sangre de sus hijos; pero manejando estos hombres las armas por el espacio de dos años, que fueron los que existió el cuerpo que formaban, se familiarizaron con el uso de ellas y se penetraron de las ventajas de la instruccion y de la disciplina. Estas circunstancias iban á ser de una gran consecuencia en la contienda que ya se tenia como inevitable, y hácia la cual nos llevaba quizá con demasiada celeridad el estado de los asuntos políticos de la España.

El rey don Fernando VII habia enviudado en el año de 1829 de su tercera augusta esposa, sin que de ella ni de las dos precedentes le quedase sucesion. La nacion, atenta á todo, perdidas ya las esperanzas de lograr un sucesor masculino directo como fueron hasta entonces sus mas fervientes votos, se complacia en ver en la persona del infante don Cárlos María Isidro de Borbon, hermano mayor del soberano reinante, á su legítimo é inmediato heredero. La religiosidad y carácter de este príncipe eran fieles garantes de la futura felicidad de la Nacion, y como presagio de un gobierno justo, vigoroso é invariable.

Semejantes virtudes aun tenian entonces el pri-

mer lugar en los deseos de todos aquellos españoles, que no fundaban su fortuna sino en la continuacion del sistema que hizo dichosos á sus abuelos. Pero como en lo vasto de un estado es difícil que no haya algunas excepciones de mayor ó menor afeccion, nacida del interés particular ó de las doctrinas que están en boga, indicaremos las que nos parecen mas notables. En el clero de España, por ejemplo, habia muchos que deseaban con ahinco la exaltacion del Infante al trono, por cuanto esperaban que bajo los auspicios de un príncipe eminentemente religioso, recobrarian una parte de su pasada influencia á la sazon muy abatida. Tambien entre los militares realistas habia infinitos, que viéndose mal premiados, perseguidos los unos y despreciados los otros, suponian que cambiando de situacion hallarian una política mas favorable á sus miras y donde pudiesen hacer valer sus méritos y sacrificios pasados.

Aquello mismo que servia á formar las ilusiones y esperanzas de las dos grandes clases que citamos, contribuia á aumentar por otro lado los temores respecto á su suerte futura en los afectos al antiguo bando democrático ó constitucional, que solo veia en el advenimiento de don Cárlos al trono el principio mismo de su persecucion. El número de estos hombres no era ciertamente grande; pero entre ellos se hallaban algunos de consejo, de audacia y de accion; y en aquella época parecia natural pusiesen en juego todo su ingenio y poder para impedir aquello que tanto temian. Estos hombres, perseguidos desde el año de 1824, fueron luego tolerados, despues considerados y últimamente llamados á ocu-

par los destinos, de tal suerte que hasta el ejército se les confió. Temerosos de perder por una imprudencia el puesto ventajoso que ya ocupaban hácia el año de 1829, se condujeron con suma cautela conservando todavía la máscara que cubria sus antiguas ideas; y abandonando estas en la apariencia, se aplicaron únicamente á dar pábulo á los proyectos ambiciosos que abrigaba en su seno una de las princesas de la familia Real.

Cortesanos sin otra regla de conducta ni fé política que decir aquello que mas bien puede lisonjear por el momento á la persona á quien sirven, y altos funcionarios menos hábiles para conducir los importantes negocios del Estado, que los manejos de intriga necesarios á la conservacion de sus destinos, cooperaron sin reflexion á las miras de la ambiciosa Princesa y del partido innovador, inclinando el ánimo del Soberano á unas *cuartas nupcias.*

Y cuando por consecuencia de la consumacion de estas se vió el Rey próximo á ser padre, tuvieron mas fácilmente cabida las intrigas de las facciones contrarias al Infante: mucho mejor cuando la augusta esposa dió á luz una princesa, á la cual pusieron el nombre de Isabel. Entonces nada les faltaba ya para llegar á lo que con el matrimonio se habian propuesto. Porque, temerosos de que la sucesion fuese femenina y quedasen por esto defraudadas todas sus combinaciones y esperanzas, antes de llegar la época del alumbramiento de la Reina, incitaron al Monarca á que cambiase por un simple decreto la *Ley* sobre el órden de sucesion á la corona. Como el objeto de las facciones agresoras, antes se dirigia á

hacer que una corona próxima á pasar á las sienes de un hombre maduro y experimentado, recayese en las de una niña todavía en la cuna, que á patentizar la justicia del derecho, repararon muy poco en lo que hacian y menos en los males que con semejante innovacion iban á traer sobre la España, valiéndose de mil ardides para presentar como dudoso el del infante don Cárlos, mientras estudiaban el modo de sostener su obra por medio de la intriga y la fuerza.

La cuarta esposa de Fernando VII fué doña María Cristina de Borbon, hija del difunto augusto monarca de las Dos-Sicilias. Habitaba el real palacio de Madrid diez años antes de la llegada de esta princesa, su hermana doña María Luisa Carlota, esposa del señor infante don Francisco de Paula, hermano segundo del Rey. Esta señora, á la cual concedian (1) sus mayores adversarios algunos rasgos de verdadera princesa, pasaba desde el momento que vino doña María Cristina por la autora principal de todas las intrigas, contradicciones é injusticias que se cometieron despues contra el infante don Cárlos. Sin embargo, la masa del pueblo español, ignorante de cuanto pasaba en lo interior del Palacio, siempre dispuesta á disculpar las flaquezas de sus príncipes, atribuyó todo lo que entonces se hacia, únicamente á los manejos ocultos de los revolucionarios, y nada á las pasiones violentas de la infanta doña María Luisa Carlota, de las cuales solo aquellos eran los que

(1) Falleció en Febrero de 1841.

iban á sacar fruto: mas este mismo pueblo que veía crecer por momentos la osadía y poder de los revolucionarios, por no aparecer rebelde á la voluntad del que era su legítimo soberano, se resignó en silencio dejando en su mente aplazada para momento mas oportuno la contienda sobre la sucesion.

En el mes de setiembre de 1832, una enfermedad que ya padecia el Rey le puso á los bordes del sepulcro. Sus primeras disposiciones en este trance fueron dirigidas á restablecer el derecho del Infante á la sucesion del trono; pero apenas tuvo noticia la infanta doña Luisa Carlota de la novedad, voló desde Andalucía, donde á la sazon se hallaba, al lugar de la escena. La imperiosa manera con que se condujo entonces esta princesa bastó para que los hombres que estaban al frente del gobierno y que obedecian á la voz de su conciencia, se arredrasen de tal modo que la dejaron dueña única del campo.

La vuelta de Fernando VII á la vida solo fué para sancionar las disposiciones de un tercer partido, formado á la vista del lecho del sufrimiento y compuesto en la base de ciertas *notabilidades* prontas á renunciar á todo, menos á su ambicion. Estos hombres, desertores de los otros dos partidos hasta entonces conocidos en España, es decir, realista, y constitucional, se coligaron entre sí, aspirando á la gloria de ser los fundadores de un gobierno mixto; y aunque exháustos de crédito y de popularidad, osaron tomar el timon del Estado para dirigir la Nacion por el laberinto de las teorías de la filosofía moderna. Una vez decididos se sirvieron del nombre de la reina doña María Cristina como de un escudo, en cu-

yas manos poco expertas todavía, hicieron de modo que el moribundo esposo pusiera las riendas del gobierno.

Esta época de regencia de la Reina viviendo aun Fernando VII, comenzó por una casi general destitucion de los altos funcionarios y la expulsion de gran número de oficiales del ejército como sospechosos de opinion realista. Reemplazáronse todas estas vacantes con aquellos que profesaban ideas constitucionales, y aunque esto fuese lo mismo que entregarse en los brazos del partido que Fernando VII habia perseguido encarnizadamente como al mayor enemigo de su trono, las miras de una particular ambicion ó rivalidad triunfaron en el discurso de solos dos dias y se sobrepusieron á todo interés político.

Mientras tales sucesos ocurrian en la córte, las provincias Vascongadas, bajo cuyo nombre, como hemos dicho, están comprendidas Alava, Vizcaya y Guipúzcoa, desconfiadas de los hombres que gobernaban la Nacion, entraron en recelo y temieron todavía mas que una usurpacion. Poseidas de esta idea y en la esperanza tambien de que serian auxiliadas por el resto de la España segun el modo con que se manifestaba en general la opinion pública, trataron de hacer en secreto algunas disposiciones (cosa que por circunstancias particulares no se hizo en Navarra), para sostener con las armas los derechos del príncipe que consideraban como el solo legítimo heredero de la corona; y como á la sazon estuviesen tambien fatigadas de lidiar inútilmente por las vias legales con los ministros de Fernando VII para conseguir que se les guardase la in-

tegridad de sus *Fueros*, tuvieron además en esta preventiva resolucion la mira de asegurar la conservacion de estos, obligando á fuerza de lealtad y de sacrificios de todos géneros la constante solicitud del nuevo soberano.

Con ser menores las causas, en nada era inferior á la de las provincias Vascongadas la resolucion que con motivo de la novedad introducida en el órden de sucesion se manifestaba en los pueblos situados á la derecha del Ebro, y con mas especialidad la mostraban sus voluntarios realistas, cuyo número podia contarse en Castilla la Vieja casi por el de los varones que habia en ella capaces de llevar las armas.

En Valencia, Cataluña y aun Aragon se veian tambien disposiciones hostiles en los ánimos contra los autores del nuevo sistema de gobierno; de manera que el desenlace de este drama parecia depender únicamente de la calidad, conocimientos y valor de los caudillos y agentes que tomasen á su cargo el dar concierto á estas masas en el momento que vacase el trono.

En medio de tal estado, la España en general, conforme iba trascurriendo el año de 1833, aumentaba tambien los grados de su inquietud; porque la postracion en que quedó de resultas de su última enfermedad Fernando VII, indicaba que sería muy corta su existencia. A pesar de tantos motivos de alarma, el gobierno regentado por la reina doña María Cristina no se atrevió á adoptar medidas rigurosas para combatir el sentido moral de los voluntarios realistas, y menos á manifestarse abiertamente hostil á las grandes masas; pero comenzó á desarmar

subrepticia y parcialmente aquellos cuerpos en los lugares retirados y de corto vecindario. Por este medio creyó sin duda cortar las ramificaciones que podian tener los movimientos de las ciudades en favor del infante don Cárlos, que con fundamento debia esperar se verificasen. Pero de poco ó nada les sirvieran á los nuevos gobernantes de la España esta y otras muchas disposiciones, si el mismo príncipe don Cárlos no se hubiera formalmente negado á la oferta que le hicieron entonces varios generales y gefes de los que todavía conservaban mandos. El convencimiento profundo en que el nuevo partido estaba respecto al modo con que el infante don Cárlos guardaria el juramento de fidelidad prometida al rey su hermano, era una garantía para que nada temiesen durante la vida de este monarca.

La seguridad que de esto tenian, hizo que lejos de oponerse á que S. A. R. saliese de Madrid en el momento que lo pidió, se le diese permiso para marchar con toda su familia al reino de Portugal. Es verdad que esto mismo debió agradar al partido de que hablamos, porque ausentándose don Cárlos de la escena, les dejaba, llegado el caso del fallecimiento del rey, mas tiempo y libertad para obrar. Nosotros que no escribimos estas líneas sino por via de introduccion al objeto que principalmente nos hemos propuesto, evitamos cuidadosamente el entrar en una discusion sobre este viaje de Portugal, el que segun la opinion de algunos tuvo una gran influencia en los males posteriores de nuestra patria.

Cuando el Infante residia en Lisboa, se le exigió reconociese á su sobrina doña María Isabel, hija

del rey don Fernando VII, como á su legítima soberana despues de la muerte de este: mas entonces don Cárlos en la necesidad de romper el silencio para dar una contestacion, descubrió por primera vez sus intenciones, protestando su mejor derecho á la corona.

Aunque el Gobierno no hizo público este interesantísimo documento de la protesta, ni los afectos al Infante procuraron extenderlo por medio de la prensa, no por eso dejó de saberse en toda España. Los carlistas al leerlo manuscrito, se creyeron suficientemente autorizados para en el momento que llegase el caso de la muerte del soberano reinante, hacer uso de las armas contra los que pretendieran sostener la nueva ley de sucesion.

Entre tanto no se descuidaba tampoco el partido de la princesa Isabel, hija de Fernando VII, en prepararse para la lucha; y como poseedor del poder, le fué muy fácil acabar de destituir de todos los cargos y destinos de real nombramiento á cuantos sugetos le convino, poniendo en su lugar á otros con cuya adhesion y servicios podia contar. Asi cuando ocurrió la muerte de Fernando VII en 29 de setiembre de 1833, nada le quedó por hacer al gobierno establecido, sino esperar á pie firme los acontecimientos que produjera esta novedad.

Llegado este tiempo creyeron los voluntarios realistas de Castilla la Vieja que era la ocasion de pronunciarse abiertamente por el infante don Cárlos, y en pocos dias tomaron las armas considerable número de batallones, á cuyo frente aparecieron el célebre don Gerónimo Merino y el brigadier don Ignacio Alonso Cuevillas, menor.

Estos cuerpos, compuestos en su mayor parte de padres de familia, ligados á las obligaciones propias de este estado, y fuera ya de la edad florida, carecian de aquel órden y disciplina que tan necesarios son para pelear y que no pueden hallarse nunca en esta especie de masas armadas, á pesar del grande esmero que ponen en perfeccionarlas las naciones que en el dia las tienen: además de que era difícil si no imposible, el contrarestar con solo los batallones de realistas y bajo el pie en que los de España estaban, á las tropas de un ejército bien organizado. A la falta de instruccion de que adolecía la mayor parte de los oficiales, se añadia el embarazo en que se veían los dos caudillos que hemos citado por la pesada carga que gravitaba sobre sus hombros no acostumbrados al terrible peso de dirigir, mandar, ni gobernar fuerzas tan numerosas como las que reunieron entonces.

Si el movimiento de Castilla se hizo con prontitud increible, todavía le igualaron en la presteza los de Bilbao y Vitoria, principales poblaciones de las provincias de Vizcaya y Alava, las cuales en el momento que recibieron la noticia del fallecimiento de Fernando VII, proclamaron al infante don Cárlos como á su legítimo soberano. Siguió este ejemplo Guipúzcoa, y aunque no pudo comenzarlo por la capital á causa de ser plaza fuerte y estar guarnecida por las tropas de línea, reunió sus tercios de voluntarios realistas, los juntó á los de Vizcaya dando al instante principio á hostilizar á los que salieron para atacarlos desde San Sebastian.

Pero quien mas activo se mostró en estos rápi-

dos movimientos fué el general don Santos Ladron, que hallándose de cuartel en Valladolid, salió de esta capital la noche del 30 de setiembre, y viniendo con admirable celeridad hasta la Rioja, levantó en Logroño el pendon á favor del Infante casi al mismo tiempo que lo hacian los de Vitoria y Bilbao. En seguida se pasó á la izquierda del Ebro situándose en aquella parte de Navarra que corresponde á la merindad de Estella. Apoyado allí en el gran prestigio que de anterior tiempo gozaba (como despues diremos), llamó á los voluntarios realistas de la provincia que tranquilamente permanecian en sus casas. A semejante llamamiento acudieron luego todos los capitanes de la comarca, conduciendo consigo los individuos de sus compañías que habian podido reunir, yendo tambien con ellos varios oficiales que existian retirados por los pueblos de Navarra. Estos caballeros, jóvenes la mayor parte y justamente ofendidos de la conducta del Gobierno que los habia expulsado de las filas del ejército por juzgarlos de opiniones carlistas, se hallaban los mas dispuestos á la pelea.

Aun no estaba bastante extendida por Navarra la noticia de la venida de don Santos Ladron ni de cuál era su objeto, cuando una columna mandada por el brigadier don Manuel Lorenzo salió desde Pamplona contra aquel gefe. Avistáronse por primera vez los soldados que mandaban los dos caudillos en los campos de Noveleta, cerca de Estella, y desde la una á la otra orilla del Arga fueron disparados los primeros tiros de fusil, los cuales no tuvieron resultado alguno, porque Ladron muy débil entonces para sostener un combate, lisonjeado por un lado con la

esperanza de que Lorenzo á quien habia conocido personalmente y suponia de ideas carlistas, se declarase por la causa del Infante, y persuadido por otro de que su movimiento comenzado á orillas del Ebro no necesitaba mas que unos pocos dias para propagarse hasta las extremidades de España, esquivaba la pelea y el derramamiento de sangre española. Además, Lorenzo, como todos los militares procedentes de América que no regresaron á la Península sino despues de acabada la guerra constitucional de 1823, daba lugar á que se le supusiesen otras ideas, por no tener contra sí el antecedente de la conducta política, barómetro por donde en la época á que nos referimos, se juzgaba de la opinion de cada oficial.

El segundo encuentro entre Ladron y Lorenzo ocurrió el 11 de octubre; es decir, tres ó cuatro dias despues del de Noveleta. Tuvo lugar cerca de la villa de los Arcos en ocasion que el general carlista, mas confiado que debiera respecto al número y calidad de sus fuerzas, igualmente que á las intenciones de su rival Lorenzo, habia destacado la mitad de las tropas que el dia anterior tenia reunidas, á la villa de Lodosa bajo la direccion de don Francisco Iturralde: por cuya causa solo le quedaron unos trescientos hombres, mal armados, peor instruidos y todavía sin forma alguna de organizacion; mientras que Lorenzo tenia setecientos soldados del regimiento de Córdoba que él mismo mandaba como coronel.

A pesar de tan conocida desigualdad, midiendo sin duda el valor de los suyos por el de su propio corazon, se persuadió el nobilísimo navarro que

podia entrar en batalla con el corto número de paisanos que acaudillaba: asi fué que lejos de retirarse, como lo hubiera hecho á ser gobernado por la prudencia luego que supo la aproximacion de Lorenzo, se dispuso á esperarle. Con este objeto sacó su reducida fuerza de la villa colocándola en una pequeña colina poblada de viñas y sitio que llaman el Calvario, distante solo un tiro de fusil de la poblacion.

Asi que el fuego se comenzó de ambas partes, se echó de ver la debilidad de los carlistas. A esta primera prueba temió ya el general navarro su próxima derrota, mas empeñado demasiadamente en el combate, mirando tal vez como deshonroso volver la espalda al enemigo, se arrojó á reparar su falta por medio de un hecho de denodado valor; y como si pretendiera tambien dar á los suyos con el ejemplo el aumento de gente que necesitaban, la firmeza y los recursos materiales de que carecían, avanzóse solo hácia los cristinos, quienes viendo que ninguno le seguía, le salieron al encuentro. Herido de tres balazos el caballo en este choque, cayó con su dueño en tierra. Al ver los cristinos á Ladron en semejante estado, se le acercaron inmediatamente y le hicieron prisionero con un oficial llamado Ibañez y otros cinco soldados mas que alcanzaron, conduciéndolos en seguida á todos á la ciudad de Pamplona.

Para dar al lector una idea de la importancia que tenía la prision de este desgraciado general, haremos aqui mencion de las circunstancias que concurrian en su persona. Nacido de una de las primeras familias de la nobleza navarra habia servido el empleo de comandante de batallon bajo las órdenes de Espoz y

Mina durante la guerra contra Bonaparte. Del concepto adquirido como militar y de la rectitud de sus procederes, nació entonces el prestigio que despues fortificó la leal conducta observada en 1814 cuando su general Mina se rebeló contra su soberano. De manera que al dar Ladron en Navarra en 1821 el grito contra el sistema constitucional que á la sazon regía, toda la juventud le siguió. Obligado á causa de lo prematuro de este movimiento á emigrar á Francia, volvió algunos meses despues á la pelea, y en fuerza de fatigas y constancia consiguió al fin señaladas victorias sobre sus enemigos, habiendo dimanado de aqui su merecida celebridad popular. La bondad inalterable de su corazon, el afecto que profesaba á su pais, sus sentimientos de probidad y justicia, su denodado valor, el desinterés y moderacion que le distinguian, le granjearon para siempre el aprecio general del pueblo navarro. Al terminarse aquella guerra civil, el Rey creyendo satisfacer (como era cierto) los votos de este pais, concedió á Ladron el gobierno militar de la plaza de Pamplona; encargo que desempeñó por siete ú ocho años hasta que al fin le trasladaron al de Cartagena. La reina doña María Cristina tan luego como tomó las riendas del Estado, dió á conocer el cambio de sistema político por un decreto (quizá era el primero) que firmó, exonerando á Ladron del mando de aquella plaza y destinándole despues de cuartel á la de Valladolid.

La prision de tal gefe, hecha precisamente donde gozaba de mayor prestigio y sobre el teatro de sus pasadas victorias difundió en los pueblos la

consternacion, de modo que aun aquella gente que menos se ocupa en el exámen de la política, de contado se persuadió que solo en esta desgracia les venia envuelta una de aquellas crisis que se caracterizan bajo el nombre de calamidad pública. Alarmados todos los ánimos, hasta los mas vulgares temblaron cual si hubiesen previsto el resultado sangriento del drama.

Vacante el cargo de virey de Navarra, ejercia interinamente sus funciones en nombre de la reina Cristina el general don Antonio Solá, quien además de merecer, aunque injustamente, á la opinion pública el concepto de adicto en el fondo á la causa del infante don Cárlos, era tenido en razon á su mucha edad y carácter pacífico por hombre prudente y de espera. Confiados en esto, tan pronto como Lorenzo entró con el ilustre prisionero en Pamplona, acudieron á pedirle las personas de mas influencia de esta ciudad, que dado caso que el consejo de guerra, que al instante se formó para juzgar á los prisioneros, pronunciase como lo hizo, la pena capital, suspendiese la ejecucion hasta que viniese la aprobacion de Madrid. Los que solicitaban esto con tanto empeño, esperaban acudir con tiempo á la reina Cristina y alcanzar una conmutacion de la pena. Prometiólo Solá á algunos individuos de las primeras categorías y corporaciones locales, los que como mas profundos conocedores del carácter navarro le habian hecho presente que la ejecucion, si se llevaba á efecto, iba á producir resultados enteramente contrarios á los que se prometian. La buena fé con que obraban tan distinguidos patricios les persuadió

fácilmente que Solá prestaba favorable oido á sus reflexiones y deseos.

La confianza de estos órganos del pueblo se trasmitió brevemente á todos los habitantes, cuyo aspecto antes turbado y como indicando la mas grande afliccion, tornó á su ser natural. Mas á las cinco de la tarde de aquel mismo dia, el ruido de un cañon disparado desde uno de los baluartes de la ciudadela, hizo estremecer los corazones de todos. Por este mensajero del terror les anunciaba Solá que Ladron dejaba de existir.

Al saber la prision de este general, los hombres mas decididos y entusiastas por la causa carlista en Navarra, considerándose ya como nave sin piloto, estuvieron del todo casi resueltos á abandonar la empresa; pero en el momento que tronó el cañon y vieron correr la sangre de su caudillo y compatriota, sintieron renacer en su pecho un nuevo y belicoso ardor que los impelia á defender la causa del infante don Cárlos y á la venganza. No habian trascurrido aun veinte y cuatro horas despues del funesto anuncio hecho por el cañon, cuando ya excedia de trescientos el número de los jóvenes que de solo Pamplona fueron á unirse con los gefes carlistas. Este suceso debió de patentizar á Solá cuan saludable era el consejo que se le habia dado la víspera, y con cuanta ceguedad habia obrado prestándose á las sugestiones de unos pocos que le rodeaban y que siendo extranjeros al país, prevalidos de su espíritu limitado, le hicieron conducirse segun las ideas que ellos mismos abrigaban.

Como los mas de los carlistas que se hallaron en el

desgraciado lance de los Arcos, procedian de aquellos pueblos de la Rioja castellana donde apareció Ladron por primera vez, tan pronto como perdieron á su general, se dirigieron precipitadamente hácia el Ebro, lo pasaron y se fijaron en Logroño. Los navarros que hasta entonces se les habian incorporado, envueltos en la consternacion producida en los riojanos por causa de aquella derrota, los acompañaron en todo, hasta en la huida; cuyo ejemplo siguieron tambien los trescientos hombres que antes de la batalla habian sido destacados á Lodosa. Reunidos allí todos, se suscitó entre los gefes una grande competencia respecto al mando, competencia que despues de varios altercados, terminó por una separacion violenta. Los castellanos se quedaron en el mismo Logroño bajo la conducta de don Basilio García, administrador de bulas de la provincia de Soria, y los Navarros se volvieron á su país con el comandante don Francisco Iturralde, quien con fundada razon no quiso reconocer superioridad en García; porque además de no tener carácter ni grado militar antes de esta época, era inexperto en las cosas de la guerra, y carecia del prestigio necesario para sostenerse en un mando independiente. La desgracia ocurrida á Ladron atrajo desde luego esta especie de rivalidades y ambiciones que solo su carácter de general antiguo y el ascendiente de que ya gozaba, podian contener dentro de los límites de la justicia y del órden.

Con la vuelta de Iturralde á Navarra se consiguieron dos ventajas utilísimas: la primera fué prestar un punto de apoyo á la juventud que de todas

partes de la provincia se dirigia á buscarlo: la segunda evitar el peligro que de muy cerca amagaba á los que sin hacer cosa alguna de provecho, se empeñaban en continuar en Logroño. La posicion de esta ciudad lejos de ofrecer ventajas á las armas carlistas, las circunstancias mismas del tiempo la constituian uno de los lugares menos seguros para trabajar en la organizacion y fomento de las fuerzas riojanas allí concentradas. Tampoco podia ser considerada como base de operaciones, porque situado este pueblo sobre la orilla izquierda del Ebro y abierto por todos lados, excepto por el de Navarra, por donde le pone á cubierto el rio, quedaba hecho el blanco de las primeras maniobras del ejército cristino, que á la sazon se concentraba sobre Burgos bajo el mando del teniente general don Pedro Sarsfield, que pasaba por muy hábil en el arte militar.

Lo primero que hizo Sarsfield luego que se impuso del estado de las Provincias, fué abrir una comunicacion directa con la plaza de Pamplona, y como precisamente Logroño se halla en el centro y es la llave del Ebro, ordenó á Lorenzo se apoderase inmediatamente de esta ciudad. La faja de general con que la reina Cristina acababa de agraciarle por su triunfo sobre Ladron, y algunos refuerzos, aunque no de consideracion atendido el número, que se agregaron á su columna, fueron bastante estímulo para que Lorenzo se apresurase á ir en busca de nuevas glorias.

Cualquiera otro militar, por poco reflexivo y muy confiado que fuese, es de creer que en esta ocasion se hubiera dirigido al puente de Lodosa enteramen-

te libre, viniendo despues por la orilla derecha del Ebro sobre Logroño; pero Lorenzo, que solo reconocia en los que estaban en esta ciudad á los fugitivos de los Arcos, convencido de la nulidad de los obstáculos que allí encontraria, no quiso tomarse el trabajo de andar algunas leguas mas, y vino á acometer á Logroño por el solo punto que podia defenderse. En efecto, toda la resistencia que se le opuso y que costó la vida al jóven García, hijo del comandante carlista, no fué suficiente para impedir á los cristinos la posesion á muy poca costa. Conseguido ya esto, las fuerzas de Lorenzo quedaron por medio de tan sencilla maniobra convertidas en vanguardia del ejército de Sarsfield, y la Rioja toda dominada por las armas cristinas.

Todo lo que la causa carlista perdia en Castilla, lo iba ganando en Navarra. Mientras la columna de Lorenzo se mantenia en Logroño, don Juan Manuel Sarasa, teniente coronel del ejército, retirado en Roncesvalles, don Fermin Ripalda y don Joaquin Marichalár, comandantes de los voluntarios realistas, ayudados de varios oficiales, recorrian libremente los pueblos de las merindades de Pamplona, Sangüesa y Olite; y despues de reunir parte de aquellos cuerpos, se vinieron á la de Estella engrosando así las fuerzas de Iturralde.

Tambien en el Baztan se pronunció el alcalde del valle, don Martin Luis Echevarría, quien valiéndose de la influencia que allí gozaba, creó al instante una compañía, á la cual se unieron posteriormente otras, formadas por el oficial don José Miguel Sagastibelza y el presbítero don Pedro Mi-

guel Irañeta, mas conocido por el vicario de Huarte-Araquil, de quien hablaremos despues.

El total de esta gente ascendia á unos novecientos hombres, de los cuales una gran parte estaban provistos de fusiles casi inútiles y el resto se hallaba totalmente desarmado. La falta de armas provenia principalmente de que los voluntarios realistas no tuvieron jamás en Navarra, como en las otras provincias de España, una organizacion regular, efecto de la indiferencia con que las autoridades locales miraron esta institucion, considerando como innecesario y aun pernicioso tener fuerza armada en un pais donde andaban tan uniformes las opiniones políticas.

Este don Francisco Iturralde, gefe principal de los carlistas navarros y actor de suma importancia en las cosas que vamos contando, fué uno de los primeros que, en el momento que don Santos Ladron pisó el territorio navarro, marchó á su encuentro, asociándosele para llevar á cabo la empresa que se habia propuesto. La carrera militar de Iturralde traia su orígen de la guerra contra Napoleon, durante la cual sirvió como oficial subalterno en uno de los batallones de Espoz y Mina. Tiempo andando, tomó parte en las campañas de Navarra contra el sistema constitucional, terminadas las cuales se encontró de comandante de infantería. Colocado despues en uno de los regimientos del ejército Español permanente, continuó en el servicio algunos años, hasta que disgustado del mecanismo introducido por los inspectores del arma, solicitó y obtuvo su retiro para la villa de Allo, en Navarra, próxima á la de Arroniz de donde era natural. De modo que cuando Iturralde

salió esta vez á campaña, era la tercera que lo ejecutaba en su vida, teniendo entonces como unos cuarenta y seis años de edad. Nada grueso de cuerpo y su talla apenas de cinco pies, disfrutaba de una salud completa, con la ventaja de estar acostumbrado á todas las faenas y labores de la agricultura, en cuyo ejercicio se ocupaba desde que se retiró del ejército. La naturaleza que á veces da á la fisonomía del hombre apariencias muy contrarias á lo que en su corazon siente, colocó en la de Iturralde un aspecto habitualmente ceñudo: sin embargo, no se puede decir de él lo que de Pompeyo dice Salustio, porque su probidad y honradez eran superiores á lo que pensarse debia del gesto de su semblante. Si su gran afan por la agricultura le habia hecho adquirir profundos conocimientos acerca de los productos y recursos de su pais, las dos guerras anteriores se los habian suministrado de las distancias de los pueblos, de los montes, valles, sierras, barrancos, caminos, trochas y veredas. Era su memoria prodigiosa, su sobriedad extremada y su sueño ligero. Tantas y tan buenas cualidades se eclipsaban empero con dos defectos capitales: uno era la falta de carácter para sostener la dignidad del mando en gefe; otro el confundir las atribuciones y deberes de general con las conveniencias y ventajas de un interés personal y sumamente mezquino. Mas esto á la verdad consistia en que á Iturralde le faltaba aquella noble ambicion de extender por el mundo su fama, que distingue á todos los hombres grandes; contentándose solamente con dominar, por medio de la influencia y las riquezas sobre los vecinos de los cua-

tro ó cinco pueblos que comprende el pais llamado la *Solana* donde habia nacido.

Si por lo que hemos manifestado se ve lo necesaria que era en las filas carlistas de Navarra la presencia de una cabeza militar, adornada de todas aquellas virtudes que debe tener un caudillo para sacar el carro de la gloriosa insurreccion del atolladero en que le habia atascado la conducta de Iturralde, motivos de mas importancia lo reclamaban en Vizcaya, Guipúzcoa, Alava, y aun en Castilla, porque las fuerzas y elementos de estas provincias merecian otro género de consideracion. El enemigo estaba ya á la puerta, y sin embargo no se veia que los que mandaban tomasen disposicion alguna para defenderse. Los generales Merino y Cuevillas con los castellanos, pasaron á la orilla izquierda del Ebro y se apostaron en el sitio llamado las Conchas de Haro. Mas esto, si bien en la apariencia mostraba ser efecto de una resolucion cualquiera, no fué sino la consecuencia de las ilusiones que los hombres se hacian aun entonces. Entre tanto los vizcainos y guipuzcoanos dejando á los castellanos arrostrar como los mas vecinos el primer peligro, en vez de marchar á cubrir uno de sus flancos ó formar la segunda línea, se entretenian en recorrer sus montañas, sin hacer otra cosa que tirotearse con el viejo general cristino Castañon, que apoyado en la plaza de San Sebastian salia con un fuerte destacamento á reconocer las inmediaciones. La insignificante resistencia que encontraba en estos casos, le proporcionó el medio de llenar las gacetas de Madrid con unos partes en que abundaban las exageracio-

nes mas ridículas. Los alaveses limitaron sus operaciones á un paseo militar hasta Miranda de Ebro y otro por la merindad de Estella, colocándose á retaguardia de los castellanos en el momento que volvieron á la llanada de Alava. Vitoria, cabeza de esta provincia, pareció ser á la sazon el punto mas amenazado de las armas cristinas, y don Valentin de Verástegui que la gobernaba, tomó el mayor interés en auxiliar con los artículos de boca y guerra de que podia disponer, á las tropas de Merino y Cuevillas acampadas sobre la frontera alavesa.

Si la inteligencia de un solo hombre autorizado legítimamente, de un general que comprendiese sus deberes, hubiera dirigido los asuntos de los carlistas, desde el levantamiento de las provincias del norte de España en favor del infante don Cárlos, no hay la menor duda que con solo el auxilio de los escasos elementos que se tuvieron á la mano, y la decision y entusiasmo de los pueblos, se pudiera haber conseguido el triunfo. Mas nada útil ni conveniente se hizo, á causa de que cada provincia mantenia, no solo en lo político sino en lo militar, uno ó mas gefes que obraban independientemente y á medida de su capricho. Algunos de estos, satisfechos del lugar que ocupaban y de lo que habian hecho, vivian en la íntima persuasion de que no eran necesarios otros esfuerzos para llevar al trono á don Cárlos; y aunque veían que el enemigo los hostilizaba y de dia en dia engrosaba sus fuerzas, pasaban el tiempo en la mas vergonzosa inaccion. Entre tanto los voluntarios castellanos con la larga ausencia de sus familias, las incomodidades de la campaña,

el rigor de la estacion, la carestía de víveres que ya comenzaba á sentirse por falta de arreglo, y la idea del peligro que se les iba acercando, decaían de ánimo y se interesaban menos en su primera resolucion.

CAPITULO II.

Sale Zumalacárregui de Pamplona. — Su presentacion en el campo carlista de Navarra. — Su biografía anterior á esta época. — Su viaje á Bilbao y Vitoria. — Por qué razon se niega á las ofertas que aquí se le hacen. — Vuelta de Zumalacárregui á Navarra. — Sucesos acaecidos antes que este obtuviera el mando. — Cotejo de su conducta con la de otros capitanes ó caudillos. — Don Francisco Benito Eraso; su carácter y antecedentes. — Instalacion de la junta gubernativa de Navarra. — Llegada del general Sarsfield á Logroño. — Dispersion del ejército castellano. — Movimiento de los alaveses. — Verástegui en el cuartel general de Zumalacárregui. — Marcha de Sarsfield sobre Vitoria. — Esperanzas de Zumalacárregui. — Su expedicion á la Ribera de Navarra. — Motivos que le obligan á suspenderla y retroceder para ir al socorro de Bilbao. — Saludable efecto de su primera proclama á los navarros. — Llega al valle de la Borunda. — El ejército vasco se dispersa. — Grande energía é incomparable ánimo de Zumalacárregui en esta ocasion. — Valdés reemplaza á Sarsfield en el mando del ejército cristino. — Resolucion de Zumalacárregui. — Causas que impidieron el que se ejecutara. — Fuerzas mandadas en auxilio de la diputacion de Vizcaya. — Trabajos que sufrieron en su marcha. — Sarsfield virey de Navarra entra en Pamplona. — Zumalacárregui se acantona en las inmediaciones de Estella. — Anécdota. — Pasan los carlistas á la Solana. — Sarsfield avanza para combatirlos. — Como lo elude Zumalacárregui, y motivos de su conducta. — Vuélvese á la Solana desde Artajona. — Sarsfield llega á Tafalla y se retira á Pamplona dejando el mando á Lorenzo.

o bien habia echado sus puentes levadizos y abierto sus puertas la plaza de Pamplona una de aquellas mañanas tristes y algo lluviosas de octubre, cuyo dia fijo no sabemos, aunque sí que fué despues del 20 del mes, se dirigia bácia la puerta llamada del Carmen un hombre de algo mas que mediana estatura, envuelto en un capote militar de paño

gris oscuro y con un morrion con funda de hule. Aunque estas dos cosas, únicas que al pronto se dejaban ver de su traje, manifestasen ser un oficial el que las llevaba, se observó que este al pasar por frente del cuerpo de guardia que habia en la puerta, temiendo sin duda ser conocido, trató de evitarlo cubriéndose la mayor parte del rostro con el embozo de su capote: despues se dirigió al Puente Nuevo, por donde pasó el Arga y en seguida marchó por el camino de Irurzun. Un tiro de cañon se habria separado de la plaza, cuando de uno de los lados del mismo camino, un hombre que se hallaba allí en acecho le salió al encuentro conduciendo del diestro un caballo de pequeña alzada. A este tiempo el oficial se calzó con presteza una espuela que llevaba á prevencion, puso el pie en el estribo y montó. Luego volviendo la vista hácia Pamplona, la estuvo mirando algunos momentos como para dar un adios á los tiernos objetos que allí dejaba: arrimó la espuela al caballo y desapareció. Al cabo de dos horas, el incógnito entraba al trote en las calles de Huarte-Araquil, de manera que distaba ya cinco leguas de aquella plaza.

El oficial se apeó inmediatamente en casa de uno de sus amigos, adonde á poco rato fueron á encontrarle un honrado vecino de Pamplona, llamado don Luis Mongelos, y el vicario ó cura párroco del mismo Huarte don Pedro Miguel Irañeta. Este, tanto por su carácter de eclesiástico, cuanto por los servicios que en anterior época prestara á la causa del trono, gozaba de algun prestigio en el valle.

La conferencia que tuvieron Mongelos é Irañeta con el oficial incógnito, duró hasta una hora muy

avanzada de la noche, y únicamente se separaron para disfrutar de algunas horas de reposo. Pero apenas amaneció volvieron á reunirse los tres, y poniéndose en marcha se dirigieron al valle de Berrueza, hácia cuya parte les aseguraron que hallarian al gefe de los carlistas de Navarra don Francisco Iturralde, á quien buscaban y tuvieron la fortuna de hallar aquel mismo dia en el pueblo de Piedramillera. En un tiempo de revuelta, constante ansiedad y fermentacion como el de aquella época, la presentacion en el *campo carlista* de un oficial de graduacion no podia menos de excitar hasta el mas alto grado la curiosidad de los habitantes é interesar vivamente á todos los que llevaban las armas; asi fué que mientras los tres permanecieron en el alojamiento de Iturralde, se fueron agrupando á la puerta gran número de voluntarios, no pocos paisanos, y hasta mujeres y niños. Su objeto era saber quien fuese el que llevaba el uniforme de coronel; pero por mas que se acercaron para examinarle mejor al tiempo de salir, entre tantas personas como allí habia, ninguno le conoció, por cuya razon se fueron retirando con la mayor indiferencia: únicamente algunos oficiales que llegaron en este momento, al fijar la vista en él, exclamaron con cierta admiracion y aun entusiasmo ¡ZUMALACÁRREGUI!...

Este nombre que tan célebre debia ser mas adelante, no tenia entonces para aquella masa de pueblo y soldados reunida en las calles de Piedramillera, significacion importante; pues casi correspondia exclusivamente al ejército español, del cual apenas se habia separado Zumalacárregui en los últimos diez

años; por lo que no debe extrañarse que de cuantos allí estaban presentes solo le hubiesen conocido algunos oficiales.

Nosotros sin recurrir á la ficcion para llenar de flores un campo que tal vez parecerá demasiado árido en la vida de un héroe, expondremos lisa y brevemente los antecedentes del hombre que desde este momento va á ocuparnos.

El dia mismo que cumplian nueve meses del nacimiento de don Cárlos María Isidro de Borbon; es decir, el 29 de diciembre del año 1788 nació en el pequeño lugar de Ormaiztegui provincia de Guipúzcoa su célebre defensor don Tomás de Zumalacárregui. Sus padres que sin ser ricos de bienes de fortuna gozaban de alguna comodidad, correspondian á la primera nobleza del país. De cuatro hijos varones que tuvieron (no hacemos mencion de las hembras) el segundo y el cuarto en el órden de sucesion fueron destinados al estado eclesiástico, y hoy dia son párrocos; el uno en el mismo Ormaiztegui y el otro en el pueblo inmediato. El primogénito de los hermanos siguió la carrera de la jurisprudencia, fué uno de los diputados que concurrieron á formar el código constitucional que se publicó en Cádiz en 1812; y consecuente siempre con sus ideas democráticas, es un personaje de los mas célebres en los anales de la revolucion española. Nuestro héroe era el tercero de los cuatro hermanos y desde muy temprano manifestó decidida vocacion por las armas. Su humor guerrero le condujo á la defensa de Zaragoza en 1808; pero apenas los franceses levantaron el primer sitio, se restituyó á su casa de Ormaiztegui,

permaneciendo en ella hasta tanto que los guipuzcoanos siguiendo el ejemplo de las otras provincias de España, se declararon contra la dominacion de Bonaparte, en cuyo instante se alistó bajo las inmediatas órdenes de don Gaspar Jáuregui mas conocido por el *Pastor (Archaya)*, á causa de haber trocado cual otro Viriato (pero sin ser bandolero) el cayado por la espada de capitan. Este animoso caudillo encontró en Zumalacárregui si bien jóven todavía, un poderoso auxiliar, y aun se dice que avergonzado el último de tener por cabeza á un hombre que entonces no sabia el arte de escribir, se propuso enseñárselo y que en efecto lo consiguió. Esto prueba bastante la parte que Zumalacárregui tendria en las empresas de aquel gefe y la manera con que este le distinguiria. Terminada la gloriosa guerra de la independencia, el capitan general de las provincias vascongadas don Juan Cárlos de Aréizaga nombró á Zumalacárregui su ayudante particular y le confió diferentes comisiones importantes, hasta tanto que por su recomendacion obtuvo el mando de una compañía de infantería en el ejército permanente.

Entre las muchas virtudes militares y sociales que en este empleo dió á conocer Zumalacárregui, la mas distintiva fué la de una firmeza de carácter inflexible. Su probidad era tambien extremada no menos que su aplicacion; de manera que aun el tiempo que sus compañeros empleaban en los ejercicios ó diversiones propias de la edad, le pasaba él estudiando la táctica, los reglamentos y las demás cosas relativas al arte. Pocas veces tomó en sus ma-

os libro que tratase de otras materias. Enemigo de odo desarreglo, Zumalacárregui siendo todavía jóven y hallándose sirviendo en el regimiento de Vitoria, pasó desde Zamora á Pamplona en el año de 1820 con el objeto de contraer matrimonio con doña Paneracia de Ollo. Esta esposa digna de tal esposo le hizo padre de numerosa prole, pero habiendo fallecido la mayor parte en la infancia, solo quedan hoy dia tres hembras, la mayor de diez y siete años.

En junio de 1822 vino Zumalacárregui desde Ciudad-Rodrigo á Pamplona con el regimiento de las Ordenes Militares, en el cual servia entonces: á los pocos dias sucedió el levantamiento de la Navarra contra el sistema constitucional, y Zumalacárregui que hacía tiempo era perseguido como de opinion realista, fué separado inmediatamente del mando de su compañía y enviado á disposicion del comandante general de Alava. Al llegar al pueblo de Huarte-Araquil se encontró con una partida realista que le acompañó hasta donde estaba el general Quesada, á la sazon gefe del levantamiento; y habiendo conferenciado con él, quedaron conformes en que se volviese Zumalacárregui á Pamplona á fin de persuadir á otros oficiales del mismo regimiento de las Ordenes conocidos por sus ideas monárquicas, se viniesen á unir á las armas realistas. Asi lo hizo Zumalacárregui y de contado logró le siguiesen dos compañeros suyos con quienes se presentó de nuevo á Quesada. Entonces este general le confió el mando del segundo batallon de voluntarios de Navarra.

La primera vez que tocó á Zumalacárregui en-

trar en combate con este cuerpo, estaba casi en *cuadro* y no obstante hizo una maniobra tan útil y oportuna que bastó á asegurar la victoria que el baron de Eroles alcanzó el 18 de setiembre de 1822 en los campos de Tolva y Benavarre sobre el gefe de las tropas constitucionales don Juan Antonio Tabuenca. Zumalacárregui conservó el mando de este mismo batallon todo el tiempo que duró la guerra, ó por mejor decir, hasta que por una medida general fué extinguido como los demás cuerpos levantados en Navarra. Debemos decir aquí, que tanto su mérito como aquel aire de superioridad con que la naturaleza le habia dotado, le crearon desde luego un crecido número de émulos entre sus mismos compañeros de armas; pero que no obstante las arterías y poco nobles medios de que los mas de ellos se servian para desacreditarle, Zumalacárregui no opuso otra cosa que su entereza y un doble esmero en llenar cumplidamente sus deberes de gefe. Con solo esto y sin usar jamás de adulacion ni bajeza, logró la preferencia entre todos los comandantes de la division de Navarra para mandar el único batallon que se formó con los restos de esta, en el momento de licenciarla.

Aunque la nueva organizacion que á fines de 1824 se dió al ejército español dejase nuevamente á Zumalacárregui sin empleo, esto fué por poco tiempo, pues al año siguiente se le destinó á mandar en comision el regimiento 1.° ligero de infantería, si bien solo en el concepto de teniente coronel mayor. Huesca y Zaragoza fueron testigos de la subordinacion y disciplina que Zumalacárregui introdujo en este cuerpo compuesto entonces de dos batallones

asi como tambien lo fué Madrid del aseo é instruccion que le distinguia. Destinado el 1.º ligero al ejército de observacion del Tajo que se juntó en Extremadura á principios de 1827 bajo las órdenes del teniente general don Pedro Sarsfield, y nombrado don Clemente Madrazo Escalera coronel en propiedad de este regimiento que nuestro héroe hacia dos años mandaba y habia puesto en el mas perfecto estado, Zumalacárregui descendió al rango de segundo gefe, aunque sin manifestar por ello el menor resentimiento ni formar queja. Madrazo Escalera era sin duda un digno y hábil coronel, mas atendiendo solo á la antigüedad y anteriores servicios, Zumalacárregui merecia tanto como su nuevo coronel el haber sido promovido á este empleo. Otro al ver tan mal recompensados los trabajos y fatigas de dos años y la esterilidad de las alabanzas que le tributó el inspector general Llauder y sus delegados en Madrid despues de haber revistado detallada y minuciosamente su regimiento, se hubiera quizás resfriado para lo sucesivo en el cumplimiento de sus deberes; mas la conducta de Zumalacárregui desempeñando las funciones de teniente coronel en nada se diferenciaba de la que habia observado en el mando anterior.

Luego que el regimiento 1.º ligero se aproximó á las fronteras de Portugal, veinte y nueve soldados que en otro tiempo pertenecieron al ejército constitucional, abandonaron las filas, y se dirigieron hácia aquel reino; pero detenidos en su marcha, fueron arrestados. Sin embargo, este suceso dió motivo á una providencia arbitraria por parte del Gobierno contra los cuatro gefes del regimiento, y por conse-

cuencia de esto el coronel, teniente coronel y los dos comandantes fueron separados del mando. Semejante acontecimiento solo interrumpió por muy pocos dias la carrera de los cuatro, pues reconociendo el Gobierno el poco fundamento y justicia con que los habia tratado, comenzó á reparar su falta destinando nuevamente á Zumalacárregui de teniente coronel mayor al regimiento 3.° de línea. Nuevas pruebas de celo, de aplicacion y trabajo resolvieron al fin al Gobierno á promover pocos meses despues á Zumalacárregui al empleo de coronel del tercer regimiento de infantería ligera. El renombre que al poco tiempo gozaba ya este cuerpo á causa de su excelente estado, hizo que se le mandase la órden para que pasase desde Valencia á Madrid á fin de contribuir con su presencia á la mayor pompa de la primera entrada de la reina doña María Cristina en la córte. Esta funcion le valió á Zumalacárregui en vez del entorchado de brigadier que se dió á otros gefes concurrentes, una caida del caballo de la cual se resintió en lo sucesivo.

Desde que Zumalacárregui se vió gefe principal y en propiedad de un regimiento, se le notaron nuevas virtudes políticas y militares; y en prueba de ello solo diremos que habiéndole pasado revista una vez el inspector Llauder, le confesó que su regimiento era el único en que no se veian faltas.

El crédito de reformador y en especial de las buenas costumbres, que se habia adquirido Zumalacárregui en el ejército, hizo que el Gobierno le mudase de regimiento, dándole á mandar el 14 de línea que á la sazon se hallaba en Galicia. Como

este período de la vida de Zumalacárregui no deja de ser interesante, insertaremos aquí íntegro y literal el informe que con respecto á él nos ha dado el general don Cárlos Vargas, quien estaba entonces en aquella provincia de ayudante de campo de su capitan general don Nazario Eguía.

"Desde tiempo inmemorial (dice Vargas) existia „ en el distrito del Ferrol una gavilla ó sociedad de „ ladrones con ramificaciones en todo el país, orga- „ nizados, juramentados en secreto y tan bien diri- „ gidos que jamás podia concluirse con ellos ni ave- „ riguarse quienes la componian: pues cuando se „ reclaba que alguno iba á espontanearse y delatar- „ los, ó se le veía titubear en lo que se le encargaba, „ era asesinado y casi siempre de un modo horrendo. „ Habia en esta asociacion toda clase de personas, „ hasta mujeres, ancianos y altos funcionarios. En „ el tiempo que medió desde el año de 1826 á 1832, „ estaba á la cabeza de ella un comerciante llamado „ C....., muy rico, y que no se sabia como en pocos „ años habia hecho su fortuna. Los empleados pú- „ blicos que correspondian á tan infame gremio, ha- „ bian sido atraidos á él ó por el interés de un sa- „ lario ó por un efecto de su cobardía, ó quizás „ por ambas cosas; de modo que en lugar de evitar „ los robos, protegian á los autores, y tal vez ha- „ cian mucho mas fáciles los medios de la ejecu- „ cion. El general Eguía á pesar de su conocido ce- „ lo y rigor no habia podido jamás alcanzar el ex- „ terminio de aquella numerosa gavilla ni aun el „ descubrimiento de sus estatutos. La tan conocida „ actividad de dicho general, su vigor é inexorable

„ justicia contra esta especie de delincuentes ha-
„ bian sido inútiles, porque engañado por los servi-
„ cios que aparentaban prestar don V... G... D... al-
„ calde mayor del Ferrol, elevado despues á oidor
„ de la audiencia y un escribano llamado R..... capi-
„ tan de voluntarios realistas, denunciando, persi-
„ guiendo y sumariando á algunos rateros que no
„ pertenecian á la grande asociacion, no pudo ocur-
„ rirsele que ellos dos eran los que se entendian y
„ hacian ilusorios todos sus esfuerzos.

„ Como en medio de todo esto los robos seguian,
„ el general Eguía dió órdenes y encargos particu-
„ lares al coronel del 15 de línea Sanjuanena que
„ interinamente desempeñaba el gobierno del Ferrol
„ para que sin descanso persiguiese á los delincuen-
„ tes; pero Sanjuanena, hombre débil y lento, nada
„ hizo. El general Eguía que no ignoraba la diferen-
„ cia entre este gefe y Zumalacárregui, coronel del
„ 14 de línea, viendo el poco efecto de las diligen-
„ cias de Sanjuanena, relevó con este último regi-
„ miento el del 15, y por consecuencia Zumalacár-
„ regui se encargó interinamente del gobierno de la
„ plaza y del distrito. Corregir y cortar los excesos
„ fué siempre como el elemento de Zumalacárregui;
„ así apenas se enteró de lo que pasaba, se dedicó
„ á descubrir la raiz principiando por buscar un
„ fiscal en quien sobre las demás virtudes necesarias
„ resaltase la integridad; y no obstante la diversidad
„ de opinion se atrevió á proponer al capitan gene-
„ ral al teniente coronel graduado don Miguel Ca-
„ sanova, que en el momento de que hablamos es-
„ taba indefinido y fuera de toda consideracion por

„ haber sido *impurificado* á causa de su conducta
„ política; prueba bastante clara de que Zumala-
„ cárregui buscaba los hombres de bien de cualquie-
„ ra estado y opinion que fuesen. Pocos dias des-
„ pues de haberse hecho este nombramiento, se des-
„ cubrió la complicidad de C... y de otros sugetos
„ ricos á los cuales se les prendió, y hubieran sido
„ presentados en juicio y castigados muy pronto á
„ no haberse cruzado las grandes novedades políti-
„ cas que por entonces sobrevinieron. Como Zuma-
„ lacárregui era realista, los acontecimientos ocurri-
„ dos en la Granja en 1832 facilitaron á la sociedad
„ de ladrones, numerosa, rica é influyente, los me-
„ dios de derribarle. Es verdad que antes de abrazar
„ este partido, se valieron de otros muchos, sobre
„ todo del de ofrecerle sumas cuantiosas de dinero
„ por anónimos, ó bien por indicaciones indirectas,
„ pero que no teniendo el resultado que esperaban,
„ recurrieron al de amedrentarle con la amenaza de
„ asesinarle; mas nada de esto detuvo ni un solo
„ instante el curso de sus deberes. A los esfuerzos
„ de los ladrones para conseguir el cambio del go-
„ bernador del Ferrol, se juntaron los del Real cuer-
„ po de Marina de aquel departamento, del cual
„ hacia entonces cabeza el brigadier Chacon, que
„ despues ha sido uno de los ministros del Gabinete
„ de Madrid. Este gefe á quien parece imponia mu-
„ cho el carácter de Zumalacárregui, suponiendo
„ falsamente que este trataba de hacer un pronun-
„ ciamiento carlista, se encerró con su gente de
„ marina en el fuerte Arsenal donde permaneció no
„ obstante las protestas de seguridad que le mandó

„ el gobernador. Finalmente habiéndose Chacon
„ presentado en Santiago al capitan general conde
„ de Casa-Eguía, logró este tranquilizarle y sus
„ subordinados salieron del Arsenal, como una es-
„ cuela de niños á quien se hace miedo con el coco.
„ Sin embargo, esta demostracion ocupó seriamente,
„ á causa de las circunstancias, la atencion del Go-
„ bierno; y como con menos motivo habian sido ya
„ exonerados de los mandos superiores todos los que
„ se mantenian en sus antiguas ideas realistas, no se
„ debe extrañar que Zumalacárregui lo fuese, que-
„ dando además sujeto á expediente; del cual resul-
„ tó que se habia comportado hasta entonces como
„ hombre de honor, como militar y como político.
„ Desde el momento en que Zumalacárregui salió
„ del Ferrol, la causa de los ladrones se suspendió;
„ Casanova obtuvo colocacion en el ejército y los
„ presos por autores de los robos fueron puestos
„ en libertad: siendo esto el motivo de que todavía si-
„ gan cometiéndose allí los mismos crímenes segun
„ anuncian los periódicos de la córte."

Exento Zumalacárregui de los cargos de coronel del 14 de línea y gobernador del Ferrol, con arreglo á lo que le tenia ordenado el inspector de infantería, que lo era entonces don Vicente Quesada, se presentó á este general en Madrid, y aunque varios meses estuvo Zumalacárregui esperando en vano el destino que sin pretenderlo se le habia ofrecido, al ver que el Inspector sin duda disgustado de su conducta y de que no daba un solo paso en señal de abrazar la nueva senda política, le trataba con toda la aspereza propia de su natural carácter, hizo lo po-

sible por obtener su real despacho de retiro para Pamplona, patria de su esposa. Don Luis Armero y Millares, oficial mayor de la secretaría de la guerra, que sin estar ligado con algun género de amistad, apreciaba el mérito que distinguia á Zumalacárregui con quien habia servido en las tropas realistas en 1823, tomó un verdadero interés en que sus deseos fuesen cumplidos y le consiguió al fin lo que tanto apetecia. A principios del mes de Junio de 1833 Zumalacárregui llegó á Pamplona; en esta plaza le cogió la noticia de la muerte de Fernando VII, el levantamiento del general Ladron con quien ya en Madrid habia tenido sus conferencias, y la ejecucion de este. Probablemente hubiera Zumalacárregui abandonado su casa luego que supo lo ocurrido en las provincias vascongadas; pero las autoridades de Pamplona tenian puesta la vista en él; de modo que el general Solá, que como antes tenemos dicho, mandaba la plaza, habiendo sabido que andaba haciendo diligencias de compra de caballo, le mandó llamar para saber si era cierta esta noticia. Zumalacárregui le contestó que aunque fuese verdad, esto no debia sorprender á nadie, porque toda su vida habia tenido caballo; á lo cual replicó Solá: "Sin embargo, por esta vez V. S. deberá renunciar á tenerlo." Esta fué la causa de haber salido de Pamplona de la manera que hemos contado.

Expuesta aunque breve y sumariamente la biografía de Zumalacárregui en cuanto al tiempo intermedio entre su nacimiento y la época de los sucesos que le dieron su principal celebridad, anudaremos aqui el hilo de nuestra historia.

Al llegar Zumalacárregui como antes dijimos, al campo carlista de Navarra, encontró ya en este algunas personas de influencia y de credito. Las unas lo debian á la calidad de su nacimiento, ó bien á su grado ó carácter militar; y las otras á la circunstancia de corresponder á la clase de propietarios: circunstancia que no dejaba de ser un gran ejemplo para el comun del pueblo acostumbrado á juzgar de la bondad de las cosas mas bien por lo que ven hacer á los que gozando de fortuna se exponen á perderla, que por todos los discursos ó razonamientos de los que no la tienen. Esta clase de personas que decimos, poco satisfechas del modo que Iturralde tenia de conducirse con los habitantes pacíficos de su pais, de los cuales ordenaba á cada paso nuevos arrestos, despues de discutir mucho sobre ello, convinieron en que se le debia obligar á cambiar de conducta y á poner mayor cuidado y diligencia en el fomento y órden de las tropas. Porque, decian estos celosos defensores de don Cárlos, en obrar de esta manera consistia no solo la gloria y los mas caros intereses de la causa cuya defensa habian abrazado, sino tambien hasta la propia conservacion de todos los que asi como ellos estaban comprometidos. Animados pues de estas ideas y alentados con la influencia que les daba su misma mancomunidad, hablaron con libertad á Iturralde, diciéndole que era preciso se estableciese sin dilacion en Navarra un órden ó sistema de gobierno tal como entonces existia en las tres provincias vascongadas. El modelo que se le presentaba no dejaba á la verdad de ser algo defectuoso, pero la intencion era pura y no tendia

sino á restringir los abusos que Iturralde hacia de la autoridad. Como este gefe en politica no tenia grandes alcances, y además creia que cualesquiera que fuesen entonces las innovaciones que se trataban de introducir, siempre le quedaria el mando superior militar de Navarra con la misma amplitud que lo desempeña un dictador en tiempo de calamidad; no solo contestó satisfactoriamente á lo que le demandaban, sino que tambien aprobó la idea que igualmente le propusieron, de que don Juan Manuel Sarasa, don Joaquin Marichalár y don Martin Luis Echevarría fuesen con Zumalacárregui á solicitar de las diputaciones de Alava y Vizcaya armas, municiones y los demás recursos necesarios para hacer la guerra.

A poco de haber llegado los cuatro á Vitoria consiguieron ser recibidos por don Valentin de Verástegui, y pocos dias despues por el marqués de Valdespina en Bilbao. Estos dos personajes que por su rango, fortuna é intervencion en los negocios, gozaron siempre de grande ascendiente en Alava y Vizcaya, habian sido los principales autores del movimiento de estas provincias, y ejercian en ellas el cargo de primeras autoridades. A pesar de los muchos esfuerzos que hicieron los enviados de Navarra para persuadir á Verástegui y Valdespina la utilidad que resultaria á la causa carlista de los auxilios que les dieran, no pudieron recabar cosa alguna por el momento, ya fuese por aquella emulacion de gloria que siempre ha reinado entre las provincias y Navarra, ya por la ciega confianza que les animaba de verlo todo concluido pronto en favor del principio

que defendian. Verástegui dió por excusa (en parte justa) que todo aquello de que podia disponer, no alcanzaba á las necesidades de las tropas de los generales Merino y Cuevillas que cubrian las avenidas de su provincia.

Es preciso tambien decir que tanto en Alava como en Vizcaya hicieron las mayores instancias á Zumalacárregui para que se quedase á servir allí, pero lo rehusó en razon á que Verástegui y Valdespina aunque solo tenian el grado de coroneles, habian confiado el mando de las armas como á sus segundos á los brigadieres don José Uranga y don Fernando Zabala; de modo que aun cuando Zumalacárregui accediese á lo que se le pedia, nunca podia aspirar sino á un cargo ó empleo inferior. A este motivo se juntaban otros que no podemos explicar cual quisiéramos; pero basta que aseguremos al lector que Zumalacárregui si bien estimaba y aun respetaba las buenas cualidades de Verástegui y Valdespina, no gustaba de tener por gefes á sus segundos.

Vueltos los cuatro comisionados al cuartel general de Iturralde, sin haber sacado de su viaje otra ventaja que el exámen que Zumalacárregui pudo hacer del estado político y militar de las tres provincias vascongadas pronunciadas por el señor don Cárlos, se abrieron nuevas discusiones entre los principales sugetos militares y paisanos que se hallaban allí, y sin recatarse de lo que decian y hacian, convinieron en que se debia persuadir á Iturralde cediese el mando á Zumalacárregui como oficial de mayor graduacion. La prudencia que emplearon entonces

los que lo proponian, hizo que Iturralde se desentendiese de ello hasta dar lugar á que se lo recordase un dia el comandante don Juan Manuel Sarasa en la plaza pública de la villa de Arroniz en presencia de toda la tropa. Contra la superior graduacion de Zumalacárregui alegó Iturralde su mayor antigüedad en las filas carlistas; mas á eso le contestaron á la vez varias personas, que este mérito don Cárlos se lo recompensaria; pero que por entonces era menester sacrificar el bien individual al interés comun de la causa, el cual exigia segun el modo de ver las cosas, que Zumalacárregui reputado por uno de los gefes de mayor capacidad del ejército español, tomase el mando de las armas carlistas de Navarra.

Despues de estas públicas contestaciones, todavía se negaba Iturralde á condescender con lo que se le demandara, aunque sostenido únicamente del voto y consejo particular del presbítero beneficiado de los Arcos don Juan Echevarría, quien habiéndose unido al principio con el general don Santos Ladron, se asoció despues de la prision de este con Iturralde, y desde entonces formaron entre ambos una especie de alianza con el mezquino fin de sostenerse mútuamente y conservar los empleos ó cargos que se apropiaron. Las funciones del de Iturralde eran justas y necesarias, mas no nos es fácil dar exacta razon de las verdaderas atribuciones del de Echevarría, á menos que no vayamos á buscarlas en el empleo de Qüestor de la república romana.

Creidos Iturralde y su cólega que la resolucion que se acordase por pluralidad les seria favorable,

convinieron despues de varios debates en que el asunto de cesion del mando se sometiese á una junta compuesta de todos los gefes y capitanes, y habiendose verificado esto y decidido en ella por unanimidad que lo tomase Zumalacárregui, volvió Iturralde á obstinarse en no cederlo.

Al llegar á este punto, Zumalacárregui queriendo evitar las consecuencias que pudieran resultar de tales competencias contra la causa carlista, se preparó á partir para Vitoria con ánimo de admitir la oferta que le habian hecho de colocarle en aquellos batallones; mas al momento que lo supieron los principales gefes, oficiales y personas de distincion, acudieron á evitarlo; y encontrando á Zumalacárregui en el acto de ir á montar á caballo, le obligaron á subir otra vez á su alojamiento, prometiéndole poner por si mismos pronto remedio á todo, sin alterar en lo mas mínimo el órden: y hé aquí como lo verificaron.

Detenido Zumalacárregui de la manera que decimos, los oficiales carlistas fueron á formar sus compañías á los barrios donde se hallaba su gente alojada, y en seguida las llevaron al campo llamado los Llanos, situado entre el Ega y la ciudad. Cuando toda la fuerza estaba allí reunida, el comandante don Juan Manuel Sarasa, reconocido por la tropa como segundo de Iturralde, desenvainó su espada y en alta voz (despues de mandar echar armas al hombro) dijo: "Voluntarios! En nombre del rey N. S. don „ Cárlos V, se reconocerá por comandante general „ interino de Navarra al coronel don Tomás Zuma- „ lacárregui." Hallándose don Cárlos lejos de Na-

varra y aun sin noticia alguna de lo que pasaba en esta parte de la España, claro es que no pudo hacer este nombramiento; pero tampoco habia hecho el de Iturralde ni el de ninguno de los otros gefes que mandaban en las demás provincias, en cuyo número se debe comprender tambien al desgraciado general don Santos Ladron. Por lo tanto, este modo de conferir los mandos en circunstancias semejantes puede mirarse como uno de los actos mas solemnes, especialmente cuando recaen en personas que de antiguo gozan de una graduacion superior en la milicia.

Antes de envainar Sarasa su espada, ordenó á uno de los capitanes que fuese con su compañía á la puerta del alojamiento de Iturralde; que relevase su guardia y que tanto á este como á don Juan Echevarría (porque ambos se alojaban juntos) no les permitiese salir sin prévio mandato del nuevo comandante general, á cuya disposicion quedaban. Verificado esto sin la menor contradiccion ni cosa digna de notarse, Zumalacárregui apareció al frente de la tropa, la mandó segun el uso descansar sobre las armas y se dió á conocer de todos pasándoles revista. Despues hizo que se formasen en varios círculos los batallones, y puesto en medio, se entretuvo largo rato con los soldados. Lo que les dijo en esta ocasion dará una idea bastante marcada de su carácter.

El general don Santos Ladron, lo mismo que el comandante Iturralde, con el fin de atraer voluntarios á las armas, tenian establecido el dar dos reales de vellon diarios por razon de paga á cada soldado. En los principios, como el número era muy limita-

do, podia ser fácil el satisfacerselos por escasos que fuesen los recursos; mas despues de formarse batallones, la cosa cambiaba bastante de aspecto. De todos modos, Iturralde hasta el momento presente habia pagado lo de costumbre á la tropa con el producto de algunos fondos pertenecientes al Estado que al tiempo de estallar la guerra existian en poder de varios administradores subalternos. Sin embargo estos recursos se habian apurado ó estaban en vísperas de apurarse, y Zumalacárregui que no alcanzaba todavía el medio de hacerse con otros y que además veía engrosar por momentos la fuerza, aprovechó este instante para decir á los soldados "Voluntarios: „ Desde mañana es imposible daros los dos reales „ de prest como se ha hecho hasta hoy. La escasez „ que tenemos de fondos no permite hacer por vos- „ otros todo aquello que quisiéramos. Los únicos „ recursos con que contamos para proseguir la „ guerra, son los que ofrece el país, y de estos la „ mayor parte se han consumido ya. Por lo tanto, os „ hago saber que en lo sucesivo no se dará de paga „ mas que un real de vellon diario en vez de los „ dos que se os tenian prometidos; y en esta misma „ proporcion se satisfará el sueldo á todas las otras „ clases. Si despues del arreglo que procuraremos „ introducir y de nuestras diligencias, adquiriésemos „ mayores fondos, debeis esperar que se os aumen- „ tará la paga; mas por ahora es preciso renunciar „ á los dos reales diarios."

Al terminar estas últimas palabras Zumalacárregui cambió el tono de voz imperioso y resuelto con que se lo anunciaba, y usando de otro mas fraternal

y afectuoso, continuó instruyéndolos de la manera de cuidar sus armas, á fin de conseguir tenerlas mas fácilmente en buen estado; despues les habló de la constancia con que una vez decididos por la causa de don Cárlos y de la Religion debian defenderla; y finalmente trató de inculcar en sus ánimos cuán difícil era llegar á obtener el objeto que se proponian, sin pasar antes por las fatigas, hambres, peligros y todas aquellas privaciones que esperan al valeroso soldado para alcanzar la gloria á que aspira.

Aun cuando quisiéramos detenernos á examinar cuidadosamente la historia, difícilmente hallaríamos un ejemplo que sirviese de norma á lo que acabamos de referir: por el contrario vemos á Alejandro de Macedonia prometiendo ya las riquezas que encerraba Tiro, ya los despojos de los persas para estimular el ardor de sus soldados: á Dionisio de Siracusa y á Julio César aumentando la paga de los suyos en unas circunstancias en que necesitaban su crédito y poder; y viniendo desde los antiguos á los modernos, vemos tambien á Napoleon mostrar á los republicanos franceses de lo alto de los Alpes la Italia como el mejor remedio de las grandes necesidades que experimentaban.

Ahora bien; pues si tan grandes y excelsos capitanes juzgaron necesario excitar la codicia del soldado, ora ganándole por larguezas, ora lisonjeando sus esperanzas para conducirle mejor á las árduas empresas, ¿por qué nosotros al hacer mencion de estos hechos tan opuestos á la conducta que en la ocasion presente tuvo Zumalacárregui, dejaremos de llamar

la atencion sobre ella? Sin que obste el que aquellos se hallaban á la cabeza de legiones numerosas mientras Zumalacárregui solo tenia un puñado de hombres, merecen meditarse bien el modo como este llegó al mando, los sucesos recientes, las circuntancias de su posicion en medio de unos hombres generosos si, es mucha verdad, pero en su mayor parte rústicos labradores, incapaces aun de las ideas grandes á causa de su juventud y falta de instruccion, sin lazo alguno todavía de disciplina, ignorantes de los deberes que impone la subordinacion, y todo esto envuelto en una guerra civil que por cierto es muy diferente el caso de cuando sucede de nacion á nacion. Un célebre autor francés despues de explicar el desprendimiento y las demás virtudes militares que distinguian á los antiguos griegos, concluye asi: " Los tiempos y las costumbres han cambiado, por „ lo cual hoy es materia imposible el tener soldados „ sin pagar." Toda la influencia y prestigio de un Gonzalo de Córdoba no bastaron á libertarle de los insultos mas groseros de parte de sus soldados, y no por causa de una rebaja de sueldo, sino de retardo en pagárselo. Y el gran Farnesio ¡cuánto no tuvo que sufrir por un motivo semejante! La causa principal de no haber llegado los españoles á pacificar los Paises Bajos fueron segun el jurisconsulto Voot los frecuentes motines que estallaron en sus ejércitos reclamando la paga. Estos y otros ejemplos de que la historia está llena, hicieron sin duda decir á Montecúculi que el dinero no solo encanta á los espíritus mas sabios, sino que calma el furor de los mas feroces.

Pero ¿acaso Zumalacárregui obraria de la manera que lo hizo, porque seguro de la moral y decision de estos nuevos soldados no temia la sedicion? No lo pensamos asi; antes creemos que penetrado de las cualidades de la clase de milicia que iba á mandar, quiso precaverse desde el primer momento contra las consecuencias que las necesidades ó estrecheces atraerian sin duda sobre él mas adelante. Además, satisfacer religiosa y puntualmente al soldado aquello que se le promete, era en el concepto de Zumalacárregui la base para obligarle á guardar la disciplina; mas el lisonjearle con la oferta de una cosa mayor y no cumplirla, era tambien segun su modo de sentir exponerse al descrédito, á la desobediencia y aun al menosprecio de sus subordinados, los cuales comienzan á juzgar de las virtudes, poder y justicia de sus generales, por el valor y realidad de las cosas que prometen. Patente está lo mucho que Zumalacárregui se expuso por haberse servido de un momento tan crítico para anunciar á los voluntarios carlistas la reduccion de su paga, cuando todavía la mayor parte no le conocia, temia ni respetaba; pues si bien se mostraron indiferentes en la cuestion del mando (efecto del poco prestigio de Iturralde) parecia como inevitable el que al tiempo de oir que les rebajaban la mitad de la paga, prorumpiesen en alguna voz ó grito sedicioso, en cuyo caso el compromiso hubiera sido de los mas grandes. Mas á pesar de esta amenazante perspectiva todo lo quiso arrostrar Zumalacárregui á trueque de evitar en parte los males que con su larga prevision veía acercarse, mientras tantos otros, ó no los alcanzaban, ó los

creian muy lejanos. Semejante conducta respecto del primero provenía principalmente de su mismo carácter, el cual no se prestaba fácilmente á ceder en menoscabo de la disciplina. Zumalacárregui fué en los casos quizás mas delicados el verdadero antípoda de los espíritus elásticos ó contemporizadores. Mas si en esto procedia así, ya veremos tambien la prudencia, la equidad, moderacion y política, con que acto contínuo se condujo respecto á Iturralde.

Cuando la Navarra se declaró como todo el resto de España contra el usurpador Napoleon y cuando ya habia sido hecho prisionero por los franceses Mina, llamado el *estudiante* ó el *chiquito*, faltos los caudillos que antes le obedecian, de unidad y de acuerdo entre sí, se separaron cada cual por su lado y obraron independientemente. El número de los gefes que un tiempo llegó á ser extraordinario, comenzó por fin á disminuir á causa de que los mas fuertes y resueltos obligaban á los otros, ya de grado ya por fuerza, á incorporárseles y obedecerles. Por este órden vino á quedar el todo, reducido á dos facciones ó bandos. Era comandante de uno de estos don Pascual Echevarría, natural de Corella, quien aunque de poca instruccion y nada ilustre nacimiento, tenia á su favor menos latrocinios y asesinatos que el comun de tantos partidarios como por desgracia hubo en Navarra durante algunos meses de anarquía. Esta sola cualidad habia servido á Echevarría para captarse bastantes voluntades, y tal vez consiguiera el inestimable título de restaurador del órden, si el tiempo que gastaba en comilonas, bailes, músicas y rondas galantes lo em-

pleara en hostilizar al francés. El otro bando obedecia al despues tan famoso don Francisco Espoz y Mina, quien si no en Roma cual otro Pompeyo, á lo menos en este reducido teatro de sus hazañas alcanzó el renombre de *grande*; título que si en un principio se le daba únicamente por distinguirle del primer Mina su sobrino, despues le quedó confirmado por sus insignes proezas. Excedian mas que en la mitad las fuerzas que acaudillaba Echevarría á las de Mina, cuando estando el primero en Estella, vino el segundo á alojarse en la misma ciudad: y cuéntase que no obstante la rivalidad que necesariamente deberia de existir entre los dos gefes navarros, disimulando Mina con suma maestría el alevoso intento que en su corazon abrigaba, se fué al instante que llegó á visitar á Echevarría. Este, tan incauto de suyo como ageno de lo que le esperaba, se apresuró á devolverle la visita, pero en el mismo acto que pasó el umbral de la puerta donde se alojaba Mina, fué arrestado y desarmado por su guardia. Pocas horas despues esta misma, en medio de las sombras de la noche, le condujo fuera de la poblacion y allí le pasó por las armas. Un golpe tan audaz y violento lo cometió Mina antes de haber adquirido título alguno legítimo al mando superior de Navarra, y cuando aun no tenia á sus órdenes mas que unos quinientos individuos, al paso que á la víctima le seguian mas de mil y doscientos. Incorporó Espoz entonces estos á los suyos, y viéndose gefe de la mayor fuerza, le fué fácil deshacerse de todos los otros que daban indicios de querer conservar un mando independiente. Es verdad que Mina, á fin de

exterminar del suelo navarro este gérmen de anarquía, se sirvió muchas veces de medios alevosos; mas el país considerándose bien servido, se le mostró siempre favorable. Sin embargo al comparar estos mismos vecinos de Estella que veinte y tres años antes habian visto en su ciudad la escena trágica que referimos y otras ejecuciones sangrientas que subsiguieron, con el suceso presente de Zumalacárregui é Iturralde, no pudieron menos de recordar que siendo el motivo uno mismo, la conducta de los hombres de aquella época se diferenciaba bastante de la de los de ahora á pesar de su grande afinidad. Pero donde mas creció la admiracion de los ancianos de Estella fué cuando al dejar Zumalacárregui este pueblo vieron que daba el segundo lugar al depuesto Iturralde, al paso que Sarasa, que antes lo tenia, bajaba á otro inferior con visible satisfaccion suya; probando asi que en todo cuanto hizo en favor de Zumalacárregui, no le guió otra mira que el interés de la causa que defendia.

Aun despues de hechas todas estas cosas la cuestion del mando no se hallaba definitivamente resuelta. Al nuevo comandante general solo se le habia conferido interinamente y hasta tanto que se presentase á reclamarlo el coronel don Francisco Benito Eraso. Este gefe que al declararse por la causa del señor don Cárlos, residia en los valles del alto Pirineo, habiendo sido atacado súbitamente en su salud, viéndose falto de fuerza armada que lo custodiase y de lugar seguro donde dedicarse á su curacion, tuvo necesidad de entrar en el territorio francés. La policía de este reino, siempre oficiosa con-

tra los carlistas, se apoderó presto de su persona y le condujo con escolta al interior. El motivo de reservar el mando á Eraso los mismos que se le dieron á Zumalacárregui, provino de que los mas de ellos suponian que aquel habia obtenido con anterioridad á los sucesos una especial autorizacion del hermano de Fernando VII para el presente caso. Afortunadamente para la causa carlista, luego que tales cosas pasaron en Estella, Eraso restablecido de su mal habia burlado la vigilancia francesa, atravesado la frontera y venido al sitio donde estaba Zumalacárregui. Entonces este, con arreglo á lo convenido, le quiso entregar el mando, ofreciéndose al propio tiempo á servir á sus órdenes supuesto que los dos tenian igual graduacion; pero Eraso, mirando las cosas bajo otro aspecto que Iturralde, se negó formalmente á recibirlo. Largo rato lucharon con generosa porfia los dos coroneles á presencia del mismo Iturralde, á quien parecia haberse propuesto dar una leccion. Por fin Eraso puso á esto un término glorioso para él; porque no obstante contar entonces en favor suyo todas las simpatías del pais y de la gente armada, ejecutó una accion poco comun en casos semejantes cuando escribió, firmó y comunicó por sí mismo una órden redactada en estos términos: " Convencido de lo mucho que interesa al mejor „ servicio del Rey N. S. don Cárlos V el que con„ tinúe en el mando de comandante general de este „ reino de Navarra don Tomás Zumalacárregui, or„ deno á las tropas le reconozcan como tal y que „ me tengan á mí como á su segundo. — Francisco „ Benito Eraso. "

En este tiempo contaba Eraso cuarenta años de edad: su talla era aventajada, pero de poca corpulencia: á pié y á caballo andaba por lo regular un poco encorvado: tez morena, ojos y cabellos negros, y en lo general su fisonomía se presentaba noble y franca. Cortés, sociable y de modales mas finos y modestos que los que suelen verse en los hombres educados para las campañas; soportaba el trabajo y la fatiga hasta donde otro cualquiera. Esto causaba á la verdad admiracion, porque Eraso no se hallaba dotado de buena salud. Sin embargo jamás, ni aun en los mayores peligros, se conoció que su corazon se rindiese á la tristeza. Al comenzar la guerra residia en el pueblo de Garinoain del cual era natural estando reputado como uno de sus primeros propietarios. En el año de 1822 Eraso habia sido uno de los agentes mas activos contra el sistema constitucional: en dos ó tres viajes que el año anterior habia hecho á Madrid con el objeto de hablar á Fernando VII, probó tanta osadía como habilidad, y á tales antecedentes debió el que despues se le nombrase vocal de la junta gubernativa que se creó por aquella época en Navarra. Restablecido el Rey en su trono, antes de regresar Eraso á su casa, obtuvo del Gobierno varias distinciones honoríficas, y movido de su amor por la causa realista admitió el empleo de comandante de voluntarios. Esta coincidencia hizo que estuviese en la frontera francesa cuando en el año de 1830 asomó por ella el invasor don Joaquin De-Pablo, mas conocido por Chapalangarra, teniente de Espoz y Mina, y uno de los mas hábiles gefes de la España militar moderna. En

una tentativa que De-Pablo empeñó en el pueblo de Valcarlos, quedó muerto en el campo, y como Eraso era el comandante de los que le vencieron, Fernando VII le concedió en recompensa el empleo de coronel de infantería. Muy pocos dias despues habiendo pensado la diputacion de Navarra crear un cuerpo de mil naturales para auxiliar á las tropas del Rey contra los revolucionarios que amagaban desde Francia, propuso para gefe á Eraso y el Gobierno lo confirmó.

Dos años mas tarde y cuando las cosas ya casi tocaban á la época de los levantamientos, el cuerpo creado con el nombre de brigada, compuesto de dos batallones, fué disuelto. Los soldados que habian servido en él, aunque licenciados, conservaron un afecto ó simpatía marcada á su antiguo gefe, y siguiendo su ejemplo se habian venido muchos á unir á las filas carlistas, en las que componian la porcion mas escogida. Semejante circunstancia pone de manifiesto cuan necesario era que la eleccion de Zumalacárregui quedase confirmada por el voto de Eraso. Verificado así no se sabe que admirar mas en este último, si su propia abnegacion, ó su rectitud y equidad en el modo de juzgar respecto á los talentos y virtudes de Zumalacárregui, así como su íntima conviccion de lo indispensable que era poner en manos de este la fuerza y la autoridad.

Arreglado definitivamente lo relativo al mando, se pensó en la parte administrativa y civil. La guerra de España contra Napoleon habia dado orígen á unas corporaciones que bajo el nombre de *Juntas* se formaron entonces en cada provincia de los patriotas mas

recomendables por su decision, conducta religiosa, talento y conocimientos prácticos en las cosas de su respectivo país. Por este estilo, cuando empezó la lucha contra el sistema constitucional, Navarra formó una, de la cual fué Eraso miembro, segun hemos dicho ya. La falta de comunicacion con el Soberano en la época á que nos referimos, aconsejaba la institucion de una autoridad auxiliadora, cuyas funciones sin atar demasiado las manos á la militar, contribuyese á aligerarla de una parte de la responsabilidad que podria hacérsela un dia, y compartir los trabajos y fatigas materiales, á que no era fácil dedicarse con la necesaria solicitud durante una guerra cuya existencia pendia esencialmente de la celeridad de los movimientos.

Acordes pues Zumalacárregui y Eraso en el establecimiento de una junta, examinaron las cualidades de los principales sugetos que existian entre los carlistas, y hallaron aptos para componerla á don Joaquin de Marichalár, á don Martin Luis de Echevarría y al presbítero beneficiado don Juan Echevarría, á quien Zumalacárregui quiso dar en ello una prueba de confianza, no obstante la manera con que se condujo durante las altercaciones sobre el mando. Pero deseando que los miembros de la Junta fuesen cinco, se invitó á don Juan Crisóstomo de Vidaondo y Mendiñueta y á don Benito Diaz del Rio. Estos dos nobles letrados, sensibles al honor y á la confianza que se hacia de ellos, abandonando su casa, fortuna y familia, se presentaron inmediatamente en el campo carlista. Al título de caballeros que debian estos dos últimos y los otros dos primeros á

su nacimiento, reunian la circunstancia del prestigio, relaciones é ilustracion necesarias, tanto para corresponder al buen desempeño de sus cargos, como para dar á los pueblos una garantía de lo justa que era la defensa de la causa que libremente abrazaban.

Cerca de dos meses habian corrido desde el dia del movimiento y las provincias vascas y Castilla la Vieja presentaban ya una fuerza armada harto considerable por el número para sostener la insurreccion, cuando la Navarra detenida en su carrera por la desgracia ocurrida á don Santos Ladron, desanimada por la falta de actividad y de plan de Iturralde, igualmente que por la carestía de armas y municiones, asi como por la cuestion suscitada sobre el mando, solo ofrecia un puñado de hombres. Mas esto ocupaba poco á los gefes de Alava y Vizcaya, los cuales rodeados de tropas del país rebosaban en ilusiones á cual mas lisonjeras, fundadas en un pronto y dichoso triunfo que tenian como indefectible; mirando por lo mismo con indiferencia los progresos de sus vecinos los navarros que tenian á un costado. Sin embargo vamos á ver lo vanas que suelen ser semejantes ilusiones y cuán fácil es caer en error cuando solo se valúan los ejércitos por el número de hombres y aun de la calidad de las armas, y no por la base de su decision y disciplina, ó mas bien por el talento y la pericia de los caudillos que los gobiernan.

Cuando Zumalacárregui acababa de tomar el mando y empezaba á ocuparse en ordenar las cosas necesarias, adoptando además un sistema de guerra

defensiva, el único posible en el estado de impotencia en que se estaba, Sarsfield desde Burgos se habia trasladado con su ejército á Logroño donde se juntó con Lorenzo. Al aspecto de este amago de los cristinos los batallones de voluntarios realistas que bajo la conducta de los generales Merino y Cuevillas se hallaban, segun antes mencionamos, apostados en las Conchas de Haro, se disolvieron y dispersos tomaron individualmente el camino de sus hogares. Sarsfield que sin duda tenia noticia del espíritu de estos hombres ó que tal vez se proponia vencer sin efusion de sangre, habia hecho este movimiento de concentracion sobre Logroño como para dejar mas libre el paso á los castellanos que quisieran retirarse. Al ver los dos principales caudillos de estos, que por momentos desaparecian las fuerzas que comandaban y que su izquierda se hallaba amenazada, reunieron su caballería que no era ni numerosa en proporcion de su infantería ni muy uniforme, y abandonando á la suerte el resto, se pasaron á Castilla. Aquí siguieron por algun tiempo en el antiguo sistema ó modo de hacer la guerra, orígen de su celebridad, hasta que se resolvieron á emigrar á Portugal. Nosotros no haremos un juicio crítico de los talentos militares del respetable don Gerónimo Merino, ni de don Ignacio Cuevillas menor: los hechos del primero están consignados en la historia de España de dos épocas anteriores que justamente se reputan como las mas gloriosas para él: solo diremos de estos dos generales que si conservaron un mando bastante superior á su capacidad, fué porque no se presentó en su campo despues de haber empeñado su pala-

bra, un gefe de alta graduacion á quien se le tenia destinado.

Los voluntarios alaveses á cuyo frente estaba el brigadier Uranga, como se hallaban inmediatos á sus casas, no pudieron dejar de ser sensibles al mal ejemplo que tenian á la vista; así fué que gran parte de ellos imitaron á los castellanos. De este modo sus batallones vinieron pronto á quedar en esqueleto, rehaciéndose y completándose despues segun el celo particular que animaba á sus comandantes. Estos inesperados y rápidos acontecimientos dejaron casi al descubierto las tres provincias vascongadas, y mas especialmente la de Alava, que siendo la mas llana y la primera amenazada de la invasion, consideraba como antemural al ejército castellano concentrado sobre su frontera.

Hasta ese punto Verástegui, varon que en celo é integridad, no menos que en inteligencia de las cosas de su provincia, se aventajaba á muchos de los hombres que existian en ella, habia llenado cumplidamente los deberes que contrajo en el momento que se colocó á la cabeza de su gobierno; pero habiéndose reservado tambien el mando superior de la fuerza, viéndose con el enemigo á la puerta, se encontró confuso y no supo desempeñar el cargo de general. Al aproximarse Sarsfield á Vitoria, Verástegui desocupó precipitadamente la ciudad, y acompañado de escasa escolta, se vino á buscar á Zumalacárregui, al cual halló en el valle de Berrueza.

Es positivo que despues de haber visto Zumalacárregui en Vitoria á Verástegui formó de él un alto concepto, y muchas veces le oimos entonces elogiar

su capacidad para lo administrativo. A no ser asi, dudamos que desde el balcon de la casa que á la sazon ocupaba, le hubiera mostrado como para reconvenirle sus cuatro batallones, parte desnudos y hasta sin camisa, parte desarmados y muchos sin bayoneta en el fusil ó sin municiones; mientras que el enemigo, por un exceso de confianza ó por una gran falta de prevision se estaba apoderando de infinitos artículos dejados en la capital al tiempo de abandonarla, ó conducidos á sus casas por hombres de menos resolucion y disciplina que los que tenia allí presentes; y todo por no haberse apreciado, cual debiera, algunas observaciones que se le hicieron en la última entrevista. Por esta causa tampoco podia ahora Zumalacárregui ni libertar á Vitoria de su suerte, ni auxiliar á Verástegui, ni menos salvar los efectos militares esparcidos por la provincia; teniendo que limitarse únicamente á dar algunos acertados consejos, consejos que Verástegui pensaba poner en práctica cuando marchó, pero que al fin no lo hizo.

Esta presentacion de Verástegui á manera de un fugitivo y con el semblante abatido, en el cuartel general de Navarra, no era cosa tan pequeña que dejase de causar la sorpresa y la admiracion en la gente del país, y con mas especialidad en aquellos que pocos dias antes le habian visto en Vitoria ostentar el brillo y aun el poder propios de una autoridad casi soberana y al parecer bien afirmada. Tan inesperado cambio no disminuyó empero el celo y resolucion con que los gefes navarros trabajaban por el triunfo de su causa.

Sarsfield despues de pasar á la izquierda del

Ebro por el puente de Logroño, se dirigió por el camino de Laguardia al puerto de Peñacerrada. Esta posicion ofrecia á los carlistas alaveses grandes ventajas en el caso que quisieran defenderla, pero se contentaron con los disparos insignificantes de una partida que habian mandado de observacion; disparos que provocaron los del enemigo que les causó dos ó tres muertos, cuyos cadáveres se vieron despues de pasar los cristinos, en las cercanías de la venta llamada de Armentia. El brigadier Uranga que á la sazon se hallaba en estas inmediaciones, no atreviéndose al parecer á empeñar combate alguno parcial ni general, se retiró hácia los montes de Maestu, dejando libre el paso y aun descubiertos los flancos al general cristino, que sin otra novedad llegó con sus tropas la mañana siguiente á Vitoria. Uranga condujo entonces por medio de una marcha de flanco las fuerzas alavesas á la parte de Arlaban. Este movimiento era á la sazon el mejor y el mas militar, porque les ofrecia desde luego un doble apoyo; primero, en la calidad del terreno, todo ya quebrado de allí en adelante; y despues en la concurrencia de los batallones ó tercios de Vizcaya y Guipúzcoa, con los cuales iban á ponerse en contacto.

Al saber tal movimiento Zumalacárregui, concibió la esperanza de que Sarsfield no terminaria la invasion de las provincias vascongadas sin experimentar una gran pérdida ya que los carlistas no alcanzasen la completa victoria. Al verse algo distante del lugar en que parecia prepararse los mas serios acontecimientos, con una fuerza poco numerosa, casi

desarmada, y sin que ninguno le ofreciese su cooperacion, pensó Zumalacárregui en lo que por sí solo podria hacer, y de acuerdo con los individuos de la Junta se resolvió á marchar sobre la Ribera de Navarra. El objeto de este viaje era hacerse presente á las villas mas fértiles y ricas del país é infundir ó acrecentar por medio de esta fuerza el entusiasmo entre sus habitantes; porque el comun del pueblo en tiempo de novedades da siempre mas crédito á lo que sus ojos ven, confiando mas en esto, aunque sea poco, que en todas las noticias salidas de la boca de las personas mas respetables, por muy grande que sea su valor.

Tambien esperaba hallar en la Ribera algunas armas y caballos, contando la Junta con tomar los fondos de varios ramos del Estado que si bien de poca importancia, eran de mucho aprecio en unas circunstancias en que la penuria obligaba á echar mano de todos los arbitrios por pequeños que fuesen. El apoderarse de esto era de la mayor urgencia, pues no siempre se podria como en aquel momento, llegar hasta los lugares adonde se iba, en razon de que siendo la Ribera país llano cortado por el curso de varios rios, habria mucho riesgo en recorrerlo mientras los carlistas no tuviesen una caballería superior á la de los cristinos.

Movió Zumalacárregui su gente de la Berrueza en el momento que Verástegui salió para donde estaban los alaveses, y habiendo llegado con ella á Dicastillo, entró al dia inmediato en Miranda de Arga. Iban sus soldados rebosando en contento con la esperanza de pasar un par de dias á su placer en

Peralta, Villafranca y otras villas de las inmediaciones. Si entre los españoles se distinguen los navarros por un cúmulo de virtudes que poseen en grado eminente, sábese que no es la sobriedad su pasion dominante; con lo que podrá el lector comprender facilmente la satisfaccion con que los jóvenes soldados marcharian á la Ribera. Mas de uno se habia saboreado ya con solo la idea de lo exquisito de los frutos, la excelencia de los vinos, y la generosidad y cariño de los patrones que en aquel mismo dia los esperaban, cuando un suceso inesperado vino á robarles tan dulces ilusiones.

Zumalacárregui recibió en Miranda un oficio (y era el primero) de la diputacion de Vizcaya fechado en Bilbao cinco dias antes, por el cual le pedia su auxilio para oponerse al intento que tenia Sarsfield de dirigirse sobre aquella villa. En el tiempo que empleó el correo expedido por la diputacion hasta llegar al campo de Navarra, habian ocurrido varios acontecimientos. Cuando se despachó, el general cristino se hallaba no mas que á catorce leguas de distancia de Bilbao, y todas las noticias estaban conformes en que hacia cuatro dias se habia dirigido hácia aquella capital: de manera que Zumalacárregui suponia ya decidida entonces la cuestion de la pérdida ó conservacion de esta entre los de Sarsfield por la una parte, y por la otra entre los de Zabala, Uranga y Lardizabal que mandaban las fuerzas de las tres provincias. Pero ni esta persuasion bastante fundada, ni la consideracion de que mil y doscientos hombres, y de estos quinientos sin armas, serian un auxilio de escasa importancia con-

tra mas de ocho mil bien armados que estaban concentrados sobre Vizcaya, retrajeron á Zumalacárregui de dar el socorro que se le reclamaba: al contrario, abandonando el proyecto que tenia sobre la Ribera no obstante bastarle dos dias para ejecutarlo, se dispuso á retroceder para marchar á Vizcaya.

Como Zumalacárregui conocia profundamente la moral de los hombres que mandaba, previó desde luego el disgusto que les causaria esta contramarcha despues de haberlos conducido á las puertas de su paraiso terrenal, y temió, no una sedicion ni cosa semejante, sino que se enfriase su entusiasmo, y que todos los voluntarios naturales de la Ribera que habia en las filas, se separasen de ellas con el objeto de ver á sus familias y el justísimo pretexto de *mudarse la camisa*. Llamamos á este justo pretexto, porque cuando no se da al soldado aquello que necesita, hay que tolerar ciertas faltas que se oponen al rigor de la disciplina. Los voluntarios ribereños como estaban siempre á mayor distancia de sus casas y tenian que correr para llegar á ellas mas peligros que sus compañeros, no podian renunciar de buena voluntad á la ocasion que ahora se les presentaba. Zumalacárregui haciéndose cargo de esto y de que si marchaban á sus casas, tardarian algun tiempo en volver á incorporarse á sus compañías, causando una baja notable en la fuerza de su mando: considerando por otra parte que el conminarles con una pena cualquiera conociendo el carácter de tales hombres, sin conseguir nada, expondria neciamente su autoridad; deseando pues salvar tantos inconvenientes

como se presentaban á su vista, dirigió por primera vez á sus tropas la siguiente alocucion:

NAVARROS:

" La diputacion de Vizcaya, viendo próxima á „ perderse la villa de Bilbao, principal joya de su „ señorío, os llama á toda prisa en su socorro. La „ Vizcaya dice por el órgano de sus representantes, „ que ya sabe que sois pocos y que gran parte estais „ desarmados, pero que tambien le consta que todos „ sois valientes, entusiastas y muy decididos, y que „ vuestra sola presencia bastará para infundir en sus „ hijos el suficiente ánimo para vencer á los enemi- „ gos que la amenazan. Si despues de invocar de „ este modo vuestro auxilio, dejáseis de dárselo, se- „ riais á la verdad poco dignos de la ilustre patria „ que os vió nacer; de este suelo llamado por anto- „ nomasia el país clásico de la lealtad. Vuestros „ mismos padres al saberlo, os negarian para siem- „ pre el asiento que antes tuvisteis en su hogar. No „ es menester, Navarros, que me mostreis vuestro „ cuerpo y hasta vuestros pies, porque con harto do- „ lor os veo que estais medio desnudos y descalzos. „ ¿Pero acaso esto os privará de vencer? No lo creo. „ Bilbao es una capital rica: si la salvamos, allí „ tendreis lo necesario: la diputacion me lo prome- „ te. ¿Por qué pues tardamos en ir? Animo! volun- „ tarios, á las armas! Bien sabeis que el que socorre „ pronto, socorre dos veces. "

El comandante general.—ZUMALACÁRREGUI

No bien habia pronunciado las últimas palabras, cuando salió de entre los batallones el grito unánime de ¡á Bilbao! ¡á Bilbao! y en tal disposicion Zumalacárregui mandó desfilar. Aquella misma tarde llegaron los batallones á Villatuerta, donde los capitanes de las compañías dieron parte de que ni un solo soldado habia faltado durante la marcha. Continuóse esta al dia siguiente muy temprano, y antes de anochecer entró Zumalacárregui en Alsasua, valle de Borunda. Aunque contrariada por un fuerte temporal, esta jornada fué mas que regular.

Al paso que los carlistas navarros avanzaban al socorro de los vizcainos, huían los voluntarios de las tres provincias de la presencia de Sarsfield. Este general despues de haberse apoderado de Bilbao lo mismo que de Vitoria por el simple medio de un movimiento rápido, se detuvo algunos dias en aquella villa. Mientras tanto su vanguardia sola, fué suficiente para lanzar del país á los carlistas provincianos, quienes conducidos por sus gefes, ó mas bien faltos de quien los condujese, se replegaron desordenadamente hácia la mayor aspereza de las montañas, donde llegaron al mismo tiempo que Zumalacárregui á Alsasua. Como fragmentos que arroja el mar sobre la orilla despues de furiosa tempestad, asi aparecieron los generales Zabala y Uranga en los montes de San-Adrian, situados en aquella parte de Navarra por donde asomaban los batallones de este país. El ejército vascongado, que el dia antes contaba en Oñate de cinco á seis mil hombres, quedó reducido á algunos cientos en pocas horas, aun antes de que hubiese podido llegar el caso de disparar sus fusiles

contra el invasor. Las armas de todas clases, las municiones y los demás efectos de guerra, se veian abandonados por los pueblos y caminos. Cuatro piezas de artillería de batalla, pertenecientes á los realistas de Vitoria, se encontraron sin salida en medio de la escabrosidad de los montes de Aranzazu, y allí se quedaron á merced del enemigo. La disolucion de la fuerza carlista era tan completa que viéndose sin defensa un gran número de personas comprometidas, huyeron despavoridas y llenas de terror á Francia. Lo sensible fué que muchas de ellas eran militares y de graduacion, y este ejemplo no podia menos de causar grandes males á la causa carlista. Tal era el cuadro que presentaban las cosas en el momento que Zumalacárregui con tres mal armados batallones navarros, y uno desarmado del todo, llegaba á la Borunda.

La guerra parecia terminada de hecho, y no sin motivo lo creyeron así muchos. La situacion de los principales caudillos era esta: Merino y Cuevillas despues de recorrer, como indicamos arriba, desde un extremo al otro la Castilla con los trescientos ó pocos mas caballos que les quedaban, emigraron á Portugal. Verástegui fué del número de los que hemos dicho se fugaron á Francia. Zabala y Uranga como prácticos consumados en las montañas vasco-navarras, viéndose sin soldados, buscaron su seguridad personal en las asperezas, permaneciendo allí para mejores tiempos. Y el presidente de la diputacion de Vizcaya, marqués de Valdespina, se vino con el diputado llamado Novia á refugiarse donde estaba Zumalacárregui, habiendo hecho lo mismo poco despues el diputado Batis.

Si en el ánimo del comandante general de Navarra no hubiese existido algo de extraordinario, si en su esforzado corazon no hubiese habido algo de heróico que no tenian todos los caudillos que nombramos y otros varios que dejamos de nombrar, la lucha carlista habria sin duda terminado entonces. En efecto ¡qué diferencia tan inmensa no hay del dia en que Zumalacárregui salió de Pamplona al de su llegada á la Borunda! En el 1.°, Alava, Guipúzcoa, Vizcaya y la mayor parte de la Rioja estaban enteramente dominadas por las armas carlistas. El general Merino habia anunciado á los pueblos por medio de una proclama que nosotros vimos impresa, que se hallaba á la cabeza de veinte mil voluntarios castellanos. Aun cuando no supongamos sino un número igual á estos en las tres provincias vascongadas, resulta que cuarenta mil soldados carlistas servian de base al levantamiento y de sostén á Navarra. Mas la brillante perspectiva que aquel dia se presentaba á la vista y hacia las esperanzas de los gefes que mandaban, desapareció como una escena de teatro, quedando al descubierto, al frente y á poca distancia de su adversario los mil y quinientos hombres desuniformados, medio desnudos y mal armados que estaban á las órdenes de nuestro caudillo. Esta grande novedad, este golpe inesperado, sobre todo en Navarra, aunque no podia sorprender á un genio como el de Zumalacárregui que sabía lo que es el paisano armado y había podido examinar por sí mismo una parte de los elementos que componian el ejército carlista, era para la generalidad de los militares y del pueblo uno de aquellos acontecimientos que

los sumen en el estupor y no les permiten ni aun hablar.

Despues de la dispersion de Oñate, el terror y el desaliento penetraron, cual aire infecto, en el país navarro. Los que se pasaban á Francia llevaban por todas partes el miedo y el espanto. Su precipitada fuga habia introducido en Navarra tan funesto contagio, cuando Zumalacárregui le opuso su celo y su energía. Hablen si quieren aquellos nuestros compañeros de armas que lo presenciaron y que todavía viven: cuenten las escenas que pasaron en la venta de Alsasua y Echarri-Aranaz; y digan si entonces no se elevó Zumalacárregui á cuanto puede el hombre, y si con sus providencias, su teson y su inflexible carácter no dió la vida á lo que todos consideraban muerto.

A su serenidad y firmeza, á su solicitud y esfuerzos se debió entonces detener la total disolucion de la muchedumbre que bajo su amparo se habia guarecido. Alentados todos con su ejemplo se pensó restablecer la disciplina, haciendo que cada cual cumpliese exactamente con sus respectivos deberes. Se procedió á organizar los batallones y en pocos dias se concluyó tan necesaria operacion. El armamento recibió una considerable mejora con 500 fusiles nuevos y 30 cargas de cartuchos que entregaron las provincias de Guipúzcoa y Vizcaya. En fin, todo empezó á cambiar de aspecto, y desde entonces no hubo uno que no se sometiese gustoso á la gran superioridad de Zumalacárregui y que no obedeciese ciegamente á aquella enérgica autoridad y poder de que tan oportunamente supo revestirse. Los vecinos

de mayor importancia, y los mas interesados en los beneficios del órden por lo que tienen que perder, viendo pasar las tropas carlistas de un estado de abatimiento y desesperacion al de animacion y confianza, creyeron que sería efecto de una novedad extraordinaria, pero apenas supieron que se debia al espíritu, resolucion, actividad y firmeza de un solo hombre, volaron adonde este estaba para conocerlo. Nosotros no dudamos que los mismos habitantes de Navarra, visto lo que acababa de suceder en las provincias vascongadas, y desesperanzados de poder hacer cosa alguna útil á la causa, habrian facilitado á los generales cristinos la dominacion de su país; mas en el de penetrarse percibieron que poseian un caudillo con el talento y las virtudes necesarias para sostener la guerra, el espíritu público se reanimó, y los pueblos se prepararon á disputar la victoria á los que iban á someterlos.

Entre los que mas particularmente contribuyeron á auxiliar con mano fuerte á Zumalacárregui en la restauracion del ejército carlista vasco-navarro, merece contarse como el primero el general don Bruno Villareal, quien en medio de la confusion y desorden que reinaron en la retirada de Oñate y San-Adrian, conservó reunido y condujo por sí mismo á la Borunda el primer batallon de Alava que mandaba Zumalacárregui. Este que de mucho tiempo antes le conocia y aun profesaba particular afecto, solicitó su cooperacion, y Villareal á pesar de corresponder á distinta provincia, se prestó desde luego á apoyar con su batallon todos sus proyectos. El teniente coronel don José Vicente Amusquivar que por la huida

de Verástegui de quien era amigo, se habia quedado con cuarenta á cincuenta caballos en la llanada de Alava, se puso tambien de propia voluntad á disposicion de Zumalacárregui. Siendo los dos gefes que citamos alaveses, razon será que hagamos mencion de otros de diferente provincia, ya que son tan pocos los nombres que podemos citar con relacion á aquellos críticos momentos.

El antiguo capitan de guardias españolas don Ignacio Lardizabal, que se hallaba entonces á la cabeza de los voluntarios carlistas de Guipúzcoa, aunque habia participado de todas las alarmas de las tropas mandadas por los generales Zabala y Uranga, consiguió conservar reunidos como mil hombres guipúzcoanos, con los que ocupaba en la ocasion presente las villas de Segura y Cegama contiguas á la Borunda. Hombre sin ninguna clase de ambicion, de mucha probidad, y franco en su carácter hasta la rudeza, no tenia Lardizabal aptitud para el mando, y con sesenta años de edad fué bastante discreto para poner su gente á disposicion de Zumalacárregui su compatriota. Es necesario añadir que Lardizabal era el único militar de graduacion que apareció en su provincia, y por esta razon conservó hasta entonces un mando que deseaba descargar sobre otros hombros. Ultimamente como guipúzcoano, citaremos tambien á don José Francisco Alzáa, comandante de voluntarios realistas de Oñate, que se encargó de diferentes comisiones á fin de resucitar el entusiasmo de su provincia.

Impelidas del ejemplo de firmeza y de constancia que Zumalacárregui les daba, las diputacio-

nes de Vizcaya y Guipúzcoa que se alojaban en el mismo lugar que el general navarro, se reunieron con los que componian la junta de Navarra, y de mancomun acordaron conferirle el mando en gefe de las fuerzas vasco-navarras, fundándose en la necesidad de la unidad de mando (1). Zumalacárregui que, perdidas Vitoria y Bilbao é invadidas las provincias no veia ya de donde sacar los recursos necesarios, y considerando que un mando mayor ofrece tambien mayores atenciones, se desentendió del nombramiento, pero instó fuertemente para que las Provincias juntasen otra vez todas las fuerzas útiles posibles, y sostuviesen la guerra aun cuando solo fuese por el medio de partidas de guerrilla. Sobre este punto tuvo varias conferencias con el marqués de Valdespina y sus cólegas, á los cuales ofreció su apoyo y efectivamente se le dió como despues veremos.

Pareciendo al Gobierno de Madrid que Sarsfield caminaba con demasiada lentitud, le confirió el vireinato de Navarra que se hallaba vacante, nombrando para que le reemplazase en el mando del ejército á don Gerónimo Valdés. El dar un sucesor á Sarsfield durante el largo tiempo que permaneció en la inaccion en Burgos, pudiera de algun modo justificarse, mas en el momento presente no era corresponder á la actividad y prudencia con que maniobraba. Sin embargo diremos que si este general cuyos talentos militares han sido dignos de fijar la atencion de la España, hubiese comenzado sus operaciones como pu-

(1) Véanse los números 2 y 3 de los documentos justificativos.

do, unos veinte dias antes, acaso no hubiese durado mas de este tiempo la guerra de Navarra y de las provincias vascongadas.

No teniendo Zumalacárregui noticias de la verdadera posicion y operaciones del ejército cristino, se propuso hacer un reconocimiento con su gente trasladándose de Echarri-Aranaz á Ataun, lugar perteneciente á Guipúzcoa. A su llegada, un parte interceptado, dirigido por Lorenzo á los maestros de postas de Vergara á Tolosa, le informó que este general habia entrado la noche precedente en Mondragon, y que le seguia de cerca el nuevo general en gefe don Gerónimo Valdés. Zumalacárregui se persuadió entonces de que los cristinos se encaminaban hácia la llanada de Alava con intencion de penetrar en Navarra por la barranca de Borunda, y apresuradamente regresó á la parte de Echarri-Aranaz.

Sucedió en efecto lo que habia previsto el gefe carlista. Despues de dejar gruesas guarniciones en Vitoria y Bilbao, y recorrer con sus huestes toda la extension del territorio provinciano recogiendo de los pueblos cuantas armas pudieron, Valdés y Sarsfield juntos avanzaron hácia Navarra en la segura confianza de que tampoco aquí encontrarían la menor resistencia. Entre tanto Zumalacárregui reunia tres mil hombres navarros, alaveses y guipúzcoanos con ánimo de hacerles frente. Con este fin, despues de un escrupuloso reconocimiento del país se situó en el espeso bosque que hay entre los pueblos de Bacaicoa y Echarri-Aranaz, y por medio del cual atraviesa la calzada que desde Vitoria conduce á Pamplona, cuyos flancos están apoyados de una

parte en la subida de la sierra Urbasa y de otra en el rio Araquil. La copiosa lluvia que sobrevino la víspera del dia señalado para la batalla y continuó toda la noche y mañana siguiente, obligó á los carlistas á abandonar su proyecto; pues conocieron que al paso que Valdés podia sacar fruto aun con este temporal, de los poderosos auxiliares de la artillería y caballería, Zumalacárregui tenia que dejar de hacer resistencia desde el momento que los fusiles de su infantería (la mayor parte hasta sin bayonetas) quedasen inutilizados con el agua y nieve que caian en abundancia.

Sin embargo los carlistas esperaron hasta tanto que tuvieron casi encima á los cristinos: entonces comenzaron pausadamente su retirada por el camino real. Al llegar al pueblo de Irañeta, situado al pie del monte Aralár, llamó Zumalacárregui á los comandantes del tercer batallon de Navarra don Felix Ichaso y don Casimiro Ilzarbe, y les mandó que con este cuerpo atravesasen aquel monte al amanecer del dia inmediato, pasándose á Guipúzcoa donde se encontrarian con las fuerzas de don Ignacio Lardizabal. A este gefe se le habia dado el encargo de acompañar á Vizcaya la diputacion de esta provincia; mas como para ello fuese necesaria alguna tropa, Zumalacárregui envió su tercer batallon. Muchos y grandes fueron los trabajos que durante unos dias de terrible temporal sufrieron los carlistas que condujo Lardizabal á Vizcaya. Estas fatigas y no los cristinos fué lo que redujo á ciento sesenta los seiscientos veinte hombres de que constaba el tercer batallon de Navarra al apartarse de Zumalacárregui: todos los de-

más pasmados del frio y con la ropa pegada al cuerpo con tan incesante lluvia y nieve se hallaron como envarados y sin poderse mover. El mayor número se vió en la necesidad de esconderse en los caseríos de Guipúzcoa ó en los pueblos mas retirados, y ni aun asi pudieron contarse en seguro; porque los gefes cristinos mandaron partidas para que los prendiesen. Verdaderamente fué entonces un espectáculo lastimoso ver á estos hombres perseguidos sin poder servirse de sus pies y manos. Aun en medio de este estado de impotencia y de peligro ninguno hubo que quisiera aprovecharse del indulto que con mucha profusion proclamaban en estos dias los generales contrarios: lo que prueba á par que su hidalguía, su invariable constancia y su ánimo decidido á llevar adelante su resolucion primera.

Al instante que vió Valdés que los carlistas acantonados sobre la Borunda se retiraban dejándole libre el paso, dió al virey Sarsfield una parte de sus fuerzas para que le acompañasen á Pamplona, y con el resto se volvió á Salvatierra, desde donde al dia inmediato se fué á Vitoria. Zumalacárregui que retirándose por el camino real delante de Sarsfield no podia saber esta particularidad, asi que llegó á la vista de Irurzun, dejó el camino de Pamplona y se replegó sobre el valle de Ollo. Como continuaba siempre nevando copiosamente, no le fué posible permanecer segun pensaba en las alturas mas cercanas al portillo de Osquia; por lo que descendió á los pueblos de aquel valle con la tropa, dejando allí á sus ayudantes don Pablo Sanz y don Dámaso Berdiel para observar con el anteojo los movimientos y

fuerza de los enemigos. Mientras estos oficiales seguian con la vista desde aquel sitio la marcha de esta tropa y se admiraban de verla tan escasa, observaron otros que la guarnicion de Pamplona habia hecho una salida, viniendo al encuentro del nuevo virey con unos mil hombres. Esto hacia ver que las disposiciones acordadas de antemano por los generales cristinos para emprender su movimiento, estaban concertadas con la mayor prudencia y sabiduría.

Zumalacárregui al retirarse hácia el centro de la provincia con los tres batallones navarros que le quedaban, despues de destacar el tercero, dejó de un lado á los guipúzcoanos que debian ir con este á la expedicion de Vizcaya, y del otro á los alaveses que tomaron la direccion de la sierra Urbasa para situarse en la parte de Contrasta: de este modo el comandante general de Navarra que estudiaba con sumo interés el medio de no sobrecargar demasiado á los pueblos, se vino á las inmediaciones de Estella, y distribuyó su gente en aquellos lugares. En los tres dias que permaneció asi, sucedió la anécdota que vamos á contar.

Hallábase alojado Zumalacárregui en el lugarcito llamado Zabal que no tenia mas de cuatro casas. Como la estacion no era la mas propia para que el soldado estuviese al descubierto, habia dispuesto que se repartiesen las fuerzas entre otros pueblos que si bien todos de corto vecindario, estaban á muy poca distancia. Unicamente quedaron donde se alojaba Zumalacárregui algunos de sus ayudantes y como unos quince ó veinte hombres para darle la guardia. Sabido es que lo large de las noches de mediados de

Diciembre fué siempre favorable al enemigo que ha concebido de antemano el designio de intentar una sorpresa. El alba parecia al general carlista tardar mas de lo regular, y lo agitado del sueño ó su impaciencia misma le persuadieron de que los cristinos tuviesen en efecto la intencion de sorprenderle. Asi que, no confiando bastante en los medios de vigilancia y de precaucion extraordinarios que generalmente empleaba, habiendo sentido á lo lejos un ruido semejante al trotar de los caballos, se arrojó de la cama, y en el estado de desnudez en que entonces se hallaba, bajó la escalera, corrió á la puerta de la entrada de la casa y quiso arrebatar el fusil al centinela para oponerse á los que él consideraba enemigos. El centinela aunque le conoció, con grande entereza le dijo aparándole un poco con la mano. "Mi general, déjeme usted mi fusil, que yo sabré cumplir con mi deber." Tres dias justamente hacia que este voluntario habia venido á unirse á los carlistas: y aun no presentaba otra insignia de su nueva profesion que el fusil; pues ni aun cartuchera tenia, y para que fuese singular en todo, llevaba enteramente desnuda la cabeza. Los caballos que á una gran distancia habia Zumalacárregui sentido venir, aparecieron efectivamente de allí á poco á su puerta; mas viendo que eran de los que andaban durante la noche por los pueblos reuniendo raciones para su gente, todo volvió á su anterior sosiego. El centinela recibió en el acto la recompensa que merecian su lealtad y presencia de ánimo. Lo ocurrido con Zumalacárregui en esta ocasion nos recuerda lo que refiere un autor español, célebre entre

los contemporáneos, en la vida que ha escrito del gran capitan don Gonzalo de Córdoba. Dice pues, que cuando este héroe tenia puesto sitio á una fortaleza de la isla de Cefalonia defendida por los turcos, muchas veces estando todavía dormido se le veía alzarse del lecho y dar voces á los suyos para que acudiesen á repeler á los enemigos: y añade que á esto debieron mas de una vez los españoles el no ser sorprendidos.

Luego que Sarsfield tomó posesion de su nuevo mando, determinó marchar en persona al encuentro de los carlistas navarros, formando al efecto una columna de todas las fuerzas de que podia disponer. Con ella salió de Pamplona á los cinco ó seis dias de su entrada en esta capital, y se vino á pernoctar á Puente la Reina. Zumalacárregui ocupaba entonces á Dicastillo, villa del valle de la Solana, situada en las vertientes del Montejurra hácia la parte del mediodia; y suponiendo á su adversario una fuerza inferior á la que realmente traía, se resolvió á esperarle, colocando sus soldados en unas excelentes posiciones entre el mismo Dicastillo y otra villa llamada Morentin. Allí permanecieron los carlistas todo el dia siguiente al de la llegada de Sarsfield á Puente la Reina; pero este general, en vez de venir por el camino mas corto á encontrarse con ellos, se dirigió á Estella donde entró con su tropa. Entonces Zumalacárregui volvió con la suya á los pueblos de la Solana. Durante el curso de la noche se pasó al campo carlista el sargento del cuerpo de carabineros de costas y fronteras Hilario Janariz, que siendo realista y navarro aprovechó la ocasion que se le presentaba en

Estella para separarse de la columna de Sarsfield. Por este sugeto, que no carecia de disposicion, fué informado Zumalacárregui del número y calidad de la fuerza que acompañaba al general cristino, con cuyas noticias quedó convencido de que habia penetrado las intenciones de este viniéndose á Estella.

Zumalacárregui, temiendo ser envuelto si era atacado en las posiciones del Montejurra, juntó al amanecer sus batallones y con ellos se dirigió inmediatamente hácia Lárraga; por cuyo punto pasó el Arga y se fué á Artajona donde alojó su tropa. Con esta marcha rápida se persuadió que ya estaba á bastante distancia de Sarsfield para poder sin mucho trabajo ni dificultad ganar la parte de Lumbier, país que por ser de los mas escarpados, le ofrecia mayor seguridad y apoyo. Zumalacárregui recurria á este auxiliar como el único para resistir á la superioridad de Sarsfield. Este general al rayar el alba se habia dirigido hácia la Solana esperando encontrar allí á los carlistas; pero habiendo sabido su salida y direccion, tomó al momento la de Puente la Reina, en cuya villa entró poco antes de anochecer. Como la distancia á Artajona no era mas que de hora y media, no tardó Zumalacárregui en saberlo, y creyendo que Sarsfield tenia, segun el movimiento que acababa de hacer, la intencion de salirle al flanco izquierdo en su marcha del dia siguiente, quiso burlarle en su cálculo. Al efecto mandó reunir su gente en la plaza de Artajona con todo el silencio posible, sin sonar cornetas ni cajas para no ser sentido de los cristinos. Verificado esto, en medio de las tinieblas de la noche, comenzó á desandar lo que habia

andado durante el dia. En Lárraga se dió á la tropa una racion de aguardiente y como una hora de descanso; mas á pesar de eso, esta marcha y contramarcha son una de las cosas que hemos visto hacer con mayor trabajo al soldado. Al amanecer llegó Zumalacárregui á Dicastillo; seguíanle los batallones, pero muy poco unidos aunque presto se juntaron y se les concedió aquel descanso de que tanto necesitaban.

Sabiendo Sarsfield en Puente la Reina que los carlistas habian llegado á Artajona y alojádose para pasar la noche, asi que amaneció se fué á buscarlos. En esta villa supo por el alcalde la hora en que habia salido y la direccion que habia tomado Zumalacárregui; sacando por conclusion que despues de la grande actividad con que marchaba hacia dos dias, detrás de su adversario, le tenia á la misma distancia y en el mismo lugar que cuando comenzó su movimiento desde Pamplona. Semejante reflexion hizo conocer al general cristino, que la guerra de Navarra dirigida por un hombre como Zumalacárregui, presentaba otro carácter que el que hasta entonces habian mostrado los negocios carlistas; bajo cuyo concepto y persuadido de que esta lucha podria ser un escollo en que se estrellase mas de una reputacion militar, en vez de continuar la persecucion, se dirigió á la ciudad de Tafalla, donde confiando, como vamos á ver, la direccion de la guerra á Lorenzo, se retiró para no volver ya á salir, á la capital de su vireinato.

CAPITULO III.

Ezpeleta capitan general de Aragon. — Sus conocimientos é influencia en Navarra. — Sus esfuerzos para acabar con los carlistas. — Manda de refuerzo á Oráa con una columna de mas de mil hombres. — Importancia de las cualidades de este gefe en aquellas circunstancias. — Entusiasmo de los carlistas. — Disposiciones que precedieron á la batalla de Asarta. — Crítica sobre sus posiciones. — Orden de la batalla. — Cómo comenzó esta. — Su resultado final. — Parte dado por Lorenzo. — Los carlistas van á la Améscoa. — Descripcion de este valle. — Zumalacárregui comprende sus ventajas topográficas. — Procura interesar á los amescoanos en la causa que defiende. — Efectos del combate de Asarta. — Lorenzo y Oráa pasan de los Arcos á Puente la Reina sin hacer mérito de la proximidad en que tienen á Zumalacárregui. — Como es interpretado esto por el pueblo. — Zumalacárregui invade la Améscoa. — Desarma sus habitantes. — Cambia la opinion de estos. — Los salazencos y roncaleses los imitan. — Fortifican los cristinos varias villas. — Ventajosa posicion de Lumbier. — Abandona Zumalacárregui el proyecto que tuvo de defenderla. — Disemina por batallones sus fuerzas á la vista de los cristinos. — Persecuciones de Lorenzo y Oráa y su resultado. — Toma Zumalacárregui por capitulacion el fuerte de Orbaiceta. — Llega Valdés á Navarra y viene al encuentro de Zumalacárregui. — La Foz de Aspurz. — Combate de Huesa. — Conducta observada por Valdés con los heridos carlistas. — Providencias observadas por Zumalacárregui durante los ocho dias que estuvo en Navascues. — Sorpresa de Zubiri y Urdaniz. — Sucesos del puerto de Lizarraga.

ntonces gobernaba el Aragon, como capitan general, el conde de Ezpeleta de Beyre, propietario de consideracion entre los de la Navarra, donde á la influencia que le daba esta circunstancia, reunia el prestigio que con el título y las riquezas de la casa le trasmitió al morir como á su primogénito, su noble á la par que íntegro padre (1). Era tambien el hijo

(1) El conde de Ezpeleta de Beyre, padre del actual, capitan general que fué de los reales ejércitos y virey de Navarra, gobernó este pais varios años

navarro por afeccion, pero no obstante anteponía á toda otra causa el exacto cumplimiento de los deberes que se impuso el dia que se afilió en el bando cristino; cuyos intereses no podian menos de estar por consecuencia de este compromiso, en armonía con los suyos particulares. Con este antecedente nadie extrañará que el conde cooperase con mayor ahinco que otros á sofocar una guerra, cuyos efectos conocia mas á fondo que ninguno; pues habiendo vivido Ezpeleta durante los últimos diez años entre los navarros, penetrado de su carácter y sentimientos, estaba íntimamente persuadido de que pronunciada una vez la mayoría por el señor don Carlos, logrando organizar alguna fuerza, defenderian su causa hasta el último extremo.

Vecina la provincia de su mando al teatro de la insurreccion, su deber le prescribia observar solícito los pasos de esta, y siéndole posible, cortar su progreso; mas Ezpeleta, lejos de atenerse á eso únicamente, se anticipó sin duda á las órdenes del gobierno, cuando sin tener la fuerza necesaria para la seguridad de las plazas y fortalezas, y mucho menos para mantener la tranquilidad interior del vasto territorio que abrazaba su capitanía general, formó una columna de mil infantes y cien caballos, y la mandó adelantar hasta lo interior de Navarra bajo las órdenes del coronel don Marcelino Oráa, uno de los oficiales mas idóneos entre los que militaron

---

con suma equidad, moderacion y justicia: estas y otras virtudes que poseia en grado eminente, hicieron su memoria por siempre grata á los naturales navarros.

con Espoz y Mina en el tiempo de la guerra contra Napoleon, y quizá tambien el mas instruido en la topografía del territorio navarro.

Cuando el general Ezpeleta supo la disolucion de aquel gran armamento que existia sobre el Ebro, y tuvo noticia de que los restos se venian á refugiar á Navarra, resolvió tomar una parte mas activa en su aniquilamiento; á cuyo fin previno á Oráa pasase inmediatamente con su fuerza á la derecha del rio Aragon, juntándola á las que mandaba Sarsfield. A poco de haberlo verificado así, salió este general de Tafalla para Pamplona. Semejante retirada, emprendida cabalmente cuando con el nuevo refuerzo creian todos que proseguiria activo las operaciones, persuadió á muchos que Sarsfield habia formado desventajoso concepto acerca del resultado de estas, contra lo que entonces llamaban faccion. Tal conducta de parte del virey debió de llenar de júbilo y de esperanzas al nuevo gefe Lorenzo, á cuyo crédito y reputacion como general, hallándose todavía en mantillas, importaba menos el comprometerse á una persecucion sin tregua, mayormente cuando al parecer nada aventuraba despues de la considerable superioridad que le daba sobre sus adversarios el auxilio recibido. El principal valor de este consistia mas bien en la capacidad y experiencia del gefe (si bien Lorenzo no lo estimaria así), que en el número de los soldados que lo constituian. Nosotros podemos asegurar aquí en obsequio de la verdad y honra de Oráa, que su concurrencia á esta guerra y los consejos que tan oportunamente le suministraba Ezpeleta, no fue lo que me-

nos mortificó en aquel tiempo el espíritu de Zumalacárregui.

A proporcion que los cristinos iban engrosando sus fuerzas, se veía crecer el entusiasmo y ardor de los voluntarios navarros; de manera que la mayor parte de estos no solo pedian á gritos el combate, sino que mostraban el mayor descontento de que se dilatase, tanto que muchas veces todas las reflexiones de su general apenas eran suficientes á contener su efervescencia. Llegó por fin la ocasion en que pareció justo condescender con los deseos de esta milicia fogosa é inexperta sin exponerla á una catástrofe, ni jugar todo el porvenir y esperanzas de la causa al éxito de una sola accion.

Era el dia 29 de diciembre cuando Zumalacárregui, habiendo traido mañosamente con sus movimientos á Lorenzo y Oráa hasta el valle de Bernueza, se decidió á presentarles la batalla en las posiciones sitas entre Nazar y Asarta; posiciones accesibles por mas que no las hayan tenido por tales los que las han escogido en diversas épocas para defenderlas.

La ventaja principal (y no es poca para el género de guerra que allí se hacia) de las posiciones de Asarta sobre tantas otras defendibles de Navarra, está en la mayor dificultad para flanquearlas y envolverlas, puesto que para hacerlo, se necesita emplear mucho tiempo y no pequeñas fatigas. Esto es un motivo para que les concedamos la preferencia en varios casos, con especialidad en el presente, en el cual se trataba de poner á prueba unas tropas de cuya firmeza no habia bastante seguridad; y era por lo mismo necesario colocarlas en un sitio donde no

pudiesen ser cortadas sin percibirlo con anticipacion. Otra particularidad muy notable tienen estas posiciones; cual es, la de que todos los caminos y veredas que de allí arrancan para la parte opuesta, van á juntarse á un mismo lugar, á Santa Cruz de Campezu; circunstancia muy ventajosa para un caso de dispersion ó desórden. Ya en la guerra de la independencia habian peleado en aquel mismo sitio los soldados de Mina con desfavorable suceso: igual suerte tuvieron los de Quesada en octubre de 1822 defendiéndolo contra las tropas constitucionales: de modo que vista la preferencia que se ha dado á las posiciones de Asarta aun despues de estos dos ejemplares, se podria con fundamento decir que encierran un talisman que les atrae los combates. El mismo Zumalacárregui, indiferente á lo que se llama fatalismo, todavía se empeñó otra vez en defenderlas, como mas adelante se verá, y si bien entonces varió el órden de defensa establecido en la batalla de que vamos hablando, tampoco el éxito coronó su constancia.

Despues de amanecido el dia 29 y de reunidas las fuerzas en Asarta, dió principio el general carlista á ordenar la batalla apoyando el ala derecha en el ángulo saliente que forma en su base la llamada *peña de Asarta*, donde existen las ruinas de una antigua ermita. El centro lo colocó en el mismo pueblo, y la izquierda á la entrada del robledal que hay en el camino que va á la ermita y puente de Arquijas; próxima tambien á otras ruinas llamadas de Estemblo. Todo el frente de esta línea seria de unas mil varas, sin contar las sinuosidades y recodos que for-

ma el terreno. Esta extension se hallaba ocupada por los batallones 1.°, 2.°, 4.° y 5.° de Navarra (el último creado en el dia precedente) y por tres de Alava. Estos, y en especial el llamado de Rioja, estaban muy faltos de fuerza, pero eran mandados por dos buenos gefes, don Bruno de Villarcal y don Juan Areytio; quienes á pesar de no tener entonces Zumalacárregui mando superior sobre ellos por depender de diferente provincia, se presentaron á la primera invitacion suya en el campo de batalla, lo que no hicieron otros hallándose en igual caso. Los siete batallones compondrian el número de dos mil y quinientos hombres, inclusos cincuenta que mandó de su escolta la junta de Navarra. El armamento de toda esta fuerza era inútil en su mayor parte; la instruccion poquísima ó tal vez ninguna; y las municiones tan escasas, que por carecer los mas de canana donde guardarlas, se les dió un paquete de diez cartuchos en el momento de ir á comenzar el fuego.

Bien conocia Zumalacárregui por su experiencia en esta clase de guerra los defectos de semejante milicia; defectos que tenian que ser mayores aquí por la ignorancia en el arte militar de muchos oficiales y sargentos, cuyo mérito consistia principalmente en su valor personal, en su fidelidad y en la resuelta disposicion con que se prestaban á derramar su sangre por la causa que defendian; siendo tambien ellos los que daban la principal fuerza moral á este naciente ejército. Persuadido pues de la imposibilidad de hacer frente á todos los obstáculos que le impedian conseguir la victoria, se limitó á remediar los que creyó eran de mayor consecuencia, destinando

la inteligencia y el valor á aquellos parajes que le parecieron los mas expuestos, y promulgando con toda solemnidad, para contener á los menos fuertes ó mas medrosos, las penas correspondientes á aquel género de faltas que segun su experiencia y prevision podrian cometerse (1). Dadas que fueron las disposiciones para esperar el combate, las columnas de Lorenzo y Oráa que habian quedado la noche última entre Villamayor y Luquin, se dejaron ver á la hora de las diez de la mañana cerca del lugar de Etayo. Todavía distaban de la posicion de Asarta dos leguas, pero como el dia estaba claro y despejado, por el resplandor que arrojaban las armas se aseguraron presto los voluntarios carlistas de que no tardarian en tener al frente á sus adversarios. Entonces todo el campo lanzó un grito de alegría: "¡Animo, ánimo, muchachos! se decian los unos á otros en alta voz, ¡que ya vienen!" y en seguida cantaban y bailaban, diciendo entre sí cosas graciosas que excitaban la risa: en fin, el contento era inmoderado en la mayor parte. El lector que conozca el carácter de los naturales de Navarra verá que no hay exageracion en lo que contamos.

Cuando los dos generales cristinos se aseguraron de que los carlistas los esperaban en posicion, no dejaron al pronto de sorprenderse, aunque procuraron persuadir á sus tropas de que de aquellos que se

(1) Entre gente visuña y levantada de repente como ahora la de Navarra y las Provincias, son muy comunes en los primeros combates las voces de "¡Que nos cortan!... ¡Que viene la caballeria! etc." Voces capaces de causar un daño inmenso, porque son como un ardid de que se valen los cobardes para justificar su retirada y con los que esparcen tambien el miedo entre los que estan resueltos á mantenerse firmes.

les figuraban muchos en número, varios no tenian otras armas que un palo, cosa que como ya se ha visto no era mentira. Hallándose á conveniente distancia Lorenzo y Oráa, separaron sus columnas. La de este último, compuesta toda del regimiento 6.º ligero, se dirigió al instante contra la posicion de la derecha carlista, en la cual le esperaba el primer batallon de Navarra y la gente de la escolta de la junta, mandado todo por don José Goñi y don Francisco García. Estos dos gefes defendieron con tenacidad el puesto que se les habia confiado, y si no obstante esta firme resistencia Oráa lo ocupó, no fué negocio de un momento, ni sin sufrir antes una gran pérdida. La caballería carlista, que puesta á cubierto de los fuegos ocupaba una hondonada cerca de Nazar y tenia la órden de observar su flanco derecho en cumplimiento de las instrucciones que se le habian dado, se fué al gran trote hácia la parte de Cabredo.

Lorenzo entre tanto se habia dirigido al pueblo de Mendaza para tomar el frente de la posicion, desde donde se vino despues y atacó el centro carlista. Al principio se notó que vacilaba la gente de Lorenzo, cuya mayor parte se componia de su regimiento de Cordoba. Tal vacilacion fué causa de mandar Zumalacárregui á su izquierda que avanzase y tomase la ofensiva; pero los trescientos carabineros de guardacostas y fronteras que se adelantaron en guerrillas y como para despejar el campo á los de Lorenzo, prestaron á estos un gran servicio; porque no solo sostuvieron el combate, sino que resistieron la terrible carga de los doscientos hombres escogidos, capi-

taneados por don Tomás Tarragual, que Zumalacárregui tenia de reserva en las calles de Asarta. Estos apenas se les ordenó, hicieron una excelente salida cargando á la bayoneta á los carabineros, pero atacados de flanco por los de Oráa, se retiraron. Desde aquel momento los carlistas, no teniendo los mas un solo cartucho, abandonaron el campo sin pararse, ni aun en lo mas elevado de la posicion, á hacer ningun género de resistencia; llegando en dispersion y acosados del fuego de sus enemigos al pueblo de Santa Cruz de Campezu. Zumalacárregui pasó el puente que hay allí sobre el Arquijas; mandó detener su tropa, formó primero las compañías y despues los batallones, todo con una extremada rapidez, y en seguida se fué para Oteo.

Si la accion de Asarta no tuvo para los defensores de don Cárlos, ni aun las apariencias de la victoria, sirvió al menos para hacer entender á sus enemigos que en adelante encontrarian mas oposicion de la que esperaban. Lorenzo y Oráa triunfaron, es verdad; pero fué á costa de una pérdida que acreditaba la resolucion y el valor de los soldados de Zumalacárregui.

En el parte dirigido al virey Sarsfield, que fué interceptado por los carlistas, decia Lorenzo que habia vencido á seis mil *rebeldes*. El abultar así el número de los vencidos era sin duda uno de los resabios que nuestros militares adquirieron en los últimos tiempos haciendo la guerra en las posesiones españolas de la América; de cuyo defecto se fueron corrigiendo despues que venidos á la península se hallaron en otro teatro, donde la multitud de suce-

sos les suministraban medios de hacer gran ruido sin necesidad de mentir tan á sabiendas. Nosotros, testigos presenciales de lo que ocurrió en los campos de Asarta, podemos afirmar que las fuerzas de ambas partes, atendiendo solo al número, eran casi iguales, pero infinitamente superior la de los cristinos en todo lo demás, menos en el entusiasmo y arrojo.

Como hasta entonces se habian visto desaparecer, sin llegar el caso de un combate formal, cuerpos numerosos de realistas; cuales fueron el compuesto de cerca de veinte mil hombres concentrado en las llamadas Conchas de Haro, y el que formaban las considerables fuerzas que existian antes de la invasion cristina en las provincias vascas, resultó de la accion aunque desventajosa de Asarta, que se animaron de tal modo los carlistas de los pueblos, que en vez de disminuir sus filas como parecia consiguiente despues de una batalla perdida, engrosaron considerablemente con los muchos nuevos voluntarios que acudieron á reforzarlas. Tambien hubo oficiales que abandonaron los regimientos cristinos donde servian y se vinieron á presentar á Zumalacárregui. Todo esto prueba el influjo moral adquirido por sus armas en aquella ocasion, y que despues de la resistencia hecha en Asarta, todos en general conocieron lo que en lo sucesivo podria prometerse de semejantes defensores la causa carlista.

Los dos dias que se siguieron al combate, los tuvo Zumalacárregui de descanso en la Amézcoa. El valle de este nombre, tan célebre durante la guerra carlista, se halla situado en una especie de canal

profundo que se forma entre los altos bordes de la sierra Urbasa y otra que corre paralela á los mismos por la parte que mira al mediodia. La longitud del valle es de tres leguas; pero su latitud apenas tiene media por la parte mas ancha. El terreno forma como una planicie algo cóncava, efecto de las vertientes de las dos sierras donde está asentado. En él hay diez pueblos, de los cuales cinco corresponden á la Amézcoa alta y otros cinco á la baja; pero entre los diez apenas componen mil seiscientos habitantes. Toda la riqueza de estos consiste en el ganado vacuno que mantienen cómodamente en los montes comunes: el país les produce tambien abundancia de lentejas, algun trigo y otras cosas de menor importancia. Las Amézcoas distan tres leguas de Estella, otras tantas sobre poco mas ó menos de Salvatierra, y seis de Vitoria; á cuyos mercados semanales van con frecuencia sus moradores á traficar y buscar lo que les hace falta. Para llegar hasta su valle viniendo de cualquiera de los tres puntos que decimos, hay precisamente que atravesar algunos desfiladeros ó que pasar varios trozos de páramo. El habitante de la Amézcoa participa de lo modesto, noble y honrado del alavés su vecino, y de lo reservado, generoso y valiente del navarro. La manera espontánea y afectuosa con que recibieron y asistieron á los carlistas en esta ocasion; el vivo interés que parecian tomar en el triunfo de su causa y la idea de que la Amézcoa podia ser por su localidad el verdadero baluarte de la guerra en la merindad de Estella, inspiraron á Zumalacárregui el deseo de captarse la voluntad de sus vecinos. Publicas de-

mostraciones de deferencia y predileccion hácia ellos por una parte, por otra señaladas confianzas depositadas en varios de los particulares de mayor influencia, le facilitaron el medio de alcanzar pronto su objeto. El tiempo mostró despues lo acertado de sus previsiones y el sábio plan de su política. En fin la Amézcoa le prestó para las operaciones el mismo apoyo que una plaza de guerra, con la ventaja de no necesitar fuerza alguna para su custodia; siendo las concavidades de sus peñas y la espesura de sus bosques para los operarios y heridos carlistas un seguro refugio contra sus perseguidores.

El tiempo que los carlistas se detuvieron en la Amézcoa, lo pasaron Lorenzo y Orán con sus tropas en Asarta y Mendaza, ocupados tambien en descansar, reparar sus pérdidas, conducir á lugar mas cómodo sus heridos, y dar sepultura á los cadáveres. Concluido esto, en vez de seguir la huella de los vencidos como estos lo esperaban, se fueron los vencedores á los Arcos.

Al comenzar el año de 1834, Zumalacárregui con tres batallones navarros tomó acantonamiento en el valle de Guesalaz, al norte de Estella. A poco de haber sucedido esto, salieron los cristinos de los Arcos y se dirigieron á Puente la Reina. Como para ello era preciso pasar por cerca de donde estaban los carlistas, creyó Zumalacárregui que vendrian á buscarle, en cuya persuasion colocó su gente en las posiciones que se hallan al pie de la montaña llamada la Artesa, posiciones que calificó de ventajosísimas asi que las vió. Lorenzo y su cólega, desentendiéndose de la ventaja que les ofrecia la proximidad

de sus adversarios y la inferioridad de estos mediante á faltarles cuatro de los siete batallones vencidos en Asarta, siguieron el camino que llevaban, sin acercarse siquiera á reconocerlos. Esta indiferencia, ó lo que fuese, de los generales cristinos contribuyó poderosamente á ratificar en el vulgo la idea muy comun ya entonces, de que sus tropas aunque dueñas del campo habian salido en el último combate mas descalabradas que las de los carlistas; de suerte que el número siempre exagerado en semejantes casos de los muertos y heridos de los adversarios, resultó á su juicio confirmado por el respeto ó temor que creyeron tener Lorenzo y Oráa á sus enemigos.

Esta disposicion general de los ánimos aumentó considerablemente la fuerza moral de los carlistas; pues desde que el navarro, paisano ó militar, se llegó á persuadir que las cosas eran tal como su imaginacion las veía, la guerra echó profundas raices en su provincia. No por esto descansaba el espíritu de Zumalacárregui; antes puso mayor atencion en lo que harian los generales cristinos. Luego que estos entraron en Puente la Reina, mandaron á Pamplona sus heridos bajo la salvaguardia de una fuerte escolta, y en seguida pidieron al mismo Puente y á otros pueblos de la circunferencia todos los albañiles y carpinteros que hubiese en ellos, con mas una considerable porcion de materiales, como ladrillo, yeso y maderamen. Aprontadas todas estas cosas, empezaron á ejecutar varias obras de defensa en el convento llamado del Crucifijo.

Zumalacárregui no podia de modo alguno impedir con sus tropas esta operacion, aunque conocia

hacerse con el fin de cortarle el principal paso del Arga y de reducir el campo de sus correrías y los recursos precisos á su existencia. Como era tan facil á los cristinos, ya por la topografía del país, ya por sus numerosas fuerzas, ya por el inmenso apoyo de la importante plaza de Pamplona, levantar y conservar con mucho provecho suyo una línea de fortificaciones en las diez y seis leguas que hay desde el Ebro á aquella capital; creyó el general carlista que por lo menos neutralizaria en parte los daños con que le amenazaban, si lograba establecer el imperio de sus armas en el país colocado al norte de Pamplona, entre esta ciudad y la línea divisoria de los Pirineos. Las montañas que allí se encuentran, aunque no sean mas que rocas estériles y de difícil acceso, habian sido como la cuna y aun el principal baluarte de la guerra de los navarros, no solo contra Napoleon, sino contra los caudillos constitucionales. El no haberlo sido hasta ahora contra los cristinos consistia en que la lucha con estos comenzó con el apoyo de las provincias vascas; mas luego que ese fué destruido por las causas que hemos expuesto, Zumalacárregui y sus compañeros de armas, con la experiencia que tenian de las dos anteriores épocas, volvieron los ojos hácia estas asperezas como á su mejor refugio. De los habitantes de esta parte de la Navarra los principales son los de los valles de Ayézcoa, Salazar y Roncal, que ocupan una misma línea en lo mas elevado del Pirineo, y no obstante su proximidad á Francia, rígidos observadores de los usos y costumbres de sus antepasados, pagan escaso ó quizá ningun tributo á la industria y modas de esta nacion.

Algunos de los vecinos mas notables de los tres valles que citamos, conocidos ya por sus ideas poco monárquicas, confiados en lo quebrado de su país, no temieron declararse asi que vieron estallar la guerra civil, en favor de doña Isabel. Las autoridades cristinas de Pamplona se penetraron entonces de la importancia de los servicios que estos hombres podrian prestar, é inmediatamente acudieron á animarlos en su propósito, ya con el halago y la lisonja, ya con la esperanza de la recompensa. Asi mientras procuraban recoger el armamento que existia en el resto de Navarra, conducian el necesario á los tres valles para que sus moradores resistiesen la entrada de los carlistas. Los ayezcoanos muy pobres de bienes de fortuna y demasiado sencillos para conocer su compromiso; no sabiendo negarse á los que sobre ellos ejercian algun influjo, se decidieron á la resistencia: pero el comun de los de Salazar y Roncal, donde la ilustracion es mayor y menor la miseria, manifestaron una disposicion mas prudente ó menos decidida. Al ver esto Zumalacárregui, conociendo por lo que se hacia en Puente la Reina, las intenciones de los generales cristinos, no pudieron dejar de representársele al vivo en su mente los muchos y graves daños que podrian seguírsele si los tres valles permanecian armados; por lo que sin detenerse procedió á someterlos atrayéndolos á su causa.

No pudiendo ocultársele que al menor movimiento suyo hácia los valles acudirian los cristinos á socorrer á sus aliados, sin darles tiempo para prepararse marchó rápidamente sobre Burguete y

Espinal, adonde llegó el 16 de Enero ya muy avanzada la noche. Como su objeto era invadir en la mañana inmediata el Ayézcoa, que solo dista de allí dos horas, el paisano Azanza, vecino de Erro, reputado entre los de su clase por hombre listo y de disposicion, se anticipó algunas horas para sondear el espíritu de los ayézcoanos sus amigos. Habiendo pasado con ellos gran parte de la noche, vió la impresion que les hizo la noticia de la aproximacion de los carlistas á la frontera de su valle, y atónito de la resolucion en que estaban, regresó al sitio en que le esperaba Zumalacárregui. El juicio de Azanza dió que reir á este general, quien despreciando todo temor, asi que fué de dia tomó las disposiciones necesarias para asegurar la operacion. No bien habia sacado las tropas á formar en el llano de Ronces-valles, se comenzaron á ver varios grupos de hombres sobre una colina que sirve de barrera á la Ayézcoa, y esto bastó para que los carlistas marchasen al instante en tres columnas á buscarlos.

Todavía les faltaba la distancia de dos tiros de fusil para llegar adonde estaban los ayézcoanos, cuando estos dispararon sus armas, y sin detenerse á volver á cargarlas, echaron á correr dirigiéndose á sus pueblos; mas no contemplándose allí seguros, los abandonaron en seguida y se fueron á los bosques, llevando consigo algunos hatos de ropa. Al verlos dispersos Zumalacárregui, mandó á decirles que regresasen á sus hogares con la seguridad de que ninguno les haria daño. Al efecto dictó al entrar en las poblaciones cuantas providencias fueron necesarias, leyendo además á sus tropas una alocucion ó procla-

ma (1). Poco importaba al soldado carlista verse privado de los suministros de los ayézcoanos; lo que mas le interesaba era granjearse su voluntad y adhesion. Zumalacárregui que lo comprendia asi, no perdonó medio alguno para alcanzarlo, dándoles pruebas inequívocas de desinterés, indulgencia y afecto. Al principio dudaron los motores principales de esta mal desempeñada resistencia, de la sinceridad del perdon que se les prometia, pero habiéndose al fin convencido de que no era engaño, se volvieron todos á sus casas. En los tres ó cuatro dias que duró esto, hubo banquetes y copiosos brindis, que aunque no tan ricos y espléndidos como los que el incomparable Farnesio daba á los Walones en Flandes cuando se trataba de reconciliarlos con su soberano, iban dirigidos al mismo fin. En esta ocasion los curas párrocos como los mas notables y de mayor influencia, tuvieron el primer puesto, no por deferencia á su carácter, sino porque (¡parecerá imposible!) habian sido en la Ayézcoa los que primero se manifestaron anti-carlistas.

Conduciéndose de la manera que se ve, consiguió Zumalacárregui en pocos dias hacer un cambio tan completo, que casi se podria llamar milagroso, puesto que nada hay tan difícil como variar repentinamente la opinion de un pueblo. En consideracion á la miseria del valle no se les hizo pedido alguno extraordinario; mas se les recomendó de nuevo la perseverancia en el amor y adhesion á la causa carlista por ser la misma que habia abrazado el resto de

(1) Véase el número 4 de los documentos justificativos.

Navarra. Antes de salir de la Ayézcoa, se recogieron las armas y municiones que existian en poder de los habitantes, cuya medida no podia dejar de agradarles toda vez que los iba á libertar de los mayores compromisos. Confesarse debe aquí en obsequio de la verdad, que los ayézcoanos mientras vivió Zumalacárregui, fueron fieles observadores de lo que prometieron entonces, y si cambiaron posteriormente, efecto fué del abandono en que los carlistas los dejaron; porque los sucesores de Zumalacárregui en el mando miraron con indiferencia este rincon que si bien estéril respecto á producciones, era de un interés inmenso para las operaciones militares, y en particular para las que conviniese hacer en el alto Aragon. ¿Qué puede decirse en disculpa de esta negligencia? solo puede decirse una cosa, y es que Zumalacárregui cuidaba ante todo de prevenirse contra los acontecimientos adversos, al paso que otros, y en especial los que mas influian en las operaciones, no contaron jamás sino con una prosperidad contínua. Asi se explica el por qué los reveses que sufrian los carlistas no tenian nunca término medio.

A las armas recogidas en la Ayézcoa se juntaron las de los valles de Salazar y Roncal, cuyos habitantes las ofrecieron y entregaron con la mejor voluntad, excepto los instigadores que sin oponerse se retiraron á Francia. Este armamento sirvió para completar el que faltaba á los carlistas; pero su calidad inferior hizo le recibiesen con disgusto los soldados á quienes les tocó tanto que solo le recibieron porque les constaba la dificultad que por el pronto habia en adquirir otro.

Al saber las autoridades cristinas de Pamplona la entrada de Zumalacárregui en los valles, se incomodaron hasta lo sumo. Deseaban que las columnas volasen en su socorro; pero Lorenzo y Oráa no podian hacerlo por tener que proteger á los que trabajaban en las fortificaciones. Terminadas que fueron las de Puente, pasaron á levantar otras en Estella y los Arcos. Esta determinacion era sabia en extremo, porque entre una infinidad de ventajas les proporcionaba la de estrechar el teatro de las operaciones y los recursos á sus adversarios; la de asegurar la comunicacion desde Pamplona á Logroño, y la de poseer exclusivamente tres poblaciones importantes de Navarra. Tales habian sido las intenciones de los cristinos, pero Zumalacárregui, con el desarme y la reconciliacion de los tres valles, supo abrirse una puerta de constante socorro, con la circunstancia de ser mucho mas fácil de guardar que la que le habian cerrado. El general carlista no obstante distar mucho de ser extremadamente confiado, daba tal importancia á esta adquisicion, que públicamente decia á los oficiales, que ya no temia á sus adversarios aunque triplicasen las fuerzas.

Al dejar Zumalacárregui la Ayézcoa, descendió del Pirineo y se vino á descansar á Lumbier. En esta villa se hallaron en breve tiempo concentradas todas las fuerzas navarras, excepto el 5.° batallon que constantemente permanecia en el Baztan con los gefes Ibarrola y Sagastibelza.

La improvisa aparicion de los carlistas en Lumbier y su permanencia allí, era ya como amagar al Aragon. Esto no podia menos de inquietar á Ezpele-

ta lo mismo que á Oráa, quien todavía se consideraba como dependiente de aquel. Lorenzo que ya tenia en estado de defensa parte de las fortificaciones, despues de relevar la guarnicion que habia en ellas con las nuevas tropas que le llegaron, se apresuró á salir al encuentro de la que entonces llamaban las autoridades cristinas *orgullosa faccion.*

Fundada la villa de Lumbier sobre una eminencia poco elevada, colocada entre dos rios que aunque vadeables la mayor parte del año, le sirven de defensa, goza tambien la ventaja de contener en un corto recinto toda su poblacion, compuesta de dos mil y quinientos habitantes, entre los que no falta alguna industria y comercio. Todas estas particularidades y las excelentes retiradas que ofrece, hacen de Lumbier un interesante punto militar.

Desde el momento que Zumalacárregui ocupó la villa, pensó esperar en ella á los cristinos; mas de allí á poco empezaron á batallar en su ánimo ciertos respetos, consideraciones, y quizá tambien miras políticas, que le hicieron desistir de este proyecto. A la verdad, las ventajas de la posicion estaban á la vista, pero tambien el compromiso del vecindario era evidente. Esta última reflexion decidió al general carlista. Ya algunos gefes militares, durante las guerras que ha visto Navarra en lo que va del siglo, seducidos por la posicion de Lumbier, habian concebido la idea de defender esta villa, pero cuando llegó el caso de obrar, los detuvo siempre una especie de afeccion ó de interés por la misma.

Resuelto á abandonarla Zumalacárregui, solo aguardaba la mayor aproximacion de Lorenzo para

volver á diseminar sus fuerzas por batallones, y frustrar de este modo sus esperanzas de combate y victoria. Era el dia 24 de Enero cuando el general cristino llegó con Oráa cerca del anochecer al lugar de Nardues. Como solo dista este pueblo una hora de Lumbier, presumió el carlista que su adversario intentaria atacarle apenas amaneciese; mas antes que llegase este caso, hizo ejecutar tales movimientos, que al fin consiguió que Lorenzo, hombre mas pronto y activo para arrojarse á toda suerte de empresas, que reflexivo para salir bien de ellas, no viese al pronto en el plan de Zumalacárregui mas que el temor y la fuga.

La primera fuerza de que el general carlista se desprendió, estaba compuesta del tercer batallon de Navarra, mandado por su comandante don Felix Ichaso, oficial que fué de la guardia Real. Este, saliendo de Lumbier á media noche, pasó con el mayor silencio por junto á los puestos avanzados de los cristinos y se dirigió, atravesando una buena porcion de país llano, á Cirauqui, villa entre Puente la Reina y Estella, donde descansó varios dias sin que nadie le molestase. Tal era precisamente lo que se habia propuesto Zumalacárregui, porque este tercer batallon todavía se resentia del deplorable estado en que quedó á consecuencia de su expedicion á Vizcaya.

Al rayar el alba salió de Lumbier el primer batallon de Navarra, seguido de toda la caballería al mando de don Francisco Iturralde en direccion de Sangüesa. Pocos minutos despues marchó tambien el 4.° batallon por el camino de Nagore á las órde-

nes de su comandante don Juan Bernardo Zubiri. De suerte que únicamente quedaban en Lumbier con Zumalacárregui el 2.º batallon y la compañía de guias; pero apenas pasó una media hora, evacuó totalmente la villa y se retiró al lugar de Domeño, que por aquella parte es la primera grada para subir á la cadena principal del Pirineo. Ocupada que fué esta posicion, Zumalacárregui esperó saber el movimiento que harian los generales cristinos.

Lorenzo, á quien nunca se podrá acusar de negligente, no bien habia amanecido, tenia ya sus fuerzas sobre las armas; pero como ignoraba el paso de los de Ichaso durante la noche por la inmediacion del punto donde él estaba, puso la mayor atencion en observar el movimiento de los carlistas de Lumbier. Por eso los de Nardues supieron al instante la salida de Iturralde y Zubiri, y suponiendo sin duda que con estos iban todos, dividieron prontamente sus columnas y siguieron el alcance de los carlistas. Oráa tomó la direccion de Sangüesa y Lorenzo la de Nagore. La misma actividad, ó por mejor decir, la misma precipitacion con que este último obraba, no le permitió observar las cosas como debiera. El comandante Zubiri que, como acabamos de indicar, mandaba el 4.º batallon, era el mas práctico en el terreno por donde lo conducía; y cuando le pareció que ya tenia á su perseguidor á bastante distancia, segun la instruccion que habia recibido, hizo de manera que Lorenzo perdiese la pista; y mientras la buscaba otra vez y hacia descansar á sus soldados de las grandes fatigas que en esta ocasion sufrieran, se pasaron varios dias.

Los esfuerzos de Oráa para dar alcance á los carlistas conducidos por Iturralde, no fueron menores ni mejor recompensados que los de su cólega. Oráa é Iturralde llevaban consigo la principal fuerza de la caballería. El carlista, al cual servia esta de un grande obstáculo, se hizo á sí mismo esta reflexion. "Si nuestros infantes resisten el hambre y la „ fatiga mejor que sus adversarios, de presumir es „ que lleven igual ventaja á los suyos nuestros caba„ llos." Era, sin embargo, la necesidad mas bien que la razon la que hacia discurrir así al gefe carlista, quien viéndose algo acosado por la parte de Aragon, país que no conformaba en todo con el suyo, se refugió al valle de Roncal cuya escabrosidad es de las mayores. Oráa sin consideracion tampoco á su caballería, siguió los mismos pasos. Al ver Iturralde que ni aun el Roncal le servia de refugio, descendió de allí, entró en Lumbier, cruzó toda la Navarra y por fin se pasó á tierra de Estella. Cuando llegó aquí, hombres y caballos estaban fatigadísimos á no poder mas. Obstinado Oráa en darles alcance, pocos momentos tardó en aparecer á la vista del lugar donde aquellos se encontraban; pero el estado de su tropa era infinitamente peor que el de los perseguidos, y la caballería cristina estaba de tal manera maltratada, que fué preciso sangrarla. Dióse Oráa por vencido en cuanto á su proyecto de alcanzar á los enemigos y se paró á fin de recuperarse de tantas fatigas. A los dos dias estaban ya los carlistas en disposicion de hacer cualquiera correría, mientras los cristinos no habian aun descansado de la última.

En el tiempo que así corrian, Lorenzo trás de Zubiri y Oráa trás de Iturralde, Zumalacárregui con la fuerza que se habia reservado se vino sobre la guarnicion de la fábrica Real de Orbaiceta, situada en aquella parte del valle de Ayézcoa mas próxima á la raya de Francia. Despues del desarme de los ayézcoanos y de sus vecinos los salazencos y roncaleses, quedaba todavía en sus cercanías esta guarnicion cristina compuesta de doscientos hombres, la mayor parte carabineros de costas, quienes además de ser dueños de la comunicacion por una buena porcion de frontera, hacian contínuas correrías por la circunferencia esparciendo por ella la alarma. El edificio que servia de refugio á esta gente, era la misma fábrica de Orbaiceta, fuerte no solo por causa de la solidez de sus paredes y de la localidad que ocupa, sino tambien por las obras de defensa que se habian ejecutado últimamente. No obstante, Zumalacárregui así que las hubo bien examinado, antes de comenzar alguna operacion hostil contra ellas, mandó un parlamento al coronel Bayona comandante de la fábrica, intimándole su entrega bajo ventajosas condiciones; añadiendo que de no avenirse á ellas, era tal la resolucion con que venia, que á trueque de tomar el fuerte, sacrificaria hasta trescientos hombres. En el principio, Bayona no se decidió por nada; pero habiendo sido nuevamente mandados al fuerte los gefes carlistas don Miguel Gomez y don Juan Antonio Zaratiegui, y venido despues otros dos de los del fuerte adonde estaba Zumalacárregui, se extendieron las bases de una capitulacion, que quedó enteramente arreglada, firmada y ratifi-

cada antes de la hora de las doce de este mismo dia 27 de Enero, en que los carlistas aparecieron á la vista de la fábrica.

Nosotros no sabemos á punto fijo los motivos que pudieron influir en el ánimo del comandante Bayona para allanarse tan fácil y prontamente á firmar una capitulacion con hombres, á quienes su gobierno trataba como á unos rebeldes miserables, cortos en número y destituidos de todo humano recurso. Por otra parte, la fábrica podia resistir mucho, y dos ó tres dias eran suficientes para que llegasen en su socorro las fuerzas de Lorenzo, Oráa ú otra cualquiera superior á la sitiadora. Hasta el cielo por un órden natural podia de un instante á otro favorecerle poderosísimamente por medio de una nevada, pues nada tan incierto como el buen tiempo que en este momento hacia en lo mas elevado del Pirineo. Sin embargo, causas debia de haber bastante fuertes para que Bayona, oficial de talento y de alguna reputacion, abrazase tan luego el partido que se le propuso. ¿Serían acaso motivos de consideracion hácia las familias de diferentes empleados que contenia la fábrica? Nosotros lo ignoramos; pero el resultado fué que sin gastar un cartucho ni perder un hombre, Zumalacárregui se halló poseedor de la fábrica y dueño de doscientos excelentes fusiles; de un cañon de á cuatro de bronce y de mas de 50,000 cartuchos de fusil: todos efectos de una importancia suma para quien no tenia almacenes, ni otros recursos para continuar la guerra, que aquellos que á viva fuerza pudiera tomar á sus enemigos. Allí encontraron tambien los carlistas una gran cantidad de balerío

de cañon y varios proyectiles elaborados en la misma fábrica, sobre cuyos efectos ni los que los abandonaron, ni los que los ocuparon, pusieron la menor atencion; mas el tiempo nos hará ver cuanto sirvieron.

En honor de nuestra nacion debemos confesar aquí, que los soldados del fuerte dieron claras muestras de ser españoles cuando al ordenarles entregar las armas, lo resistieron obligando á sus oficiales á que acudiesen á Zumalacárregui, quien presentándose en seguida en el fuerte con solo una compañía, les dijo entre otras varias cosas lo que sigue: "Pues „ qué ¿os avergonzareis acaso vosotros de hacer lo „ mismo que hicieron en otros tiempos los mayores „ guerreros de Europa, cuando la fuerza, la subor„ dinacion ó el destino les contrariaba la voluntad? „ El buen soldado llena cumplidamente su deber „ con solo ejecutar fielmente lo que le ordena su ge„ fe." Despues de desarmados los cristinos, Zumalacárregui se vino con los suyos á descansar á los pueblos inmediatos que pertenecen á la Ayézcoa, cuyos habitantes le recibieron con grandes demostraciones de contento.

Cuando en vez de la noticia del exterminio de los carlistas, que por momentos estaban esperando en Pamplona, recibieron la del resultado de las operaciones de Lorenzo y Oráa, que en suma no habia sido otro que fatigar sus soldados estropeando su caballería y hacer muchas bajas en el ejército, y supieron que Zumalacárregui era dueño de la fábrica de Orbaiceta, fácil es suponer cuan sensible les sería. Y como si no les bastasen ya tantas fuerzas y recur-

sos como tenian á su disposicion, y como si tampoco fuesen suficientes el conocimiento y celo de los caudillos que dirigian las operaciones, instaron fuertemente á Valdés, general en gefe del llamado ejército del norte que á la sazon se hallaba en Vizcaya, para que fuese prontamente á poner límites al incremento y esperanzas de la *orgullosa faccion*.

No se hizo sordo Valdés á los votos de los que tanto confiaban en él, ni fué tardío en llegar á Pamplona, donde reuniendo una columna de cinco á seis mil hombres, se puso con ella inmediatamente en marcha hácia Lumbier. Zumalacárregui ocupaba á la sazon la villa con los batallones 1.° y 2.° de Navarra; las compañías de preferencia del 4.° y la de guías: en todo unos mil quinientos hombres.

A la vista ya de Valdés, Zumalacárregui comenzó su retirada hácia Domeño. El cristino, sin pararse, atravesó Lumbier y siguió la huella del carlista. Observólo Zumalacárregui y dispuso su gente en batalla para recibirlo; mas cambiando despues de propósito, continuó retirándose.

Unas dos horas mas atrás del punto en que se hallaban los carlistas, hay un boquete estrecho y de una extension como de dos tiros de fusil, al cual se da el nombre de Foz de Aspurz. Esta garganta por la que pasa el camino que dirige de Lumbier á Navascues, es de tal naturaleza, que casi solo con piedras puede defenderse. Habiendo llegado allí Zumalacárregui, distribuyó sus tropas, seguro de que si aquella misma tarde las de Valdés se atrevian á pasarla, sufririan un gran descalabro antes de conseguirlo. No era lo mas creible que se arrojasen á tal

empresa viniendo entre ellos Oráa tan buen conocedor del país, pero á veces aun el hombre mas previsor comete alguna imprudencia.

Colocadas las tropas en lugar conveniente Zumalacárregui mandó algunos oficiales y soldados de atalayas á las cumbres vecinas, pues de otro modo era imposible saber si venia ó no el enemigo. La tarde declinaba á grandes pasos: los ojos se volvian hácia todas partes, y nada se veía. Ya por fin se descubrió un pastor que venia á todo correr cargado con una piedra de forma delgada y plana, y como de pie y medio de largo. Asi que llegó á la presencia de Zumalacárregui, se descargó de su peso y le pidió que leyese lo que en la piedra estaba escrito. Hizolo el general y se encontró con un parte bastante detallado del lugar donde se habia detenido Valdés, y de cuanto habian hecho sus tropas; deduciendo de todo que la intencion del cristino era pasar la noche en el mismo sitio en que se hallaba. Sin duda el oficial que mandó al pastor con la piedra le calificó de muy corta capacidad, cuando viéndose sin lo necesario para escribir, apeló á este nuevo modo de correspondencia.

El parte decia que los cristinos quedaban acampados en una aldehuela de cuatro casas llamada Iso, distante media legua de la posicion que ocupaban los carlistas. Zumalacárregui en vista de esto se persuadió que al dia siguiente no pasaria Valdés la Foz sin destacar parte de sus fuerzas para flanquearla mediante un rodeo de dos leguas, y asegurar de este modo el paso de las restantes. Bajo ese concepto considerando ya no solo inútil, sino hasta com-

prometida su permanencia en el punto que ocupaba, se retiró á Navascues. Al llegar á esta villa acomodó bajo techo sus soldados; conveniencia que, á pesar de sus ventajas, no pudo dar el general Valdés á los suyos.

Al dia siguiente muy temprano reunió Zumalacárregui su tropa y continuó la retirada, pero como se habia propuesto combatir sobre la marcha, iba examinando las posiciones á fin de escoger la que le ofreciese la ventaja de ser con mas dificultad envuelto por sus enemigos. Apenas habria andado dos horas, cuando fijó su atencion sobre una altura casi inexpugnable, dividida por un riachuelo que desciende de Salazar, y por cuya orilla va el principal camino que dirige á este valle. Puso Zumalacárregui gente á los dos lados del camino en lo alto de la montaña, destacando la demás fuerza á otros puntos mas avanzados, como para empeñar asi mejor á los cristinos á que viniesen al paraje que deseaba. Delante de la posicion elegida existe un pueblecillo llamado Huesa, que no debia servir mas que de testigo del suceso que se preparaba.

Seria mediodia cuando las guerrillas cristinas, compuestas de carabineros de costas tan acostumbrados á recorrer montañas, dispararon sus armas contra los carlistas. Poco despues se hizo general el fuego, no solo por toda la cordillera que circunvala casi completamente á Huesa, sino hasta en el llano donde se encuentra situado este pueblo. De allí á poco, todo el combate estaba concentrado en el boquete por donde pasaba el rio y el camino de Salazar. Defendióse Zumalacárregui hasta cerca de anochecer,

causando daño considerable á los cristinos, quienes entre tanto, siendo sus reservas tan abundantes, habian tenido tiempo bastante para extender sus alas trepando elevadísimas montañas, y aproximándose al fin á los flancos carlistas. Zumalacárregui para observar los puntos por donde sucesivamente le iban amenazando, se vió precisado á esparcir demasiado sus fuerzas, lo que unido á la falta de municiones que ya experimentaban los suyos, le obligó á retirarse apenas oscureció, pero con muy escasa pérdida. En esta accion de Huesa se distinguió mucho don Antonio Baijes, natural de Cataluña, el cual aunque de ideas liberales hasta el punto de hallarse por esta causa proscripto, habia venido á presentarse á Zumalacárregui en calidad de voluntario. Algunos meses despues se retiró á Francia, y ya no volvió al ejército carlista no obstante haberle tratado su general con distincion, calificándole de hombre emprendedor y valeroso. Nada habiamos oido de Baijes hasta que pocos meses há, lo vimos citado en los periódicos como presidente de la junta revolucionaria de Barcelona, y con posterioridad leimos tambien la noticia de su fin, peleando en las calles de aquella ciudad; cuya circunstancia particular nos ha movido á hacer aquí mencion especial de su persona.

Hecho dueño Valdés del campo de batalla, dispuso lo reconociesen; y hallándose entre los heridos algunos carlistas que sus compañeros no pudieron retirar á causa de la aspereza, mostró verdaderos sentimientos de humanidad mandando fuesen conducidos al inmediato pueblo de Huesa, á cuyo párroco y regidor los recomendó para que los curasen. Este

hecho nos persuade que si Valdés hubiese continuado en el mando del ejército cristino, jamás la guerra tomára aquel carácter de barbarie á que la condujeron con una conducta bien diferente sus sucesores, Quesada, Rodil y Mina.

Tambien Valdés se hizo notar por el modo con que redactó el parte del acontecimiento de Huesa, pues en él no habia exageraciones monstruosas ni se leia el dictado de *faccion* dado á sus enemigos. Los altos é importantes empleos que este general ha desempeñado del gobierno cristino, prueban hasta la evidencia la confianza que le ha merecido, alejando toda tacha de simpatía hácia los defensores de don Cárlos; razon para que se nos crea cuando decimos que ninguno comprendió mejor que Valdés el respeto y consideracion de que eran dignos unos hombres que sostenian espontáneamente á costa de su propia sangre, una causa que creian la mas justa; y que en medio de tantas privaciones como sufrian, observaban la mas severa disciplina, y tenian una organizacion en nada inferior á la de los primeros ejércitos de Europa.

Despues del combate de Huesa, Zumalacárregui continuó su retirada, y todas las maniobras de su perseguidor para darle alcance, terminaron como las precedentes en grandes é inútiles fatigas. Estas y el que ya se comenzaba á hablar de que se le daba á Valdés un sucesor, fueron causa de que las columnas cristinas se mantuviesen algunos dias en la inaccion. Zumalacárregui los pasó en Navascues, ocupado en el arreglo de sus batallones, en tomar las disposiciones convenientes para el fomento de los

mismos, y en hacer circular por el país aquellas órdenes que segun su grande perspicacia debian ponerse en práctica para contrarestar los manejos de los cristinos.

La legítima diputacion del reino de Navarra existia en Pamplona bajo el mando del gobierno cristino. Los individuos que la componian, no solo se habian prestado á proclamar por su soberana á la augusta hija mayor de Fernando VII, sino que tambien habian dirigido su voz á los pueblos por medio de la prensa en este sentido: conducta que atendido el prestigio é influjo moral de aquella corporacion, podia producir gran efecto en la opinion del pueblo. De los siete diputados que habia, cinco á lo menos eran tan afectos al partido carlista y á los intereses del país, como los que llevaban las armas en su defensa; pero cediendo á las circunstancias del momento, servian para ejecutar lo que se les ordenaba aunque fuese opuesto á aquello mismo que creian en conciencia ser lo mas justo. Zumalacárregui profundamente persuadido de los males que podria atraer semejante condescendencia por parte de la diputacion, se apresuró á publicar un decreto declarándolos para lo sucesivo reos de lesa magestad, y haciendo al propio tiempo que oficialmente recibiesen la noticia en el mismo Pamplona donde se hallaban. No hubo necesidad de tomar mas disposiciones: esto solo bastó para el fin que se propuso; porque los mas de los diputados heridos de esta especie de anatema se abstuvieron bajo diferentes pretextos de mezclarse en todo negocio político. Nobles caballeros, cuanto respetados varones de la sociedad

pacífica, no podian dejar de ser sensibles al clamor guerrero de sus paisanos. Su edad, familia, conveniencias particulares y sistema de vida les aconsejaban no tomar parte en la dudosa cuanto terrible tormenta que se preparaba en el corazon de su patria, y cuyos tremendos rugidos les amedrentaban ya.

Si eficaz y poderoso fué el remedio de que usó Zumalacárregui contra los miembros de la diputacion, no fueron menos útiles los que empleó para sostenerse en la dificilísima posicion en que á la sazon se hallaba. Las instrucciones que por escrito y muy por extenso dió á los gefes de los batallones con el fin de impedir el mal efecto que empezaron á producir algunas voces esparcidas cautelosamente entre las filas, y la enérgica circular que pasó á las justicias prohibiéndoles dar ningun parte ni aviso verbal ni escrito á los cristinos, fueron como las piedras angulares de su futuro engrandecimiento. Esta circular pasando desde un alcalde á otro, no solo atravesó las montañas de Navarra, sino que recorrió las llanuras, penetró en el alto Aragon, y hasta llegó á manos de las justicias en cuyos pueblos habia guarnicion cristina. En la circular se prevenia firmasen al pié todos los que la recibieran, como una señal de que admitian la responsabilidad, y á pesar de esto, ninguno se negó á tan grave compromiso: de modo que al volver aquella á sus manos, Zumalacárregui no pudo menos de manifestar la mayor admiracion. Cotéjese ahora esto con la interceptacion contínua de las órdenes de los cristinos, y sáquese por consecuencia cuál era en aquellos momentos el estado moral de las masas. Zumalacárregui

perseguido, sin mas apoyo ni recursos que los que le sugeria su ingenio, ni otro medio para sustraerse de las persecuciones que la movilidad de sus voluntarios, viviendo además á costa de esos mismos pueblos que nada tenian que esperar por entonces, sino desventuras de la guerra; Zumalacárregui, decimos, era obedecido ciegamente por la sola razon de que mandaba en nombre de don Cárlos, de quien sin embargo, todavía no habia recibido la menor órden, ni sabía su paradero, ni aun siquiera si lo que hacia merecia su aprobacion; al paso que el gobierno cristino con todo el poder del Estado á su disposicion, y con medidas sangrientas, no podia conseguir el hacerse respetar.

Ocho dias contaba el general carlista de permanencia con dos de sus batallones en Navarra, cuando se vió precisado á abandonarlo á causa de la proximidad de la division de Oráa. La mente de Zumalacárregui estaba por este tiempo ocupada del proyecto de dar por sorpresa un golpe de mano á su adversario; lisonjeándose anticipadamente de que en el caso de un feliz resultado, sus voluntarios, valientes aunque visoños, no solo recibirian nuevo aliento, sino que con la vista de los prisioneros y trofeos militares que contaba podrian tomarse en la empresa, se sentirian dispuestos á ejecutar otros golpes de mayor importancia.

Por otra parte, aunque los efectos de la sorpresa no fuesen tan dañosos á los cristinos como el carlista esperaba, debia creerse que este suceso obligaria á los contrarios á tomar en adelante rigurosas medidas de precaucion contra las sorpresas, recar-

gando de noche al soldado con un servicio extraordinario, que despues del del dia no podia menos de serle muy molesto y para algunos hasta insoportable. Penetrado pues Zumalacárregui de las utilidades de su pensamiento, procedió á realizarle.

Los carlistas que el 16 de febrero habian salido de Navascues, iban retirándose el 17 desde Nagore á Zubiri. En toda la marcha no distaban sino tres ó cuatro leguas de la plaza de Pamplona, y segun todos los avisos, hácia esta parte debia de encontrarse en la noche última la division de Lorenzo. La circunstancia de ocurrir esto mientras Oráa seguia á gran paso la huella de los de Zumalacárregui, hizo creer á este general que entre los cristinos existia una combinacion; mas habiendo hallado libres el puente y pueblo de Zubiri, cesaron sus temores, pensando solo en dar aquella misma noche el golpe que meditaba.

Al salir de Zubiri, Zumalacárregui tomó el camino de Olagüe, y despues de haber andado como dos leguas, mandó detener las dos compañías de preferencia del primer batallon, las dos del segundo y la de guias, y quedándose con ellas, ordenó que el resto de la fuerza continuase la marcha en la direccion que llevaba. Con estas cinco compañías mandadas por el comandante don Francisco García y los capitanes don Fructuoso Bayona, don Cipriano Muzquiz, don Martin Senostan, don Francisco Landa y don Martin Uriz, penetró en el fondo de un bosque vecino, desde donde envió, no soldados, porque esto podia infundir sospechas, sino paisanos de la sierra que á prevencion habia hecho venir de los pueblos inmediatos para que cortasen toda comunicacion

con Zubiri y lugares contiguos. Regulando las cosas por el tiempo y la jornada que harian aquel dia los de Oráa, calculaba que estos vendrian allí á pernoctar ignorantes de su plan, ó sabiendo cuando mas, su direccion hácia Olagüe. Un hábil confidente que tenian los carlistas, hijo de estos parajes, tomó á su cargo el ver por sus mismos ojos las disposiciones de vigilancia, retenes y avanzadas que los de Oráa tomasen aquella noche; ofreciendo venir en seguida con la noticia adonde se hallaba Zumalacárregui. Efectivamente cumplió su palabra, pues á las pocas horas ya estaba de vuelta. Segun su informe, Oráa habia alojado sus tropas en Zubiri y Urdaniz, lugares de corto vecindario, pero muy inmediatos el uno del otro; mandando el destacamento de caballería que le acompañaba á una venta situada entre las dos poblaciones.

A media noche Zumalacárregui ordenó á los capitanes formar sus compañías. Reunidas estas á la luz de una docena de robles, en pié todavía, que ardian en este momento, les enteró de cuál era su proyecto y pasó despues á elegir la gente y explicar el órden con que debian ejecutarlo. El estudiante don José Amezqueta, natural de Mendigorría, que de simple voluntario llegó mas tarde á fuerza de hechos de valor hasta el grado de coronel y que por fin perdió la vida de resultas de una herida, fué en esta ocasion el que mereció ser elegido por Zumalacárregui para marchar el primero.

Una de las cinco compañías se destinó para que hiciese fuego contra el pueblo de Zubiri, donde estaba Oráa: otra para que al mismo tiempo atacase la

venta donde se alojaba la caballería; y las tres restantes habian de penetrar en las calles y casas de Urdaniz, ocupadas por quinientos á seiscientos cristinos.

La noche, que al principio era alumbrada por una clarísima luna, habiéndose esta ocultado, quedó extremadamente oscura. Entonces Zumalacárregui para evitar las terribles consecuencias que podrian resultar de esto, haciéndose mútuamente fuego sus soldados, les mandó poner la camisa sobre el vestido. Siendo tiempo de Carnaval, la inexperta cuanto alegre milicia, tomó al principio la órden como una disposicion de mascarada, y entre chanzonetas y jocosidades la ejecutó al instante: pero al fin conoció por los resultados cuán útil les fué la sabia precaucion de su general.

Arrostrando las dificultades que les oponian lo malo de los caminos y la oscuridad de la noche, cerca de las dos y media de la mañana llegó á su destino cada una de las partidas mandadas, y casi á un mismo tiempo se oyó el fuego contra Zubiri y Urdaniz. En el primero de estos puntos los cristinos se mantuvieron encerrados dentro de las casas que ocupaban; desde cuyas ventanas contestaban dirigiendo sus disparos hácia la parte donde veian salir los fogonazos. Los carlistas no tenian allí otro objeto que entretener á los cercados para que no impidiesen lo que mas resuelta y decididamente se estaba practicando en los otros dos puntos ocupados por el resto de la columna de Oráa. La caballería que se habia alojado en la venta sin tomar antes medida alguna de precaucion, no teniendo ningun medio de defen-

sa, quedó desde luego en poder de los carlistas; pero la infantería alojada en Urdaniz contra quien se dirigia mas particularmente el ataque, mostró tan tenaz resistencia que convirtió aquel sitio en un campo de batalla. Aquí, los voluntarios que iban á la cabeza se arrojaron sobre la primera avanzada y la acuchillaron: el fuego que hizo la segunda puso á todos en alarma: mas á pesar de eso, los carlistas penetraron en el piso bajo de la mayor parte de las casas, travándose seguidamente en cada escalera un reñido combate. Algunos caballos que hallaron en las cuadras, ó los mataron allí, ó los llevaron consigo. Nada mas fácil entonces á los carlistas que poner fuego á las casas y hacer perecer en ellas á sus enemigos; pero esto que tan familiar era á otros, se conciliaba mal con el principio de equidad y justicia que Zumalacárregui observó siempre en favor de los pueblos.

Como todas las ventajas de la sorpresa estaban ya alcanzadas, el general carlista hizo la señal de retirada; y despues de reunir á sus soldados, los prisioneros, caballos y armas que habian cogido á los enemigos, se dió prisa á salir de allí; suponiendo que tan luego como amaneciera y viesen los cristinos el corto número de los que validos de las tinieblas los habian acometido, harian todo lo posible por darles alcance y rescatar lo que les llevaban, vengándose además de lo que habian sufrido. Grande fué la diligencia de Zumalacárregui, mas sin embargo, al dia siguiente venian ya Lorenzo y Oráa muy cerca de su retaguardia. El carlista habia dado con anticipacion la órden de que se concentrasen la ma-

ñana de este mismo dia dos batallones navarros, un guipúzcoano y otro alavés, en el puerto de Lizárraga, y juntando aquí la fuerza que conducia, se preparó á recibir á sus adversarios. No tardaron estos en llegar hasta el pié del puerto, pero teniendo sin duda por inexpugnable la posicion, se volvieron atrás. De este modo Zumalacárregui árbitro del campo, gozó tranquilamente de un triunfo completo, el cual acrecentó inmensamente su prestigio y la gloria de las armas de don Cárlos.

CAPITULO IV.

Deseos que animan al Gobierno cristino. — Instancias del general Quesada. — Su conducta anterior. — Sus esperanzas presentes. — Obtiene el mando del ejército del norte. — Mensajes y cartas mandados por Quesada á los carlistas. — Conducta de Zumalacárregui. — Junta tenida en Lumbier. — Discurso pronunciado en ella por el autor. — Declaracion de Zumalacárregui. — Manifiesto de Lumbier. — Despecho del general cristino. — Sus primeras operaciones. — Accion de Muro. — Combate de Vitoria y Gamarra. — Expedicion de Zumalacárregui á Calahorra. — Riesgo en que se encontró en los montes de Alda. — Noticias recibidas de don Cárlos y carta autógrafa del mismo. — Mensaje de Carnicer. — Va Zumalacárregui al Baztan. — Encuentro con Quesada cerca de Alsasua. — Represalias. — Sucesos ocurridos con motivo de cuatro oficiales prisioneros en las Arcos. — Invaden los cristinos las Amézcoas. — Sorpresa de Muez. — Expedicion de Quesada al Baztan. — Zumalacárregui en Belate, Aspiroz y Borunda. — Accion de Gulina. — Los oficiales cristinos elegian públicamente la capacidad de Zumalacárregui. — Acontecimientos en Portugal. — Es nombrado Rodil para reemplazar en el mando á Quesada. — Las tropas que conduce consigo son revistadas en Madrid por la Reina viuda. — Confianza extremada de Rodil. — Se avanza hácia el teatro de la guerra. — Concentracion de fuerzas sobre Logroño. — Alocucion de Zumalacárregui á las tropas. — Singular entusiasmo que produce un NO. — Causa inesperada que detiene la operacion que habia intentado.

La inquietud habia comenzado en estos dias á apoderarse de los que tenian en sus manos el timon del Estado. Motivábalo la consistencia que tomaba la guerra en un tiempo en que el gabinete cristino se ocupaba en persuadir á las naciones extranjeras, que la España en general se mostraba satisfecha y aun contenta con las novedades introducidas. Tan lejos estaba de ser esto así, que puestos en paralelo los medios materiales de uno y otro partido y comparados sus resultados,

cualquiera habria podido desmentir lo que con tanto empeño procuraba inculcar la política de Madrid. Pero convenía á la diplomacia cristina difundir y sostener esta especie, puesto que con la apariencia de órden y de estabilidad que intentaba dar á su obra, pretendia nada menos que resolver á los Estados que se negaban á reconocer á doña Isabel como reina de España, á que desde luego lo verificasen.

En medio de estas miras políticas, fácil cosa debia de ser al general don Vicente Quesada, hombre de suma influencia por los altos cargos que desempeñaba y lo mucho que cooperó al nuevo órden de cosas, persuadir al gabinete cristino de la utilidad y ventajas que sacarian si se le autorizaba para tener como particular, una correspondencia amistosa con los caudillos de los que llamaba *rebeldes* de Navarra. En apoyo de lo que pedia, citaba Quesada el ascendiente que en otra época habia adquirido sobre todos aquellos, igualmente que las relaciones y prestigio que entonces tuvo en el mismo país que ahora servia de teatro á la guerra. Nada tan ligero ni presuntuoso como el modo de hablar Quesada al Gobierno en esta ocasion, pues le decia que el negocio de la pacificacion de Navarra, ya fuese por una transaccion, ya por via de las armas, se le debió haber confiado desde el principio, mediante á que por los antecedentes de su carrera militar estaba bastante indicado que su intervencion y crédito serían suficientes para sacar al Gabinete del apuro en que á la sazon se hallaba. Muy frágil debió de ser el cimiento sobre que se fundaron tales esperanzas, cuando tuvo el resultado que brevemente vamos á exponer.

En 1820, luego que en España se restableció el sistema constitucional, el mariscal de campo don Vicente Quesada, gobernador que era de la plaza de Santander, hizo dimision de este empleo, y poco despues se expatrió. En el tiempo de su permanencia en Francia, la junta realista española que allí existia, le nombró gefe de trescientos á cuatrocientos emigrados, la mayor parte oficiales; con cuyo número Quesada pasó la frontera, penetró en Navarra y levantó este país contra el sistema constitucional. Es innegable que los hombres que le acompañaron, eran gentes de valor y de suma importancia para el objeto que se trataba, pero ninguno de ellos dejó de confesar públicamente que el mérito principal de la empresa correspondia al general. Conseguido lo primero que se habian propuesto, Quesada dirigió la guerra con honor y aun con gloria por espacio de varios meses, que fueron los que se mantuvo á la cabeza de las tropas que él mismo habia creado y disciplinado de una manera admirable. Zumalacárregui, Iturralde, Sarasa, Gomez, Goñi y otros muchos oficiales que ahora estaban con los carlistas, pertenecieron á sus filas, y de aquí provino el conocimiento que con ellos tenia Quesada. Motivos de rivalidad ó de una desordenada ambicion, le hicieron á este abandonar el brillante lugar que ocupaba para emigrar segunda vez á Francia, donde segun parece cambió despues de ideas políticas. A lo menos la opinion pública lo acusó entonces como uno de los que querian introducir innovaciones en el antiguo sistema monárquico de la España, y aunque muchos hombres sensatos rechazaron en aquel tiem-

po semejante imputacion, la experiencia vino al cabo á confirmarla superabundantemente. Mas concretándonos á hablar de la época que mandó en Navarra, debemos decir en alabanza suya, que fué en extremo activo, incansable en el trabajo, celoso de su honor, solícito de la disciplina, desinteresado, y de tal manera severo, que en varios casos los realistas juiciosos le calificaron hasta de cruel. A pesar de tan eminentes cualidades, ora fuese por su natural dureza de corazon, ora porque su carácter siempre áspero y violento y jamás afectuoso ni familiar, se conformase poco con las costumbres del país y menos con la índole de los soldados que mandaba, es lo cierto que nunca consiguió poseer aquella profunda y constante adhesion con que siempre favorecieron los navarros á los buenos caudillos; y si las tropas le tuvieron respeto y veneracion, y los pueblos le prestaron su apoyo mientras mandaba, atribuirse debe, primero á la causa que defendia, y despues al crédito que gozaban sus gefes subalternos. De tales defectos provino tambien que cuando Quesada se retiró á Francia, pocos ó ninguno sintieron su ausencia, lo que verdaderamente no hubiera sucedido asi al haberse conducido de un modo mas popular y afectuoso.

De esperar era que esta leccion produjese alguna mudanza en su conducta ulterior; mas lejos de servirle de saludable escarmiento, Quesada prosiguió siendo brusco en su trato é impetuoso en sus resoluciones: tan difícil es al hombre vencer su genio y natural inclinacion, aunque de eso dependa su gloria é intereses particulares. Vióse comprobado de nuevo el antiguo desapacible carácter de este ge-

neral y la profunda aversion que le acarreó, en el tiempo que estuvo mandando la division compuesta de alaveses y vizcainos que en 1823 entraron en España con el ejército de Angulema. Comenzó esta campaña bajo muy malos auspicios; pues apenas tomó el mando, todos dieron muestras de estar poco satisfechos de su nombramiento. Otro mas prudente y de humor menos irascible habria triunfado á poca costa de semejante contratiempo; pero Quesada siempre iracundo y siempre dispuesto á luchar contra la corriente, se condujo de manera que lo que al principio era nada, fué despues causa de graves desavenencias.

No las olvidó jamás Quesada. De resultas de lo ocurrido entonces con algunos gefes de los alaveses y vizcainos, se nutrió su corazon de vehementes deseos de venganza, deseos que satisfizo tiempo andando en los importantes cargos con que fué agraciado. Muy distinta correspondencia esperaban de él todos los realistas que militaron á sus órdenes; pues nunca pudieron imaginarse que se convirtiese en su perjuicio aquello mismo que creyeron haria un dia su fortuna.

A lo descompuesto de sus modales, á lo poco indulgente con las faltas leves, á lo nada generoso con los desvalidos, á lo muy arbitrario en su proceder, juntaba Quesada un lenguaje tan descomedidamente desentonado, que muchas veces no satisfecho su encono con dilatar el despacho de los informes que se le pedian, no contento con diferir la administracion de justicia, la aplicacion de la gracia ó la concesion de la recompensa que pendia de su autoridad,

se propasaba al insulto. No era esto sin embargo lo que mas heria la delicadeza de los realistas: ofendiales infinitamente mas, laceraba su corazon el ver que Quesada desatendia sus méritos y servicios dando la preferencia en todo á los hombres del bando constitucional. Se indignaban al reflexionar que dispensaba mas atenciones á sus antiguos adversarios, que á los que habian hecho la guerra bajo su mando y contribuido con sus fatigas y su sangre á labrar su alta reputacion elevándole al poderoso valimiento de que á la sazon gozaba. Semejante conducta que cualquier hombre de juicio hubiera mirado como una renuncia paladina del crédito y prestigio que le granjearan sus antecedentes realistas, la entendió Quesada de diferente manera; pues llegó en su deslumbramiento á creer que la consideracion, la obediencia y el respeto que en otra época debió á algunos, eran virtudes invariables y como una obligacion sagrada hácia su persona: se persuadió que estos miramientos debieran tenersele siempre cualquiera que fuese su correspondencia y aunque cambiase de política. Duelenos tener que llevar nuestra crítica hasta este punto; pero no hemos podido dejar de hacerlo atendida la necesidad en que estamos de probar, que el general Quesada era quien menos derechos tenia á contar con la deferencia de unos hombres á quienes tanto habia lastimado. No se crea que algun bajo resentimiento mueve nuestra pluma á trazar el juicio que hemos formado acerca del porte que con sus antiguos afiliados tuvo este gefe. Protestamos con todas veras que jamás participamos de sus favores ni de sus desdenes. Aunque sin méri-

tos ni edad para poder llamar la atencion en ningun sentido, la posicion en que nos hallabamos nos facilitó el medio de conocer á este personaje, de estudiar su índole y de advertir varias escenas que sirvieron despues para ratificarnos en el concepto que dejamos emitido.

Autorizado Quesada para entablar y seguir la correspondencia con los gefes y oficiales carlistas; hallándose de capitan general de Castilla la Vieja, tuvo la facilidad de acercarse al teatro de la guerra, sin salir del territorio de su mando. Desde Logroño envió al campo carlista dos oficiales navarros de la tropa que le acompañaba, llamados don Francisco Antonio Vidondo y don Jacinto Eraso, á quienes dió un papel firmado de su mano que decia así:

CAPITANIA GENERAL DE CASTILLA LA VIEJA.

Logroño 31 *de enero de* 1834.

" El sincero y verdadero afecto que conservo á
„ los navarros mis antiguos compañeros de armas, y
„ en el dia desgraciadamente extraviados y engaña-
„ dos indudablemente; me mueve á interesarme en
„ su triste suerte, y á comisionar á los portadores,
„ para que les hagan conocer mis benéficas intencio-
„ nes hácia ellos, esperando les den un entero cré-
„ dito y que confien en la sinceridad de las prome-
„ sas que les hagan en mi nombre, cuyo cumpli-
„ miento lo garantiza con su palabra de honor

„ VICENTE DE QUESADA.

„ A los gefes, oficiales y voluntarios de los cuer-
„ pos rebeldes de Navarra. "

Los comisionados de Quesada despues de andar algunos dias tras de Zumalacárregui, le alcanzaron

al fin en el pueblo de Domeño, cerca de Lumbier, donde le presentaron el escrito y expusieron lo que de palabra se les habia confiado. El general carlista sin dejar de acojer y tratar con toda cordialidad á los oficiales enviados, que además de navarros eran realistas, los despachó al instante dándoles por respuesta algunas palabras ambiguas y poco satisfactorias.

No desistió por eso de su empeño el general cristino. Pensando asegurar mejor por otro medio el buen éxito de su negociacion, mandó llamar á Logroño á don Javier Uriz, vecino y propietario de consideracion del lugar de Sada de Navarra, á quien conocia por la parte que tanto él como su padre habian tomado el año de 1822 en la guerra contra el sistema constitucional, si bien desde entonces ni los habia vuelto á ver ni tenido con ellos ningun género de correspondencia. Prescindiendo de esto Uriz, luego que recibió el aviso, se puso en camino para donde estaba el general Quesada. La condescendencia de Uriz y su veloz presentacion donde este se hallaba, la atribuimos nosotros á la profunda impresion que habia dejado en su ánimo el carácter duro é inflexible del general cristino; pues á no ser por el temor que esta idea debia de infundirle, con dificultad habria acelerado tanto su viaje y menos emprendídole sin manifestarlo antes á Zumalacárregui. El recibimiento que tuvo Uriz en Logroño, fué correspondiente á las miras interesadas con que se le habia llamado. Así pues nada debe extrañarse que por miedo ó por halagos ofreciera hacer lo que mas podia lisonjear á Quesada, encargándose no solo de llevar incontinenti una carta á Zumalacárregui, sino de persuadir á

los otros gefes á que abandonasen su temeraria empresa. Sin embargo, apenas Uriz salió de Logroño y se vió lejos de la presencia de Quesada, llamó su razon á juicio y se convenció de lo espinosa que era la comision. Entonces se le presentó á su ánimo en toda su magnitud la falta que habia cometido compareciendo al llamamiento del general cristino sin obtener el beneplácito del gefe carlista; y temiendo las consecuencias, cambió de resolucion y se fué en derechura á su casa de Sada. Quince dias habian pasado y todavía no podia sosegarse su espíritu. A cada hora le asaltaban nuevas inquietudes. Crecia su tormento al ver que con la tardanza, lejos de disminuirse, se aumentaba el compromiso. En tan angustioso estado abrazó el partido de escribir al general don Francisco Benito Eraso, con quien tenia mas títulos de relaciones y de amistad que con Zumalacárregui, comunicándole sin rebozo cuanto le habia sucedido. Respondióle Eraso, y la contestacion de este no solo le tranquilizó, sino que le decidió á ir á Navascues, donde á la sazon estaban los dos gefes carlistas. Fué recibido con alguna aspereza por Zumalacárregui, quien no pudo dejar de manifestarle el disgusto que le causara la indiferencia que tanto él como su padre mostraban en la contienda carlista, cuando en Navarra, antes de comenzarse la guerra, estaban considerados como los primeros á lanzarse en la lucha.

Por el tiempo en que Uriz tuvo esta entrevista en Navascues, el mes de febrero tocaba á su fin. Quesada hizo concebir tan buenas esperanzas á los ministros cristinos, que no satisfechos con haberle

autorizado para las negociaciones, y en su caso para transigir con los carlistas, le invistieron del mando de las tropas que tenia el general Valdés.

Empeñado por esta nueva confianza el honor de Quesada, se formó mayores ilusiones, lisonjeándose de antemano con la perspectiva de la inmensa gloria que alcanzaria si lograba someter con solo el imperio de su voz ó la fuerza de su ascendiente, á aquellos mismos rebeldes á quienes los acreditados generales Sarsfield y Valdés no habian podido rendir con las armas. Para conseguir su intento, unió á sus consejos, amonestaciones y ruegos los de don Miguel Antonio Zumalacárregui, hermano del general carlista, que acababa de ser nombrado regente de la nueva audiencia de Burgos por la reina Cristina. Este magistrado luego que llegó á Logroño, escribió á su hermano una carta que puso en poder de Quesada, y este envió con otra suya por medio de los mismos oficiales Vidondo y Eraso al gefe carlista. Ni la carta de don Miguel Antonio ni la contestacion de su hermano tuvieron consecuencia alguna, razon por la que omitimos insertarlas aqui, aunque para mayor ilustracion del lector las pondremos al final entre los documentos justificativos (1). La del general Quesada estaba concebida en estos términos:

Cuartel general de Estella 26 de febrero de 1834.

Mi estimado Zumalacárregui: *Cuando escribí á V. mi ultima por mano de Uriz, me veia en la precision de salir de Logroño para internarme en las provincias de mi mando, pero la antevíspera de emprender mi marcha me encuentro con un extraordi-*

(1) Véase el núm. 5 de los documentos justificativos.

nario que me anuncia he sido nombrado virey y capitan general de Navarra y provincias vascongadas, con el mando en gefe del ejército, por dimision que ha hecho el general Valdés á causa del mal estado de su salud: mi deber me obliga á la obediencia, y mi cariño hácia mis antiguos compañeros de armas me excita á presentarles la oliva de la paz antes de amenazarles con la espada; me sería muy duro llegar á este último trance, pero me persuado con cierta satisfaccion, que V. y los demas compañeros cederán á la voz de la amistad y á la de la razon. Yo quiero libertar á Vds. del duro trance en que se hallan, no humillarlos de modo alguno: confiense en mi generosidad y no tendrá V. ni sus compañeros motivos de arrepentirse. Vidondo y Eraso pasan á verse con V., le llevan una carta de su hermano, que interesándose sobre manera por V., ha venido á verme como él lo dirá.

Si V. y sus compañeros estan prontos á escucharme y á dar oidos á la razon, se penetrarán de todo el interés y cariño que conservo á unos hombres que han sido mis compañeros en otro tiempo; y si V. quiere que aun le dé una prueba de mi confianza hácia Vds. me presentaré yo mismo á hablarles aunque sea solo, y daré desde luego la órden á las divisiones que operan en Navarra para que no se muevan de las posiciones en que estan, siempre que Vds. permanezcan tranquilos igualmente; pero todo ha de ser por brevísimos dias, pues yo no puedo comprometer mi opinion con el gobierno ni con la nacion.—Desea á V. mil felicidades su afectísimo etc.

VICENTE DE QUESADA.

Sr. D. Tomás de Zumalacárregui.

A la llegada de esta carta no habia aun recibido el gefe carlista la enviada por conducto de Uriz, y por lo mismo se limitó á responder á Quesada lo que sigue:

Cuartel general de Liedena 1.º de marzo de 1834.

Excmo Sr. D. Vicente Quesada.— Mi antiguo y respetable general. Recibo en este momento la carta de V. escrita el 26 del pasado en Estella, cuya entrega me han hecho los oficiales don Francisco Vidondo y don Jacinto Eraso, y enterado de su contenido debo decirle: que no ha llegado aun á mis manos la que cita en la suya haberme remitido por medio de Uriz, á quien no he visto despues de su venida de Logroño.

Con respecto á los otros particulares deben hacerse cargo todos, y mas especialmente V., de cuán graves importantes y razonables intereses son aquellos que han obligado á tomar las armas en defensa de los derechos del señor infante don Cárlos nuestro soberano (que Dios guarde) á una gran porcion de personas caracterizadas, distinguidas, de buenos principios y de reputacion, como son la mayor parte ó quizás todas las que pertenecen á este ejército; lo que si V. admite como no dudo, y lo pone en la balanza del discernimiento y de la justicia, encontrará ser cosa de la mayor gravedad para mí. Sin que los deseos mios ni de los de ningun individuo de aquí sean los de comprometer su persona de V., facilmente conocerá que la naturaleza de la cosa exige una reunion de gefes, oficiales y de todos los individuos de la junta, con quienes es de absoluta necesidad tratar la materia. Esta medida será llevada á efecto tan pronto como V. se sirva avisarme su conformidad, porque hallándose esparcidas ó diseminadas por toda la Navarra

las tropas y las personas que cito, ser preciso señalarlarles el punto de reunion que en mi concepto convendría fuese Lumbier, retirándose entre tanto á Sos ú otro punto de Aragon la columna de Linares, y permaneciendo las tropas cristinas al otro lado de la línea que forma el camino real de Pamplona á Tafalla.

Consérvese V. bueno disponiendo de este su afectísimo, etc.

TOMÁS DE ZUMALACÁRREGUI.

En el momento que el gefe carlista mandó á Quesada esta contestacion, llegó á sus manos la carta de Uriz á que hace referencia la de este general. Como en ella se hallan consignadas las bases fundamentales de lo que Quesada exigia, igualmente que lo que prometia por el sacrificio de conformarse con sus proposiciones, vamos á insertarla aqui literalmente.

CAPITANÍA GENERAL DE CASTILLA LA VIEJA.

" En 31 del pasado di á dos personas de mi con„ fianza un papel concebido en los términos que „ manifiesta la adjunta copia (a).

" A otro amigo escribí para que se avistase con los „ gefes extraviados que tantos males estan causando „ al reino de Navarra, y que les manifestase igual„ mente el interés que me inspiran unos hombres, que „ en otros tiempos han defendido conmigo los legíti„ mos derechos de nuestro malogrado monarca, y que „ por la misma razon debian seguir la misma conse„ cuencia con su augusta hija, nuestra legítima so-

(1) Es el mismo que insertamos y presentaron Vidondo y Eraso la primera vez que vinieron al cuartel general de los carlistas.

„ berana: pero no habiéndolo hecho asi desgracia-
„ damente, y creyéndolos ya disuadidos de su pri-
„ mer error y verdaderamente arrepentidos, me
„ ofrecia á servirles de mediador para con el gobier-
„ no de S. M. en los términos siguientes:—Que
„ siempre que se presentasen á rendir las armas á
„ la cabeza del puente de Lodosa ó del de Logroño
„ por batallones sueltos, garantizaria á todos los
„ gefes, oficiales y voluntarios de toda pena perso-
„ nal; es decir, que los gefes y oficiales quedarian
„ libres de la pena de muerte á que estan condena-
„ dos por la ley, y tambien de la inmediata de pre-
„ sidio; y los voluntarios quedarian en toda libertad
„ para volver á sus casas, sin poder ser molestados
„ en ellas por su pasada rebelion: esto es lo que es-
„ toy pronto á cumplir en los términos que llevo di-
„ cho y en el perentorio término de ocho dias desde
„ el de la fecha.

Logroño 13 *de febrero de* 1834.

Vicente de Quesada.

„ A los gefes, oficiales y voluntarios de los cuer-
„ pos rebeldes de Navarra. "

El 3 de marzo escribió otra vez Quesada á Zumalacárregui proponiéndole una entrevista en el lugar de Noain á una legua de Pamplona, adonde podrian acompañarle Eraso y cuatro ó cinco individuos mas. Zumalacárregui le contestó desde Lumbier el 6 excusándose con no haberse verificado aun la junta de que le tenia hablado anteriormente. Quesada incomodado ya con estas dilaciones, volvió á escribirle el 7 otra carta que por su estilo merece la copiemos aqui para conocimiento del lector.

Pamplona 7 de marzo de 1834.

Mi estimado Zumalacárregui: *Su carta de V. de ayer me ha disgustado bastante, pues me hace presumir que no proceden de buena fé y que solo tratan de ganar tiempo. Por otra parte veo que ha recibido la que le escribí en Logroño por mano de Uriz, pero como ahora me hallo en otras circunstancias, mis deseos de favorecerlo me estimulan á concederles cuanto sea racionalmente posible; pero para hacerles conocer enteramente mis intenciones, me es preciso hablarles, pues sin esa circunstancia nada adelantarian Vds. con su reunion. En esta inteligencia, haga V. por venir á Noain mañana de doce á dos con las personas que quiera; y si V. no puede verificarlo, que venga Eraso y Sarasa solos, ó con cualquiera otro. Si Vds. no acceden á esta proposicion considero que no proceden de buena fé, y empiezo á perseguirlos á todo trance.*

Ya toda la Navarra sabe mis buenas intenciones hácia Vds.: la opinion pública está por la tranquilidad y la paz, y toda la odiosidad va á recaer sobre Vds. si esto no se consigue. Tan suave y humano como he sido hasta aquí, otro tanto seré de inflexible y duro. Una de mis primeras providencias será la de que el clero me pague una doble contribucion de la que está dando á Vds. en el dia, y lo mismo se verificará en lo sucesivo con los pueblos é individuos que les contribuyan con la menor cosa: en fin, los males que van á caer sobre este pais no tendrán límites y Vds. serán los causantes de ello. El ejército francés esta anhelando entrar en España, y si yo veo que en la persecucion corren Vds. tanto que no pueda alcanzarlos, pediré que entren á ocupar el Baztan, Alduides y demas puntos que sean necesarios

para contener sus correrías y dejarlos limitados á un corto radio, en que me será mas fácil exterminarlos.

Soy demasiado franco para no decirles que en el momento en que empiece á operar se acabó toda esperanza de olvido ó lenidad, y las leyes se cumplirán con todo el rigor de su tenor.

Espero mañana temprano la respuesta para salir á Noain, y si no acceden Vds. á ello es asunto concluido.

Queda de V. etc.

VICENTE DE QUESADA.

Sr. D. Tomás de Zumalacárregui.

Mientras se estaba en estas comunicaciones, las tropas cristinas concentradas sobre Pamplona no hacian movimiento alguno, y las carlistas marchaban con mas pausa que de costumbre á tomar acantonamiento en Lumbier y pueblos inmediatos. Esta especie de tregua despues de tantas y tan rápidas marchas, persecuciones y movimientos como se acababan de ver pocos dias antes, se tuvo por presagio de una importante novedad. Fué tambien causa de que tanto el soldado como el paisano fijasen la atencion en lo que pasaba, y aunque todavía no podian comprenderlo, las repetidas idas y venidas de un campo á otro de Vidondo y Eraso les hicieron ya creer que se trataba de algo interesante. Como estos dos oficiales eran naturales del país y tenian en él muchas relaciones de amistad y de parentesco, las gentes que los encontraban cuando ellos iban á desempeñar la comision que se les habia confiado, les decian con humor festivo varias cosas que á la verdad no debian de ser del agrado de Quesada, como que eran enteramente contrarias á sus deseos. Zumalacárre-

gui todo lo sabia y todo lo observaba, complaciéndose en secreto de las buenas disposiciones de los habitantes de Navarra. Los envidiosos, siempre dispuestos á servirse de la calumnia para combatir el mérito y minorar la gloria de los héroes, han esparcido algunas falsedades acerca de los acontecimientos de estos dias; mas por fortuna son tan claras las pruebas y tan minuciosa la cuenta que damos á nuestros lectores, que con dificultad habrá entre esos detractores uno solo que, saliendo de la oscuridad de donde dirige sus tiros, ose presentarse á contradecirnos.

Lo que principalmente intentaba Zumalacárregui era conocer hasta dónde llegaba la resolucion y el valor de la gente que tenia á su lado, y la disposicion del país para sufrir los sacrificios y arrostrar los peligros de una lucha tan desigual como la que estaban sosteniendo y en la que iban á comprometerse mas y mas cada dia. Por otra parte consideraba necesario ver el efecto que causaban en la generalidad de sus subordinados estas proposiciones al parecer pacíficas del enemigo, para sondear el espíritu que animaba á cada uno y saber quiénes obraban por compromiso, quiénes por ambicion, quiénes por el triunfo de los principios que allí se defendian. Parecíale igualmente justo corresponder á la confianza que todos le habian dispensado al conferirle el mando, participándoles el indicado proyecto del gefe cristino. Juzgaba tambien conveniente probar hasta qué punto subia el entusiasmo de la muchedumbre, en la cual si bien hay hombres que todo lo arriesgan una vez empeñado su honor, los hay igualmente que

vacilan y desfallecen al primer soplo del infortunio. Todo esto necesitaba inquirir para aplicar en tiempo el oportuno remedio: de todo debia estar profundamente enterado para que nada le cogiese desprevenido. Un solo ejemplo de defeccion no estando preparado de antemano para las consecuencias, podia en aquellas circunstancias causar la total ruina de cuanto existía. ¡Qué placer tan inmenso entonces el de Quesada! Hubiera pacificado, sí, la Navarra; pero hubiera sido en fuerza de proscripciones, de fusilamientos y medidas de exterminio. Los regueros de sangre que su funesta administracion habia dejado por toda Castilla la Vieja, y las horrendas ejecuciones de sacerdotes inofensivos y de carlistas indefensos con que habia llenado de terror á los pacíficos habitantes del vasto territorio de su anterior mando, hacian mas aborrecible su nombre que su misma apostasía. Asi mal podian sus ofertas, no decimos seducir á un hombre del temple y mundo que Zumalacárregui, sino ni hacer vacilar la constancia del soldado menos experto de los que servian en sus filas.

Además, no fueron los motivos que acabamos de señalar los únicos que le movieron á conducirse de la manera que lo hizo: hubo otros, aunque de inferior órden, que influyeron bastante en la regla de conducta que siguió en el caso que nos ocupa. Zumalacárregui era persona que no obraba de ligero: gustaba de oir en los negocios graves á los sugetos que pudieran ilustrarle; y aunque estuviese convencido de la conveniencia ó desconveniencia de una cosa, si de hacerla ó dejarla de hacer podia resul-

tarle algun cargo, la consultaba con quien creia tener algun derecho á ser oido; y no se entienda que la consultaba para seguir ciegamente lo que se le dijese, sino para proceder con mas acierto, haciendo únicamente aquello que siendo conforme á sus convicciones, se acercaba mas al comun deseo de sus afiliados. Nada pues mas natural ni mas razonable que la conducta de Zumalacárregui con el general Quesada. Entre tantos hombres como habian tomado las armas en Navarra y las Provincias, no habia uno que pudiera asegurar bajo palabra de honor, que aquella guerra mereciese el consentimiento del príncipe á quien se queria elevar al trono español, ni hasta entonces á pesar del tiempo trascurrido, se tenia el menor dato que acreditase ser de su agrado la continuacion de la lucha, y mucho menos que fuera Zumalacárregui el encargado de dirigirla. Se ha supuesto equivocadamente que antes de la muerte de Fernando VII algunos gefes de los que dieron el grito en las Provincias, estaban de acuerdo con don Cárlos para excitar la guerra; pero nosotros podemos asegurar que no hemos conocido á ninguno: diremos mas; si uno solo hubiese estado en este caso, hubiera tenido una importancia y valor que ninguno le disputara. Pues bien; todo esto, la falta entera de recursos y el crecimiento de los enemigos hacian la situacion del gefe carlista sumamente grave y comprometida. Por un estado tal, por la resolucion que se tome en lances semejantes, y no por los dichos inventados por la envidia ó la maledicencia, es por donde se ha de medir el ánimo, la capacidad y la prudencia de un general.

De la misma difícil posicion en que se veía Zumalacárregui, procuró sacar nuevos medios de fuerza y de robustez para la causa. Convencido de que la reunion que trataba de hacer de los principales carlistas navarros en la villa de Lumbier, lejos de serle perjudicial en aquellas circunstancias, podria traer ventajas para el logro de sus fines, habia dado como ofreció á Quesada, la órden para que se verificase, y cuando ya iba á tener lugar recibió la carta de este general del 7, que le movió á responderle en la forma que á continuacion se expresa:

Lumbier 7 de Marzo de 1834.

Excmo. Sr. D. Vicente Quesada.—Mi respetable y antiguo general. No dando V. lugar á tratar y discutir, en la forma que le ofrecí y me disponia, sus proposiciones, y en vista del perentorio término en que exige la contestacion á la suya de este dia, la he leido á la oficialidad del 1.° *y* 2.° *batallon de Navarra, y todos unánimes y conformes, me han manifestado que están decididos á vencer ó morir sosteniendo los sagrados y legítimos derechos del rey Ntro. Sr. don Cárlos V de Castilla y VIII de Navarra.*

La buena fé es el patrimonio de todos los hombres que componen este ejército. . . . . Desde luego puede V. principiar las operaciones y reclamar el auxilio de la Francia si lo tiene por conveniente; pero viva persuadido de que los males que se propone causar á este Reino, solo servirán para darle un odioso renombre; y que á medida que ejerza sus rigores, se aumentará tambien el número de sus enemigos.

Es de V. atento, etc.

Tomás de Zumalacárregui.

Al dia siguiente llegaron á Lumbier el resto de las tropas que debian venir y los individuos de la junta gubernativa que se esperaban. Zumalacárregui ordenó que estos últimos y los gefes y principales oficiales se reuniesen aquella misma noche en su casa; y como si todavía estuviese pendiente de la resolucion de esta asamblea el asunto de Quesada, les dió cuenta de cuanto habia ocurrido hasta entonces, presentándoles al mismo tiempo todas las cartas originales del gefe enemigo, y copia de las contestaciones dadas, excepto la ultima que á pesar de ser tan terminante, guardó para dejarles mas libertad en su deliberacion. El relato mismo de la respuesta de que hablamos, dice ya que Zumalacárregui lo habia hecho saber todo el dia antes á los oficiales del 1.° y 2.° batallon. Asi fué en efecto, mas estos oficiales ignoraban la contestacion que su general habia dado á Quesada fundado en su decision.

Habiéndose enterado la Junta de los antecedentes, Zumalacárregui les diseñó con la mayor exactitud el cuadro del actual estado de la guerra, haciéndoles ver al mismo tiempo los males y terribles consecuencias que necesariamente deberian seguirse de llevar adelante la empresa. Despues de hecho esto, sin dar el menor indicio de cuál fuese su resolucion, ordenó á los que allí estaban que cada uno de por sí dijese con toda libertad lo que se le ofreciera, pues para eso era la reunion.

El mas profundo silencio reinó entonces en la Junta: Zumalacárregui entre tanto dirigió una mirada significativa á todos los presentes. Verdad es que teniéndolos bien conocidos, ninguno determinada-

mente le inspiraba desconfianza, pero se le acababa de asegurar de una manera positiva que Quesada habia escrito en particular á algunos de los concurrentes, citándosele hasta el nombre de ellos, y queria informarse por sí mismo del efecto que podian haber hecho en su corazon las intrigas cristinas.

Largo rato pasó la asamblea de Lumbier sin decir palabra ni en pro ni en contra del punto que se le proponia, y hubiera pasado asi mucho mas tiempo, si uno de los oficiales presentes (1) iniciado en todos los secretos y parte de las intenciones de Zumalacárregui, no hubiese interrumpido el silencio por medio del siguiente discurso que pronunció con el ardor propio de la juventud.

„ Mover un pais á tomar las armas en defensa de „ los legítimos derechos que tiene á la corona de Es„ paña un excelente príncipe, pelear en seguida, „ vencer sus enemigos, acrecentar la gloria de sus „ armas, hacerlas respetar, y rendirse despues á la „ voz de un hombre sanguinario, ingrato y hasta „ apóstata, para irlas á deponer á sus pies y confiar „ en sus palabras, seria una vileza imperdonable, „ sería constituirse en instrumento de su ambicion, „ y levantar por nuestras propias manos un monu„ mento á su misma inmoralidad política. A mi jui„ cio aun cuando fuese consejo de la prudencia el „ entregarse á merced de un enemigo, nunca juzga-

(1) Habiéndose publicado un folleto en el que da su autor á nuestro nombre un lugar poco honroso con respecto á los sucesos de esta junta de Lumbier, para desengaño de los incautos, presentamos en los documentos justificativos, números 6, 7, 8 y 9, una prueba de su calumnia: ellos servirán para aclarar mas los hechos.

„ria digno de semejante honor á Quesada. Sin duda „que eran mucho mejores y mas nobles los senti- „mientos de los dos generales que le han precedido, „y no obstante nosotros los combatimos con abincada „resistencia. Si nuestra situacion actual y la que pa- „rece nos espera, no son mejores que la que podia- „mos con razon prometernos en los primeros dias, „tambien es verdad que nuestros cuerpos y espíritus „acostumbrados á la fatiga y al trabajo, temen infi- „nitamente menos el peligro. ¿Y qué guerra podrá „hacernos tampoco un talento tan limitado como el „de Quesada?

„La voz pública dice que la Francia, Inglaterra „y Portugal sostendrán el gobierno á quien hacemos „la guerra; pero esto, sobre no ser bastante positivo, „es materia que no debemos profundizar demasiado. „Lo proclamo asi, porque ninguno me negará que „si en el principio nos hubiesemos atenido mas á „los medios materiales, precisos para conseguir nues- „tro intento, que á la justicia de la causa que abra- „zamos, y de la cual nacen todas nuestras esperan- „zas, apénas existiria en este lugar uno de los que „estamos presentes. Pero mirando la cosa bajo otra „faz ¿quién se atreverá á decir que eso mismo que „ahora parece sucede en nuestro daño, no nos atrai- „ga despues infinitas ventajas? Porque si los gabi- „netes donde prevalece el espíritu revolucionario se „unen para fomentar y dar apoyo al gérmen que al „presente se desarrolla en España, razon es que ha- „gan otro tanto los gobiernos que rigen las monar- „quías puras de Europa, y que conociendo el peli- „gro con que la propaganda les amenaza, opongan los

„ medios necesarios para precaverlo. En este caso,
„ como nuestros intereses estan identificados con los
„ suyos, conocerán la importancia de esta lucha y
„ nos auxiliarán; aunque para esto fuese necesario
„ el emprender una guerra general.

„ Pero, señores, ¿á dónde voy yo con mi discurso?
„ ¿para qué llevar tan adelante ni aun el pensamiento?
„ Navarra se halla comprometida en conciencia y por
„ honor á sostener la guerra. Ella, á decir verdad, to-
„ davia no ha puesto en juego todo lo que puede. La
„ abundancia de los frutos con que la naturaleza ha
„ enriquecido su suelo y la fidelidad mútua y union
„ que distingue á sus habitantes es aun menos im-
„ portante que aquel vigor y constancia que despli-
„ gan una vez decididos por su causa. Sin duda que
„ su natural carácter los conduce á obrar con pru-
„ dencia, á pensar bien en las empresas antes de ar-
„ rojarse á ellas; pero comenzadas, jamás las aban-
„ donan. Ciertamente que nosotros los navarros no
„ fuimos los primeros á tomar las armas en contra
„ del tirano Napoleon, ni tampoco para derrocar el
„ sistema constitucional que nos privara de nuestras
„ leyes patrias y de nuestra verdadera libertad; mo-
„ numento glorioso de sabiduría que heredamos de
„ nuestros mayores, y que sin interrupcion se ha
„ conservado entre nosotros por mas de 200 lustros.
„ Aun en la presente guerra, si bien se observa, Na-
„ varra ha sido la última de las provincias hoy pro-
„ nunciadas en esta parte de España en favor de los
„ derechos del rey Ntro. Sr. D. Cárlos V. Pero por
„ ventura ¿hay otro pais, otro pueblo en la Europa
„ que haya sostenido con mayor firmeza sus guerras?

„ ¿Habrá uno que haya llevado á cabo con mayor
„ gloria las dos habidas en su suelo en lo que va cor-
„ rido del siglo? ¿No es cierto que nuestra perseve-
„ rancia y nuestros hechos dan á nuestro pais el pri-
„ mer lugar en la fama? Atended como ni en Es-
„ paña ni fuera de ella se habla de esta guerra sino
„ dándole el dictado de guerra de Navarra. Asi, pues,
„ si los navarros somos los que cedemos, los que ren-
„ dimos las armas, los que nos separamos de la de-
„ fensa de la causa proclamada, sellada además con
„ nuestra sangre; esta misma preferencia que se nos
„ da, hará que recaiga el todo de la deshonra y del
„ vilipendio sobre nosotros. Del mismo modo, seño-
„ res, que hoy nos pertenece el primer puesto en la
„ gloria de la presente lucha, nos corresponderá ma-
„ ñana el del desprecio y la infamia en el caso que
„ la abandonemos."

Muchas menos palabras que las de este discurso eran suficientes para que todos los de la junta de Lumbier se apresurasen á declararse por la guerra, mirando como una cosa indigna de su nombre el poner á discusion el rumbo que debia seguirse en el caso de que se trataba. Cuando los ánimos se exaltaron hasta el extremo de llegar casi á una noble irritacion, Zumalacárregui tomó la palabra y dijo:

"Señores: si en el momento que Quesada me
„ mandó su primer mensage solo hubiera atendido
„ á mis naturales sentimientos para contestarle, en
„ nada se diferenciara mi respuesta de la que ahora
„ se le dará; pero habiendo meditado bien este asun-
„ to, me pareció que haciéndolo sin consultarlo con
„ Vds. corresponderia mal á la confianza que de-

„positaron en mí cuando se dignaron darme el man-
„do de comandante general de este ejército y reino.
„Por otra parte, señores, nada mas justo que el que
„tantos hombres esclarecidos é interesados en el
„triunfo, que aventuraron á la vez sus familias, sus
„fortunas y hasta sus propias vidas se enteraseu por
„sí mismos del acomodamiento que se nos proponia,
„para que comparándole con los riesgos que de nue-
„vo les amenazan, procediesen con pleno conoci-
„miento de causa, los que gustasen, á ratificar su
„resolucion y renovar el juramento de que sosten-
„dremos, hasta morir, la santa lucha que comenza-
„mos sin mas apoyo que la justicia. Ahora, pues, que
„tengo la satisfaccion de conocer los sentimientos
„unánimes que á todos nos animan, está mas tran-
„quila mi conciencia; porque cualquiera que sea la
„suerte que á cada cual le toque, ninguno podrá de-
„cir que esta provino de mi arbitrariedad. Protesto,
„señores, que si este mando que desempeño ema-
„nase de la soberana voluntad de la augusta Real
„persona, cuyos derechos defendemos, jamás pu-
„siera á la decision de otros el presente negocio; por-
„que en ese caso me hubieran sido bastante conoci-
„dos mis deberes.

Despues de dicho esto, Zumalacárregui disolvió la junta, mandando á los gefes que á la mañana siguiente formaseu sus batallones en las eras de Lumbier; y habiéndolo verificado, dispuso se les leyese un manifiesto en que exponia circunstanciadamente y sin reserva todo lo ocurrido con Quesada, y la resolucion que definitivamente se habia tomado. La noticia fue recibida por la tropa y por el pueblo con

inexplicable júbilo y entusiasmo. A falta de imprenta se sacaron por escrito muchas copias, de las cuales se fijaron varias en las calles de aquella villa, otras se dirijieron por vereda á los pueblos, y una se mandó tambien á Quesada, quien al recibirla juró el exterminio de todos los carlistas.

Tal vez deseará el lector que le digamos aqui, si Quesada dirigió iguales mensajes á los gefes realistas de las demás provincias y cuál fue su resultado. Nosotros nada absolutamente sabemos de esto, y asi habremos de limitarnos á referir lo que podemos asegurar, cual es que el general cristino hizo el último esfuerzo para reducir á los navarros. La prueba se demuestra por una de las correspondencias de Quesada á su gobierno. En ella le decia: "Si los navar-„ ros se avienen á partido, la guerra quedará termi-„ nada; porque á todos los demás se les caerán las „ armas de las manos." Si este modo de apreciar las cosas era ó no fundado, no es de nuestro intento discutirlo. Mucho menos intentamos refiriéndolo, atenuar el valor y la decision de que estaban poseidos los demas carlistas; pero hablando ahora del general cristino, estamos obligados á decir los motivos que reglaban su conducta.

Pocos dias hacia que el manifiesto de Lumbier habia salido á luz, cuando llegó por casualidad á manos de Zumalacárregui una carta que Quesada dirigia á Iturralde. Esta produccion, á la que apenas se podria dar crédito si nosotros no fuésemos poseedores del original, va inserta entre los documentos justificativos (1). Inconcebible parecerá, que un

(1) Véase el número 10 de los documentos justificativos.

hombre de los principios y gerarquía del marqués de Moncayo, que tanto alarde hacia del honor y carácter de general español, se olvidase de sí mismo hasta el punto de escribir una carta por este estilo, llegando á emplear los medios mas innobles contra un enemigo débil, y por el cual acababa de manifestar tanto interés como deferencia y estimacion. Este cambio produjo en Zumalacárregui la indignacion que es fácil discurrir; y considerándose con derecho á devolver agravio por agravio, escribió tambien, pero directamente, una carta á Quesada, vituperando su baja y criminal conducta. Todo esto sucedió sin que Iturralde llegase á saber nada, y si al fin lo supo, fué dos meses despues. Asi Zumalacárregui que estaba seguro de su lealtad, le excusó el disgusto que naturalmente habria recibido sabiendo antes el contenido de la carta que Quesada le habia escrito, quizá con el fin de introducir la desunion en el campo realista.

Apenas el general cristino recibió la última carta de Zumalacárregui, conociendo por ella que nada tenia que esperar de sus criminales manejos, salió de Pamplona y se dirigió con superiores fuerzas hácia donde estaban los carlistas. Zumalacárregui dividió las suyas en dos partes: de las cuales una, compuesta de tres batallones al mando de Eraso, tomó la direccion de los valles de Ulzama y Baztan. En persecucion de ella fué Quesada en persona con la division de Oráa. Para observar á la otra, reducida á dos batallones con los que se habia pasado Zumalacárregui á la merindad de Estella, se destinó la division de Lorenzo. Quesada y Oráa por mas que

procuraron dar alcance á Eraso para empeñarle en un combate, no lo pudieron conseguir. Lorenzo que dirigia menores fuerzas, andaba todos los dias, aunque sin atreverse á acometer, á la vista de Zumalacárregui. Este por su parte queria tomar la ofensiva, pero cuando iba á ejecutarlo, el cristino que estaba muy sobre sí, lo evitaba. Así se pasaron varios dias respetándose mútuamente, hasta que la llegada del primer batallon de Alava, mandado por don Bruno Villarreal, decidió á Zumalacárregui á presentar la batalla, situándose al efecto entre Abarzuza y Muro; pero viendo que contra sus esperanzas Lorenzo pasaba de largo en direccion de Estella, mandó que avanzasen sus guerrillas y comenzasen el fuego.

Poco despues el combate se hizo general, y los cristinos defendieron con teson todas las posiciones que se hallan entre Muro y Estella; pero al cabo de algunas horas fueron desalojados y perseguidos hasta las mismas puertas de la ciudad. Este acontecimiento á la vista de toda una poblacion era imposible disimularlo, y como la victoria estaba demasiado marcada en favor de los carlistas, Quesada al saberlo se irritó doblemente. Por fortuna no tenia un solo realista prisionero en quien poder ejercer su sed de venganza; pero su mal humor le condujo hasta el extremo de mandar dar azotes á los niños de la escuela de un pueblo, porque habian dado vivas á Zumalacárregui.

Cuanto mayor era la persecucion, tanto mas atrevidos se ostentaban los proyectos del gefe carlista. Cierta noche, despues de pasar á favor de la oscuridad por entre las dos columnas perseguidoras, apareció á poco de amanecer frente á los muros de

Pamplona; de manera que al desfilar por junto á ellos para ir de levante á poniente, le dispararon, aunque inútilmente, algunos cañonazos desde la plaza. Al otro dia, una marcha de diez y ocho leguas le llevó á las inmediaciones de Vitoria, en cuyas calles se introdujo por sorpresa, atacando á la guarnicion. La escasa ventura de esta acometida fué compensada por otra accion que se trabó casi al mismo tiempo en Gamarra, á una legua de Vitoria, y en cuyo encuentro los carlistas hicieron mas de cien prisioneros. Los alaveses que para ejecutar estas operaciones se unieron á los navarros, volvieron otra vez á diseminarse. Pocos dias despues juntó Zumalacárregui dos batallones navarros, un alavés y otro guipuzcoano, con los cuales se dirigió rápidamente sobre Lodosa, pasó á la derecha del Ebro y ocupó el mismo dia á Calahorra. La division cristina que con sumo empeño perseguia á Eraso, dejó entonces de hacerlo para venir tras los que invadian la Castilla; pero Zumalacárregui vadeando á tiempo el rio por entre San Adrian y Andosilla, se retiró otra vez al pais montuoso. Al saber Lorenzo en Lodosa este retroceso, cambió la direccion que llevaba de Calahorra y tomó la de su adversario siguiéndole hasta cerca de los montes de Alda, donde se detuvieron los cuatro batallones carlistas por haberse hecho de noche. La resolucion con que Lorenzo avanzaba por aquel paraje con la misma columna que pocos dias antes habia sido batida, hizo creer á Zumalacárregui que este gefe contaba con la cooperacion de otras fuerzas. Así era en efecto; pues á poco de haber acampado allí, supo que la division de Quesada ha-

bia entrado al anochecer en el valle de Lana, y que la de Oráa ocupaba desde la tarde á Contrasta; de modo que Zumalacárregui se vino á meter entre tres divisiones enemigas, con la desventaja de no poder atacar á ninguna, porque hallándose todas demasiado cerca, podian sentir el fuego y socorrerse mútuamente. En tal estado, despues de oir á los gefes principales, se decidió á esperar á que cerrase enteramente la noche para salir de aquel sitio circunvalado por los enemigos, y pasarse con su gente á la vecina sierra de Urbasa. Desde allí pensaba descender de madrugada por el puerto de Contrasta y sorprender á Oráa. Aunque la empresa ofrecia la ventaja de una retirada segura, era sobradamente dificultosa y arriesgada; mas en medio de eso no dudó Zumalacárregui ponerla en ejecucion.

Llegada la hora oportuna comenzó su movimiento y continuándole con el mas profundo silencio, si bien con inexcusable lentitud, pasó sin ser oido á distancia de medio tiro de fusil de las avanzadas de Oráa, con lo que logró alejarse del primer peligro y subir la sierra de Urbasa por el puerto de Alda. Para realizar la sorpresa intentada contra el general cristino, solo le faltaba ya bajar por el de Contrasta; pero esta operacion era de todo punto imposible en aquellas circunstancias. Efectivamente, el extremado cansancio de las tropas que en las tres noches precedentes no habian tenido un instante de reposo, lo quebrado del terreno y la lobreguez de la noche, aumentada con los árboles, por entre los cuales caminaban, oponian tales dificultades que el soldado durmiendo y andando al mismo tiempo, tropezando aquí

y cayendo allí, no viendo ni siquiera al compañero que iba delante, llegó á perder el tino y á descarriarse, en tales términos, que á los cuatro batallones los vino á encontrar el dia extraviados y dispersos: contratiempo que destruyó el proyecto de Zumalacárregui y libertó á Oráa de una brusca acometida. Las tres columnas cristinas que durante la noche pudieron comunicarse y ponerse de acuerdo, creyendo que los carlistas estarian todavía en el monte de Alda, enviaron al amanecer exploradores á reconocerlo; mas habiendo sabido por estos que habian levantado el campo, retiraron su gente para darla el descanso que despues de tantas fatigas inútiles necesitaban.

Mientras tanto Eraso, libre de la tenaz persecucion de Quesada y Oráa, se encaminó hácia Lumbier, cuya villa se hallaba ocupada por mil granaderos de la guardia Real al mando del brigadier Linares. Provocados por Eraso al combate, acudieron á parapetarse detrás de las cercas de las heredades contiguas al pueblo, y desde alli le hicieron un terrible fuego. No contuvo eso á los carlistas; al contrario, enfurecidos contra los cristinos los desalojaron de aquellos parapetos, logrando si bien con la sensible pérdida del capitan don Cipriano Muzquiz, natural de Tafalla, á quien Zumalacárregui profesaba particular afecto, encerrarlos dentro de la poblacion causándoles algunas bajas.

Ya habia empezado abril, y todavía ningun gefe carlista de Navarra ni Provincias Vascongadas tenia noticia del príncipe por quien combatian hacia seis meses. Llegó por fin el dia 11 y con él la fausta

nueva que con ánsia aguardaban las tropas realistas. En ese mismo dia, hallándose Zumalacárregui en Piedramillera, lugar del valle de Berrueza, recibió por mano de un vecino de Burgos, vestido de arriero, una carta de don Cárlos que á la letra decia así.

Mi real ánimo y corazon se hallan dulcemente afectados há ya muchos dias al contemplar los heróicos esfuerzos que hacen en favor de la religion y de la legitimidad de mis derechos, las provincias de Alava, Guipúzcoa, Navarra y Vizcaya á quienes nombro sin preferencia siguiendo solo el órden alfabético. Mis reales sentimientos manifestados en la alocucion adjunta, quiero que se publiquen á la faz del mundo entero: tratad hijos mios de reimprimirla con este grande objeto, pues vuestros hechos oscurecen ya el heroismo de todos los pueblos. Mas de una vez os he dirigido mis oficios ó cartas, pero estoy con el sentimiento de que quizás no han llegado á vuestras manos.

Digno gefe Zumalacárregui, *os encargo que hagais presente mi real gratitud á todos los que mandan las divisiones y tambien á la junta de esas cuatro provincias. Confirmo cuantos grados militares haya dispensado, ó los que vos y demás hayais concedido, y la autorizo para esto y cuanto sea necesario y oportuno al grande fin que os habeis propuesto, para lo que deposito esta parte de mi autoridad soberana. Trabajad con union y alejad de vosotros todo espíritu de discordia y aun los mas imperceptibles elementos de division. Fijad solo los ojos y el corazon en Dios, en mí y en la nacion española. Vosotros sabeis lo que conviene á esas provincias*

en el órden civil y administrativo. Sentado sobre mi solio he de conservar sus fueros. Para todo os revisto de la facultad necesaria y oportuna. Os dirijo tambien el decreto de ley penal que he mandado publicar, con el objeto de prevenir las violencias del gobierno usurpador. Como no se pueden multiplicar escritos, vos, el mariscal de campo de mis ejércitos don Tomás de Zumalacárregui, *pondreis en conocimiento de la junta y demás gefes militares, toda esta mi soberana voluntad. A los oficiales, soldados y pueblo, manifestareis mi amor. Obrad con prudencia sí, pero con desembarazo porque hijos tan amados por sus virtudes, deben proceder con libertad, pues tienen á su favor todo el lleno de la voluntad de su padre. Este es el concepto, bajo el que me habeis de mirar, y la preciosa joya de mi corona. Si alguna vez fuera conveniente conceder gracias á los gefes y demás de la Reina viuda, todos teneis mi autoridad.— Palacio de Villa-Real* 18 *de Marzo de* 1834.

CARLOS, Rey de España.

Cuando esta carta fué leida en alta voz al frente de las tropas, el entusiasmo que causó tanto en ellas como en el pueblo, llegó á su colmo. Zumalacárregui decia de este documento, que equivalía á un auxilio de veinte mil hombres.

La fama que extendia ya de un extremo á otro de la Península el nombre, las virtudes y triunfos de Zumalacárregui, movió por este tiempo á don Manuel Carnicer, aquel comandante carlista del Bajo Aragon, que puso la base del ejército que tanto llamó mas adelante la atencion de Europa, bajo la direccion del célebre don Ramon Cabrera, á mandar uno

de sus oficiales al cuartel general de Navarra con un mensaje de sumision voluntaria, firmado de su mano y de todos los oficiales que le ayudaban en su heróica empresa. Si fuésemos capaces de escribir la historia de lo que ha pasado en nuestros dias, y esa fuese nuestra mision, desde luego destinariamos una de las páginas mas brillantes á la memoria de Eraso y Carnicer, cuyo ejemplo tiene pocos imitadores en los tiempos que corremos.

La necesidad de descansar habia obligado á los gefes cristinos á suspender por algunos dias sus operaciones ofensivas, y Zumalacárregui aprovechándose de esta tregua, hizo un movimiento al valle del Baztan con el primer batallon, para que tomase el nuevo vestuario que acababa de hacerse allí por órden de la Junta de Navarra. Acto contínuo se restituyó otra vez hácia la merindad de Estella, viniendo con el mismo batallon á alojarse á Echarri-Aranaz. Noticioso de que Quesada, que la noche antes habia pernoctado en Salvatierra con una columna de granaderos de la guardia Real, habia aparecido en Olazagoitia con intencion de pasar á Pamplona, llamó al tercer batallon de Navarra que se hallaba en un pueblo inmediato, cuya fuerza y la inesperada presentacion de otros dos batallones de alaveses al mando de don José Uranga y don Bruno Villarreal le infundieron tanto arrojo como valor al soldado; de tal manera, que en vez de aguardar el ataque, determinó tomar la ofensiva saliendo al encuentro de su enemigo. Al llegar á Iturmendi la vanguardia carlista, la de Quesada que ya estaba muy próxima, detuvo su marcha. Ambos generales comenzaron en-

tonces á concentrar sus fuerzas, aunque con fines opuestos. Era el de Zumalacárregui avanzar con mejor órden, y el de Quesada retirarse: retirada que debió de provenir de que la aparicion repentina de esta fuerza enemiga en el tiempo y lugar que menos se esperaba, junto con la resolucion y confianza que ostentaba en el mero hecho de salirle al encuentro, persuadieron al general cristino de que todo el ejército carlista se le venía encima. De otro modo no puede explicarse cómo tomó semejante partido hallándose á la cabeza de dos regimientos completos de la guardia Real de infantería, además de otras fuerzas de menor importancia, cuando Zumalacárregui apenas reunia allí dos mil hombres.

Si la contramarcha de Quesada era para los carlistas una operacion inesperada, todavía les sorprendió mas la direccion que se le vió tomar así que llegó á la venta de Alsasua. Hasta entonces los cristinos marchaban libremente por un camino real que no ofrecia ningun obstáculo, con la circunstancia de que la misma localidad del terreno los preservaba tambien de ser atacados de flanco por las tropas enemigas que acababan de descubrir, y andando dos ó tres leguas encontraban una plaza de guerra con su guarnicion para apoyarse. ¿Qué otras ventajas podian apetecer? Sin embargo, Quesada prefirió el abandonarlas todas para arrojarse á una suerte incierta y peligrosa, retirándose por el camino de Segura que comienza por un espeso bosque y despues gira por entre montañas y riscos. Este grave error del general cristino nos hace creer, ó que su razon fué turbada por algunos momentos, ó que su objeto

era disfrazar su retirada á los ojos del público, lo que no podia hacer volviendo otra vez á Salvatierra.

Tan luego como Zumalacárregui vió el desacertado movimiento de Quesada, ordenó á sus tropas que acelerasen el paso. Ejecutáronlo así, y como en tales casos era extremada su velocidad, de contado estuvieron mezcladas con la retaguardia enemiga, la cual con motivo de los muchos árboles que allí se encuentran, no descubrió á los carlistas hasta que los tuvo encima. El comandante del primer batallon de Navarra don José Antonio Goñi que iba á la cabeza, al instante que se dejó ver, recibió en un muslo una herida de consideracion; mas esto lejos de retraerle de la pelea, parece que aumentó su ardor para animar á sus soldados á que avanzasen. Quesada habia encargado el mando de la retaguardia á don Leopoldo O-Donell, hijo único del célebre conde de la Bisbal y oficial de mérito, quien en esta ocasion no desmintió el alto concepto que de él se tenia, si bien su fin fué desgraciado. En la resistencia que O-Donell opuso á los carlistas, fué muerto el capitan don Francisco Landa, de Ochagavia, y herido gravemente el de igual clase don Fructuoso Bayona, de Tarazona; mas no por eso se libró él de caer prisionero con varios oficiales y soldados.

El grueso de la columna cristina iba entre tanto retirándose apresuradamente hácia Segura; pero al llegar al parage llamado Alcuruceta, que está al salir del bosque, viendo á los carlistas muy próximos ocupó una formidable altura y trató de defenderla, de cuyas resultas fué herido don Bruno Villareal. Como la noche se acercaba, Quesada que no era muy prácti-

co en el terreno, ni tenia buenos guias, asaltado de nuevos temores, se dió la mayor prisa por llegar á Segura, lo que verificó á las nueve de la noche, y segun se dijo con la cabeza descubierta, á causa de haber perdido el sombrero en la retirada. Desde aquel pueblo, y sin perder un momento, se dirigió á Villafranca de Guipúzcoa, que siendo punto fuerte y guarnecido, le ofreció por fin alguna seguridad.

La ilustracion y sentimientos filantrópicos de que tanto alarde hacian los modernos filósofos de España antes que fuera á parar á sus manos el timon del estado, desaparecieron así que se hallaron dueños del poder, semejando su conducta á la de los gobiernos mas arbitrarios: tal ha sido siempre el porte de aquellos que afectadamente sumisos y humildes en la desgracia, perpétuos predicadores de los principios santos de humanidad y beneficencia cuando les sopla el aura del infortunio, elevados al mando son los mayores tiranos de sus semejantes. La ley marcial publicada en los primeros movimientos de los carlistas, les fué aplicada inexorablemente. Jamás los nuevos gobernantes usaron con ellos de clemencia, no obstante los muchos ejemplos de generosidad que á cada instante se les daban. Apenas se nos citará un caso de que en el principio de la guerra los carlistas de Navarra y las Provincias manchasen sus manos en la sangre de los indefensos, hasta que vieron la crueldad de sus enemigos. Trataban á los prisioneros con la consideracion debida á la desgracia, contentándose solo con desarmarlos; mas al ver la conducta de los gefes cristinos, debia esta lenidad tocar á su fin. La ley de la propia conservacion y muchas razones

de la mas alta política lo exigian así. Zumalacárregui impulsado por la mas imperiosa necesidad, se vió en la terrible precision de usar de represalias. El primer acto lo provocó Quesada fusilando en Pamplona al oficial don Juan Hugalde. Zumalacárregui mas sensible que el general cristino, deseando evitar la efusion de sangre y acceder á las súplicas de la esposa del oficial de caballería don N. Guerrero, hecho prisionero en la sorpresa de Urdaniz, ofreció darle en cange con dos sargentos mas por solo Hugalde; pero fué desechada su propuesta. Los fusilamientos de voluntarios carlistas que frecuentemente se veian en Vitoria, Bilbao, Tolosa, Pamplona y otros pueblos, fueron causa de que don Bruno Villarreal ejecutase por órden de Zumalacárregui á los prisioneros de Gamarra; y como ni aun con estos ejemplares se lograse poner límites á la crueldad de Quesada y sus cólegas, siguióse por cada lado sacrificando tantas víctimas como se podian haber á las manos. Afortunadamente para la humanidad el número de entonces no fué grande; pero por desgracia fueron comprendidos en él O-Donell y sus compañeros, que habiendo caido prisioneros cuando empezó á regir este atroz y sanguinario sistema, sufrieron la triste suerte que los esperaba. En cuanto á los soldados que eran bastantes, Zumalacárregui les dispensó la vida, mandando al mismo tiempo que los siete que entre ellos se hallaban heridos, fuesen curados y trasladados á la plaza enemiga de Pamplona.

A un acto tan digno de loa en aquellas circunstancias de horrible matanza por parte de los cristi-

nos, correspondió Quesada con otro cuya narracion estremece. Mandó que fuesen presos los carlistas heridos que por su gravedad no podian moverse del lecho, y á todos los hizo pasar por las armas. Fué uno de estos desgraciados el capitan don Fructuoso Bayona, que estando ya en la agonía á causa de las heridas mortales que acababa de recibir en la última accion, fué arrancado de la cama por órden de aquel general y fusilado en la plaza de Lacunza.

La noticia de este suceso llenó de indignacion á Zumalacárregui. Podia haberse vengado al momento con los soldados que tenia prisioneros; pero les habia hecho consentir en que les conservaria la vida, y eso fué suficiente para contener su justa cólera: así que, lejos de causarles nuevo temor, les reiteró formalmente la promesa.

Por estos dias el general Iturralde, entrando de sorpresa con un batallon en las calles de los Arcos, hizo prisioneros cuatro oficiales de esta guarnicion que no tuvieron tiempo para encerrarse en el fuerte situado á un extremo del pueblo.

Súpose presto la ocurrencia en Pamplona donde á la sazon se hallaba Quesada, quien calculando por la conducta que habia observado con los heridos carlistas, la infeliz suerte que podia caber á los prisioneros que acababan de hacerse en los Arcos, quiso ver si los salvaba por medio de la siguiente extratagema.

Hizo arrestar en el mismo Pamplona á varios padres y madres de los principales oficiales carlistas, y habiéndolos conducido á la ciudadela, mandó á cada uno un eclesiástico con el encargo de que ejer-

cieran con ellos su ministerio, seguros de que debian ser fusilados en el momento que se supiese que Zumalacárregui habia hecho otro tanto con los oficiales prisioneros en los Arcos. Puestos los infelices padres en ese tremendo conflicto, pidieron y se les dió (porque ese era el objeto de Quesada) permiso para escribir á sus hijos. Estas cartas escritas bajo las inspiraciones de la mas terrible afliccion, llegaron con la mayor prontitud á donde estaba Zumalacárregui, quien enterado de su contenido por otra que Quesada le dirigió al mismo tiempo, no quiso abrirlas ni tampoco oponerse á su distribucion. Los mismos oficiales interesados y demás parientes de las personas que las enviaban, se presentaron de allí á poco en el alojamiento del general carlista, trayendo cada cual retratado en su semblante el profundo dolor que en ellos habian producido dichas cartas. Nada tenia esto de extraño, al ver que cuando el padre sumido en la consternacion escribia á su hijo que le habia dado el ser y mantenido con el sudor de su rostro, la madre afligida y llorosa le recordaba que le habia llevado en su vientre nueve meses y alimentado despues con su propia leche. En fin, todos los que se hallaban presos en la ciudadela de Pamplona, usaban de los términos y expresiones mas tiernas para interesar el amor y la sensibilidad de las personas por cuya causa padecian, en favor de la vida de los oficiales prisioneros, como el único medio de conservar la propia. Zumalacárregui despues de haber dejado pasar el dolor causado por las primeras impresiones, les habló así:

"Grande fuera, señores, nuestra deshonra; men-

„ gua mil veces mas indigna del nombre navarro, que
„ la de deponer las armas y entregarse á discrecion
„ á la generosidad de los enemigos, si cediésemos
„ ahora á las amenazas de Quesada, suspendiendo la
„ ejecucion de una medida que sus atrocidades han
„ provocado. Si se tratase de salvar la vida á algu-
„ nos de nuestros oficiales y soldados; si se tratase
„ de ajustar la guerra ahorrando al mundo esos es-
„ pectáculos de horror que se le están dando; si por
„ medio de estas amenazas quisiera atraérsenos á
„ observar exactamente las leyes de la guerra, en
„ hora buena que la medida no se consumara: Pero
„ cuando no existe nada de eso; cuando se nos quie-
„ re intimidar con la represalia de personas extrañas
„ á la contienda que sustentamos; cuando se intenta
„ desarmar nuestra justa cólera con un torpe ardid,
„ no es posible, señores, desistir de lo acordado.
„ Esas amenazas con que se pretende darnos la ley,
„ haciéndonos suspender el cumplimiento de nues-
„ tras providencias, son un motivo para que le apre-
„ suremos. No me digais que condescendamos por
„ esta sola vez con lo que el enemigo pide. Tamaño
„ despropósito sería el nuestro. ¿Qué pensais resul-
„ taria de aquí? Que mañana haremos nuevos prisio-
„ neros, y Quesada conociendo nuestro flaco, man-
„ dará tomar iguales rehenes en cualquier pueblo,
„ nos enviará igual mensage que ahora, y tendremos
„ que ceder igualmente: con la diferencia de que si
„ hoy nos piden los gefes, mañana vendrá á pedirnos
„ el oficial, esotro dia el sargento, y al inmediato el
„ soldado, y con todos será forzoso condescender. De
„ manera, señores, que dado el primer paso el mal

„ seria irremediable, y todos nuestros esfuerzos ven-
„ drian á quedar en último resultado destruidos por
„ una simple condescendencia. Yo no creo que Que-
„ sada á pesar de su carácter violento y sanguinario,
„ lleve á efecto la amenaza que nos dirige; porque
„ eso le extraviaria de todo camino de razon y de
„ justicia; mas sea el que quiera su modo de obrar,
„ no variará en nada mi resolucion. Esta la fijó Que-
„ sada en el momento que intentó arredrarnos con su
„ reciente medida. Él es quien con ella ha acelerado
„ la ejecucion de los desgraciados prisioneros.„

Desde que Quesada vió esta resolucion y firmeza en su adversario, y se convenció de que éste era un gefe de tanta autoridad entre los suyos como el primer general del mundo, le abandonó la principal virtud militar que le adornaba.

Nosotros hubiéramos querido pasar en silencio la relacion de estos sucesos para ahorrar al lector el sentimiento que ha de causarle la pintura de escenas tan sangrientas; mas no hemos podido dejar de presentársela á la vista para que juzgue con datos quién fué mas humano de estos dos generales.

Entrado el mes de Mayo, viendo Zumalacárregui que Quesada no le buscaba ya por los parages montuosos, procuró atraerle hácia algun otro punto donde pudiese recibirle con ventaja, á cuyo efecto se alejó de la vecindad de las Amézcoas. Aunque en este pais nada habia entonces que excitase los deseos de ocuparle, Quesada concibió de improviso el inútil proyecto de invadirle, y sin detenerse lo puso en ejecucion. Voló allá Zumalacárregui con la intencion de atacarle, pero por mucha prisa que se dió, ya

Quesada para entonces habia salvado los parages mas peligrosos, despues de incendiar algunas de las cabañas que hay en los montes, y á las que dan los naturales el nombre de *bordas*. Siguióle no obstante el carlista, pero sin poder alcanzarle, hasta que al fin recibió el aviso de que se habia detenido en Muez, lugar que sin duda escogió Quesada por su excelente posicion para dar descanso á sus tropas.

Entonces Zumalacárregui hizo alto y se mantuvo oculto con sus tropas entre las asperezas de la sierra de Andía; mas apenas llegó la noche, continuó su marcha, hallándose antes de las dos de la mañana á un solo cuarto de hora de distancia de Muez. Desde allí destacó al pueblo Zumalacárregui diez compañías, las cuales penetraron en él con el mayor silencio, y comenzaron un ataque brusco y de sorpresa contra las guardias y retenes, á los que arrollaron á la bayoneta, consiguiendo llegar hasta la puerta principal de la casa donde se alojaba Quesada. Su dueño nos ha asegurado que nada mas fácil entonces que el haberse apoderado del general, si en vez de atacar aquella puerta hubiesen acudido por otra que tuvieron mas á mano y estaba sin guardias. Los soldados cristinos encerrados en los edificios en que pernoctaban, ocuparon todas las ventanas y desde ellas correspondieron con un fuego vivo y muy sostenido al ataque de sus enemigos. Esto unido á la venida de la luz del dia, obligó á los carlistas á replegarse sobre sus reservas, despues de haber retirado heridos á los dos bizarros capitanes Abarzura y Salinas, que espiraron de allí á pocos momentos. Por lo demás la pérdida no fué de importancia. El sol-

dado tirador Felix Urra, natural de Estella, se distinguió heróicamente en esta sorpresa, por lo que algunas horas despues se le concedió la cruz y real de vellon vitalicio; recompensa que hacia ocho dias habia instituido Zumalacárregui para premiar el valor de las clases inferiores; siendo Urra el primero que la obtuvo.

Aunque los resultados del ataque de Muez no fueron cual se prometia el general carlista, es innegable que produjeron conocidas ventajas á la causa realista; pues era tal el miedo que desde entonces cobraron las tropas cristinas, que donde quiera que las cogiese la noche, no siendo dentro de una plaza de guerra, se preparaban como para recibir un asalto, cruzando maderos en las calles, atrancando las puertas, y colocando un centinela en cada ventana con otras precauciones extraordinarias que añadidas á la jornada y operaciones del dia, apuraban las fuerzas físicas de los soldados, de los cuales se llenaban despues los hospitales.

Tres meses hacia ya que Quesada habia comenzado la guerra con veinte y tres mil infantes y mas de mil cuatrocientos caballos, segun su propio testimonio (1), y todavía no habia podido conseguir la mas pequeña ventaja que le proporcionase la ocasion de dar á su gobierno un parte algun tanto satisfactorio; y eso que su amor propio herido en lo mas vivo no dejaba de estimularle de contínuo á acometer cualquiera empresa donde pudiera salir airoso. De-

(1) Véase el núm. 11 de los documentos justificativos.

jando, pues, á un lado á Zumalacárregui como á cosa invencible, puso Quesada su atencion sobre la junta de Navarra que con la pequeña escolta de cincuenta voluntarios permanecia constantemente en Elizondo, villa de Baztan. Para apoderarse de ella, juntó de tres á cuatro mil hombres de sus mejores tropas, con cuya fuerza se dirigió de repente sobre aquel punto. La junta, habiendo sabido de antemano la aproximacion del enemigo, evacuó de contado á Elizondo, malogrando con solo esto la expedicion de los cristinos al Baztan. Mas no fué este el único contratiempo que tuvieron entonces.

Con la noticia de haber entrado Quesada en el valle, reunió Zumalacárregui cuatro batallones y con la mayor rapidez se dirigió al puerto de Belate por donde el cristino tenia que regresar á Pamplona, de cuyo punto habia partido.

La prontitud con que Zumalacárregui hizo este movimiento, descubrió á Quesada sus intenciones; produciendo en su ánimo la misma irresolucion y temor que tantas veces se habian visto, sin tratar de pensar en otra cosa que en los medios de salir de donde estaba sin llegar al extremo de batirse. Dos partidos se le ofrecian para conseguir su deseo. El uno consistia en dirigirse velozmente por el territorio francés á los Alduides, desde donde podia retirarse despues fácilmente sobre Pamplona por la espalda de los carlistas; cuya operacion era sin duda la mas pronta y sencilla, pero le exponia á la rechifla de la nacion francesa y venía mal con la impotencia en que los cristinos suponian á las bandas realistas, presentándolas como despreciables á los ojos de la

Europa. El otro se reducia á retirarse del Baztan por la parte opuesta al punto por donde habia entrado, y despues de seguir la frontera sin pisar el territorio francés, llegar hasta Tolosa de Guipúzcoa. Este movimiento tenia la ventaja de poder ser apoyado por la columna que mandaba el general Jáuregui. Decidióse Quesada á seguir esta última ruta, y sin dilacion evacuó el Baztan, viniendo á Tolosa en menos de cuatro dias. Zumalacárregui que ya tenia previsto este movimiento, corrió con sus cuatro batallones á Lecumberri, y desde allí acudia diariamente á ocupar la subida de Aspiroz, formidable posicion que es preciso vencer para pasar de Tolosa á Pamplona por el camino real. Así Quesada encontró aquí el mismo obstáculo que se le habia presentado en Belate. A los de Jáuregui que ya estaban incorporados con los de Quesada, y que siendo los mas prácticos en el pais debia observárseles con mas cuidado, opuso Zumalacárregui los tres batallones guipuzcoanos. Varios dias se pasaron asi, sin que los cristinos que estaban en Tolosa se atrevieran á presentarse al frente de los carlistas apostados en el puerto de Aspiroz. Quesada considerando sin duda inexpugnable la posicion, desistió de toda tentativa; mas como la necesidad ó su amor propio le empeñaban por otra parte á regresar á Pamplona, esperó hacerlo con menos dificultad desde Vitoria, para cuyo efecto se dirigió á esta ciudad.

Zumalacárregui que para encontrarse en frente de Quesada no necesitaba en esta ocasion hacer grandes ni penosas marchas, luego que estuvo seguro de su direccion, descendió de Lecumberri á la

Borunda, y se acantonó con las tropas en Echarri-Aranaz. Una parte de las de los guipuzcoanos fué destinada á observar los movimientos que podian hacer sobre su derecha los de Jáuregui, y esta desmembracion de fuerza la reemplazó Zumalacárregui con la concurrencia de dos batallones alaveses que conducia don Bruno Villarreal. De este modo los carlistas reunian allí ocho batallones para disputar á Quesada el paso, mas el terreno no era á la verdad tan ventajoso como el de Belate y Azpiroz. No obstante, el general cristino apenas llegó á Vitoria, mandó sus órdenes á Pamplona para que en esta plaza se concentrasen las fuerzas de las dos divisiones que mandaban los brigadieres Linares y marqués de Villacampo: verificado lo cual les previno Quesada por medio de un oficio el dia y hora que él saldria de Vitoria para Salvatierra, y de aquí para Pamplona. Las divisiones de Linares y Villacampo debian salir de esta plaza al mismo tiempo que Quesada de Salvatierra; de manera que no estando esta ciudad mas que de nueve á diez leguas de distancia de Pamplona, Zumalacárregui que se encontraba en el centro, iba á verse metido entre dos fuegos; en cuyo caso el éxito en favor del cristino no era dudoso.

El general carlista sabia esta concentracion de fuerzas en Pamplona, pero ignoraba el objeto; y aunque este fuese fácil preverlo en parte, no lo era tanto el adivinar como los contrarios ejecutarian su proyecto.

El 17 de Junio, cerca ya de las once de la noche, llegó á Zumalacárregui el aviso de que Quesada habia entrado despues de oscurecido en Salvatier-

ra. Con esta sola noticia, la perspicacia del carlista penetró toda la extension de las intenciones de su adversario é hizo que inmediatamente se preparasen las tropas para marchar, sin haberse detenido mas que algunos momentos para pensar á quién le sería mas conveniente y ventajoso acometer, si á Quesada ó á Linares, resolviéndose al fin á ordenar se desfilase en la direccion de Pamplona. La fuerza que venía de una y otra parte era sin duda igual en número; pero Zumalacárregui por un cálculo muy bien fundado, se decidió por la de Pamplona, suponiendo causarle mayor sorpresa, atendido á que su movimiento no estaba aun manifestado en la víspera.

Al rayar el alba de este dia tan memorable por ser aniversario de la mas célebre batalla de los tiempos modernos, el general carlista marchaba á la cabeza de sus ocho batallones cerca de la venta llamada de Gulina entre Irurzun y Erice. Los confidentes colocados desde antes de la primera luz del dia en el alto de Añescar, muy cerca de Pamplona, apenas divisaron sobre el camino una especie de sombra prolongada que de aquella parte se les venía acercando, la tuvieron por la columna de Linares, como en efecto lo era, y corrieron á dar aviso. Prevenido Zumalacárregui mandó hacer alto á sus tropas, y con toda brevedad las colocó en las primeras posiciones que se le ofrecieron. Aun no habia terminado cual convenía esta operacion, cuando ya los cristinos de la vanguardia comenzaron á disparar sus fusiles. Salieron los carlistas de entre las cordilleras que los ocultaban y con mucha impetuosidad los acometieron, haciéndoles varios prisioneros. Entre tan-

to, el grueso de las fuerzas enemigas se dió prisa á ganar el alto llamado de Ochovi; posicion muy ventajosa, donde formaron su línea de batalla compuesta de tres frentes. El combate se empeñó con tenacidad y duró hasta las diez de la mañana, sin que los carlistas pudiesen desalojar á sus adversarios. Verdad es que conociendo estos toda la importancia de la posicion, hicieron los mayores esfuerzos para conservarla, dando en esta ocasion varios de los oficiales pruebas nada comunes de esfuerzo y valentía (1). En seis horas de fuego contínuo, los carlistas siempre escasos de municiones, concluyeron con las suyas; y Zumalacárregui, á quien al mismo tiempo llamaba particularmente la atencion la aproximacion de Quesada, dió la órden para que se retirasen.

Desde el principio de la guerra no se habia visto un combate tan sangriento como el de Gulina. Los cristinos sufrieron una pérdida considerable, tanta que todos los medios que tenia Pamplona apenas pudieron sufragar al trasporte de sus muchos heridos, habiéndose empleado para la conduccion hasta el coche del Illmo. señor obispo. Cuatro gefes carlistas, don Francisco García, don Casimiro Ilzarbe, don Fermin Ripalda y don Tomás Tarragual, salieron tambien heridos. Los cristinos se lamentaron por

(1) Citase entre otros don Leopoldo O-Donell, herido en esta accion, primo hermano del otro Leopoldo, prisionero en Alsasua, y hermano de los dos gefes carlistas don Juan y don Carlos. Al don Carlos le veremos mas adelante mandar la caballería carlista de Navarra y morir al frente de ella; mas don Juan que le sobrevivió, hecho prisionero en Cataluña por los cristinos y conducido á Barcelona, sirvió de juguete á un populacho bárbaro que por fin lo asesinó y despedazó vil y atrozmente. Esto sucedia mientras los Leopoldos habian derramado su sangre por el principio que invocaban los asesinos de Barcelona. Hé aquí en una sola pincelada el cuadro horroroso que ofrecen á cada momento los trances de la guerra civil.

largo tiempo de las pérdidas de este dia, las cuales ni aun siquiera tuvo Quesada la gloria de presenciar, pues luego que vió libre el camino se dió prisa á pasarlo. Si Zumalacárregui, á la mañana siguiente del combate de Gulina, hubiera tenido menos fatigados sus soldados y el medio de municionarlos luego, probablemente su adversario habria encontrado aun alguna oposicion. La llegada de Quesada á Pamplona fué marcada segun costumbre, por nuevos fusilamientos. Así se vengaba del mal humor que le producian los encomios que de Zumalacárregui hacian públicamente los oficiales cristinos por la suma prevision, saber y capacidad que habia manifestado durante las operaciones de aquellos dias, coronadas al fin por esta marcha sobre Pamplona.

Grande era á la verdad la actual desmoralizacion de este ejército, que tan floreciente y numeroso se habia confiado á Quesada. Si las esperanzas y recursos del partido cristino hubiesen consistido solo en esto, se puede tener como cierto que el triunfo de la causa carlista estaba asegurado; pero el daño que experimentaban sus adversarios en Navarra se resarcia con los sucesos acaecidos en otros puntos, los cuales les permitian disponer ahora de nuevas fuerzas y caudillos. Para dar cuenta de su procedencia, necesitamos trasladarnos por un momento á otro teatro distinto del de Navarra.

En los primeros dias de Mayo el general don José Ramon Rodil, que mandaba el cuerpo de tropas españolas que desde antes de comenzar la presente guerra se hallaba sobre la frontera de Portugal en observacion de la contienda entre el rey don Mi-

guel y su hermano don Pedro de Braganza exemperador del Brasil, aprovechándose de la decadencia de los negocios de don Miguel y de la debilidad de sus fuerzas, sin que precediese requirimiento, reclamacion ni menos declaracion alguna de hostilidad, invadió con sus tropas el vecino reino intentando apoderarse por sorpresa de la persona del señor don Cárlos. Este príncipe que fiado en el derecho de gentes permanecia sin fuerza alguna para su custodia, se vió en la necesidad de huir á fin de no caer en manos de los invasores. Desde entonces anduvo como fugitivo por espacio de varios dias, hasta que los mismos acontecimientos de Portugal, desfavorables á don Miguel, le obligaron á buscar asilo en un navío de S. M. Británica, que le trasladó á Inglaterra.

Embarcado el señor don Cárlos, expulsado de su reino don Miguel y sentada en el trono de Portugal la princesa doña María de la Gloria, habia cesado el motivo que exigia la permanencia del ejército español cristino en aquella frontera. El gobierno de Madrid que ya entonces estaba bien persuadido de lo indispensable que era el mandar pronto un sucesor á Quesada y nuevos auxilios á Navarra, vió nacer en los sucesos presentes las dos cosas que justamente necesitaba. En efecto, apenas fué terminada la contienda portuguesa, nombró á Rodil general en gefe del ejército del norte, previniéndole al mismo tiempo que con toda brevedad se pusiese en marcha con el ejército de observacion. Rodil, cuya principal virtud como militar consistía en una grande actividad, puso sin retardo en ejecu-

cion lo que se le mandaba; pero teniendo que atravesar por Madrid para ir á su nuevo destino, la augusta viuda de Fernando VII conforme con la opinion de sus consejeros, hizo que se detuviese algunos dias en la corte con el objeto de pasar revista á sus tropas. Los políticos cristinos pensaron promover por este medio el ardor y entusiasmo que no habian podido excitar en el soldado español los trabajos de la campaña que acababan de hacer en Portugal.

El refuerzo que conducia Rodil, junto con los regimientos que ya estaban empleados en la guerra del norte de España, formaba un fuerte tan considerable, que hizo creer á los ministros despues de las conferencias que tuvieron con el nuevo general, que el término de la guerra estaba muy próximo. Se ha dicho que Rodil prometió formalmente en esta ocasion mas de lo que debiera, pero no debe admirarse de que asi lo hiciese si se comparan las fuerzas y recursos que se ponian á su disposicion, con los del enemigo que iba á combatir. Las consecuencias de esta comparacion atormentaban no poco á algunos de sus émulos, los cuales comenzaron á mirarle con envidia desde aquel momento „ suponiéndole ya victorioso. Rodil mismo con su confianza daba mas consistencia á estas opiniones, pues no parecia sino que temia que los carlistas se deshiciesen por sí mismos, antes de llegar á atacarlos y recoger los laureles del triunfo.

Sediento pues, de celebridad y de gloria, no tardó mucho el nuevo caudillo en llegar con su ejército á Logroño, acompañado de un numeroso y brillante estado mayor. Los nombres de Anleo, Córdo-

ba, Sanjuanena, Bedoya, Figuéras y Carondelet se hallaban entre los de los generales que le acompañaban. El nuevo refuerzo consistia en un efectivo de mas de diez mil hombres de infantería y proporcionada caballería. Este número era por entonces muy considerable para el gobierno cristino, porque el ejército español de aquel tiempo no excedia del que habia dejado Fernando VII al tiempo de morir (1). Para aumentar el aparato é infundir el terror por el pais que atravesaba, traia el nuevo general un convoy compuesto de mas de mil carros y mayor número de acémilas; lo cual junto con los trenes de artillería, causaba en efecto la admiracion del pueblo. Lorenzo y Oráa, que por algunos dias habian estado separados de sus divisiones, tal vez por desavenencias que tuvieron con Quesada, se pusieron de nuevo á la cabeza de aquellas y las condujeron tambien á Logroño. Las fuerzas que resultaron por consecuencia de esta concentracion y que Rodil no cesaba de reconocer y admirar, sirvieron para alimentar sus ilusiones; pues las tropas de Navarra que todavía no habia visto, superaban no solo por el número sino por la calidad á las que él conducia.

---

(1) Este consistia en ocho regimientos de la guardia Real de infantería y cuatro de caballería, cuyo número total, inclusos los provinciales, ascendia á 17,000 infantes y 2,000 caballos: en 18 regimientos de línea y seis ligeros de infantería, y en cinco regimientos de línea y ocho ligeros de caballería. Los 24 de la primera arma componian 30,000 infantes y los trece de la segunda 5,000 caballos: de manera que unida á esta fuerza y á la de la guardia Real la de los 8,000 infantes y 2,000 caballos de que constaba el cuerpo de carabineros de costas y fronteras, la de artillería é ingenieros y la de los 12 ó 13 regimientos de milicias provinciales que á la sazon se hallaban sobre las armas, se puede calcular en 75,000 infantes y 9,500 caballos el total del ejército español peninsular en la época á que nos referimos. La mitad de esta fuerza lo menos, la tenia Rodil bajo su mando cuando entró en Navarra.

El estruendo formidable de las armas que se dejaba sentir sobre la orilla derecha del Ebro, resonaba en la opuesta. Entonces el ejército y pueblo navarro fijaron toda la atencion en su caudillo. Lejos este de ocultar la gran tempestad que contra ellos se estaba formando en Logroño, mandó publicar la alocucion que con este motivo dirigia á sus tropas. En ella en vez de atenuar el número, poder y recursos materiales de que disponia Rodil, los encomiaba hasta pasar de la realidad, como un antídoto contra aquellos siniestros rumores sordos que, cual mortífera epidemia, nacen y se extienden entre las clases inferiores desalentando á los medrosos, y aun á los que no lo son, cuando estan persuadidos de que se les oculta la verdad para no desanimarlos. Despues de hablar en este sentido á sus tropas, les añadia las siguientes palabras: *Al ver tan numeroso ejército, voluntarios, ¿os acobardaréis?* Al llegar aquí el oficial que la leia al frente de los batallones navarros formados al intento en la plaza de Salinas de Oro, un grito unánime salió de las filas, diciendo, NO. Este *NO*, que á impulsos del corazon habia articulado la lengua, causó en los mismos que lo habian pronunciado una recíproca y general sorpresa. Zumalacárregui que no estaba alli entonces, al saber esta particularidad, formó una de las mas atrevidas y prontas resoluciones. Le constaba por las noticias que acababa de recibir que Rodil principiaria al dia siguiente su movimiento desde Logroño á Pamplona, marchando las primeras las divisiones de Lorenzo y Oráa, siguiendo Rodil veinticuatro horas despues con todas las fuerzas que traia de Portugal. La in-

tencion de Zumalacárregui era avanzar rápidamente desde el interior de las montañas para salir al flanco izquierdo del enemigo cuando Rodil pasase de Logroño á Lerin; suponiendo que estas tropas faltas de experiencia y no acostumbradas á aquel género de guerra resistirian mal á un ataque inesperado y brusco.

Tan grande, oportuna y atrevida operacion iba ya á tener efecto, cuando una novedad vino á suspenderla y á cambiar el semblante de las cosas.

CAPITULO V.

Billete autógrafo mandado por don Cárlos á Zumalacárregui. —Júbilo que produce la noticia de su venida en el campo carlista.—Zumalacárregui va hasta Elizondo al encuentro de este príncipe.—Actos primeros de don Cárlos.—Su salida del valle de Baztan.—Su revista á las tropas en Beunza.—Reflexiones del autor con este motivo.—Don Cárlos va á las Amézcoas.—Particularidades de este pais.—Efectos que causa en el campo cristino la presentacion de este príncipe en Navarra.—Voces ridículas que esparcen para contrarestar el primer entusiasmo de los pueblos.—Zumalacárregui despues de confiar su custodia al general Eraso, se separa para continuar las operaciones.—Don Cárlos va á visitar las provincias vascas.—Acomete Zumalacárregui por primera vez á las tropas mandadas por Rodil.—Los cristinos establecen nuevas líneas de comunicacion.—Rodil invade la Amézcoa.—Combate de Artaza.—Rodil persigue al cuartel de don Cárlos con 12,000 hombres.—Figueras y Oráa al frente de Zumalacárregui.—Particular emulacion ó rivalidad.—Zumalacárregui se apodera de las brigadas de Figueras.—Movimientos continuos de las columnas cristinas.—Incendio de los molinos harineros de Val de Yerri y Guesalaz.—Choque junto á Ersul.—Persecucion constante dirigida contra las tropas que Zumalacárregui manda en persona.—Derrota de la division de Carondelet ocurrida en las Peñas de san Fausto.—El conde de Viamanuel.—Noticias tocantes á la caballería carlista.—Zumalacárregui marcha sobre Viana.—Derrota de la caballería cristina.—Desgraciado suceso de la sorpresa intentada contra el fuerte de Echarri-Aranaz.—Tristes recuerdos de la sierra Urbasa.—Ojeada general sobre el estado del ejército carlista en las tres Provincias y Navarra.—De los recursos del pais.—De la falta de municiones.—Del establecimiento de una fábrica de pólvora.—Del espionaje.—Anécdota de un confidente.—Sobre el calzado.

En el momento que resonó en la plaza del lugar de Salinas de Oro aquel NO tan enérgico que á un mismo tiempo pronunciaron cuantos voluntarios habian oido leer la proclama de Zumalacárregui, una especie de fuego eléctrico penetró como por encanto en los pechos de todos los habitantes de Navarra; y á la

pregunta de *¿ os acobardaréis ?* hasta el eco de aquellas montañas pareció responder NO, NO.

Tal ánimo y resolucion eran como el preludio de la victoria. Zumalacárregui que lo creia así, se decidió á llevar presto sus tropas al combate; pero hallándose todavía Rodil al otro lado del Ebro, se limitó por entonces á conducirlas al fondo de la sierra de Urbasa. Este movimiento preparatorio, además de ocultar mejor sus intenciones, servia para dar lugar á que llegasen los avisos que se estaban esperando respecto al dia fijo en que Rodil deberia pasar desde Logroño hácia Pamplona.

El 11 de Julio el general carlista se trasladó desde Urbasa á Eulate. Al entrar en este pueblo mandó que inmediatamente se distribuyesen algunas municiones, calzado y la racion de aguardiente acostumbrada el dia de accion; pero habiendo ya oscurecido, todas estas cosas no pudieron hacerse hasta cerca de media noche. Los batallones carlistas estaban á punto de desfilar para la ermita llamada de nuestra Señora del Pueyo, situada entre Viana y los Arcos, por cuya vecindad se suponia pasaria Rodil, cuando se presentó en el campo don Miguel Antonio Legarra, abad de Lecumberri.

Este eclesiástico, á quien pocos dias antes habia mandado Zumalacárregui con una importante comision al Baztan, apenas desmontó, puso en sus manos un billete cerrado de muy reducido tamaño. La circunstancia de ser desconocido el carácter de la letra del sobrescrito, y el no decir sino *Para Zumalacárregui*, fué causa de que este antes de abrirlo dirigiese algunas preguntas á Legarra respecto al ori-

gen del documento, á las cuales el abad no pudo responder otra cosa mas que los señores de la Junta se le habian entregado, encargándole lo trajese sin la menor dilacion, pues interesaba muchísimo. Habiéndolo por fin abierto, lo leyó para sí solo, y cuando lo estaba haciendo, notaron todos los que se hallaban presentes cierta alteracion repentina en su semblante. El general carlista con aire de satisfaccion miró á todos los que le rodeaban, y dió por órden que inmediatamente se alojase la tropa, descargasen las brigadas y quitasen sillas á los caballos.

El billete que hizo abandonar tantas disposiciones y causó tal mudanza en Zumalacárregui, contenia estas pocas líneas.

Zumalacárregui: estoy muy cerca de España, y mañana espero en Dios estar en Urdax: toma tus medidas y te mando que nadie lo sepa absolutamente sino tú.

CARLOS.

Rodeado Zumalacárregui de amigos fieles y sumamente afectos á su persona, con quienes habia partido hasta entonces las fatigas y las glorias, no podia conformarse con la reserva que se le encargaba. Su corazon naturalmente franco y generoso rehusaba ocultarles una noticia tan plausible. Además, el estado de las cosas hacía creer que en nada se comprometia la seguridad del Príncipe aunque se divulgase su próxima llegada; pues sacando la cuenta por el tiempo pasado desde que se habia escrito el billete hasta aquella hora, no solo podia estar ya en Urdax, punto ocupado por sus tropas, sino tambien don-

de se hallaba la junta de Navarra, y por consiguiente libre de todo peligro. Sin embargo, Zumalacárregui por guardar la forma del precepto que se le acababa de comunicar, se abstuvo de difundir tan interesante nueva, y se limitó á confiarla á los gefes principales; mas á pesar de la reserva que les recomendó, por esta vez todos suponemos que faltaron á ella, y que ninguno supo vencerse resistiendo al placer que á cada cual en particular le resultaba de darla á sus amigos: así es que antes que hubiese llegado el alba hasta el último de los soldados sabía ya que don Cárlos venía de un momento á otro. La sorpresa de tan feliz nueva y el júbilo que experimentó el gefe carlista en esta ocasion, le tuvieron por algunos instantes como fuera de sí.

Los émulos de Zumalacárregui por rebajar su gloria y la de las provincias vasco-navarras, han extendido la voz de que sin la venida del Príncipe, su causa hubiese indudablemente perecido al instante que se presentó Rodil. Varias razones podriamos oponer contra semejante opinion, mas consultando á la brevedad, solo indicaremos dos que convencerán á cualquier hombre desapasionado. Es la primera la que se deduce del suceso ocurrido en la plaza de Salinas de Oro cuando el general carlista presentaba á los batallones la tempestad que les amenazaba, mucho mas fuerte y terrible de lo que en realidad era. La segunda se colije de los atrevidos proyectos que iba á ejecutar Zumalacárregui cuando recibió la noticia de la venida de don Cárlos. La presentacion de este príncipe en Navarra y las provincias vascas fué sin duda alguna la mayor ga-

rantía que por los sacrificios que estaban haciendo podia ofrecerse á todos sus defensores; mas esto no influyó en la resolucion que antes de su llegada habian tomado los hombres que peleaban por su causa.

Lo primero que hizo Zumalacárregui apenas se enteró del billete, fué enviar á su gefe de estado mayor don Miguel Gomez al encuentro de don Cárlos para que le presentase en nombre de todos sus leales defensores el debido homenage; pero como esto no podia satisfacer sino muy débilmente al acendrado amor que profesaba á este príncipe, luego que amaneció formó sus batallones y se dirigió con ellos hácia el Baztan: mas viendo que no era fácil el que siguiesen todo el dia el paso de los caballos, al llegar á la venta de Alsasua dejó á cargo del general don Francisco Benito Eraso la conduccion de las tropas, y en seguida continuó su viaje con toda celeridad. Como el anhelo de Zumalacárregui por ver á don Cárlos era tan extraordinario, en el mismo dia que salió de Eulate entró en Elizondo, acompañado únicamente de don Juan Antonio de Zaratiegui y de don Jorje Lázaro. Cuando llegó á las puertas del palacio que ocupaba el Príncipe, eran ya las once de la noche, hora en que fatigado del cansancio de su largo viaje, se habia ya acostado. Esto no obstante, el general fué admitido al momento ante su presencia.

En el inmediato dia 13 de Julio don Cárlos tuvo varias conferencias con Zumalacárregui, en cuyo favor expidió los nombramientos de teniente general y de gefe de estado mayor. En la tarde del mismo dia se echaron á vuelo las campanas, y el Príncipe fué

los juzgan por sí mismos; hombres que estando íntimamente convencidos de los derechos de don Cárlos al trono español, tenian por imposible que á la presentacion de este príncipe en el reino hubiese un solo cristino que se negase á recibirle por su legítimo soberano. En tal concepto el nuevo ministro carlista comenzó á expedir órdenes á todas partes, no dudando que al llegar á sus manos, los gefes de los enemigos pondrian á su disposicion sus regimientos, y los gobernadores le entregarian sin dilacion las llaves de las plazas y fortalezas: credulidad que si bien será considerada como un efecto natural del poco conocimiento del mundo y de la perversidad de los hombres, es un rasgo de la antigua hidalguía castellana y una prueba de lo arraigado que se hallaba en el corazon de los españoles el principio de la sucesion varonil á la corona con exclusion de las hembras.

En medio de la alegría y satisfaccion que reinaban en Elizondo con motivo de la venida de don Cárlos, Zumalacárregui era el único que no descansaba. Pasadas las primeras emociones no pensaba sino en el enemigo á quien habia dejado preparándose á penetrar en Navarra. El mismo afan que le animaba hacía dos dias por ver á este Príncipe, le atormentaba ahora por volverse á los parajes de que se habia apartado; pues sabiendo que Rodil andaba por aquellas inmediaciones, queria estudiar sus proyectos y frustrarlos sin pérdida de tiempo.

Sabido es que los carlistas, desprovistos de todo, lo estaban tambien de puntos donde se hallasen seguros de un ataque repentino ó de una imprevista

sorpresa. No poseian entonces ningun castillo ni plaza fuerte, ni ocupaban sitio alguno que no estuviese del todo abierto á las irrupciones de las armas cristinas. Por eso fué preciso que al tercer dia de su llegada tomase ya don Cárlos parte en las fatigas y peligros de sus tropas.

La mañana del 15 de julio salió el Príncipe de Elizondo acompañado de Zumalacárregui y de la junta de Navarra. En Irurita pasó entre las filas del 5.º batallon de Navarra, y habiendo atravesado todo el valle de Baztan, superó el puerto de Belate, cruzó el valle de Ulzama, y llegó cerca del medio dia á las inmediaciones del pueblo de Beunza. El general Eraso, que ocupaba este punto con tres batallones navarros y uno guipuzcoano, los formó con anticipacion en una sola línea y en el órden de parada, en un llano que hay antes de llegar á Beunza.

Al presentarse don Cárlos al frente de esta division, parte importantísima de su limitado ejército, debió de experimentar dos sensaciones, si no encontradas, sobradamente distintas; la del placer y del asombro. No era el estruendo del cañon, no la melodía marcial de las bandas de música, no el equipo de la tropa ni la esplendidez de sus uniformes, lo que debia llamar la atencion del Príncipe cuando de todo carecian sus soldados. Lo que debió embargar sus potencias, lo que debió llenarle de alegría y de admiracion, fué el ver aquel puñado de hombres que sin mas aparato, sin mas medios que unos malos fusiles y cananas estaban luchando con valor heróico, hacia nueve meses, contra un gobierno cuya voz obedecian mas de trece millones de habitantes: de

un gobierno dueño absoluto de todas las ciudades, plazas fuertes, puertos y recursos del Estado, hallándose además sostenido por dos naciones de las mas poderosas del universo. Lo que debió cautivar su cariño y conmover su corazon era el considerar que aquel escaso número de valientes, cuyo semblante curtido con el sol ardiente de la estacion y las fatigas de la campaña se mostraba risueño á su vista, se habia sostenido por su causa en el gigantesco, si no imposible, proyecto de combatir y derrocar arrostrando mil peligros y trabajos increibles á un gobierno apoyado en tantos elementos. Allí vió don Cárlos aquellos héroes que mal curados de sus primeras heridas volaban al combate en busca de nuevas glorias. Allí vió que al hermano muerto ayer en el campo de batalla, le sucedia hoy otro hermano dispuesto á batirse. Allí vió, en fin, que todos habian corrido á la lucha separándose de las prendas mas amadas de su corazon, de propia voluntad y con solo el fin de sostener ilesa la religion de sus padres y sentar en el trono al príncipe á quien de derecho juzgaban corresponderle. ¡Qué expectáculo tan grandioso para don Cárlos! ¡Qué maravilla tan consoladora para un monarca el ver que en un siglo en que la revolucion mina los tronos y hace el último esfuerzo para abatirlos, hay españoles que exponen lo mas precioso que existe en el mundo por defenderlos.

Zumalacárregui se sintió como embarazado á la presencia del Príncipe, por no poder ofrecerle un alojamiento regular, ya que no fuese como el que preparó el Gran Capitan á Fernando el Católico

cuando llegó á Nápoles, ni como el que el duque de Vendome tuvo la dicha de conquistar á Felipe V. Pero ¿qué diferencia no habia entre los medios de que dispusieron Gonzalo de Córdoba y Vendome para conseguir lo que alcanzaron y los que tuvo Zumalacárregui? La magnificencia que desplegaron aquellos dos grandes capitanes fué compensada por un homenage mucho mas desinteresado y por una lealtad cuando menos igual á la suya. Lo único que Zumalacárregui podia ofrecer á don Cárlos eran miserables aldeas destruidas por los estragos de la guerra, sencillos habitantes que en medio de su escasa fortuna vivian felices con las leyes de sus padres, y una honradez sin par asociada de costumbres semejantes á las que la historia y la tradicion nos cuentan de los antiguos patriarcas.

Desde Beunza se trasladaron á los valles de Araquil y Borunda. Sus fidelísimos moradores fuera de sí con la inesperada presencia de don Cárlos, en el momento que le avistaron dieron por bien empleados todos sus sacrificios, lisongeándose de antemano con la satisfaccion de poder decir algun dia que fueron los primeros á ayudarle á conquistar el trono de sus abuelos. El gefe realista que deseaba que el príncipe viese lo mas pronto posible á los que mejor le habian servido, y que estos participasen tambien de la comun alegría, se dirigió á las Amézcoas.

Once siglos hacía que habia salido de aquellas breñas el señor de este pequeño territorio para ser el primero de los reyes de Navarra, cuya eleccion se hizo, segun nos cuenta la historia, despues de haber sido destruida por los árabes la monarquía goda. Si

glorioso fué para los amezcoanos de aquel tiempo el ver su señorío transformado en un reino, no debió de ser menos satisfactorio para los de la generacion presente el que un príncipe se mostrase contento desde el punto y hora que llegó á poseer su limitado territorio. A García Ximenez, señor de Abarzuza y de Amézcoa, le faltaban entonces algunos estados mas para tener á raya la invasion sarracena, mientras á don Cárlos le bastaba ahora el reducido y miserable señorío de García para tener donde apoyarse y combatir la invasion que las revoluciones recientes intentaban hacer en España. Así, pues, si la Amézcoa del octavo siglo no participó de menor gloria que Asturias por haber servido de cuna á la monarquía, la Amézcoa de hoy tuvo motivos fundados y justos para esperar sobrepujarla.

La rusticidad que suponemos en los amezcoanos de aquellos tiempos en que dieron el primer monarca á Navarra, es la única cosa que ofrece analogía con el modesto séquito y fausto que acompañaba al señor que ahora se les venía á presentar. Sin embargo, estaban tan orgullosos de la preferencia que se les daba, que no parecia querian mas que un señor que no gozase de otro patrimonio que de su valle. Esto provenia de que alejados los habitantes de la Amézcoa del tráfago de la sociedad, en el espacio de muchos siglos no habia penetrado en sus fragosas y estériles montañas mas que el nombre del príncipe que reinaba sin tener jamás el gusto de verle en su seno; por lo que la presencia de don Cárlos, aunque sin las apariencias de la magestad real que tanto hieren la imaginacion del vulgo, no podia dejar

de infundir en ellos el respeto y la admiracion.

Pero tiempo es ya de dejar á un lado estas consideraciones para volver á la narracion de cosas mas esenciales á nuestro principal objeto, dando cuenta de lo que los cristinos hacian mientras el Príncipe descansaba entre los amezcoanos.

Atónito Rodil con la imprevista llegada de don Cárlos á Navarra, apenas queria dar crédito á lo que la voz pública extendia por todas partes. Comenzaron los gefes y autoridades cristinas por desmentir la noticia, diciendo que no era cierto hubiese entrado en Navarra, ni menos que se hallase entre las tropas el *Pretendiente*, con cuyo nombre bautizaron entonces al que los realistas tenian por su legítimo rey; puesto que muchos le habian visto embarcarse en Portugal hacia poco tiempo como prisionero en un navío de guerra inglés; suponiendo que los carlistas, fecundos en ardides y deseosos de sostener las ilusiones de los pueblos y alargar por este medio la guerra, habian elegido uno bastante parecido al infante don Cárlos para que haciendo el papel de rey, les ayudase á resistir la terrible tempestad que de cerca les amenazaba. Avisos sobre avisos convencieron al fin á Rodil y al gobierno de Cristina que era el mismo don Cárlos en persona el que tenian en Navarra; por lo que temiendo los efectos que esta inesperada aparicion podria producir en el ánimo de los españoles, se dieron prisa á comenzar las operaciones, evitando con esto graves consecuencias que con sobrado fundamento temian.

Al ver Zumalacárregui á sus enemigos en movimiento, se sintió como fuera de sí porque las con-

sideraciones, respetos y formalidades que le prescribian en estos momentos sus deberes, le robaban un tiempo tan precioso como necesario para atender á lo que reclamaban las atenciones propias de la guerra; pues si bien don Cárlos manifestaba la mayor indiferencia por la omision de lo que se le debia, y mostró venir armado de una resignacion y valor á toda prueba para soportar las privaciones como el último de sus soldados, no podia Zumalacárregui prescindir mientras estuviese á su lado de hacer cuanto el decoro del Príncipe exigia, sin exponerle á que se menoscabase su dignidad; pues si el primero de los subordinados no le rendia el homenage que se le debia, los demás tampoco le respetarian. Esta conviccion luchaba de contínuo en su ánimo á la par que la urgente necesidad de disponerse presto á ejecutar con su acostumbrada rapidez los movimientos que las operaciones mismas del ejército de Rodil le estaban indicando; porque precisamente dependia de esto la conservacion de las tropas carlistas delante de un enemigo tan poderoso. Resuelto al fin á separarse de don Cárlos para observar mejor á su competidor, confió la guardia y custodia de su persona á su segundo en el mando el general don Francisco Benito Eraso. Pero como entonces no habia, segun hemos dicho, punto ni lugar que no estuviese á discrecion del enemigo, fué preciso dejar la Amézcoa y hacer contínuos movimientos. Lo primero que hizo Eraso fué conducir al Príncipe á las tres provincias vascongadas, tanto para alejarle del primer peligro, como para que pudiese revistar las tropas y proporcionar á los pueblos la satisfaccion de verle.

Apenas Zumalacárregui se separó de don Cárlos, cruzó la sierra Andía hasta llegar á los puertos de Bacaicoa y Lizarraga, desde donde se ve el camino real que atravesando los valles de Araquil y Borunda, se dirige de Pamplona á Vitoria. Este pais, que pocos dias antes habia pasado don Cárlos viniendo desde el Baztan á la Amézcoa, se hallaba ahora invadido por las tropas de Rodil. Al mismo tiempo que Zumalacárregui descubrió el camino real de lo alto del puerto de Bacaicoa, observó que una columna cristina se encaminaba desde Echarri-Aranaz hácia Olazagoitia. La facilidad que hay de descender de allí y llegar hasta el camino sin ser descubierto, le animó á atacar esta fuerza de flanco. Habiéndose velozmente avanzado con el tercer batallon de Navarra, realizó lo que se habia propuesto; mas á pesar de la rapidez con que ejecutó la operacion, la retaguardia cristina estaba ya cerca de la venta de Alsasua cuando dispararon los primeros tiros los carlistas. El fuego de guerrillas que comenzó en seguida no fué sostenido por otras fuerzas que por el tercer batallon de Navarra, al paso que los cristinos, que en gran número se hallaban en Olazagoitia y Ziordia, acudieron en auxilio de los suyos. Este pequeño combate trabado á mayor distancia de la que Zumalacárregui queria, no tuvo resultado importante, costando la vida al comandante del tercer batallon de Navarra don Felix Ichaso, cuya pérdida y el descuido ó flojedad que manifestaron entonces dos capitanes alaveses que con sus compañías defendian la inexpugnable posicion del puerto de Olazagoitia, pusieron al general carlista en la precision de reple-

garse sobre sus reservas que todavía ocupaban lo alto de la sierra. Dueños Rodil y Espartero de los puertos de Olazagoitia y Ziordia, temió Zumalacárregui viniesen á su encuentro, con cuyo motivo retiró con la mayor celeridad sus fuerzas á un bosque, las formó en columna y mandó armar bayoneta á fin de embestir al arma blanca en el momento que se presentase el enemigo. Terrible habria sido aquel combate si hubiera llegado á realizarse: la ilustre sangre de los españoles habria corrido en abundancia, como tantas otras veces, si hubieran venido á las manos en aquella crítica ocasion. Pero estando ya próxima la noche, y habiendo vuelto los exploradores diciendo que los cristinos habian retrocedido, los carlistas se retiraron á Lezaun.

Teniendo Rodil tan numerosas fuerzas, luego que examinó la topografía de Navarra, creyó que el medio mas seguro de destruir los carlistas sería poner en planta el sistema llamado de ocupacion. Para llevarlo á efecto ordenó el establecimiento de una línea militar desde Pamplona á Vitoria, semejante á la que ya existia desde Logroño á Pamplona. Como entre sus providencias y la ejecucion mediaba siempre muy poco tiempo, al instante se vió á sus ingenieros levantar fortificaciones en Irurzun, Echarri-Aranaz y Olazagoitia, las que junto con las que ya habia en Salvatierra, completaban el cordon hasta Vitoria, y de consiguiente el objeto de la operacion. Para proteger las obras que se construian á un mismo tiempo en los tres puntos, extendió Rodil sus fuerzas por toda la barranca de Araquil y Borunda, pero á los pocos dias, por no tener al ejército ocioso

todo el tiempo que se emplease en levantar las fortificaciones, resolvió hacer con algunas de sus tropas un reconocimiento de las Amézcoas. Nueve mil hombres, inclusa la division de Vizcaya mandada por Espartero, subieron á un mismo tiempo el 30 de julio á la sierra de Urbasa por los puertos de Lizarraga, Bacaicoa y Olazagoitia, y como un torrente se derramaron desde allí por el estrecho valle de la Amézcoa alta. Al dia inmediato llevó Rodil toda su gente á la Amézcoa baja y la acantonó en los cinco pequeños pueblos que comprende. Parece que el general cristino estaba aun indeciso respecto á si convendria ó no establecer guarniciones en estos parajes.

El territorio sobre que estan situados los cinco pueblos que constituyen la Amézcoa baja, es de forma casi circular y se halla circunvalado de montes elevadísimos y del todo escarpados. Cinco son las entradas del valle donde van á parar otros tantos caminos. Dos pasan por entre estrechas gargantas, pero el que presenta posiciones mas imponentes viene de la parte de Estella: los otros tres descienden de las sierras de Andía y Urbasa por los puertos de Zudaire, Baquedano y Artaza. En el fondo del valle nace un rio, cuyas aguas siempre frescas y en extremo cristalinas, fueron tal vez la causa en esta estacion calurosa de que Rodil se detuviese allí con su ejército.

Mientras tanto Zumalacárregui acompañado de tres batallones llegó cerca de las dos de la tarde á lo alto del puerto de Artaza, desde donde se puso á observar lo que hacian los enemigos. Los cristinos, unos

encerrados en las casas, otros tendidos por las calles ó debajo de los árboles, descansaban todos en este momento con el mayor sosiego, rendidos sin duda de la fatiga y del calor excesivo que entonces hacia. Observando el general carlista que en la primera avanzada no habia la mayor vigilancia, dió la órden á uno de sus oficiales para que fuese con una compañía á sorprenderla, lo que verificó con tal exactitud que toda quedó prisionera; pero en cuanto sucedió esto las otras avanzadas dieron la alarma, y en un instante todo el valle se vió cubierto de tropas. Espartero como el mas vecino al peligro, acudió inmediatamente á donde estaba el enemigo, y de contado se trabó entre sus tropas y las de Zumalacárregui un sério combate. A pesar de la diferencia de fuerzas, todas las ventajas las llevaba el carlista, hasta que este con motivo de haber destacado Rodil otras nuevas desde los pueblos de Baquedano y Gollino contra su derecha, temiendo ser cortado, retiró su gente sobre lo mas elevado del puerto, donde se mantuvo hasta que se hizo de noche.

Rodil estuvo con su ejército en la Amézcoa hasta la salida del sol, á cuya hora la evacuó para siempre. La circunstancia de haber sido acometido dos veces en el discurso de una semana por aquellos mismos hombres que él creia sin el aliento necesario para llevar las armas, le movió á indagar las causas de tan grande audacia, y atribuyéndola á la presencia de don Cárlos, habiendo recibido en tal ocasion la noticia que este Príncipe se habia dirigido acompañado únicamente de doce personas hácia el señorío de Vizcaya, formó la resolucion de ir por sí mismo á

perseguirlas, confiado en que si lograba la captura del Príncipe, conseguiria la conclusion de la guerra, con el ahorro de muchos trabajos, fatigas y considerable pérdida de tiempo.

Concluidas las fortificaciones comenzadas en toda la línea de Pamplona á Vitoria, Rodil encargó á varios de sus generales la persecucion de Zumalacárregui, y con doce mil hombres que todavía le quedaban para otros objetos, tomó el camino de Vizcaya. Luego que llegó á este pais y se informó de la direccion que habia llevado el cuartel de don Cárlos, avanzó desplegando sus fuerzas sobre un vastísimo frente. Con solo marchar de esta suerte hasta las orillas del mar cantábrico miraba el general cristino como seguro apoderarse del Príncipe que perseguia, puesto que este no tenia allí el medio de embarcarse como en Portugal.

Al considerar que doce mil hombres se dirigian contra doce solamente, la empresa no pareció al mayor número muy dificultosa. Sin embargo, estaban en favor del Príncipe perseguido la misma extension de la línea que los perseguidores pretendian abrazar, los grandes ramales de las cordilleras que encierra el pais, la profundidad de los barrancos, la espesura de los bosques, el laberinto de las sendas y caminos, el apoyo que ofrecen á todo fugitivo las tinieblas de la noche, el celo y conocimientos prácticos de los que custodiaban su persona, y finalmente, la lealtad de un pueblo noble y valeroso que se juzgaba obligado, ó por mejor decir, que cifraba su honor y su fé en la conservacion de tan importante depósito. Todo el séquito de don Cárlos no excedia,

como decimos, de doce personas; y si á los gefes militares carlistas que conducian uno, dos ó mas batallones les era tan fácil eludir todo encuentro desventajoso con sus enemigos, y dejar sin efecto las mas bien calculadas combinaciones de los generales contrarios, ¿cuanto mas fácil no deberia ser esto mismo al escaso número que acompañaba al Príncipe? Así es que Rodil despues de tantas marchas, contramarchas y de andar de frente y de flanco no sacó de este proyecto de persecucion otro fruto que fatigas y la destruccion del equipo de sus soldados. Las asperezas solas de Vizcaya bastaron para mandar un gran número de ellos á los hospitales, y dejar reducidas á la nada sus ilusiones y sus esperanzas. Otro de los resultados de esta persecucion fué el perpetuar la odiosidad de su nombre en la memoria de algunos habitantes por las devastaciones é incendios que ejecutaron sus tropas. Las del general don Gaspar Jáuregui redujeron entonces á cenizas el célebre santuario de nuestra Señora de Aranzazu.

Entre los generales que quedaron al frente de Zumalacárregui mientras Rodil recorria las provincias vascas, Figueras y Oráa eran los que maniobraban con mayor actividad. Mas á pesar de eso, Zumalacárregui sabia inutilizar todas sus combinaciones sin salir jamás de las sierras que rodean la Amézcoa; pero no se contentaba con eso solo: desde los montes mas elevados, por entre los riscos mas escabrosos, por entre la maleza de los bosques mas espesos observaba con el mayor cuidado todos los movimientos de sus adversarios para aprovecharse del menor descuido y arrojarse sobre ellos con la prontitud que

el águila sobre su presa. Sobresalia especialmente en Zumalacárregui aquel espíritu sagaz y osado que distinguia al gran Sertorio, y á semejanza de este héroe, en la desventajosa y difícil posicion en que se veía, procuraba auxiliar su inferioridad con el arte, con la astucia, con la estratajema. Su gran inteligencia y actividad crecian en la opinion de todos al ver que se destinaban á perseguirle los generales mas versados y que mayor reputacion tenian en el ejército.

Sin embargo, á nuestro modo de pensar, Figueras como menos experimentado en esta guerra hubiera cometido muchas faltas sin la cooperacion y asistencia de Oráa, á quien con razon debe reputarse como el mejor perito entre los gefes cristinos. Zumalacárregui conocia personalmente á aquel general y sabia cuánto alcanzaba su capacidad, no obstante el concepto de que generalmente gozaba. Por lo mismo seguia sus pasos con especial interés, deseando cogerle en algun descuido para darle una embestida que le desconcertase. Llegó por fin el momento de realizarse sus deseos. Un dia que las divisiones de Figueras y Oráa pasaban á la desfilada desde el pueblo de Eraul hácia el de Abarzuza, y al parecer en direccion del valle de Guesalaz, Zumalacárregui, que largo tiempo hacia los acechaba, se les fué acercando por entre la espesura de los bosques que rodean el monasterio de Iranzo, desde donde destacó un batallon contra el flanco izquierdo de sus enemigos. Para rechazar el ataque comenzaron estos por replegarse; pero antes de que lo hiciesen, cuatro compañías ya dispuestas é instruidas de lo que debian ejecutar, se arrojaron sobre la retaguardia de la co-

lumna á cuya cabeza iba Figueras, la arrollaron y se apoderaron de todas las acémilas, las que sin detenerse un momento condujeron al puerto de Eraul, y descendiendo por él las pusieron en seguridad. Luego que llegó á Figueras la noticia de lo ocurrido, acudió apresuradamente á recobrar la presa, mas ya era tarde; porque Zumalacárregui despues de pasar con la mayor rapidez al otro lado del rio Amézcoa poniéndola en salvo, se quedó á pernoctar en el valle de Hellin. Al dia inmediato se examinó el botin y se vió que consistia en setenta y dos caballerías con los efectos y equipajes de todos los oficiales de la division de este general, y otras varias cosas. A este revés, aunque tampoco importante, se atribuyó la separacion inmediata de Figueras del mando de su columna, considerándole como un gefe mas á propósito para dirigir una oficina militar, en lo cual se habia ya distinguido, que para los movimientos y operaciones de esta guerra.

Cuando Zumalacárregui se retiró con su gente al valle de Hellin, poco le faltó para ir á parar á las manos de Lorenzo que le venía de frente. Esta clase de peligros eran muy frecuentes en aquellos dias, mucho mas despues que Rodil estableció la línea de guarniciones de Pamplona á Vitoria; pues desde entonces era en extremo limitado el campo que á Zumalacárregui le quedaba para maniobrar y defenderse de tantas divisiones enemigas como á la vez le perseguian.

A tantas dificultades como ya habian opuesto, quisieron los generales cristinos añadir otras nuevas para reducir y aniquilar el corto número de sus ad-

versarios. Lorenzo, que á lo que parece era mas inclinado que ningun otro á los medios extremos, fué el primero que comenzó á ponerlas en ejecucion. En un solo dia incendió cuantos molinos harineros contenian en su territorio los valles de Yerri y de Guesalaz, sin hacerse cargo de los gravísimos perjuicios que causaba á sus dueños extraños á la contienda política, ni del sin número de incomodidades que este atroz atentado iba á acarrear á mas de cuarenta pueblos. Mucho menos entraba en su cálculo la consideracion de que de semejante medida ningun bien podia resultar á su causa; pues lejos de perjudicar á los carlistas tan considerables extorsiones, exasperando á los habitantes pacíficos, contribuian poderosamente á aumentar sus filas.

Hallábase á la sazon Zumalacárregui observando desde una alta roca el movimiento de sus adversarios. Aunque veía levantarse á un mismo tiempo densas columnas de humo en distintos parajes de los valles de Yerri y Guesalaz, ignoraba la causa que lo producia, hasta que se le presentaron varios paisanos á pedirle venganza contra los incendiarios. Instándole á que les facilitase algun auxilio para ir á sorprender á los que todavía permanecian en Abarzuza concluyendo de ejecutar las órdenes de Lorenzo, sin esperar á reunir mas tropa, les dió dos compañías. Con ellas fueron aquellos despechados paisanos á embestir á los crueles taladores de sus propiedades, haciendo pagar á algunos de estos con su vida el delito que estaban cometiendo. Zumalacárregui para proteger esta operacion habia hecho pasar su gente á una cordillera que hay entre Eraul y Abarzuza;

pero antes de que pudiesen estar concentradas todas sus fuerzas, Lorenzo noticioso de lo ocurrido en este último pueblo, se revolvió sobre su retaguardia como la serpiente sobre su cola, vino hasta el pié de la cordillera y trepando por ella con sumo arrojo atacó á los carlistas. Zumalacárregui le vió acercarse, y no hallándose en disposicion de sostener el combate, tomó todas las medidas para irse retirando; mas á pesar de la excelente posicion que ocupaba para poderlo verificar, tuvo que hacer frente al enemigo por algunos momentos, con lo cual la retirada se ejecutó despacio y sin otra pérdida por su parte que la de cinco ó seis heridos.

El puerto de Eraul por donde se retiraron los carlistas y todos los sitios de los alrededores estaban sirviendo hacía un mes de teatro permanente á las operaciones mas importantes de la guerra. Lorenzo y Oráa, aunque tan activos, mostraban depender de un general como Rodil, no cesando de hacer movimientos en todas direcciones. Confiaban en que al fin se encontrarian con el general carlista, en cuyo caso, trabado que fuese el combate, si la accion se presentaba desventajosa, acudirian á sostenerlos nuevas fuerzas; pues además de las dos divisiones que de contínuo perseguian á los realistas por entre los montes y breñas de la merindad de Estella, salia diariamente de esta ciudad, en la cual mandaba el general Anleo, otra division que desde la mañana hasta la noche ocupaba el punto que con anticipacion indicaban Lorenzo ú Oráa, como una reserva dispuesta á acudir á la primera señal al punto donde empezase la pelea.

El 19 de agosto Zumalacárregui escurriéndose por entre las dos columnas que le perseguian, despues de haber hecho un movimiento aparente para engañar mejor á sus infatigables adversarios, se fué á ocultar con cuatro batallones en los montes del puerto de Artaza; y cuando se hallaban descansando allí, vinieron á decirle sus confidentes que el general Carondelet, gefe de la columna salida aquella mañana de Estella, se habia situado con esta en el lugar de Galdiano, valle de Hellin.

Sin pérdida de tiempo mandó Zumalacárregui formar su gente, y separando de los cuatro batallones las ocho compañías de preferencia, las unió á la de guias y se dirigió con las nueve hácia el puerto de Eraul, disponiendo que el resto de la fuerza se retirase ostensiblemente por una direccion opuesta á la suya con el objeto de llamar la atencion de Oráa que venia siguiendo toda la canal de las Amézcoas. Al llegar al puerto de Eraul vió Zumalacárregui con su anteojo que todavía permanecia tranquila en Galdiano la fuerza cristina de que le habian hablado; pero á poco tiempo hallándose la tarde bastante adelantada, observó que empezaba su ordinario movimiento para replegarse á Estella. Entonces trató el gefe realista de aprovecharse de las ventajas que le daba su posicion.

Desde el lugar de Galdiano hasta Estella hay poco mas de hora y media: el camino, despues de pasar el rio Amézcoa por el puente de Artavia ó de Larrion, sigue por entre el mismo rio y una cordillera muy escarpada, que por tener su nacimiento en la sierra de Andía se la debe reputar como uno de sus

ramales. Este camino, unas veces á causa de la direccion tortuosa del rio, y otras de la aspereza de la base de la cordillera que lo rechaza, se estrecha bastante en varios puntos. El paso mas molesto y difícil es el que los naturales del pais denominan las *Peñas de San Fausto*. Zumalacárregui, protegido por la misma elevacion de la cordillera, se vino con la precisa anticipacion por la cima á colocarse en este sitio, y poniendo su gente en emboscada, esperó la llegada de la de Carondelet.

Retirábase entre tanto la columna cristina hácia Estella con poca precaucion, especialmente su vanguardia. Los gefes caminaban con aquel abandono que produce la superioridad del número y el apoyo próximo de un punto guarnecido; y el soldado poco ó nada fatigado, iba alegre y cantando, pudiéndose decir que unos y otros experimentaban un placer en prolongar la marcha, como para disfrutar mejor de lo apacible y hermoso de la hora en esta estacion. Algunos á quienes tal género de vida parecia sin duda demasiado monótono, manifestaban su descontento de no ver nunca á los *facciosos*, bien ajenos de que en aquel momento les estuviesen estos escuchando.

Luego que con tan poca cautela se introdujo la vanguardia de Carondelet entre las Peñas de San Fausto, los carlistas le hicieron á quema ropa una descarga. A esta señal otras fuerzas apostadas en lo mas elevado de la cordillera cayeron sobre el flanco y retaguardia de los cristinos, con lo que los obligaron á precipitarse al rio. Ahogáronse muchos en el paso, y los que pudieron salvarse con sus caballos,

así que llegaron á la orilla opuesta, huyeron en el mayor desórden. Zumalacárregui, que no podia seguir el alcance por los muchos peligros que amenazaban su posicion, recogió los prisioneros y los despojos que quedaron en el campo, subió la cordillera y se retiró con toda diligencia de aquellos parajes.

Oráa, que habiendo sentido el fuego se dirigió á todo correr con su gente hácia el sitio del combate, solo llegó cuando ya todo estaba terminado, no quedándole que hacer mas que disponer que se diese tierra á los cadáveres. La vista de estos y lo repentino del suceso produjeron en los soldados una verdadera consternacion segun aseguraron despues muchos testigos oculares.

Las tropas de Carondelet eran de las que invadieron el Portugal y persiguieron á don Cárlos en aquel reino; motivo por el cual se encontraron entre sus equipajes algunos objetos, aunque de poco valor, de los que habian pertenecido á este príncipe. Tambien fué encontrada en esta ocasion la clave dada por el gobierno cristino á sus generales para seguir la correspondencia, clave que sirvió á los carlistas para saber el contenido de los partes oficiales que se interceptaban. Los cristinos no sabian sin duda esta particularidad, pues de otro modo hubieran cambiado las cifras mucho mas pronto de lo que lo hicieron. El botin cogido por los soldados carlistas en las Peñas de San Fausto excedió á sus esperanzas, pues algunos de ellos se encontraron con sumas considerables. Un regimiento perdió su caja, en la cual debian de existir pasados de seis mil duros.

Entre los prisioneros, aunque se contaron pocos,

se hallaba el conde de Viamanuel, grande de España de primera clase, que servia como voluntario en el estado mayor de Rodil con el empleo de coronel. Las ideas particulares del conde no eran, á la verdad, las mejores para merecer se le distinguiese de los demás prisioneros: no obstante, Zumalacárregui ordenó se le tratase con la consideracion compatible con las circunstancias. De creer es que esta se habria extendido hasta conservarle la vida para ver si de ese modo se conseguia mitigar algun tanto la crueldad de los gefes cristinos contra los prisioneros; pero la indiferencia que Rodil mostró por la suerte de este personaje y una terminante y suprema órden que mandaba la *justa* represalia, aceleraron el término de la existencia de este desgraciado.

Murió Viamanuel con valor de soldado español y de caballero cristiano, dejando en manda á Rodil la casaca de uniforme que llevaba puesta; pero como los soldados que le dieron la muerte, ignorabau el misterio que á veces encierran tales disposiciones, suponemos que en esto no tuvieron cumplimiento las intenciones del conde. Cuando el infortunado O-Donell, hijo del conde de la Bisbal, se halló en trance parecido, mandó á Zumalacárregui su anillo para que lo remitiese al general Sarsfield, quien se le habia regalado, y el gefe realista cumplió pronto y religiosamente su encargo. El capitan Henninseng en sus memorias, refiere que Viamanuel comió una vez en compañia de Zumalacárregui: este es un hecho positivo, mas nosotros supliremos lo que aquel omite, acaso por ignorarlo. El prisionero que iba custodiado por la guardia de prevencion, al llegar al pueblo de

Monreal, pidió una audiencia á Zumalacárregui, y este se la concedió. Dió la casualidad que concluida la audiencia, y cuando el conde salia del cuarto, se hallaba ya puesta la mesa para comer. El General, que en tales casos jamás careció de cortesía, brindó formalmente á su prisionero, y este aceptó desde luego. Todavía añadiremos otra breve anécdota propia de este lugar. Durante la comida, un oficial poco conocido que acababa de presentarse en las filas carlistas, trabó conversacion con el Conde; y creyendo sin duda hacerse un mérito para con los demás, le echó en cara la conducta tan opuesta que seguian los generales de su partido: todos los concurrentes mostraron entonces conocido disgusto, y algunos hasta se excusaron con Viamanuel. Zumalacárregui, que á la sazon estaba distraido, así que hubo fijado la atencion en la falta del recien venido, le arrojó de su presencia con una de aquellas miradas terribles que marcaban su desagrado é indignacion. Estas circunstancias particulares agravaron quizás su sentimiento, cuando llegó el caso, aunque tan justo, de ordenar la ejecucion de Viamanuel.

La mala suerte que cupo al general Carondelet entre las breñas y riscos de San Fausto, no le abandonó por haber variado de pais. Asi no será temeridad asegurar que carecia absolutamente de la cuarta virtud que Ciceron dice debe acompañar á un general perfecto; esto es, la de la *fortuna*. Despues del lance que acabamos de referir, le dió Rodil á mandar el cuerpo de caballería del ejército cristino, al cual acompañaba un batallon de infantería. Hallábase toda esta fuerza acantonada en Viana, peque-

ña ciudad de Navarra, que está situada no lejos del Ebro, sobre una colina muy próxima al sitio donde, segun los historiadores, tuvo su asiento la antigua y célebre *Cantabria*. Siendo tan reciente la derrota sufrida por Carondelet, parece que debiera tenerla muy presente en su memoria; mas sucedió lo contrario, pues viéndose ahora algo lejano del teatro principal de las operaciones de los carlistas, y acompañado del grueso de la caballería, arma respetable hasta entonces para estos, no creia posible un segundo revés; pero pronto vino Zumalacárregui á sacarle de su vana confianza.

Eludiendo el encuentro combinado de Oráa y Lorenzo que le buscaban, acababa el general carlista de llegar á Santa Cruz de Campezu, donde á la sazon estaba su caballería, compuesta de unos doscientos cuarenta caballos. Como esta arma, atendido el terreno quebrado por donde andaba, mas bien servia entonces de embarazo que de utilidad, solia Zumalacárregui destacarla por uno ú otro costado, sin mas objeto que el que mirase por sí misma, cuidando de su manutencion y de salvarse de las asechanzas y persecuciones de sus enemigos. Fueron estas algunas veces muy tenaces; pero componiéndose la caballería carlista de caballos menos acostumbrados al regalo y mas aptos que los de sus adversarios para resistir la fatiga, resultaba que los de estos eran los que al fin quedaban estropeados; resultado que vino á convencer á los cristinos de su errado sistema, haciéndolos cesar en la prosecucion de un plan, que sin traerles fruto alguno iba indefectiblemente á destruir esta fuerza. Desde que así lo ejecutaron, la ca-

ballería carlista no hizo otra cosa que moverse metódicamente de un punto á otro, precaviéndose por medio de buenos confidentes de las sorpresas que contra ella pudiesen meditar los enemigos. Por engolfado que Zumalacárregui se viese en otros negocios, cuidaba de ella con extraordinario esmero, hasta el punto de ocuparse en sus mas pequeños detalles; y como si todavía no hubiese llegado la hora de dar el debido fruto, la dejaba descansar sin exigirla el menor servicio. Para aumentar el número de los caballos se privaba aun de los que para sí necesitaba, en tales términos que durante los primeros meses de la guerra no tuvo sino uno solo, cuyo ejemplo siguió todo su ejército, sin que hubiese un gefe ni oficial que tuviese dos caballos. A pesar de eso y de no poder darse negociante tan ávido y afanoso que mirase por sus intereses con mas celo que el general carlista por la conservacion, fomento y mejora de este cuerpo de caballería salido de la nada, cuando llegó á Santa Cruz de Campezu, no se hallaba aun en el estado que era menester para conducirlo al combate. Su armamento se componia por lo regular de una lanza, pocas pistolas y menos sables y espadas. El equipo de los ginetes y caballos carecia absolutamente de uniformidad, y aunque la mayor parte de las monturas estaban completas, muchos de los efectos eran viejos y de mala calidad. En cuanto á la instruccion, la de los oficiales era escasa, y los soldados tampoco podian en medio de esta contínua movilidad haber hecho muchos progresos. Verdad es que los hombres elegidos uno á uno por Zumalacárregui, suplian con las proporciones de su cuerpo y

esforzado ánimo una parte de estas desventajas. Los gefes cristinos mismos, segun correspondencias que hemos visto, daban suma importancia á las cualidades físicas y morales de los ginetes carlistas.

Luego que Zumalacárregui llegó á Santa Cruz y supo la posicion que ocupaba Carondelet y el número de sus fuerzas, se puso en marcha para Viana con los tres batallones que le acompañaban y la caballería organizada en tres escuadrones. Desde la cresta de la sierra de Codés, donde se halla situado el lugar llamado la Poblacion, hasta Viana, es una continua bajada de mas de dos leguas, y con poco trabajo se pueden divisar desde los muros, torres y eminencias contiguas á la ciudad todas sus avenidas. Sin embargo, ¿quién podrá creer que Carondelet no fuese advertido de la aproximacion de esta fuerza enemiga que se le acercaba á las tres de la tarde?

Lo cierto es, que hasta que los carlistas que sin recato alguno marchaban, llegaron á estar á poco mas de tiro de la ciudad, no se vieron indicios de que el general cristino hubiese sido avisado; por lo que, antes de que se resolviese á defender el pueblo ó á evacuarle, ya le habian acometido. El combate trabado al principio á las puertas de Viana, continuó por un breve espacio en las calles, hasta que los cristinos viendo sin duda lo inútil que les era en ellas la caballería, procuraron sacarla al campo por la parte opuesta. Hecho así y colocados en terreno despejado, formó Carondelet sus escuadrones y presentó la batalla poniendo á los flancos el batallon de infantería, operacion que practicó cuando ya el fuego de alguna guerrilla carlista los alcanzaba. La caba-

llería de Zumalacárregui dejando atrás á la infantería, llegó al instante frente á la del enemigo, y se colocó á muy corta distancia de ella. Vióse entonces que la línea de batalla de los cristinos, siendo del mismo fondo, tenia doble extension que la de los carlistas; cosa fácil de comprender fijando la consideracion en que estos solo contaban con doscientos y sesenta caballos, mientras los del enemigo pasaban de cuatrocientos cincuenta. En tan críticos momentos, el gefe de la caballería carlista don José Vicente Amusquívar, falto de aquel ardimiento que conviene en tales casos, se mantenia indeciso esperando quizá para acometer la llegada de las columnas de infantería que le seguian. El general cristino desaprovechando tan buena ocasion, iba á retirarse con sus escuadrones, cuando Zumalacárregui apareció al frente de su caballería. Los jinetes navarros entusiasmados con la presencia de su general, obedeciendo á su voz y con las lanzas que ya tenian empuñadas, embistieron con la mayor impetuosidad á sus adversarios. Una parte de los cristinos aflojó en el acto abandonando su puesto, pero los mas recibieron la carga con valor, aunque inútilmente, porque los carlistas desbarataron cuanto se les presentó por delante. El daño que sufrieron los cristinos fué, proporcionalmente á las fuerzas, bastante considerable. El batallon perteneciente al regimiento de Castilla, perdió su bandera. La proximidad al Ebro contribuyó poderosamente á que se salvasen los restos de la division. Con ellos ganaron el puente de Logroño los generales Carondelet y Amor, entrando con poco órden en aquella poblacion. Glorioso fué este dia para los *Lanceros de*

Navarra, puesto que la primera vez que entraban en accion con la caballería enemiga, muy superior en número, en armamento é instruccion, habian salido vencedores. Por las correspondencias interceptadas se vió despues que este desastre fué muy sensible al pundonor de los oficiales de la columna de Carondelet. Muy amarga crítica hicieron entonces de los dos gefes que la mandaban. Díjose del que hacía de segundo, que viéndole todos con las piernas ensangrentadas, le preguntaban con aire de burla si estaba herido, pero bien conocian que aquella sangre era efecto de lo mucho que el General habia arrimado las espuelas al caballo en la retirada.

Algunos rezagados que quedaron en la ciudad al evacuarla Carondelet, se encerraron en las casas, y resistiéndose allí lograron salvarse. Esto no impidió que Zumalacárregui ocupase el pueblo, y alojase en él sus tropas durante la noche; mas apenas fué de dia, regresó cargado de los despojos y trofeos por el mismo camino que habia traido.

Con estos movimientos tan rápidos como sorprendentes, con esta actividad sin igual burlaba el caudillo carlista todas las combinaciones de sus enemigos, haciéndolas inútiles é infructuosas: de donde provenía que casi siempre eran atacados los mismos que con tanto afan le buscaban. Zumalacárregui sabia buscar la hora, el paraje y la oportunidad, con cuyos tres auxiliares parecia imposible exterminarle. El suceso de Viana, habiendo pasado tan cerca del Ebro, se supo luego en todas partes, causando la admiracion de la gente pensadora de toda España. El gobierno cristino que tan numerosas fuerzas habia

destacado contra el general carlista, hubo momentos en que llegó á dudar de la existencia de ellas y de su general Rodil.

En uno de los regimientos que con este vinieron de Portugal, servia un oficial de quien hablaron favorablemente á Zumalacárregui sus amigos de Madrid. A poco de haber llegado á Navarra, se le envió un hombre prudente y sagaz para que conferenciase con él, como lo hizo en Lárraga, donde le encontró, aunque por entonces no produjo esta conferencia resultado alguno. Olvidado tenia Zumalacárregui al oficial, cuando cerca de tres meses despues se le presentó de su parte un vecino del pueblo de Echarri-Aranaz, proponiéndole el medio de apoderarse del fuerte y de la guarnicion á que pertenecia el mismo oficial. Además de otras muchas cosas de que carecian los carlistas, existia en el fuerte un considerable repuesto de municiones de guerra, cuya circunstancia era el estímulo mas poderoso para interesar á Zumalacárregui en la admision de la propuesta y llevar á cabo la empresa; mucho mas cuando esto podia hacerse con solo acudir la fuerza suficiente en una de las noches que estuviese de servicio el oficial, quien franquearia á los carlistas la puerta del fuerte.

Al llegar el plazo convenido, Zumalacárregui subió con su tropa cerca del anochecer á la sierra de Urbasa, y se dirigió al puerto llamado de Santa Marina, desde donde se ve todo el pueblo de Bacaicoa. Nadie sabia aun el objeto de aquella marcha nocturna, cuando á media noche tomando el general dos compañías entre las de preferencia, mandada la una por don Pedro Hermosilla, y la otra por don Ciria-

co Gil Caballero, ambos oficiales de acreditado valor y capacidad, las separó algunos pasos del resto de la tropa, las enteró del proyecto, é instruyó minuciosamente del modo de conducirse para sorprender el fuerte. Nada perdonó Zumalacárregui en esta ocasion para que cada uno de los actores, oficial, sargento ó cabo se enterase perfectamente de lo que le tocaba ejecutar: en fin, llegó hasta hacer repetir á cada cual palabra por palabra lo mismo que habia dicho á todos juntos. Concluida esta operacion, puesto á la cabeza de las dos compañías en union del paisano enviado por el oficial, las condujo hasta el mismo pueblo de Echarri-Aranaz. Dos batallones marchaban detrás para auxiliar á las dos compañías, y otro tercero tenia la órden de apostarse á la misma hora en lugar conveniente. Iban todos con el mayor cuidado y en el mas profundo silencio, cuando la columna llevando las armas bajas y la bayoneta armada, comenzó á introducirse en una de las calles de Echarri-Aranaz, distante á lo mas veinte pasos de la puerta del fuerte. A poco dieron las dos en el reloj de la villa, y el paisano emisario del oficial se dió á conocer remedando con su voz el maído de un gato. A esta señal contestó el oficial desde dentro del fuerte, pasando una luz por delante de las aspilleras. Dos paisanos de los que iban con los carlistas, avanzaron en seguida hácia la puerta del fuerte y llamaron. Al preguntarles la centinela qué querian, contestaron que traian un parte para el gobernador. El oficial como comandante de la guardia acudió al momento á ver lo que ocurria, y mandó que se abriese la puerta.

Cuando los carlistas apostados á la inmediacion del fuerte sintieron el sonido de las llaves en las cerraduras y el rechinar de los goznes de la puerta que se abria, se arrojaron con ímpetu sobre ella: pero habiéndose desviado torpe ó cobardemente del camino los que iban á la cabeza, el ruido que todo esto produjo, hizo que la guardia se apercibiese de la novedad, y mientras el oficial se entretenia con los dos paisanos que hemos dicho, á la parte exterior de la puerta del fuerte, el sargento la cerró dejando á aquel por su fortuna fuera. Algunos tiros que al instante se dispararon, acabaron de completar el desórden y la confusion. Otro oficial, hermano del primero, único que parece estaba en el secreto entre todos los de la guarnicion, fué asesinado en seguida dentro del fuerte.

Es indudable que por un espacio de tiempo, mayor que el que era necesario para conseguir el objeto, la puerta permaneció enteramente abierta. El no haberse aprovechado los carlistas de ocasion tan oportuna, creemos consistiese en lo que sigue. Las cabezas de las dos compañías marchaban unidas con un fondo de cuatro hombres de frente: á los primeros les sobrecogió una especie de temor; y como las tinieblas ayudasen á encubrir su cobardía, se ladearon saliéndose del camino recto, que no debieron equivocar, porque el mismo oficial se lo estaba indicando: á los que les seguian no les era posible con la oscuridad conocer el yerro ó cobardía de los que iban delante, á quienes con el mismo impulso que llevaban hácia el fuerte, empujaron de tal manera que muchos cayeron en el foso. Luego tomaron algunos el

verdadero camino y dieron con el rastrillo de la puerta; pero fué cuando esta estaba ya cerrada y la guardia del fuerte, puesta tras de las aspilleras, comenzaba á hacer fuego; fuego que, gracias á la mucha oscuridad que habia, no causó gran daño á los agresores. Zumalacárregui, viendo la inutilidad de nueva tentativa y de consiguiente frustrada de todo punto la empresa, acercándose ya el alba, mandó retirar á su gente.

Sentimos en verdad no ser mas hábiles en pintar los afectos del corazon humano, para dar á conocer á nuestros lectores los diversos combates que se sucederian en el corazon del general carlista al retirarse de Echarri-Aranaz, y desandar aquel mismo camino por donde habia ido pocas horas antes lleno de las mas lisonjeras esperanzas: así pues nos contentarémos con decir que no era tanta su pena por haberse malogrado el golpe como por el descrédito de sus tropas. Al soldado le preocupaba la misma idea, y temia mas aquella especie de frialdad ó indiferencia que notaba en la fisonomía y acciones de Zumalacárregui, que los movimientos impacientes y violentos de su carácter. El sentimiento, la vergüenza y hasta una especie de estupor habian sucedido en el semblante de aquellos pundonorosos militares á la alegría y satisfaccion que en otras ocasiones les acompañaba.

Despues que la columna subió á la sierra fué conducida por el General al centro de un bosque donde hizo alto. Formó en seguida con los batallones un cuadro: colocó en medio de este á las dos compañías escogidas para la frustrada empresa, y

con voz pausada y ademan tranquilo les habló así:

"Voluntarios: habeis visto la eleccion que al „ descender de esta sierra hice de esas dos compa- „ ñías que tenéis presentes para ejecutar una opera- „ cion, que bien examinada se tuvo por la mas fácil. „ Los avisos, las disposiciones y demás cosas en que „ librábamos el buen éxito, correspondieron á nues- „ tros deseos, y las personas que nos la propusieron, „ han cumplido lo que ofrecieran. La empresa única- „ mente exigia un limitado número de hombres lle- „ nos de resolucion, y por eso nos fijamos en estas „ dos compañías. Todos sus individuos al enterarles „ del negocio y explicarles la manera de conducirse, „ me prometieron en general y en particular llenar „ sus respectivos deberes. Sin embargo, vosotros aca- „ bais de ver de qué modo lo han hecho y de qué „ manera tan indigna han correspondido á mi con- „ fianza. Que la culpa es enteramente suya, ninguno „ lo puede dudar; así como ninguno podrá dudar tam- „ poco el sin número de fatigas que tendremos que „ sufrir y la mucha sangre que habrá de verterse an- „ tes de llegar al estado en que nos hubiera puesto la „ toma de ese fuerte, cuyo nombre será de funesto „ recuerdo entre nosotros.

„ Yo llevaria con resignacion el profundo dolor „ que afecta á mi alma en este momento, confun- „ diéndolo con el que vuestro semblante me anuncia, „ si el rigor de la disciplina no exigiese un castigo „ ejemplar contra la falta que se ha cometido. Voso- „ tros sabeis por experiencia el imperio que su ob- „ servancia tiene sobre mí, y que en semejantes ca- „ sos cumplo inexorablemente sus preceptos. Los in-

„ fractores los conoceis lo mismo que yo, y sabeis „ que pertenecen á esas dos compañías. En ellas es- „ tan los que han marchitado con su medrosa con- „ ducta los laureles de veinte combates gloriosos, y „ los que con su vil cobardía han despojado á las ar- „ mas carlistas de aquella fuerza moral, tesoro ina- „ preciable que constituia nuestro poder y realzaba „ nuestra nombradía. Despues de tan pernicioso ejem- „ plo, ¿quién será el gefe que en adelante os lleve al „ combate con la misma confianza que hasta ahora? „ ¿Ni cómo podrá tampoco con hombres que tan sin „ valor se han conducido, acometer una plaza en „ medio del dia y del fuego constante y mortífero que „ arrojan sus baterías, como tantas veces tiene que „ hacerlo el soldado en un estado de guerra? A la „ verdad que ninguna confianza puede tener en unos „ hombres que habiendo llegado sin lesion ni peligro „ á tres varas de la puerta del fuerte de Echarri- „ Aránaz, les faltó, ¡quién lo creyera! el ánimo y la „ resolucion para entrar dentro.

„ No, no es posible que yo continúe dirigiendo „ una guerra como la actual, sin vindicar antes la „ disciplina. ¡Voluntarios! yo prometí el premio á „ los que en el lance pasado se condujeran como va- „ lientes; pero tambien amenacé con el castigo á los „ cobardes. Mis promesas deben ser siempre cumpli- „ das, porque de otro modo ni los malos temerian el „ castigo, ni los buenos confiarian en el premio."

Acabado este razonamiento, Zumalacárregui mandó que echasen suertes los soldados que habian formado la cabeza de las dos compañías. Separáron- se los dos primeros, uno por cada una de ellas, y

prévios los auxilios cristianos, fueron en el acto fusilados. Era el ánimo del General ir mas adelante en el escarmiento; pero le faltó el valor, y por ser hombre dejó de mostrarse héroe. Apenas vió las dos víctimas sacrificadas en holocausto de la disciplina, no pudo resistir al sentimiento, y saliéndose del cuadro se retiró á uno de los extremos, donde se sentó sobre el tronco de un árbol y cubrió el rostro con las manos.

Don Andrés Vela, cura párroco de Abarzuza, que hacía las funciones de capellan del primer batallon de Navarra, conducido de piadoso celo, puesto en medio del cuadro hizo con este infausto motivo un cristiano y patético discurso. Los soldados que no habian perdido ninguno de los movimientos de su general, al ver su afliccion, se les vinieron las lágrimas á los ojos.

Fórmese el juicio que se quiera de todo lo que acabamos de referir; lo cierto es que este ejemplar produjo el fruto que dan las resoluciones prontas cuando se dictan con justicia.

Antes de proseguir la relacion de los sucesos que nos hemos propuesto contar, será conveniente para la mejor aclaracion de los hechos, dar aquí una reseña del estado militar y administrativo del ejército carlista con expresion de sus gefes.

Comenzaremos por Guipúzcoa, cuya provincia tenia tres batallones de voluntarios, los cuales maniobraban unas veces en algun extremo de la misma y otras en el valle de Baztan é inmediatos, adonde iban con bastante frecuencia en auxilio de las fuerzas que allí mandaba el coronel don José Miguel Sa-

gastibelza. Este gefe navarro era el encargado de mantener abierta la comunicacion con Francia por aquella parte de la frontera. Solian tambien los guipuzcoanos pasar á Vizcaya, y aun alargarse hasta donde estaba Zumalacárregui. El comandante general de estas fuerzas y de la provincia era don Bartolomé Guibelalde, y su segundo don Ignacio Lardizabal, naturales ambos del mismo pais. En la corta extension de este habian establecido antes los cristinos las guarniciones de Irun, Tolosa, Villafranca y Vergara sobre el camino real que se dirige de Vitoria á Bayona. Existian además las de San Sebastian, Guetaria, Plencia y Eybar: el segundo de estos lugares es un fuerte castillo á orillas del mar, y los otros dos últimos contenian fábricas de armas blancas y de fuego. Al abrigo de tantos puntos de apoyo colocados en tan reducido territorio, operaba contra los carlistas el general cristino don Gaspar Jáuregui con una division de cerca de mil y quinientos hombres. Al gran conocimiento del pais y á la experiencia de la guerra de montaña que tenia este gefe, reunia antiguas y muy útiles relaciones con varios habitantes. Entre sus tropas llevaba algunas compañías de naturales del pais, á quienes los unos denominaban *Peseteros*, porque recibian diariamente una peseta de sueldo, y los otros *Chapel-gorris*, nombre vasco que significa los de las *boinas ó gorras encarnadas.* Esta gente, á la libertad que le daba su poca disciplina, juntaba la circunstancia muy perniciosa para los habitantes, de poseer el idioma vasco. Así podian recorrer toda la provincia con poco riesgo é informarse de cuanto pasaba en ella. Dichosamente

para los guipuzcoanos, el general Jáuregui, su paisano, hacía lo posible por economizarles los males de la guerra, sin dejar por eso de servir bien á su gobierno. Con tantas guarniciones y obstáculos los batallones carlistas de Guipúzcoa apenas podian sostenerse en su provincia: únicamente les ofrecian entonces alguna seguridad Cegama y Segura, villas situadas al pie del monte de San Adrian con excelentes salidas hácia Navarra.

Las fuerzas carlistas de Vizcaya consistian en siete batallones y un escuadron de caballería, compuesto igualmente de naturales de la misma provincia aunque divididos en dos ó mas partes. La una estaba á las órdenes del comandante general don Fernando Zabala que de contínuo se mantenia en la comarca de Guernica. En las asperezas del valle de Arratia y faldas de la peña de Gorbea andaba la otra mandada por don Simon de la Torre. Esta fuerza y la de Zabala faltas de organizacion, y lo que es peor, de acuerdo entre sus gefes, no habian hecho hasta entonces ninguna cosa de importancia, si se exceptúa un encuentro que tuvieron al principio de la guerra con el regimiento provincial de Chinchilla, mandado por el baron del Solar de Espinosa. El influjo de Zumalacárregui no habia podido llegar hasta Vizcaya, así por no estar este señorío confinante con Navarra como Alava y Guipúzcoa, como porque Zabala animado de sentimientos ambiciosos ó de emulacion, pretendia gozar de una autoridad sino superior á todos los otros caudillos, á lo menos independiente. Antes de la llegada de don Cárlos á España y de haber sido nombrado Zumalacárregui su gefe de

estado mayor, miró este con indiferencia las pretensiones de Zabala, mas no podia disimular el disgusto que le causaba su inaccion; inaccion de la que tampoco pudo sacarle el celo del marqués de Valdespina, presidente de la diputacion de Vizcaya y una de las personas de mayor influencia, hasta que al fin fué removido del mando por otras causas, nombrando en su lugar á don Francisco Benito Eraso. Además de las tropas de Torre y Zabala, existian en Vizcaya otras que deben contarse en el número de los siete batallones mandados por don Castor Andechaga, guerrillero infatigable, el cual sostenia el honor de las armas en su pais llamado las Encartaciones, territorio situado entre Bilbao y Santander. Aunque rodeado por todas partes de guarniciones, supo mantenerse con setecientos hombres sobre un pequeño rincon, burlando siempre las diligencias que sin descanso hacian los cristinos para exterminarle, atacando y sorprendiendo varias veces sus convoyes. ¡Lástima fué que Andechaga no pudiese disciplinar mejor los soldados que mandaba!

Rodil despues de su venida habia colocado nuevas guarniciones en Vizcaya; de modo que ya las tenian por este tiempo los pueblos de Ochandiano, Durango, Lequeitio, Plencia, Bermeo, Bilbao, Balmaseda y otros. Desde el principio de la guerra mandaba esta provincia en nombre de la augusta hija de Fernando VII, el despues célebre don Baldomero Espartero, cuyas operaciones se reducian á convoyar con los dos mil y quinientos soldados que tenia fuera de las guarniciones, los efectos de comercio que pasaban de Bilbao á Vitoria y viceversa, en lo que á

juzgar por la opinion pública tenia algun interés este general. Los gefes carlistas de Vizcaya le dejaban hacer estas marchas sin hostilizarle jamás, y Espartero se contentaba con reportar en dinero lo que no podia adquirir de gloria por falta de competidores. Aunque los soldados vizcainos no fuesen de inferior calidad que los de las provincias limítrofes, su disciplina y subordinacion estaban muy viciadas; pues con el pretexto de mudarse la camisa, abandonaban por centenares las filas, haciéndolo á veces en la ocasion precisa de emprender una marcha importante ó de dar un combate. Por esta razon no se debe admirar se echase menos en la division vizcaina una mano que sin dejar de ser fuerte, fuese capaz de darle el tono que convenia á las circunstancias y al carácter de sus naturales.

Expuesto el estado militar de Vizcaya, que desde este instante comenzó á mejorar considerablemente, pasaremos á demostrar el de Alava. Del mismo modo que las fuerzas de aquella provincia estaban las de esta divididas en dos partes. Don Prudencio Sopelana mandaba dos de los cinco batallones que se habian organizado en Alava. Los valles de Cuartango, Tobalina, las inmediaciones de Puentelarrá, Orduña y Balmaseda, eran el teatro de sus operaciones. Estas á la verdad, no ofrecieron por entonces nada brillante, pero servian para distraer la atencion de los cristinos y tener siempre entretenida á alguna parte de sus tropas. Los tres batallones restantes eran acaudillados por don Bruno Villarreal, quien operaba constantemente por las fronteras de Guipúzcoa y de Navarra, habiendo estado siempre en

contínuo roce con los batallones de estas dos provincias. La posicion que ocupaban las tropas de Villarreal y las excelentes cualidades que distinguian á este gefe, hicieron que Zumalacárregui contase desde el principio con los tres batallones alaveses lo mismo que con los navarros, de manera que apenas tuvo combate de alguna importancia al que Villarreal no concurriese. Los soldados alaveses, ora fuese por el celo de su gefe, ora por su natural carácter, eran unos de los mas subordinados y sufridos del ejército carlista. Cuando por consecuencia de la invasion de Sarsfield en las provincias vascas empezó á deshacerse el primer levantamiento de estas, Villarreal mostró grande ánimo y conservó en los límites del órden el primer batallon de Alava que en aquel tiempo mandaba. Llamado despues por Zumalacárregui, acudió presto con los mejores deseos de ayudar á la reedificacion de la obra que estaba por tierra. Antes de esta época Villarreal que servia como oficial en el ejército desde el año de 1822, dió pruebas de capacidad, inteligencia y energía; y cuando en 1833 fueron expulsados de los regimientos todos los sospechosos de ideas carlistas, le tocó esta suerte. De estatura mediana, delgado de cuerpo y de edad entonces de treinta y cinco años, abrigaba la resolucion y perseverancia necesarias para cooperar á las mayores empresas. A tan buenas disposiciones reunia las importantísimas cualidades de franco, valiente y muy desinteresado; circunstancias que le grangearon el aprecio particular de Zumalacárregui. Villarreal ha sido durante los tiempos difíciles, el principal caudillo de los alaveses; pues aunque entonces tenian por su comandan-

te general á don José Uranga, este dirigió pocas veces las operaciones militares, siendo sus tenientes los que por lo regular conducian las tropas. En estos dias Uranga, de carácter menos belicoso de lo que hubiera deseado Zumalacárregui, fué puesto á solicitud de este en el lugar que habia dejado en el cuartel de don Cárlos el general Eraso, nombrado comandante general de Vizcaya, quedando Villarreal desempeñando en Alava el cargo de Uranga. Esta provincia estaba ocupada en gran parte por las armas cristinas. Vitoria, Salvatierra, Treviño y la Guardia contenian grandes guarniciones, al paso que recorria el pais con una partida de caballeria y de infantería don Eusebio de Eguilaz, mas conocido en aquellos pueblos por el cura de Dallo. Este soldado *anti-cruzado* salia de dia y de noche de alguno de los puntos fortificados, poniendo á contribucion todo el pais con sus correrías. Nada era suficiente á contrarestar la audacia de este intrépido partidario, que posteriormente abandonó el partido cristino y se vino á servir al carlista. Tanto en este como en aquel ofreció siempre el ejemplo de un mal eclesiástico; pero nunca de mal soldado. Si en vez de ponerse la estola se hubiese ceñido la espada, no dudamos que llegase á merecer una reputacion envidiable. Cuando nosotros le vimos en las filas carlistas, estaba en lo mejor de su edad, y aunque sin adornos ni galas militares, era tan gentil el aspecto de su persona que pudiera servir de modelo para representar al dios de la guerra.

Navarra tenia cinco batallones, aunque de mayor fuerza que los de las otras provincias, dos com-

pañías de guias de infantería y tres escuadrones de caballería. Todos los soldados eran aquí voluntarios antes de la venida del Príncipe; mas para completar los batallones que se formaron despues, se ordenó una saca de todos los solteros útiles para llevar las armas. Zumalacárregui se resistia mucho al principio á despojar de estos brazos á la agricultura del pais, mientras no se tuviesen prontos los medios para armarlos y los recursos para mantenerlos; pero al fin hubo de sacrificar su opinion á las ideas dominantes. Por consecuencia de la saca de mozos, que se verificó en varios pueblos de la Ribera y de la baja montaña, se reunieron los bastantes para formar cuatro batallones, que siguiendo el órden numérico despues de los que ya existian, se denominaron 6.°, 7.°, 8.° y 9.° batallon de Navarra. El 6.° se quedó desde luego incorporado al cuerpo de operaciones que conducia Zumalacárregui en persona; y el 7.°, 8.° y 9.° fueron á colocarse á la parte de Burguete y Roncesvalles, á fin de que con mayor sosiego pudieran instruirse y permanecer allí interin se les daban las armas. Los carlistas solo tenian por este tiempo unos miserables talleres y fraguas en alguna de las bordas de la Amézcoa, ó en la concavidad formada por la naturaleza en algun peñasco. Allí habian acudido varios de los obreros de armería de las provincias vascongadas, quienes se ocupaban, no en hacer armas nuevas, pues les faltaban todos los utensilios necesarios al efecto, sino en recomponer las del ejército, que como viejas en su mayor parte, lo necesitaban contínuamente. Los sucesos de la guerra habian contribuido mas á mejorar la calidad del ar-

mamento que á aumentarlo; y lo que desechaba el soldado que cambiaba su fusil, era llevado despues á las oficinas de las armerias. ¡Con este solo recurso comenzaron á armarse los cuatro batallones de nueva creacion!

Los pueblos que en Navarra tenian guarniciones cristinas eran Pamplona, los Arcos, Lerin, Lodosa, Peralta, Tafalla, Caparroso, Puente la Reina, Irurzun, Echarri-Aranaz, Olazagoitia, Viana, Estella, Lumbier, Vera y Elizondo. Las operaciones de Zumalacárregui generalmente se limitaban al pais comprendido entre la derecha del rio Aragon y del Oria, y la izquierda del Ebro hasta la frontera francesa; pero su permanencia habitual era en la merindad de Estella. El coronel don José Miguel Sagastibelza, que mandaba el 5.° batallon de Navarra, tenia á su cargo, como hemos dicho, el distrito de los valles situados entre Roncesvalles é Irun.

Don Juan Angel Mancho, oficial retirado en la villa de Ochagavia, valle de Salazar, padre de numerosa familia y propietario de consideracion, hallándose estos dias poco contento con servir solo privadamente la causa de don Cárlos, se presentó en campaña. Zumalacárregui le confió al momento el 9.° batallon de Navarra por estar en este cuerpo todos los mozos del pais donde habia nacido. Como la mayor parte se hallaban desarmados, buscó algunos fusiles y escopetas, con cuyas armas fué á operar en las cumbres mas escabrosas del Pirineo por la parte que confina con el alto Aragon. Los movimientos que por aquí hacia Mancho con el 9.° batallon, tuvieron constantemente ocupado un cuerpo

de mil hombres mandado por el brigadier Linares.

Para terminar la relacion del estado y distribucion de las fuerzas que existian en setiembre de 1834, solo nos resta decir algo de los castellanos. Don Alonso Cuevillas menor y don Basilio García, sus gefes en el primer pronunciamiento, disueltas con la aproximacion de Sarsfield las fuerzas que mandaban, no pudiendo permanecer á la derecha del Ebro, buscaron un asilo en las provincias vascas y Navarra: asilo que Cuevillas habia ido á buscar antes á Portugal, seguido de un trozo de su caballería, aunque poco despues atravesando toda la España se vino donde estaba Zumalacárregui. Entre este general y Cuevillas mediaban hacia años algunas relaciones de amistad; pero aquel que conocia lo perjudicial que era para la causa de don Cárlos y para los pueblos la existencia de estas bandas independientes de caballería, trató de obligarle por la fuerza á que se amalgamase con la suya; mas la imprudencia de quien se encargó de llevar la órden á Cuevillas, hizo que este tomase la resolucion de pasar con su gente el Ebro, sustrayéndose de lo que se le exigia. Arrojóse el castellano á sus acostumbradas aventuras; aventuras mas arriesgadas que útiles, pero que se conformaban con el carácter, gusto y género de vida del mayor número de los que le acompañaban. Eran estos hasta ciento y cincuenta por lo menos; la mitad ó mas, de la clase de oficiales. Los cristinos así que los vieron en los llanos de Castilla, destacaron en su persecucion varios escuadrones, acosándolos de tal modo, que en muy pocos dias recorrieron una gran parte de España, hasta que no pudiendo resistir mas la

persecucion, se volvieron otra vez á Navarra, donde Zumalacárregui los diseminó inmediatamente repartiéndolos en sus escuadrones. Desde aquel tiempo muchos de los oficiales comenzaron á fuerza de proezas á ilustrar sus nombres. Del considerable número que pudiéramos citar aquí, solo haremos especifica mencion del comandante de escuadron y despues ayudante de campo de Zumalacárregui, don Pedro del Castillo, quien se distinguió de una manera prodigiosa en el suceso de las Peñas de San Fausto; tanto que por este hecho de valor y otros muchos que realzan su mérito y el de sus compañeros, decia su general públicamente que Cuevillas le habia traido *gente de provecho.*

A don Basilio García le dió Zumalacárregui el encargo de reunir los infantes castellanos, organizando con ellos un batallon; pero como la falta de fusiles era un obstáculo para esta organizacion, resultaba que las nuevas fuerzas en vez de proporcionar utilidad, solo ocasionaban gastos y gravámenes de todos géneros. Así, pues, con mayor fundamento que de Corbulon escribe Tácito, se puede decir de Zumalacárregui, que "le embarazaban mas sus mismas tropas, que las del enemigo con quien tenia que combatir."

Despues de cuanto llevamos dicho de las fuerzas carlistas, justo será que hagamos mérito de los medios con que se contaba para mantenerlas. Hasta la llegada de don Cárlos al teatro de la guerra, estos se componian únicamente: 1.° del producto de las aduanas establecidas sobre ciertos puntos de la frontera francesa, el que por un término medio se podia

calcular en ocho mil duros mensuales: 2.° de una contribucion impuesta sobre el clero inferior de Navarra, que se pagaba por trimestres, importando en cada uno de ellos como unos diez mil duros; suma que jamás pudo hacerse efectiva por completo á causa de la pobreza de algunos eclesiásticos, pues solo gravitaba la imposicion sobre los de los pueblos accesibles á los carlistas; y 3.° de los frutos que se recogian pertenecientes al gobierno, á prebendados y á títulos; recursos todos de corta consideracion en Navarra. La junta gubernativa recaudaba estos productos y despues los mandaba al tesorero ó pagador del ejército; pero no bastando esto para cubrir las necesidades mas precisas de la guerra, Zumalacárregui se veía en la necesidad de aplicar á la caja militar todas las multas que imponia á particulares por insignificantes que fuesen. Mas si se exceptua una contribucion de veinte mil duros que en noviembre de 1834 exigió de varios vecinos del Baztan tachados de afectos á la causa cristina (y de la cual tomaron sus adversarios la represalia), se puede asegurar que todo lo que por razon de multas entró en la caja militar, no igualó á la cantidad pagada por los baztaneses. El dinero era escasísimo entre los carlistas, pues en el pais que dominaban no habia ni grandes capitalistas ni comerciantes; los cuales como es sabido residen ordinariamente en los puertos de mar ó ciudades importantes, como Pamplona, Bilbao, San Sebastian y Vitoria.

En la enumeracion que hemos hecho de los productos que formaban los fondos destinados á cubrir las atenciones de la guerra, no hablamos sino de lo

perteneciente á Navarra, pues por lo que respecta á las otras provincias, cada junta administraba separadamente lo de su territorio y lo distribuia entre sus tropas.

Mientras Navarra no tuvo mas de los cinco primeros batallones, las dos compañías de guias y los tres escuadrones, el total del presupuesto ascendia mensualmente á unos doscientos sesenta mil reales vellon sobre poco mas ó menos. A esta suma debe agregarse lo necesario para dos de los gastos mas precisos de la guerra: la confidencia y el calzado. Cotéjese ahora el importe de todo con los productos de que hemos hecho mencion, y fácilmente conocerá cualquiera la dificultad que habria para hacer frente á las necesidades mas apremiantes. Sin embargo, no faltarán quienes esten en la persuasion de que desde el momento que don Cárlos llegó á España, se saldria de esta penuria, por no decir privacion de todo. Nada tan equivocado como semejantes conjeturas. Don Cárlos no trajo por el pronto otro socorro que el de su autoridad; y si despues viviendo aun Zumalacárregui, se recibieron algunas pequeñas cantidades de dinero, cuya verdadera procedencia ignoramos, estas fueron muy inferiores á los gastos que sobrevinieron: así fué que las cargas de los pueblos tomaron un vuelo rápido, sin que por eso pudiesen Zumalacárregui ni las juntas salir jamás de la extrema escasez en que se vieron siempre. Nosotros podriamos decir las sumas que llegaron á la caja militar desde la venida del Príncipe hasta la muerte de Zumalacárregui; pero son tan insignificantes que no merecen siquiera el que se escriban. Si despues de

haber quitado á la agricultura de Navarra y provincias vascas tantos brazos, se conservaba todavía el ejército carlista, efecto fué sin duda del celo y economía de Zumalacárregui, de la integridad de las juntas y del verdadero amor que los pueblos tenian á la causa que en su territorio se defendia.

De los fondos de la caja militar se satisfacia diariamente un real de vellon al soldado, uno y medio al cabo, dos al sargento de segunda clase y tres al de primera. Al oficial subalterno se le pagaba la mitad del sueldo de su empleo, y á las otras clases superiores el tercio; todo segun los últimos reglamentos del ejército español. Además de este socorro en dinero, la tropa recibia una racion diaria, compuesta de una libra de carne, dos de pan y una pinta de vino, medida de Navarra. Los oficiales de todos grados sin distincion, tomaban racion doble; pero de la misma calidad que la del soldado. A los de infantería que estaban montados, se les daba para sus caballos media racion de forraje. Todos estos recursos se pedian en especie á los mismos pueblos, y si bien se procuraba exigírselos con arreglo á su extension y riqueza, las mas de las veces no podia verificarse con la prontitud que era menester á causa de la posicion de las tropas, de los movimientos rápidos que tenian que hacer, y de las incalculables contingencias de la guerra: por cuya razon muchas veces resultaba que los carlistas tomaban en un pueblo las raciones dispuestas para los cristinos, al paso que estos se servian en otro de las preparadas para aquellos.

Fije aquí el lector por un instante su atencion en lo reducidos que quedaban los límites de las tres

provincias vascongadas y Navarra, despues de separar el terreno que dejaban de pisar los carlistas á la parte de allá del rio Aragon y del Ebro; el que comprendian los pueblos guarnecidos por los cristinos al lado de acá de estos dos rios, y el espacio no pequeño de montañas incultas que contiene este mismo territorio, y diga luego si no le parece milagroso que en tan estrecho rincon de la Península se mantuviesen dos ejércitos sin otro recurso que sus productos. Diga si no se le figura un imposible, que despues de haber quitado todos los brazos á la agricultura para dárselos á la guerra y emplearlos en otros servicios, hayan dado aquellos infelices habitantes los suministros necesarios para las numerosas tropas de los dos bandos. El sacrificio mas penoso para los pueblos era el de los bagajes. Bien penetrados estaban de ello los gefes militares, particularmente aquellos que conservan algun amor al paisano. En muchas ocasiones hemos observado durante la guerra civil, que sentian casi tanto ver una acémila de bagaje conducida por un labrador ó por una persona del otro sexo, como ver los cuerpos mutilados de sus soldados. Zumalacárregui tan considerado en todo, no solo hacía algunas veces descargar sobre la marcha los bagajes para que los dueños pudiesen regresar á sus casas, sino que los gratificaba de su propio bolsillo.

Sin embargo, todos estos males los habrian sufrido indudablemente con gusto los pueblos por amor á la causa carlista, si al mismo tiempo no se hubiesen visto agoviados de la opresion y exigencias de los gefes de tantas guarniciones cristinas. Luego que á consecuencia de la llegada de don Cárlos se estable-

ció un gobierno en las provincias vascongadas, Zumalacárregui contaba con que los hombres que le componian, extendiendo su influencia al extrangero, sabrian proporcionarle algun auxilio; mas apenas vió que ninguno debia esperar por este medio, se consideró doblemente comprometido. Sus profundas meditaciones le hacian algunas veces decir, "si á lo menos „ tuviésemos armas para dar á tanta gente desar„ mada, la podriamos mandar á donde ganase el pan „ que ahora nos está comiendo aquí sin utilidad;" cuyas palabras aludian á los cuatro últimos batallones levantados antes de tiempo. Los mismos soldados que los componian, llenos del bélico ardor de sus compañeros y compatriotas, pedian con instancia que aunque fuese sin armas, se les condujese á los combates para tener ocasion de quitárselas á sus adversarios. ¡Qué ejemplo, á la verdad, tan contrario al egoismo que hoy parece dominar en todas partes!

Si Zumalacárregui no hubiese tenido que hacer otra cosa que dirigir las operaciones de la guerra; si no hubiese tenido mas atenciones que las peculiares de un general en gefe que pide lo que necesita al gobierno á quien sirve, su mérito con ser tan grande respecto á lo puramente militar, tendria muchos modelos así en lo antiguo como en lo moderno; pero no es en esto donde debe buscarse el mérito del general carlista: su verdadero mérito, ese mérito extraordinario que todos le conceden, está á nuestro juicio en haber sabido crear y sostener un ejército careciendo hasta de los recursos mas precisos; ejército que en medio de ser poco numeroso, bastaba para hacer frente y tener á raya al enemigo.

Al comenzar la campaña solo contaba Zumalacárregui con cincuenta mil cartuchos de fusil; municiones que por mas que se hubiesen economizado, se habrian consumido bien pronto á no ser por las que en los primeros meses se cogieron á los cristinos. En adelante, siendo los combates mas frecuentes y mayor el número de los soldados, fué necesario discurrir algun medio de suplir esta falta; cosa tanto mas necesaria cuanto la dificultad de adquirir la pólvora habia subido ya á un punto tal, que apenas se hallaba en Francia; y cuando llegaba á hallarse alguna cantidad, era á muy subido precio y se necesitaba para introducirla en España, hacerlo en cantidades de tres, cuatro ó poco mayor número de libras.

Fácilmente se deja conocer cuán molesto y costoso sería á los carlistas formar por este medio los almacenes que necesitaban para continuar sus operaciones. A fin de ocurrir á tamaños inconvenientes, pensó Zumalacárregui establecer fábricas de pólvora en Navarra y otros puntos de las provincias, á cuyo efecto hizo traer el salitre á costa de infinitos trabajos y riesgos mil del centro de Aragon, y con posterioridad tambien de Francia. La pólvora que se fabricó al principio salió muy floja; pero aun para llegar á este estado ¡qué de fatigas y dispendios no tuvo que vencer! Dia y noche se ocupaba con los que la elaboraban en los medios de perfeccionarla, y no fué escasa recompensa el que al fin se llegase á trabajar con utilidad. Lo necesario para este artículo absorbia cantidades que se quitaban de otros destinos; por cuya causa habia que tener siempre las cosas en el mismo pie de economía. La que se procu-

raba en la pólvora consistia: 1.° en no cargar el soldado su fusil sino al tiempo de entrar en el combate 2.° en que las guardias y avanzadas colocadas muchas veces á vista del enemigo, no cargasen mas de un solo fusil, el cual pasaba el centinela saliente al que le relevaba: y 3.° en que si habia combate, lo comenzase cada soldado con solo diez cartuchos, que eran los que llevaban en la canana, recomendándoles que no tirasen sino cuando el enemigo estuviese muy cerca y al descubierto. Pocas son las acciones de guerra en que el soldado carlista recibia mayor número de cartuchos que los diez que decimos; y para que los conservasen bien, pasaba por sí mismo Zumalacárregui frecuentes revistas, tan pronto á esta compañía como á la otra, haciendo lo mismo hasta con los soldados que encontraba por las calles, plazas y caminos. En tales casos el premio y la correccion corrian parejas; pues el hombre que mientras fué coronel de varios regimientos españoles se manifestó tan exigente en el aseo y buen porte del soldado, hoy solo reparaba en el buen estado de sus armas y municiones. Estas menudencias fatigarán quizá demasiado al lector; mas sin embargo no podemos omitirlas del todo, ya porque tocan personalmente á Zumalacárregui, principal objeto de esta obra; ya porque sus sucesores en el mando descuidaron seguir su sistema, creyendo equivocadamente que bastaba dejar las cosas al curso de la costumbre, ó por mejor decir, de esa rutina enfadosa que tanto aburre al soldado experto por la monótona repeticion de ciertas formalidades, excelentes para entretener las tropas en una guarnicion, pero molestas y poco

útiles en tiempo de una guerra como la presente.

La seguridad del ejército mandado por Zumalacárregui, no consistia tanto en el establecimiento de guardias, avanzadas y retenes en los parajes convenientes, como en el buen órden establecido entre las justicias de los pueblos, y el celo con que desempeñaban su oficio los que le servian de confidentes. Sin contar aquellos que hacian este servicio desde sus hogares, tenia siempre Zumalacárregui á su inmediacion de diez y ocho á veinte con sueldo determinado. Cuando algunos de ellos despues de recibir las instrucciones del general salian de su casa (lo que comunmente era cerca del anochecer) para ir á situarse en los caminos, todos podian entregarse confiadamente al reposo. Aun en medio de su escasez Zumalacárregui era muy pródigo con los que prestaban tan interesante servicio. ¿Pero fueron bastante recompensados? Suponemos que no, si bien la falta no debe atribuirse al general, quien á estar en otra situacion, hubiera hecho de modo que sus confidentes tuviesen el oro en abundancia. A pesar de eso correspondieron á sus deseos con admirable fidelidad. Citarémos como prueba un solo caso. En cierta ocasion, de resultas de un descuido de uno de estos agentes secretos, Zumalacárregui mandó se le diesen doscientos palos y echase del campo carlista. La noche siguiente al dia en que se verificó este castigo, llamó el general á los otros confidentes, y aunque conocia bien la lealtad de aquella gente, no pudo dejar de admirarse al ver entrar con ellos el que habia sido castigado. ¿Pero desconocia este la generosidad de su general? Ciertamente que no. Otro en lugar de

Zumalacárregui hubiera temido el volverle su confianza. "Descansa tú esta noche (le dijo para consolarle) porque mañana debes salir á una comision „ importante, que tú solo puedes desempeñar." Con estas solas palabras dichas en presencia de los demás compañeros, el confidente se consideró satisfecho de la humillacion de los palos, y con las lágrimas en los ojos se retiró á dormir.

Para terminar este capítulo vamos á hablar del calzado, uno de los artículos mas dispendiosos del ejército y no fácil de proporcionar ni aun con el dinero. Las tropas de Zumalacárregui usaban de alpargatas, excelente calzado, del gusto de los naturales y de bastante duracion en tiempo seco; mas no en el húmedo y lluvioso; pues siendo de cáñamo, se destruye al momento. Como todas las poblaciones de Navarra donde existia algun comercio se hallaban guarnecidas por los cristinos, y por otra parte se construian pocas alpargatas en este pais, era muy difícil adquirir la infinidad de pares que el ejército necesitaba. El introducirlas en el teatro de la guerra y tener acopio de ellas estaba prohibido bajo las mas severas penas por las autoridades cristinas. En medio de este conflicto Zumalacárregui se vió obligado á mandar emisarios á Aragon para que las comprasen allí y condujesen á Navarra, como lo ejecutaron exponiéndose á los mayores riesgos. Algunas veces sucedia que faltaba esta especie de remesas periódicas, y entonces tenia que recurrir á otros medios para suplir á las alpargatas. La junta inventó la construccion de un calzado de cuero abierto como estas, el cual se acomodaba mejor al uso y gusto de

la generalidad de los naturales, que no pueden soportar sin lastimarse el calzado cerrado y ajustado. En lo mas riguroso del invierno, algunos de los nacidos en las montañas usaban de *abarcas*; calzado antiquísimo entre ellos que dió nombre á uno de sus mas ilustres monarcas. A pesar de estos suplementos, hubo ocasiones en que fué preciso emplear el ardid para salir de los grandes apuros. Un dia que llovia extraordinariamente, Zumalacárregui iba á pasar con varios batallones desde Ulzama á Val de Ollo. La calidad arcillosa de la tierra hace que en estos casos se formen en el pais intermedio grandes lodazales, de modo que todas las alpargatas fenecen allí. El general que á la sazon no tenia repuesto alguno para calzar el dia siguiente á sus soldados, se dirigió á varios de ellos y les dijo: "Al que de vos„ otros se me presente mañana con alpargatas, le daré „ una peseta." Estas solas palabras corriendo de boca en boca, bastaron para que todos comprendiesen el apuro del general, y inmediatamente quitándose las alpargatas, las guardaron haciendo la marcha descalzos. Zumalacárregui dió órden para que se les distribuyese la peseta prometida, mas los gefes contestaron que no habia necesidad, porque ninguno la reclamaba.

CAPITULO VI.

Creacion del batallon de Guias.—Anécdota sobre un cabo de este cuerpo.—Expedicion de Zumalacárregui á la Rioja y su objeto.—Por qué no tuvo el efecto que esperaba.—Segunda expedicion á la Rioja.—Encuentro casual con la escolta de un convoy.—Hecho de armas personal de Zumalacárregui.—Presa de 2,000 fusiles.—Sucesos de Cenicero.—Se contesta á la censura de algunos respecto á la conducta del general carlista.—Posicion desgraciada de los pueblos vecinos á las guarniciones cristinas.—Arbitrariedad de sus comandantes.—Creacion de las partidas volantes ó bloqueadoras.—Su utilidad.—El Rojo de San Vicente.—Organizacion de una nueva columna carlista.—Venida de Eraso á Navarra.—Operaciones diversas.—Nuevo sistema que adopta Rodil para continuar la guerra.—Acantonamiento de la division de O-Doyle en Alegria.—Proyecto de Zumalacárregui contra ella.—La derrota completamente y hace prisionero al gefe.—Nueva victoria al dia siguiente.—Horrible carniceria.—Indulgencia de Zumalacárregui con los vencidos.—Crítica en aclaracion de las causas que pudieron influir en la pérdida de la division de O-Doyle.—Revista pasada á once batallones carlistas en las inmediaciones de Salvatierra.—Zumalacárregui va al real de Oñate.—Recibimiento que le hace don Cárlos.—Vuelve donde estan los batallones.—Ataque de Sesma y su resultado.—Expedicion á la Ribera de Navarra.—Acontecimientos relativos á los urbanos de Villafranca.—Defensa de Zumalacárregui contra el juicio de un escritor algo romántico.—Muerte del bizarro coronel Mancho.—Llegada á Navarra del oficial de artillería Reina.—Primer encargo que se le confia.—Elementos con que se cuenta para la organizacion de su arma.—Fundicion de dos obuses.—Historia del cañon llamado ABUELO.

El desgraciado éxito de la tentativa dirigida contra el fuerte de Echarri-Aranaz, hizo que Zumalacárregui se resolviese á formar un nuevo batallon, sirviendo como de base las dos compañías de guias que á la sazon habia. Agregáronse á ellas los soldados de la escolta de la junta gubernativa de Navarra y otros

sacados de entre los mas acreditados de valientes de los demás batallones. Los oficiales fueron tambien elegidos del mismo modo: así el nuevo cuerpo formado con los mejores elementos, no podia menos de ser uno de los mas aventajados.

Aunque muchos deseaban, y aun se lo rogaron á Zumalacárregui, que diese al nuevo batallon su propio nombre, prefirió darle el de *Guias de Navarra*; pais que merecia su particular afeccion, y cuya gloria nunca dejó de ensalzar por todos los medios posibles. De notar es sin embargo, el que no quisiera que el nuevo cuerpo tuviese ningun género de preferencia sobre los demás batallones; pero esto pudo consistir, y consistió sin duda, en que el general carlista deseaba evitar las rivalidades que excitan siempre los cuerpos privilegiados; fuera de que hablando de tales preeminencias, solia decir constantemente (y era la verdad) que toda distincion redundaria en mengua de los antiguos, los cuales hacia cerca de un año que estaban combatiendo y derramando su sangre.

Se cree que otro de los fines que Zumalacárregui se propuso en la formacion del batallon de guias, fué economizar los grandes sacrificios que los antiguos batallones estaban haciendo diariamente, y que por esta razon destinó despues al mismo cuerpo todos los soldados robustos que desde las filas cristinas se venian á las carlistas, así como tambien los voluntarios que se le presentaban de las otras provincias de España. De este modo los que estaban animados del deseo de darse á conocer, tenian excelente ocasion de acreditar su valor y merecer los

ascensos que ambicionaban. Los oficiales y sargentos que no llenaban dignamente sus deberes en los demás cuerpos, ó que cometian alguna accion poco honrosa el dia de un combate, eran destinados como simples soldados al batallon de guias, y cuando con su comportamiento habian purgado sus faltas, volvian á ser reintegrados en sus anteriores empleos, saliendo á veces, si lo brillante de sus acciones lo requeria, de este mismo cuerpo hasta con honores y rango superior al que tenian antes. Todo voluntario que con la adquisicion de una charretera, condecoracion ú otra cualquiera distincion, habia logrado el crédito de valiente, podia si le acomodaba, dejar el batallon de guias para ir á continuar sus servicios en otro distinto.

Parécenos que no será fuera de propósito el referir aquí lo que sucedió un dia con un cabo del nuevo batallon estando el cuartel general en Asarta. Al tiempo que este individuo acababa de ser condecorado con la cruz de san Fernando por una accion distinguida, se vino á presentar á Zumalacárregui y le dijo: "Mi general, yo desearia pasar á servir en caballería, porque toda mi vida me he ocupado en cuidar mulas y ganados de labranza." (Es de advertir que esta era una de las circunstancias mas esenciales en los voluntarios para confiarles un caballo).— Bien, contextó Zumalacárregui, pero es el caso que al presente no tenemos en el regimiento ningun caballo sin jinete, y el dejar el fusil para pasar á caballería un buen soldado de guias, ya ves que no es cosa muy honrosa. Vete, le añadió, á tu compañía, y no dudes que el primer caballo que tengamos será

para tí.—Pero mi general, si yo me adquiriese un caballo ¿me concederia V. E. luego la gracia?—Sin duda, le repuso Zumalacárregui, porque de ese modo no habria ya dificultad.

Cuando esto pasaba eran las diez de la mañana, y á las cinco de la tarde, oyendo Zumalacárregui un rumor entre los soldados de su guardia, se asomó á la ventana y vió que todos se entretenian en reconocer un caballo sin silla y al parecer bastante fatigado. En esto entra en la sala el ayudante de guardia á decirle que un cabo de guias pedia verle. "Que entre, contestó el general, y se presenta en seguida ¿quién? el mismo cabo de por la mañana. "Mi general, dijo alborozado, concédame V. E. el pase á la caballería, que ya tengo caballo.—¿Y cómo es eso? dijo Zumalacárregui con enfado; suponiendo que habria empleado la violencia contra algun paisano.—Señor, añadió el solicitante, he ido á los Arcos, me he colocado inmediato á la fuente de la villa, y cuando un soldado cristino venia á dar agua, le he sorprendido, le he quitado su caballo y montando en él, he echado á correr.—¿Sin matar, herir, ni hacer prisionero al cristino?—Si señor, replicó el cabo, porque ni él ni yo teniamos arma ninguna. Dudoso estuvo Zumalacárregui antes de darle crédito no obstante haber bajado á la calle y visto el caballo; pero poco tardó en cerciorarse de la verdad del hecho, porque el gobernador cristino del fuerte de los Arcos, aunque la culpa proviniese de su falta de vigilancia, obligó á la justicia del pueblo á venir á reclamar el caballo, ó á que en su defecto pagase en metálico su valor. Al cabo peticionario se le conce-

dió al instante el pase que solicitaba á la caballería, y además el empleo de sargento.

El brillante hecho de armas de los campos de Viana habia dado á la caballería carlista considerable prestigio y aumentado su ascendiente moral sobre la cristina tan superior en número. Aprovechándose, pues, de esta oportunidad, creyó Zumalacárregui que podria recorrer las riberas del Ebro y procurarse algunos recursos. Era llegado el otoño, estacion en que no existiendo nieve en las montañas, son por lo regular mas vadeables los rios; y teniendo presente los rigores del invierno y la desnudez de sus tropas, trató de dar un golpe de mano sobre las fábricas de paños de Ezcaray.

Esta empresa era de las mas atrevidas y arriesgadas; porque no solamente habia que pasar el Ebro, sino internarse seis leguas en Castilla. Zumalacárregui comenzó la operacion por un movimiento en direccion opuesta al lugar que trataba invadir con el fin de alejar mas de sí las divisiones cristinas que le observaban; y habiéndolo conseguido, revolvió con la mayor celeridad, y tomando el camino del Ebro, pasó este rio por el vado llamado Troncone-gro. Pensaba mandar en seguida dos escuadrones y un batallon á Ezcaray haciendo alto el resto de la fuerza hasta que volviesen; vuelta que cualquiera que fuese el éxito, debia verificarse en el término de diez y seis horas: mas no pudo realizarlo á causa de que la vanguardia carlista empleó una parte del tiempo en acometer y perseguir un destacamento de caballería cristina, que se habia presentado á la vista despues de pasar el rio. Semejante contratiempo

hizo que el general carlista suspendiese por entonces la ejecucion del proyecto que allí le habia conducido, y no siéndole á la sazon posible emprender nada favorable, se alojó aquella noche en Briones, y á la mañana siguiente vadeando el Ebro, pasó á la orilla opuesta y se internó en las montañas.

No era empero Zumalacárregui de aquellos hombres que al primer obstáculo se apartan definitivamente de lo que una vez acometen. Su natural constancia en todas las empresas por una parte, y por otra la gran necesidad que tenia de cubrir la desnudez del soldado, le compelieron á intentar nuevamente el golpe contra Ezcaray; y si tampoco esta vez salió con su intento, no fue al menos su trabajo perdido, pues encontró una recompensa de otro género, bien distinta á la verdad del fin que se habia propuesto al hacer aquellas rápidas marchas que llenaban de admiracion á sus mismos enemigos.

Pasado que hubo la vanguardia el Ebro, tropezó como en la otra ocasion con un cuerpo de caballería enemiga y una ó dos compañías de cazadores de la guardia real provincial, que iban escoltando un convoy desde Casa la Reina á Logroño. Habiendo partido al instante en su persecucion dos escuadrones carlistas, los infantes cristinos á fin de detenerlos, tomaron posicion en una pequeña altura á poco de haber pasado el pueblo de Fuenmayor. Viéndose acometidos allí tuvieron que abandonarla, mas en vez de seguir el mismo camino que su caballería, siguieron el de Navarrete, resultando de aquí que apenas habian descendido de lo alto, se hallaron ro-

deados por los batallones carlistas y obligados á rendir las armas.

Mientras esto ocurria, el convoy iba caminando hácia Logroño, de cuyos muros distaba poco mas de media legua, cuando se presentaron ante su escolta los dos escuadrones carlistas que habian salido en su seguimiento. Tres eran los de los cristinos, los cuales dieron caras, y advirtiendo que no se les acometia, lo hicieron ellos poniendo en completo desórden á sus enemigos. El gefe de la caballería carlista don José Vicente Amusquivar dió en esta ocasion una caida del caballo, de cuyas resultas murió á los pocos dias.

Zumalacárregui que se habia informado ya de los efectos de que se componia el convoy, salió tras él sin detenerse siguiendo la huella de los dos escuadrones, mas no bien se presentó á su vista la vergonzosa fuga de éstos, metiendo espuelas al caballo, se adelantó con la celeridad del rayo para reparar un mal de tan inmensa consecuencia; pero como el caso no permitia la menor dilacion, apenas juntó unos cincuenta caballos de los doscientos que tenian los dos escuadrones, se dirigió á rienda suelta contra la escolta del convoy, la cual por su parte se preparó tambien á la defensa.

Por una de aquellas casualidades mas raras que ocurren en la guerra, cuando iban á cargar los realistas, el terreno no permitia dar mayor frente que la latitud del camino real; y aunque esto fuese por un momento, no dejó de influir bastante en el resultado. Siete ú ocho ginetes de una talla semi-colosal, de aquellos que en los modernos regimientos de ca-

ballería española se denominan tiradores, ocupaban todo el ancho del mismo camino, y cual una muralla cubrian con su cuerpo la retaguardia cristina y las galeras que demasiado cargadas no podian salir del paso natural. Aunque lo que estas conducian eran fusiles, y el deseo de apoderarse de una cosa que tanta falta hacia á los carlistas, debia estimular vivamente á Zumalacárregui, no era eso lo que mas le obligaba á este arrojo: era muy superior el interés que le empeñaba á lance tan crítico, el de conservar sin menoscabo el prestigio que allá en los campos de Viana habia adquirido su caballería sobre la contraria. Asi, pues, no pudiendo ser indiferente á tamaña mengua, empuñó su espada y con los seis primeros lanceros que se le presentaron, embistió á los tiradores cristinos; quienes aunque puestos en actitud de defenderse, viendo que sus sables no alcanzaban tanto como las lanzas de los enemigos y que estos cruzaban ya las armas con las suyas, tuvieron que cederles el puesto quedando algunos de ellos muertos ó heridos. Cargó en seguida con mayores fuerzas á los que iban delante, terminando el combate por quedar el convoy en sus manos. El resultado de tan brusca como bien ejecutada acometida, fué apoderarse de dos mil fusiles, los mismos que Zumalacárregui se apresuró á poner en salvo haciéndolos trasportar aquella noche al otro lado del Ebro para conducirlos en seguida á Navarra.

Concluida la operacion, buscó el general los seis lanceros con quienes habia dado la primera carga á los cristinos; pero solo en fuerza de diligencias los

pudo hallar, pues la modestia de estos hombres los habia movido á confundirse con los demás, muy persuadidos de que no merecia premio ni distincion alguna quien no habia hecho otra cosa que imitar á su gefe en una accion de valor individual. ¡Increible virtud si no vinieran á confirmarla tantas otras que tuvimos ocasion de observar en los soldados de las Provincias! Por lo mismo Zumalacárregui se empeñó con mayor ahinco en su busca para darlos á conocer á todo el ejército, recompensando además el distinguido mérito que habian contraido.

Aquellos hombres que no saben apreciar justamente el valor de los hechos, y que á pesar de eso se creen autorizados para dar su parecer en todo, calificaron de poco prudente la conducta de Zumalacárregui en el encuentro de Fuenmayor; dando por única razon, que el general de quien depende inmediatamente la salud de un ejército, no puede en conciencia exponer su vida á un peligro tan inminente. Mucho podriamos decir aqui en contra de esto; pero nuestros lectores habrán de contentarse con lo que á continuacion trasladamos de un sábio escritor, cuyo juicio les hará seguramente mas fuerza que todos nuestros razonamientos.

"Por ventura (dice) ¿quiére el general que sus soldados den pruebas de valor? que les ofrezca su ejemplo, colocándose á su cabeza en el momento de comenzar la batalla, al principiar el choque. Con esto podrá lisongearse de la victoria; porque nada hay tan poderoso en semejantes casos como la presencia del general. A su vista ninguno hay que no arriesgue la vida: los soldados se animan entre sí al

ver á su gefe, arrostrando iguales peligros, ejecutar en lugar de dar órdenes. Sin duda estaban persuadidos de esta verdad aquellos grandes capitanes á quienes la historia tantas veces nos presenta combatiendo en las primeras filas. Alejandro fué uno de los primeros que se aproximaron al carro de Darío, y se batió con las tropas mas selectas de los persas: él fué tambien el primero que escaló una villa que sitiaba: él mismo, el que mas de cerca perseguia al rey Poro, el que se apresuraba á pasar un gran rio á presencia del enemigo, á arrojarse al esquife, á levantar el ancla, á abordar y á atacar. César arrancó de las manos de un soldado la rodela y con ella se colocó en primera fila, cuyo ejemplo bastó á detener su ejército en el momento que ya iba á volver la espalda. Posthumio el dictador, Eburon gefe de la caballería y los Tarquinos que eran hábiles generales, segun el testimonio de Tito Livio, no se contentaban con reglar los ataques, sino que se batian personalmente. Por esta razon el rey Antioco mereció los elogios de Polibio; Catilina los de Salustio. Si el general no es mas que un espectador de las batallas sin hacer nunca el papel de actor, sus soldados se harán remolones y cobardes á presencia del enemigo, y el menor peligro los desanimará; de modo que desesperanzados del buen éxito de la accion, temerán por su vida y no sostendrán cual debieran el primer choque. ¡Qué fatales consecuencias han producido las faltas de los generales en semejantes ocasiones! y ¡cuántas desgracias no han atraido sobre ejércitos enteros!!"

A la inmediacion del vado de Tronconegro se

halla situada la villa de Cenicero, hácia la cual se dirigieron los carlistas desde Fuenmayor. Al tiempo de entrar en el pueblo comenzaron á hacerles fuego desde lo alto de la torre de la iglesia algunos urbanos que allí se habian encerrado, y Zumalacárregui incomodado con tan inesperada hostilidad, mandó á los guias que los atacasen, pero hubo la desgracia de que no pudiendo estos obligarlos á que se entregaran, pusieron fuego á la torre antes de retirarse.

Apenas los carlistas expedicionarios volvieron al centro de sus operaciones, lo primero que hizo su general fue colocar las armas adquiridas en el choque de Fuenmayor, en las robustas manos de aquella fogosa juventud que hacia cuatro meses las esperaba con impaciencia.

Dejábanse sentir por este tiempo los lamentos de los pueblos mas vecinos á las guarniciones enemigas, cuyos comandantes, aunque muchas veces no pasaban de simples oficiales subalternos, obraban con absoluta independencia de los generales, y ejerciendo una autoridad ilimitada sobre el paisanaje, los trataban con crueldad inaudita. Además de arrebatarles con violencia los granos, líquidos y ganados, les exigian cantidades de dinero inmensamente superiores á lo que alcanzaba su posibilidad; con la circunstancia de que no satisfaciéndolas por completo, la desordenada avaricia ó el capricho de los gefes destacaban partidas de tropa, que sorprendiendo á los vecinos en sus casas como el ladron al pasajero, arrestaban las personas que mas les acomodaba, y las conducian á los fuertes á pretexto de rehenes; sin

que se libertasen de tan atroz tiranía ni el achacoso y decrépito anciano, ni la tímida y vergonzosa doncella, ni el infante de corta edad si pertenecia á alguna de las casas importantes ó familias distinguidas. Gobernador hubo tan sin pudor que pospuso la madre á la hija soltera. De esta suerte aquellas personas que á los ojos de los hombres morigerados y cultos merecen por su estado cierta inmunidad, aquellas que excepto en los tiempos de barbarie han estado siempre libres de cierta especie de desafueros que se cometen contra los pueblos en circunstancias como las presentes, pasaban muchos meses cautivas siendo espectadoras de todas las escenas que ofrece un cuartel en su mecanismo interno. Señalábanse entre otros por sus estorsiones en este género de violencias, los gobernadores de Lerin y Diana, cuyas demasías miraban con indiferencia sus generales, ora fuese porque deseasen castigar con este azote la adhesion que mostraban los pueblos por los carlistas, ora por otras causas que la delicadeza no nos permite expresar. Pero lo cierto es que no ignoraban los hechos de violencia y rapacidad de que vamos hablando, y siendo asi será preciso decir que los toleraban, y que esta tolerancia supone, ó un abandono indisculpable de los deberes que les imponia su ministerio, ó un consentimiento criminal ó un interés mezquino. Decimos mezquino, porque los generales del bando opuesto, sirviendo á un gobierno que los pagaba corrientemente sus sueldos y los demás gastos de guerra, no necesitaban apelar á tan ruines arbitrios para cubrir sus atenciones. Rodil en cuya conducta anterior á la época que recorremos, se habian

advertido cualidades bien diferentes por cierto de las que ahora mostraban sus subalternos, fué quien primero olvidó el estrecho deber que le prescribía su encargo de general en gefe, pues cabalmente durante su mando tuvo principio este horrible sistema no menos tiránico que el que se usaba allá en los tiempos de la edad media.

Zumalacárregui á fin de proteger á estos pueblos, dispuso se aumentase el número y la fuerza de las partidas volantes; mas no pudiendo llevarlo á cabo sin que los batallones sufriesen notable desmembracion, acudió á los recursos que le facilitaba su ingenio. Comenzó pues por sacar de los cuerpos algunos oficiales y sargentos de la mejor conducta, prácticos en la tierra y bien relacionados; y dando á cada uno dos ó tres soldados de su eleccion, los destinó á que observasen constantemente las guarniciones cristinas, con la facultad de incorporar á esta fuerza cuantos reclutas se les presentasen. Su principal mision consistia en mantenerse cada cual á la vista de un punto fortificado, interceptar toda comunicacion con éste y dar conocimiento de los movimientos de las columnas enemigas. Si grandes fueron los servicios prestados por las partidas volantes en su primera creacion, imposible es calcular el valor de los que resultaron del presente arreglo. Viéronse en adelante los soldados encerrados dentro de los fuertes sin atreverse á salir fuera de sus paredes, y los que osaban hacerlo, al instante eran acometidos por la partida encargada de vigilarlos, fuese cual fuere su fuerza; pues aunque pusiesen en fuga á los bloqueadores, siendo estos tan prácticos en el terreno, des-

aparecian fácilmente y revolvian despues con la misma facilidad sobre sus agresores. El peloton que salia á ejecutar alguna excursion, lo hacia con el mayor recelo, ya por el justo temor de caer en alguna emboscada, ya por el de ser cortado por una fuerza superior como sucedió varias veces; pudiendo contar de seguro con hallarse aislados y en absoluta imposibilidad de dirigir sus comunicaciones á los generales. Solian los cristinos destinar al servicio de partes á los paisanos que por mandato suyo les presentaban las justicias; pero como las penas dictadas por las carlistas contra los que lo desempeñaban, aunque fuese por la violencia y como carga vecinal, eran tan graves como irremisibles, resultaba que asi que salian de entre las bayonetas cristinas, unas veces por temor al castigo y otras por aficion á la causa carlista, se venían al encuentro del gefe de la partida volante mas inmediata, y le entregaban el pliego que llevaban. Y ¡desgraciado aquel que no lo hiciese asi! pues teniendo todos los soldados de la partida bloqueadora puntual y exacto conocimiento de los pasos que daban las personas del pueblo, y hasta de su modo de pensar en punto á política, era dificil si no imposible que ninguno faltase á los realistas sin que tarde ó temprano se descubriese, y el que una vez caia en falta, era castigado ejemplarmente. El oro que tanto puede, la persuasion, las mayores promesas, la astucia, el rigor de la pena y hasta algunos terribles castigos que en los moradores hicieron como por ensayo los cristinos, no fueron medios bastante poderosos para vencer aquella barrera de vigilancia y represion que Zumalacárregui

opuso á cada una de las guarniciones. Consecuencia de esto fué el llegarse á ver los gobernadores como encarcelados en sus mismas fortalezas, de las que nunca salian á no tener á la vista alguna columna que los protegiese. Los gefes mismos que mandaban estas, así que les faltó la comunicacion libre con las guarniciones, comenzaron á obrar á tientas en sus marchas y maniobras.

Entre los que capitaneaban estas partidas volantes, se distinguian particularmente don Jose Oroquieta, quien con solo cuarenta hombres que mandaba, tenia á raya la guarnicion de Estella, la mas numerosa entonces de las de Navarra despues de la de Pamplona; y don Victoriano Cordeu, intrépido y sagaz oficial, conocido en el pais bajo el nombre del *Rojo* (1) de San Vicente. La fuerza de éste se componia de cien hombres con los que vigilaba de contínuo el camino real que atraviesa los valles de Ara-

(1) El nombre de Rojo se le dabe por el color de sus cabellos, y el de San Vicente, porque era natural de la aldea de este nombre junto á Lumbier. En el año de 1822, siendo simple soldado del regimiento de Toledo, desertó de este cuerpo y se unió á la partida realista que mandaba el capitan Armengol, en la cual se hallaba cuando ésta sorprendió al famoso coronel don José Cruchaga en Narbues. Despues le recibió por su ordenanza el general don Santos Ladron como en recompensa del valor con que se portó en la accion de Vidangoz. Su conducta posterior elogiada siempre por todos sus compañeros de armas, le valió el ascenso á alferez de caballería. Una accion que sostuvo el mismo Ladron en el año de 1823 en Tamarite de Litera, villa del alto Aragon, proporcionó al Rojo el distinguirse por medio de uno de los hechos mas señalados que pudieran suceder en la guerra. Ochocientos realistas navarros mandados por aquel general, (quien al mismo tiempo sitiaba con otros quinientos el fuerte de Monzon), ocupaban la villa en el momento que desde Lérida vino Ceballos Escalera, coronel del regimiento de Tarragona, con mil y quinientos infantes y alguna caballería á atacarle. Al principio el realista abandonó el pueblo, y Escalera lo ocupó: pero poco despues, viendo aquel la inaccion de éste, le acometió de sorpresa, y se empeñó un fuerte combate, mas á pesar de eso, Ladron que atacaba el pueblo por el medio dia, se vió precisado á retirarse.

quil y Borunda. Desde allí, amparado del terreno, molestaba de todas maneras á los cristinos, embistiendo, ya fuese de frente ya de flanco ó retaguardia, no solo á las partidas sueltas, sino hasta las grandes columnas: pues aunque no consiguiese vencerlas ni cerrarles el paso, lograba á lo menos detenerlas algun tiempo en su marcha y obligarlas á practicar varias operaciones, fatigándolas y causándoles daños que no podian de modo alguno entrar en cotejo con las insignificantes pérdidas que Cordeu sufria. Fabulosas parecerian á nuestros lectores las proezas de este bizarro oficial, si nos detuviésemos á contarlas aquí: mas adelante hablaremos de una, cuya verdad se acredita con un documento auténtico interceptado á los cristinos.

Algunos dias antes el capitan don Tomás Plaza, ayudante de órdenes de Zumalacárregui, hallándose desempeñando una importante comision en los pue-

---

Cordeu mientras tanto habia penetrado en la poblacion por otra parte seguido de treinta caballos y cincuenta infantes, y recorriendo las calles, no solo se apoderó de la artillería que consistia en dos piezas, sino que obligó al enemigo á huir persiguiéndole por espacio de dos horas. En esto su general iba marchando en direccion opuesta á tomar posicion en un monte vecino donde esperaba reunir las fuerzas que bloqueaban á Monzon bajo el mando de don Luis Velaz, con el objeto de volver al amanecer del dia siguiente sobre Escalera, cuando pasada ya la media noche, el Rojo á quien suponian prisionero, se presentó trayendo consigo los dos cañones: visible prueba de su extraordinario valor. Su general le hizo al instante justicia; pero aquel género de justicia que solo hace un valiente y honrado caballero como Ladron. Despues de manifestar en presencia de sus tropas que se le debia la mayor parte de la gloria de aquel dia, le concedió el grado de capitan y la cruz de san Fernando. La figura del Rojo era notable por su gentileza, si bien sus modales eran bruscos, efecto de su primera educacion. Sobrevivió mas de un año á Zumalacárregui, y su fin fué marcado por un hecho heróico. Cortada una columna carlista en su retirada por el baron de Meer, Cordeu con los valientes que mandaba se abrió paso á costa de su vida. En esta ocasion recibió una herida mortal en la cabeza, de cuyas resultas murió pocos dias despues.

blos del valle de la Solana, fué sorprendido en el de Arellano por un destacamento que el gobernador habia mandado desde Lerin. Plaza no pudiendo huir, abrazó el partido de encerrarse con los tres ó cuatro soldados que le servian de escolta y el capitan don Juan Bautista Arellano, natural del mismo valle é hijo de una distinguida familia de Arroniz, en una casa donde procuraron defenderse como unos héroes. Los cristinos al ver la resolucion de estos hombres, pusieron fuego á la casa, prometiendo al mismo tiempo conservar la vida á los que se hallaban dentro en el caso que se rindiesen. Esta invitacion y promesa hicieron su efecto en el ánimo de Arellano, quien apenas vió que el fuego crecia, considerando perdida su existencia, fiado en la palabra dada por los cristinos, se entregó con los soldados que le acompañaban. Plaza que jamás hizo grande aprecio de tales promesas, se resolvió á quedar allí solo, esperando mas generosidad de uno de los elementos mas destructores, que de la clemencia de sus adversarios. No se engañó por cierto en eso, pues los cristinos temiendo la venida de los carlistas, luego que tuvieron en su poder á Arellano y compañeros de desgracia, se retiraron precipitadamente á Lerin donde al dia siguiente fusilaron á todos los prisioneros; al paso que Plaza saliendo ileso de las llamas, logró presentarse á Zumalacárregui con el dinero procedente de su comision y aquel humor festivo que le es tan natural.

Armados los nuevos batallones navarros con los fusiles del convoy apresado junto á Fuenmayor, fué llamado el general Eraso, que entonces dirigia

con mucho acierto y ventaja de la causa carlista la provincia y tropas de Vizcaya, para tomar el mando de una nueva columna compuesta de tres batallones que habian de operar en la parte del valle de Orba, Aoiz y Lumbier, pais muy conocido de aquel general y donde gozaba de mayor prestigio. El puesto que por su salida quedó vacante en Vizcaya, se le confió al brigadier don Miguel Gomez, que si bien como natural de Andalucía ignoraba el idioma vasco, se hallaba adornado de otras cualidades y conocia el terreno por haber hecho allí la guerra en dos distintas épocas.

Al comenzar Eraso las operaciones en el distrito que se le habia marcado, los cristinos que tenian fuerzas mas que suficientes para atender á todo, sacaron de la gran masa una columna superior á la de de aquel y la mandaron en su persecucion. El activo Sagastibelza con los batallones 5.° y 8.°, maniobrando siempre sobre los valles de Baztan, Santesteban y pueblos fronterizos á Francia, ocupaba de continuo la atencion de otra division cristina: el diligente Mancho amagando desde el Roncal, Salazar y almiradío de Navasques al alto Aragon, entretenia la del general Linares; Guibelalde, Navarro, Iturriza é Iturriaga, gefes de los batallones guipuzcoanos, con solo amenazar á Jáuregui, comandante de la division cristina en Guipúzcoa, le obligaban á permanecer sin hacer nada en aquel pais que tan bien conocia: y por último los vizcainos ocupaban la atencion de don Baldomero Espartero.

Sin detenernos á hacer recuerdo de otros gefes y fuerzas de menor importancia que habia en el teatro

de la guerra, volveremos á hablar del general Rodil que acompañado de una numerosa columna compuesta de lo mejor de su ejército, andaba por aquel tiempo recorriendo los montes y pequeñas aldeas situadas entre Donamaría y Lecumberri; destruyendo con afan en los lugares retirados cuanto conceptuaba podria servir de refugio á hombres y animales. Estas destrucciones que llevaban siempre consigo el incendio, las ejecutaba el adalid cristino suponiendo haber llegado á su noticia, que en algunos de estos parajes se elaboraba pólvora, cosian zapatos ó vestuarios; suposicion vana cuando nadie ignoraba que era otra la causa de tales desafueros, como lo prueba el hecho de haber los soldados de Rodil entregado á las llamas la casa del confitero de Leiza y otras varias, solo porque las justicias de los pueblos impusieron á sus dueños la obligacion de dar alojamiento á don Cárlos.

Lorenzo y Oráa, como generales mas antiguos en esta guerra, eran los destinados á seguir siempre sin apartarse mucho el uno del otro, observando con sus respectivas divisiones, los movimientos de la dirigida en persona por Zumalacárregui.

Hecha la distribucion de fuerzas en la forma que acabamos de exponer, solo faltaba para completar la ocupacion del pais, colocar un cuerpo de tropas en la llanada de Alava. Rodil que ya tenia este pensamiento y estaba desengañado de lo inútil y aun peligroso que era marchar con mucha tropa por entre montañas, riscos, bosques y barrancos, deseando por otra parte adoptar un nuevo sistema, destinó á dicho punto la division de O-Doyle; disposicion que

creyó muy á propósito para detener las correrías que de una á otra provincia hacian de continuo los batallones carlistas.

Tan luego como Zumalacárregui supo que O-Doyle se habia acantonado en el pueblo de Alegría, se resolvió á caer por sorpresa sobre esta nueva fuerza, que parecia venir destinada á bloquearle en las montañas de la Amézcoa. Para llevar á efecto su determinacion, comenzó por calcular cómo podria conseguir anticiparse doce horas por lo menos á las divisiones de Lorenzo y Oráa, sus constantes perseguidores.

Siguiendo estos dos generales el movimiento del carlista, se habian venido juntos á los Arcos, mientras Zumalacárregui aparentando quedarse la noche del 26 de octubre en los pueblos de la Berrueza, pasó despues de anochecer el Arquijas y se situó en Santa-Cruz de Campezu con seis batallones y cuatro escuadrones, única fuerza de que por lo regular constaba la columna (1) de operaciones que mandaba en persona.

La mañana del 27, despues que Zumalacárregui recibió de sus confidentes la noticia de que las dos divisiones cristinas continuaban, aun despues de ama-

(1) Esta se componia de cuatro mil quinientos infantes y cuatrocientos caballos, cuya fuerza formaba como un solo regimiento. Zumalacárregui además de general era tambien el coronel de este cuerpo, y los comandantes dependian inmediatamente de su persona. Unicamente en el caso de combate ó de destacar mas gente que un batallon, destinaba, si la importancia del servicio lo exigia, alguno de aquellos gefes que andaban cerca de él como Iturralde, Sarasa, Guibelalde ó Gomez; pero terminada la comision que se les confiaba, volvian los batallones á continuar como antes. De esta especie de inmediata dependencia, resultaban ventajas que por varias razones no nos detendremos á señalar, siendo por de contado una de ellas la mayor rapidez en todos los movimientos, pues yendo las órdenes de Zumalacárregui dirigidas en derechura á los mis-

necido, en los Arcos sin ninguna señal de ponerse en marcha, formó con toda presteza su gente, la subdividió en dos partes, y confiando la una al general Iturralde, le ordenó se dirigiese con ella y sin hacer alto alguno al puerto de Herenchun sobre Alegría. La otra la condujo el mismo Zumalacárregui al de Echevarri. Los dos puertos ocupan casi una misma línea y posicion, solo que el camino desde Santa Cruz al de Echevarri es el mas corto; motivo por el cual á pesar de haber salido antes Iturralde, llegó el primero Zumalacárregui. De lo alto de los puertos se ve perfectamente no solo el pueblo de Alegría que está al pie de la montaña y á la sazon ocupaba O-Doyle, sino tambien toda la llanada de Alava y hasta su capital Vitoria, en cuyos campos fué derrotado en 1813 el ejército francés al tiempo que se retiraba hácia su pais con el príncipe José Bonaparte, y cogido por los aliados un botin tan considerable que excedió sin duda á cuantos se han visto jamás en Europa.

Al instante que Zumalacárregui hizo alto en la posicion que decimos, reconoció con el anteojo las faldas de la montaña y avenidas de Alegría, y notó que un fuerte destacamento cristino iba haciendo

---

mos que debian ejecutarlas, era muy corto el tiempo que mediaba entre leerlas, sonar la caja, formar el batallon y ponerse en marcha. Si en los primeros tiempos de la guerra hubiera habido estados mayores, generales de brigada y de division, y dependencia de otras clases, y para dar una disposicion cualquiera se hubieran seguido todos los trámites y fórmulas de costumbre, el ejército carlista habria indudablemente carecido de la principal ventaja que tenia sobre el de los cristinos. Lo mismo hacia Zumalacárregui en los casos que los batallones fuesen mas en número, con la diferencia de que si eran de provincia distinta de Navarra, se entendia con su comandante general. A este sistema se debia el que nadie previniese con anticipacion bastante ni sus proyectos ni los movimientos que emprendia.

camino hácia Salvatierra de donde habia salido al mando de su gobernador, el cual confiado en el apoyo que le prestaba la vecindad de la columna de O-Doyle, habia venido á ejercer sus venganzas sobre los pueblos que no habian satisfecho los pedidos que se les hicieran en tiempo anterior.

No pudiendo el general carlista á presencia de tamañas tropelías detener su enojo, descendió con sus fuerzas, se adelantó con parte de ellas, alcanzó las del gobernador y las atacó. Al ruido de la fusilería se alarmó la campaña, y esto que debia haber sido como un aviso anticipado para que la division de O-Doyle se precaviese de la sorpresa que se intentaba, le trajo consecuencias en extremo funestas. El general cristino oyendo los tiros formó inmediatamente sus tropas, evacuó el pueblo y se dirigió al sitio del ataque comenzado entre el gobernador y los carlistas. Al verle venir Zumalacárregui, se preparó á recibirle presentándole el combate en el mismo campo raso donde se hallaba. Al efecto destacó contra la cabeza de la columna de su adversario un batallon en guerrilla, apoyándole con otros dos en batalla, formando la reserva un cuarto batallon alavés que allí apareció entonces, y cubriendo los flancos la caballería. No obstante el coraje con que esta fuerza le acometía, O-Doyle creyéndose sin duda superior en número é ignorando que Iturralde descendiendo del puerto de Herenchum, habia entrado en Alegría á poco de su salida y le venia siguiendo la huella, no solo admitió con resolucion sino hasta con cierta satisfaccion el combate.

En medio de este acontecimiento, el mas grave

que puede sobrevenir á un general, O-Doyle, visto el compromiso en que se hallaba, limitó sus esfuerzos á salvar los soldados; mas estos asi que se vieron flanqueados por todas partes, cayeron súbitamente en el mayor desaliento, sin poder hacer lo bastante para defender sus posiciones, ni menos contrarestar al denuedo de los acometedores. Al principio la retirada fué algo ordenada; mas á poco empezaron á marchar en completa derrota. La caballería carlista hizo lo demás hasta completar la obra.

Como por desgracia estaba entonces tan encendida la saña de los combatientes á causa de los contínnos fusilamientos que á título de represalias se ejecutaban en ambos campos, los carlistas derramaron abundantemente la sangre de sus adversarios. Toda la division cristina, su artillería y banderas, incluso el mismo O-Doyle, su gefe de estado mayor y otros muchos oficiales fueron presa de los soldados de Zumalacárregui. No pudieron salvarse mas de doscientos hombres, que ganaron el vecino pueblo de Arrieta, cuyas casas ocuparon con decidido ánimo de defenderse y vender caras sus vidas. Imposibilitados los carlistas de hostizarlos en el acto, ya por la fatiga consiguiente á la accion que acababan de dar, ya por la oscuridad de la noche que comenzaba, se tuvieron que contentar sus gefes con ponerles cerco, esperando la venida del dia para acometerlos. Llegada la mañana vieron que no era operacion fácil el rendirlos, pues no teniendo mas cañones que los de pequeño calibre cogidos la víspera, carecian de los medios necesarios para echarlos de las casas que ocupaban y que estando separadas unas

de otras, ofrecian grandes ventajas á sus defensores.

Habíase entre tanto recibido en Vitoria la noticia de la verdadera situacion é inminente peligro en que estaban los restos de la columna de O-Doyle, noticia que confirmaba el constante fuego de fusilería que se dejaba oir. El general Osma que mandaba en aquella ciudad, resolvió salir á socorrerlos; siendo tan decidido el interés que tomó por salvar aquellos desgraciados, que no quiso fiar mas que á sí mismo el mando de las tropas. Componíanse éstas de tres mil infantes, de alguna caballería, y de tres ó cuatro piezas de artillería rodada. La primera operacion de Osma al presentarse con esta fuerza á la vista de los carlistas cerca del medio dia, fué ocupar una línea de excelentes posiciones, desde donde dominaba el sitio en que permanecian los de Zumalacárregui observando los encerrados en las casas de Arrieta. Era al parecer la intencion del general cristino recibir la batalla mas bien que darla; y siendo tambien esto del agrado del carlista respecto á ser sus soldados mas idóneos para dar el ataque que para recibirlo, no titubeó un momento en ir á forzarle donde estaba.

Hallábanse bien colocadas de antemano las fuerzas enemigas y ordenadamente dirigidos los fuegos de su artillería y fusilería; mas á pesar de eso no tardaron Osma y Figueras que las mandaban, en ser lanzados de las posiciones y puestos en completa fuga. Terrible fué el destrozo y la carnicería que se viera la víspera, pero aun excedió la de este dia. Zumalacárregui sensible á tal espectáculo, y semejante á Anibal en la batalla de Cannas, iba en las

primeras filas gritando á sus soldados. "Muchachos, basta, basta; dad cuartel á los rendidos." A este grito de humanidad debieron la vida mas de dos mil hombres, á quienes poco despues á peticion suya se les volvieron las armas para incorporarse en los batallones carlistas. El número de los cristinos que quedaron muertos en el campo pasaban de mil, segun los partes de las justicias encargadas por Zumalacárregui de darles sepultura.

No puede dudarse que fueron gloriosos para las armas carlistas y sobradamente aciagos para los cristinos los dias 27 y 28 de octubre, de cuyos sucesos vamos hablando; pero ¡ah! ¡cuán funestos por otra parte para la generalidad de la nacion española! ¡Cuántos perecieron allí que hubieran sido utilísimos á la agricultura, á las artes y al ejército mismo! ¡Cuántos yacen sepultados en aquellos campos que hubieran contribuido á la gloria y ventura de su patria en una era de paz, y continuando el órden de cosas que al descender al sepulcro dejára establecido Fernando VII!

A mas de dos mil soldados cristinos se les concedió en esta ocasion el beneficio de la vida, pero por desgracia no pudo alcanzar al infeliz O-Doyle ni á varios oficiales compañeros de infortunio. Las víctimas del combate no bastaban á satisfacer á las que fuera de él sacrificaban sin piedad Rodil y otros generales de su partido, y era necesario en ley de justa, aunque triste represalia, que se vertiese la sangre de algunos gefes.

Al saber O-Doyle la suerte que le aguardaba, procuró justificar su conducta anterior, haciendo re-

caer en sus compañeros la culpa de lo que le sucedia. Tal vez sería cierto lo que manifestó relativamente á que hubiese propuesto al gobierno se diera cuartel á los prisioneros, y si con efecto lo habia hecho asi, no es de extrañar que en los primeros momentos y entre las angustias de la pena que le amenazaba, se quejase amargamente de la ciega obstinacion de los ministros. Algunos de sus compañeros lejos de compadecer á O-Doyle por la suerte que sufrió, le juzgaron con excesiva severidad, cuando no fuese con notoria injusticia, respecto al fatal acontecimiento que labró su desventura y la de muchos de sus subordinados; pero tales hombres serían de aquellos que no estaban dispuestos á admitir sus disculpas, ni menos á tomar en cuenta el estado en que á la sazon se hallaba el pais, aunque invadido por las columnas cristinas.

Hemos hablado ya del trastorno que sufrian en sus comunicaciones los gefes enemigos despues del establecimiento de las partidas volantes creadas por Zumalacárregui; dificultades que cada dia se aumentaban extraordinariamente á pesar de los terribles castigos que de contínuo les imponian; de modo que ni á fuerza de oro habia persona que quisiera arriesgarse á penetrar hasta el punto ocupado por las tropas carlistas. De aqui provino sin duda la sorpresa que acabamos de referir. Operando contra solo Zumalacárregui, Lorenzo y Oráa, y hallándose estos dos generales á una distancia tal de su adversario que muchas veces con la simple vista natural podian enterarse del menor movimiento suyo, no debia esperar O-Doyle ser acometido como lo fué en los

campos de Alegría, mucho mas cuando solo le separaba el corto trecho de dos horas de camino de la ciudad de Vitoria, donde habia una gruesa guarnicion; no pudiendo tampoco persuadirse de que al emprender su marcha los carlistas no viniesen en pos de ellos las columnas que tenian el encargo de observarlos y perseguirlos. Verdad es, que experimentando Lorenzo y Oráa la misma falta de noticias que O-Doyle, no les era dado aventurarse á penetrar por los parajes montuosos que atravesaba Zumalacárregui, sin estar antes bien asegurados de que no les esperaba reforzado ó en alguna emboscada. Esta misma precaucion que el general carlista suponia en sus rivales, era la base principal de los cálculos en que libraba el feliz resultado de todas las operaciones que comenzaba; porque mientras él salia por ejemplo de las Amézcoas, y marchando rápidamente por un camino corto caia como el rayo sobre uno de los cuerpos cristinos que por su posicion ó distancia parecia debian estar mas seguros, los que le iban observando de cerca para eludir ciertos pasos que recelaban tomados de antemano, se veían precisados á dar un largo rodeo antes de poder presentarse otra vez á su frente. Daremos todavía á nuestros lectores una idea mas perfecta de lo que á nuestro juicio pudo suceder en las acciones de Alegría.

Zumalacárregui salió de Santa Cruz con sus tropas para atacar á O-Doyle á las nueve de la mañana. Desde aquel pueblo hasta Alegría se cuentan seis horas, y cinco á los Arcos, pero en opuesta direccion. Ahora bien; aun cuando Lorenzo hubiese tenido el aviso del movimiento del general carlista con

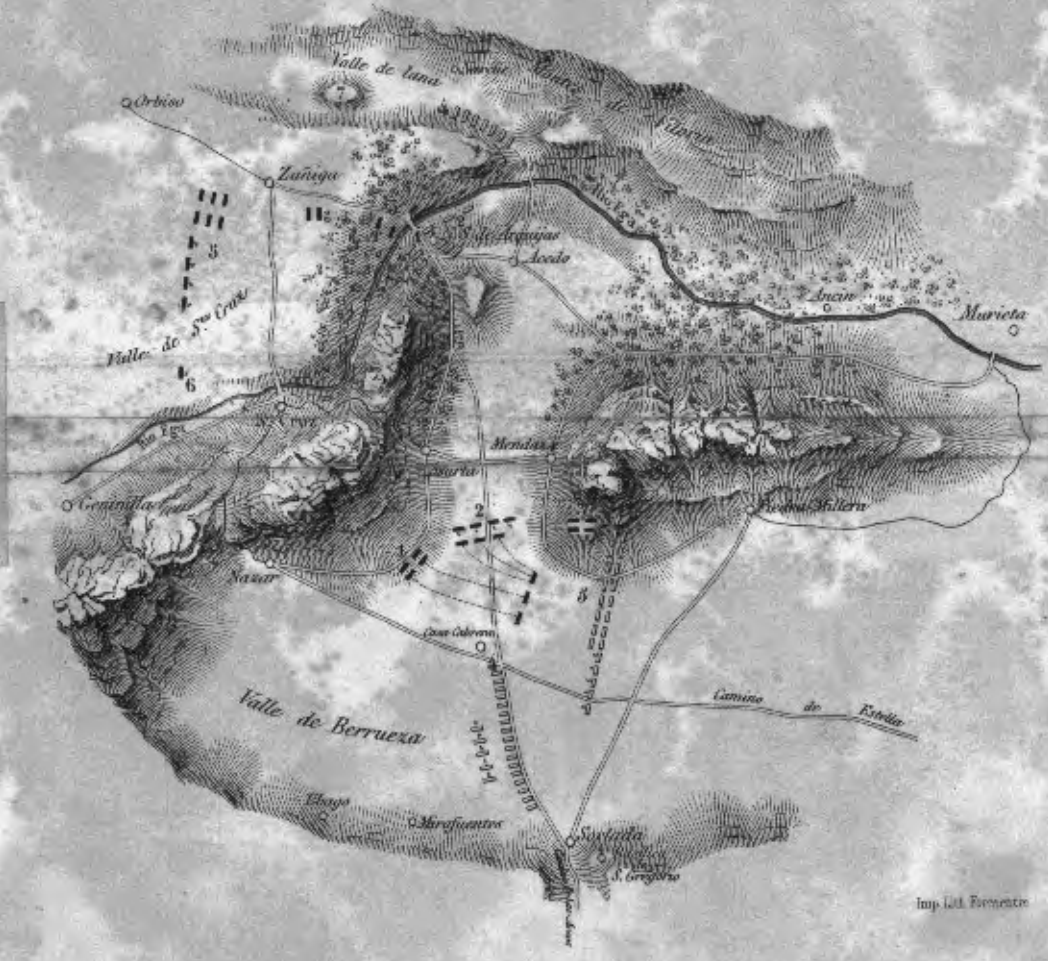
toda la prontitud posible (cosa que no concedemos), podia suceder fácilmente que en el momento de recibir él la noticia fuese ya atacado O-Doyle, y aunque se resolviese en el acto á ponerse en marcha y seguir por la misma huella el alcance de Zumalacárregui, no llegaria al sitio del combate sino diez ó doce horas despues de comenzado. Esto es sin contar el inconveniente de la oscuridad de la noche, que debia cojerle antes de haber andado la mitad de la jornada, y de la casi imposibilidad de llevar una fuerza considerable á la desfilada por espacio de diez leguas de terreno áspero y quebrado, que era indispensable reconocer á cada paso con las guerrillas sin detenerse algunas veces para darles el debido descanso. Nosotros creemos positivamente que Lorenzo no recibió sino con bastante retardo el aviso de la salida de los carlistas de Santa Cruz, ni tuvo nunca las suficientes seguridades para emprender la marcha por el mismo camino que llevó Zumalacárregui; por lo que nos parece que ni O-Doyle ni Lorenzo fueron culpables del suceso fatal que aconteció á la division del primero en la llanada de Alava. La desgracia vino precisamente de la presteza con que acudió O-Doyle al socorro de los suyos, mandados por el gobernador de Salvatierra, resultando de aqui la coincidencia de encontrarle los carlistas en la situacion que mas les convenía. A no haber sucedido asi, pudiera aquel con el apoyo de los edificios resistir ventajosamente á todos los ataques y mantenerse sin ningun peligro hasta la llegada de algunos auxilios que no le podian faltar, especialmente de Vitoria, que como se ha dicho, solo distaba dos horas.

PLAN DE LAS BATALLAS

DE MENDAZA Y DE ARQUIJAS

ocurridas en los

dias 12 y 16 de Diciembre de 1834.



Imp. Lit. Formentin

Batalla de Mendaza.

- *Infanteria Carlista.*
- *Caballeria Carlista.*
- *Infanteria Cristina.*
- *Caballeria Cristina.*
- *Santuarios.*
- *Poblaciones.*
- *Caminos practicables.*
- *Sendas poco practicables.*

1. *Batallones de la derecha Carlista.*
2. *Batallones y escuadrones del centro id.*
3. *Batallones de la izquierda id.*
4. *Primera direccion de los Cristinos.*
5. *Linea de batalla de los Cristinos.*

Batalla de Arquijas.

1. *Puente de Arquijas.*
2. *Division de Cordova atacando el puente.*
3. *Batallones Carlistas que lo defienden.*
4. *Division de Oraá que marcha sobre el flanco.*
5. *Reservas Carlistas.*
6. *Escuadron avanzado en observacion.*
7. *Peña de la Gallina.*

Si despues de lo que acabamos de exponer, hubiese todavia quien culpase á alguno de los generales cristinos, la falta deberia atribuirse á Lorenzo por no haber venido para observar á Zumalacárregui á algun pueblo de los del valle de la Berrueza, en vez de permanecer en los Arcos. No tenemos duda que esta reflexion satisfará mas á los rígidos censores de la conducta de los dos gefes contrarios, que el juicio de los que hablan de las operaciones de la guerra sin conocerla ni tener siquiera la menor idea de la posicion de los gefes y estado moral de los soldados.

Zumalacárregui combinaba los movimientos con las circunstancias que hemos referido, y de este modo podia hacer sin exposicion con sus imprevistas y rápidas marchas las incursiones que se le veían ejecutar, tan pronto pasándose á la orilla izquierda del Ebro, como trepando las crestas del Pirineo; tan pronto invadiendo la llanada de Alava, como apareciendo hácia Lumbier y fronteras de Aragon. Dias hubo que le anocheció á la vista de los centinelas de la casa donde se alojaban Lorenzo ú Oráa, y á la primera luz de la mañana siguiente amenazaba ya á Espartero ó al pastor Jáuregui, siendo asi que estos operaban á considerable distancia y aun en distintas provincias. Para concebir mejor la celeridad y sutileza con que ejecutaba estas maniobras, basta tender un mirada por el pais que servia de teatro á la guerra, cortado en diferentes direcciones por las líneas de puntos fortificados, y recorrido el resto incesantemente por las fuerzas considerables de que disponian los generales cristinos.

Todavía el 29 de octubre, dia siguiente á los de las acciones de la llanada de Alava, no se habian presentado Lorenzo ni Orán, pues aunque habian salido ya de los Arcos, siguieron el mismo camino que se habia creido, dando un larguísimo rodeo á fin de salvar el pais montuoso. Zumalacárregui que con algunos batallones alaveses y guipuzcoanos que habian acudido á reforzarle, contaba hasta el número de once, los reunió en un campo vecino á Salvatierra y les pasó revista. El 30 les hizo tomar varias direcciones: medida imperiosa adoptada con frecuencia para que pudiesen subsistir; pues no teniendo repuestos ni almacenes fijos de víveres, habia grandes dificultades en reunir sobre un mismo punto los necesarios para proveer á una fuerza algo numerosa; además de que era tambien demasiado trabajo para los pueblos de donde se extraian las raciones el conducirlas hasta el lugar que ocupaban las tropas.

Verificada ya la distribucion de la fuerza por batallones, el general carlista llevando únicamente en su compañía á don Bruno Villareal, al ayudante general don Juan Antonio Zaratiegui y á su auditor don Jorge Lázaro, pasó á Oñate donde se hallaba entonces don Cárlos que los acogió con muestras de la mayor distincion. Puede asegurarse que aquel dia fué el mas satisfactorio que tuvo Zumalacárregui. En esta ocasion el Príncipe le puso con su propia mano la gran cruz y banda de la real militar órden de san Fernando. A la mañana siguiente aprovechándose de la inmediacion á su pueblo, hizo una visita á sus hermanos, porque es sabido que en esta vida no hay placer cumplido si no se comunica con aquellas per-

sonas á quienes estamos unidos por los vínculos de la sangre ó de la amistad. Bien hubiera querido pasar estos ratos de satisfaccion pura en compañía de su esposa é hijas, pero no era posible á causa de hallarse en Francia, y asi hubo de contentarse con reunir en torno suyo á sus hermanos y amigos mas íntimos.

Pero aun estos lijeros desahogos tenian que ser muy breves, porque el vivísimo deseo que animaba al general carlista de verse entre sus soldados y hacer adelantar las cosas de la guerra, no le permitia estar mucho tiempo á gusto como no fuese en medio de sus compañeros de armas. Asi fué que el 1.° de Noviembre partia ya á juntarse con sus batallones, mientras Lorenzo y Oráa llegaban al lugar de los últimos combates, donde lejos de hallar á Zumalacárregui á quien buscaban, encontraron los vestigios de su triunfo sobre unas tropas á quien ellos irian tal vez á proteger. Con estos paseos fatigaban y aburrian á sus soldados sin fruto alguno, al paso que los carlistas emprendian sus acciones, las llevaban á feliz término y descansaban á su placer.

No podia sin embargo ser muy largo este descanso, pues tanto el General como el soldado se avenian mal con estar dos dias consecutivos en la inaccion. El 4 de Noviembre marchaban en fuerza de siete batallones y cinco escuadrones sobre Sesma, villa situada en el centro de una espaciosa llanura, sobre una baja colina, en la cual se alojaba á la sazon el grueso de la caballería cristina, mandada por el general don Narciso Lopez. Tenia ademas este nuevo gefe bajo su mando cuatro batallones de infantería

con varias piezas de artillería rodada, que colocadas ventajosamente le sirvieron para hacer respetar su posicion. Mas cuerdo y afortunado Lopez que Carondelet, en vez de abandonar á Sesma como este último á Viana y O-Doyle á Alegría, al abrigo de los edificios se preparó á la defensa. La seguridad de recibir presto un poderoso auxilio y la memoria de los sucesos pasados le movieron á permanecer allí y tomar oportunamente las precauciones necesarias. Al principio hizo salir la caballería fuera del pueblo y la formó bajo la proteccion de los fuegos de las otras armas; pero acometida por los ginetes carlistas y acosada por las guerrillas de infantería que á cubierto de las cercas de las heredades se les iban acercando mas y mas á cada instante, tuvo que disponer se refugiase en la villa despues de haber sufrido alguna pérdida (1).

La posicion de Sesma es ventajosa; pero aunque no lo fuese, faltando á los carlistas la artillería para arrojar de los edificios á sus adversarios, debian estos pelear con toda confianza; con la confianza que además inspira el saber que pronto se va á recibir un socorro considerable. Penetrados de esto los carlistas y profundamente convencidos de que la circunstancia de no darse cuartel haria que sus enemigos se defendiesen hasta la desesperacion, se abstuvieron de empeñarse con ardor en el combate: determinacion muy prudente y acertada como toda la que

(1) Entonces sucedió la desgraciada aventura que cuenta el capitan Henningsen al número XI de sus memorias, respecto al oficial vendeano llamado Aubert, el que no pudiendo detener su caballo, fué conducido por este á manos de los cristinos.

aconseja el buen sentido cuando hay un convencimiento de que los obstáculos que á la vista se presentan son invencibles, ó que siendo superables, lo son á costa de esfuerzos heróicos, de los que solo puede resultar una gloria pasajera y muy cara para el que la alcanza, al paso que brillante y satisfactoria para el que rechaza á los acometedores.

Conociendo esto los carlistas, al llegar la noche que ya estaba muy próxima, levantaron el campo y se replegaron á los mismos pueblos del valle de la Solana de donde habian salido en la madrugada. Mucho sufrieron los cristinos, pero lo tuvieron á gran ventura al saber que sus contrarios se volvian á las montañas, suceso que contaban siempre como una victoria.

Por este tiempo, animado el cuartel de don Cárlos con el triunfo alcanzado en los campos de Alegría, se acercó á los parajes que ocupaba el cuartel general del ejército; y como entonces estaba en su mayor altura el prestigio de la caballería carlista, Zumalacárregui condescendiendo con las exigencias de algunos, invadió los pueblos de la Ribera de Navarra; pues aunque se habia hecho esto mismo pocos dias antes llegando hasta la villa de Peralta, se queria ahora que el Príncipe fuese á la cabeza de sus tropas á fin de satisfacer de este modo los vehementes deseos que tenian de verle los habitantes de aquel hermoso pais. El entusiasmo que produjo su presencia en esta ocasion llegó á un extremo que excede á todo encarecimiento; tanto, que si describiésemos ahora algunas de las cosas tal como entonces pasaron, se tendrian quizá por increibles, y á nosotros se nos calificaria sin duda de embaucadores.

En esta ocasion Zumalacárregui, habiendo llegado á sus manos un parte oficial en que el alcalde y escribano de la villa de Miranda de Arga avisaban al comandante de Tafalla la reciente entrada de los carlistas con expresion de su fuerza y otras particularidades, mandó ejercer en los dos un acto de severa justicia.

El general que llevaba la vanguardia en esta expedicion, vadeó el rio Aragon y ocupó á Villafranca á donde llegaron despues las demás tropas con el cuartel de don Cárlos. El pueblo en masa, trasportado de su entusiasmo, salió largo trecho al encuentro, por tener mas pronto la satisfaccion de ver al que miraba como á su rey, mientras unos pocos alucinados, pertenecientes á la milicia urbana, sorprendidos como sucedió en otras partes, con la repentina aparicion de los carlistas, no teniendo lugar seguro donde refugiarse, ni tiempo para huir, se habian encerrado en la torre de la iglesia principal. Este edificio tenia todos los medios de defensa contra la fusilería, y atendida su solidez podia resistir muchos dias á la artillería del mayor calibre. Sobrecogidos tal vez con el inesperado suceso de verse cercados, se mantuvieron al principio los de la torre, como gentes aturdidas, sin ofender á los carlistas que al descubierto de sus fuegos circulaban por la villa; mas vueltos de su estupor, avergonzados de la inaccion, ó tomando quizá lo que era indiferencia y desprecio por imposibilidad de forzarlos á rendirse, comenzaron despues desde lo alto á hacer fuego; hecho que indignó á todos, particularmente al vecindario, el cual pedia á grandes gritos por las calles, que se hiciese un ejemplar castigo con

los urbanos, apellidándolos hijos espúrios del pais y enemigos del descendiente de cien reyes á quien todos sus paisanos aclamaban por monarca.

Forzadas ya las puertas de la iglesia al impulso de una pieza de artillería de montaña, quedaba una larga y estrecha escalera que algunos de los realistas mas osados se ofrecieron á trepar, sin embargo de parecer su muerte inevitable antes de lograr el objeto que se proponian. Por esta consideracion se apeló á otros medios que si bien duros, podian conducir mejor al fin á que aspiraban. Juntaron inmediatamente una porcion de combustibles bañados en aguarrás y otros ingredientes con gran cantidad de pimenton, y despues de introducirlo todo en el hueco de la torre, se le pegó fuego. Poco tiempo tardó en verse salir el humo por encima del campanario y algunas de las ventanas mas bajas. En esto varias mujeres que imprudentemente y sin reflexionar las consecuencias á que se exponian, se habian encerrado tambien con los urbanos, hallándose á punto de ser envueltas en las llamas, empezaron á dar voces y gritos pidiendo á toda prisa *socorro á* aquellos mismos contra quienes no hacía mucho lanzaban los mayores denuestos. Sin embargo, olvidando los realistas todos estos insultos, trajeron inmediatamente cuantas escalas encontraron á mano, aplicándolas incontinenti á la parte exterior de la torre para salvar de la voracidad de las llamas á aquellas infelices mujeres que imploraban su amparo.

Con negra ingratitud correspondian los urbanos al beneficio que se dispensaba á estas desgraciadas, pues en el acto de estárselas recogiendo, hacian fuego á

cuantos alcanzaba su vista, de cuyas resultas salió herido don José Diaz natural de Lerín en el momento de subir al tejado por una de las escaleras. Irritado de semejante conducta Zumalacárregui no pudo contener su ira cuando colocado al pie de la escalera vió bajar á siete ú ocho de las allí encerradas, á quienes sin consideracion á lo mucho que acababan de sufrir y sin atender á los atractivos propios de la edad de unas y á las dotes físicas de otras, las trató con ruda aspereza.

Venía entre ellas la llamada Claudia, esposa del gefe de los urbanos, la cual á la pálida luz de las antorchas que la circundaban y de las llamas que arrojaba el edificio, ofrecia una copia animada de aquel retrato que nos presentan los pintores de la romana Lucrecia; pues á su buena figura añadia la circunstancia de traer al descubierto un pecho, en el que se notaba una herida que enrojecia de sangre su blanco seno. Este espectáculo verdaderamente interesante y sensible á todos, lo fué en superior grado para algunos, segun lo inferimos de la manera con que lo cuenta una memoria que hemos visto escrita en francés. ¿Y cuántos de nuestros lectores con solo leer esta romántica anécdota, no se sentirán animados de los mismos sentimientos que abriga el autor de aquella? Pero tambien puede asegurarse que si bien esto es propio de toda alma noble y generosa, puesto cualquiera en el caso de Zumalacárregui, le hubiera sido preciso ocultarlos, sopena de descender del alto lugar á que le elevara antes que otra cosa la constante inflexibilidad de su carácter.

Todas las mujeres que descendian de la torre no

eran bien quistas de la gente del pueblo que presenciaba el acto; de aquella gente que proveía de brazos al ejército carlista. La menor muestra de benignidad que hubiese dado Zumalacárregui hácia las prisioneras, habria excitado el encono popular, señaladamente del sexo débil de la poblacion. Y ¡quién sabe cuáles hubieran sido entonces las consecuencias! Por otra parte, digámoslo de una vez ¿á quién debia contentar antes el general carlista, á sus soldados y adictos representados en las esposas, hijos, madres, hermanas, parientes y amigos, pues todos estos se hallaban entre aquella muchedumbre de Villafranca, ó á los urbanos todavía rebeldes que los hostilizaban encerrados en el fuerte? Además, dos ó tres latigazos que Zumalacárregui dió en un instante de mal humor á las primeras mujeres que bajaron de la torre, ¿serán bastante prueba para juzgarle de todo punto insensible? Podrá este acto entrar en cotejo con tanta sangre derramada á título de desahogo popular en Madrid, Zaragoza, Barcelona, Valencia y otros muchos pueblos? ¿Ni qué consideracion merecian tampoco la mayor parte de aquellas cuando se habian encerrado sin causa razonable que las impeliese á ello, puesto que las mas no tenian entre los urbanos marido, padre, hermano ni otra clase de parientes? Ciertamente que dejando á un lado lo que se debe á la humanidad, ni siquiera merecian la sangre que derramó el oficial Diaz por libertarlas, cuanto mas el inminente peligro que corrieron otros muchos realistas que con laudable solicitud se apresuraron á socorrerlas. Mientras tanto era ya pasada la media noche y el fuego

tomaba un incremento horrible. Viéndose aquellos desaconsejados cívicos en tan amarga situacion, estando á punto de ser devorados por las llamas, despues de tantas bravatas, se rindieron á discrecion á sus enemigos.

El cuartel de don Cárlos con todas las tropas que le acompañaban, permaneció en Villafranca todo el dia inmediato. Durante este llegó á la presencia de Zumalacárregui un paisano cubierto de sudor con las muestras de la mayor urgencia y puso en sus manos un pliego cerrado. El general creyó desde luego que sería algun aviso de importancia acerca de los movimientos de las fuerzas enemigas, y poniéndose á leer el sobrescrito vió que decia: *Al capitan de ladrones Zumalacárregui.* Volviendo entonces la vista al conductor, á pesar de su ardiente temperamento, no pudo menos de sonreirse viéndole con el sombrero en la mano y todo el ademan de aquel que espera la remuneracion de un importante servicio. Esta sencillez persuadió á Zumalacárregui que el pobre paisano estaba inocente, y que en el presente caso habia obrado con la mayor ignorancia, ignorancia en que le quiso dejar, echándole un duro en el sombrero.—¿Y la respuesta? dijo el paisano al recibirlo.—Yo se la llevaré, replicó el general, tan pronto como me sea posible (1).

Zumalacárregui al salir de Villafranca se dirigió á Caparroso, desde donde subió por la orilla izquier-

(1) El pliego habia sido escrito por un hombre, quizá el menos digno de las altas funciones del sacerdocio, que se habia erigido por sí mismo en capitan ó comandante de los milicianos del pequeño lugar de Cadreita, situado cerca del Ebro y á muy corta distancia de Villafranca.

da del rio Aragon, llegando aquella misma tarde á Carcastillo. El cuartel de don Cárlos se alojó esta noche en el vecino y vasto monasterio de monjes bernardos de la Oliva. Los batallones que habian acampado en dos distintos lugares, se reunieron al amanecer y continuaron la marcha con mayor precaucion que la de costumbre á causa de la naturaleza del terreno que debian atravesar. Hácia las dos de la tarde entró el Príncipe á la cabeza de sus tropas en la ciudad de Sangüesa, donde descansó un dia trasladándose despues á Lumbier.

En el tiempo que emplearon los carlistas en esta expedicion tuvieron lugar los cristinos de reunir fuerzas imponentes para rechazar á sus adversarios. Con ellas avanzaban á largo paso hácia el flanco izquierdo de sus enemigos, intentando al parecer cortarlos antes que volviesen á entrar en el pais de su habitual permanencia. Zumalacárregui conociendo los proyectos de sus enemigos marchó rápidamente sobre Aoiz, desde donde voló á asegurar el paso tomando posesion del puente de Zubiri, haciendo ilusorios de este modo todos los esfuerzos de los cristinos. La retaguardia carlista corrió bastante riesgo el último dia á causa de haberse retardado el cuartel de don Cárlos en salir de Aoiz; motivo por el cual Zumalacárregui reconvino pública y ásperamente en el mismo puente de Zubiri á las personas que entonces tenian á su cuidado la direccion de sus movimientos.

El coronel don Juan Angel Mancho, cuyo celo y laboriosidad se hicieron tanto notar por este tiempo en el distrito de Navascues, viéndose vivamente perseguido por la division del general Linares, se re-

solvió á disputarle el paso de la renombrada *foz de Aspurz*; pero apenas acababa de colocar convenientemente sus trescientos compatriotas que componian el batallon que mandaba, cuando se presentó el enemigo y uno de los primeros tiros puso fin á los dias de este segundo Leonidas, que con no menor resolucion que el primero intentaba oponerse á la entrada de los cristinos en su pais. La prematura muerte de Mancho privó á don Cárlos de uno de sus mas útiles defensores; al valle de Salazar, del mas virtuoso y desinteresado de sus vecinos, y á Zumalacárregui, de un buen amigo y cooperador: pues si bien es verdad que Mancho era como un vástago tierno en las filas carlistas, su actividad y genio unidos á un espíritu ansioso de gloria, daban bastante á conocer lo que podria esperarse de él algun dia.

La fama que iba extendiendo por todas partes la noticia de la llegada del Príncipe á Navarra y los triunfos que alcanzaban sus armas bajo la conducta de Zumalacárregui, comenzó á traer á las banderas carlistas muchos de aquellos oficiales que la arbitrariedad del Gobierno habia expulsado los dos años anteriores de las filas del ejército por sospechosos de adhesion á los principios políticos que allí se estaban defendiendo. El ardor belicoso de esta juventud se hacía tanto mas notable, cuanto para presentarse en Navarra algunos de ellos habian andado errantes largo tiempo por el vasto espacio del Océano, habiendo sufrido no pocos, prisiones y malos tratamientos en el extranjero.

Las tropas que mandaba Zumalacárregui poseian todas las virtudes que son necesarias para una per-

fecta milicia. Su disciplina era superior á la de los mas bien organizados ejércitos de Europa; pero conforme se iba aumentando la fuerza numérica, se advertia la necesidad de algunos oficiales facultativos en las armas auxiliares, á fin de comenzar á formar estas. Zumalacárregui no tenia todavía ninguno en su ejército cuando se presentó don Vicente Reina. Este jóven oficial, discípulo de la escuela de artillería española, además de haber adquirido la vasta instruccion que corresponde á esta arma, era uno de aquellos genios que no hallan sosiego sino estando ocupados en poner en práctica las teorías que han aprendido. La pasion dominante de Reina era la observacion, pero aquel género de observacion que se vé en aquellos pocos que no descansan hasta lograr completamente lo que se proponen.

A la presentacion de este oficial, el ejército carlista no tenia mas que tres piezas de montaña, que por su ligereza y corto calibre se conducian á lomo. Dos de estas habian pertenecido á la division de O-Doyle, y la tercera se encontró al tomar la real fábrica de Orbayceta. El resto consistía en cierta cantidad de balas y proyectiles, pertenecientes á la misma fábrica que existian al tiempo de su capitulacion, cuyos efectos ninguno de los dos partidos quiso ocupar por entonces, si bien mas tarde Zumalacárregui los hizo conducir con todo secreto á diferentes puntos, ocultándolos en lo mas intrincado de los montes vecinos con el fin de sustraerlos á las pesquisas cristinas. Solo cuando la operacion estaba ya concluida, conocieron los generales enemigos el descuido que habian padecido en no

haberlos hecho trasportar antes á Pamplona ú otro sitio seguro; cosa que fácilmente pudieron hacer en los siete ú ocho meses precedentes, en que estuvieron á voluntad de quien los quisiese tomar. La principal causa de esta indiferencia provenía de que los consideraban enteramente inútiles en unas manos que carecian de todo medio para poderse servir de ellos. El presente ejemplo y otros varios que se vieron en la última lucha, debe convencer á todos, de que ninguna precaucion por nimia, y si se quiere por absurda que parezca atendida la debilidad del enemigo, está nunca de mas en tiempos de guerra.

Hizo Reina un reconocimiento de estos depósitos, y resultó que habia una existencia de 950 granadas de á siete pulgadas, 315 bombas de á catorce, 124 balas de cañon de á doce y 11,000 de á diez y ocho; quedando todavía en la fábrica la mayor parte de estas últimas á causa de la dificultad de su trasporte y de su crecido número. Penetrado Zumalacárregui de la imposibilidad de que se sostuviesen algunos de los fuertes guarnecidos por los cristinos si los carlistas llegaban á proporcionarse el medio de poder arrojar aquellos proyectiles, dijo á Reina que viese de qué manera podrian fundirse dos obuses. Entonces este celoso y entendido oficial, auxiliado de otro navarro llamado don Martin José Balda, profesor de química, hizo á todos los pueblos de la comarca un pedido de cuantos efectos pudieran hallarse de cobre, como braseros, cazos, calentadores, almireces, chocolateras, etc. Con indecible trabajo pudieron juntar una reducida cantidad de material, y en vista de no ser posible reunir lo que necesitaban,

deshicieron lo que habian adquirido y con ello fundieron tres cañones de montaña.

Instalóse el nuevo establecimiento en una ferrería situada en uno de los bosques inmediatos al pueblo de Labayen, y como á la falta de herramientas y demás útiles se juntase la poca experiencia en el arte, solo á fuerza de ensayos y de constancia consiguió sacar una obra, que si bien á la vista parecia informe, se creyó podria servir para el objeto que se proponia.

Lo que acabamos de decir bastará para conocer cuál fué el orígen de la artillería carlista, y cuán inmensa la diferencia que existía entre los elementos materiales de ambos ejércitos, estando los cristinos apoderados de todas las plazas y castillos del reino, y contando solo en Pamplona con numerosas piezas de artillería de todos calibres, tantas que á poseer sus contrarios la mas despreciable de las que allí habia desechadas, hubiera sido suficiente para turbar el sueño de la mayor parte de los gobernadores de sus fuertes y guarniciones.

Asi que los carlistas se vieron poseedores de una cosa capaz de arrojar las granadas, pensaron en buscar el medio de tirar las balas. Sabiendo Zumalacárregui que en Vizcaya existía un cañon de hierro descubierto hacía poco en una playa arenosa á las orillas del mar, mandó reconocerlo, y resultando ser del calibre de á doce, dió la órden para que sin demora fuese conducido á Navarra. Para este efecto se construyó un carro que aunque muy rústico, era cual podia desearse para el intento. Montado el cañon fué arrastrado mas bien que rodado por seis pa-

rejas de bueyes, y á fuerza de superar montañas y de cruzar barrancos, se consiguió llevarlo hasta la sierra Urbasa, en cuyas espesuras se le dió por el pronto secreta sepultura.

La operacion de conducir esta mole desde las orillas del mar cantábrico hasta el lugar adonde se la condujo, estando todos los caminos carretiles tomados por las guarniciones cristinas, y recorriendo desde el uno al otro extremo sus columnas, siempre superiores en número á los carlistas, es una cosa pasmosa que no podrán dejar de admirar con asombro aquellos militares desapasionados que conozcan un poco la topografía del pais; teniendo á sus ojos no menos mérito que otras conducciones de igual naturaleza que tanto se celebran en los tiempos modernos.

El soldado siempre ingenioso en acomodar nombres á las cosas, así que vió el monstruoso cañon todo lleno de orin y moho, le dió el nombre de *Abuelo*. Cundió por todo el pais la noticia de la nueva adquisicion de los carlistas, y la misma dificultad del trasporte le daba mayor importancia para la plebe, siempre dispuesta á juzgar mas por la apariencia que por la realidad. Hasta los gobernadores cristinos comenzaron á temer á este nuevo enemigo, y como si les estuviera ya asestando, principiaron á inquietarse y á echar cálculos sobre la resistencia de los muros de sus fuertes y paredes de su aposento.

CAPITULO VII.

El Gobierno nombra al general Mina sucesor de Rodil.—Su llegada á Navarra.—Grande confianza de ambos partidos en sus respectivos caudillos.—Principios del mando de Mina.—Córdoba, su carácter y circunstancias.—Rivalidades en el campo cristino.—Disposiciones que precedieron á la batalla de Mendaza.—Narracion de lo ocurrido en esta.—Por qué la dió Zumalacárregui.—Accion de Arquijas.—Retirada de los cristinos.—Desavenencias que sobrevienen entre Orán y Córdoba.—Providencias que adopta Mina para cortar á los carlistas sus comunicaciones con Francia.—Marcha de Zumalacárregui á Guipúzcoa y su objeto.—Combates de Ormaiztegui.—Retirada de los cristinos.—Audacia del comandante Cordon.—Carácter y hechos de don Manuel Lucas.—Formacion de tres nuevos batallones carlistas.—Vuelve á tomar Lorenzo el mando de su division.—Accion de Orbiso.—Segundo combate de Arquijas.—Retirada de los cristinos.—El cuartel de don Cárlos se establece en Zúñiga.—Ocaña es batido por Sagastibelza y se encierra en Ciga.—Zumalacárregui va al Baztan.—Los cristinos vienen al socorro de Ocaña.—Zumalacárregui ataca la guarnicion de los Arcos.—Estratagema que emplea para tomar el fuerte.—Conducta de los carlistas con los enfermos y heridos cristinos que se encuentran en el fuerte.—Crueldades de Mina.—Excelente estado de las tropas vizcainas.—Operaciones del general Eraso.—Incendio de Luyando por el general Espartero.—Guerra del Baztan.—Accion entre Mendigorría y Larraga.—Marchas de Zumalacárregui y de Orán.—Accion empeñada en Elzaburu.—Combate de Donamaría.—Derrota de Mina.—Ataque del fuerte de Echarri-Aranaz.—Su rendicion.—Ataque del fuerte de Olazagoitia.—Vienen los cristinos al socorro y retiran la guarnicion.—Atrocidades de Mina en el Baztan.—Incendio de Lecaroz.—Charandaja.—Creacion del escuadron de oficiales de la Legitimidad.

HABIA visto el gobierno de Madrid las considerables pérdidas sufridas por el ejército durante los cuatro meses del mando de Rodil, y no pudiendo permanecer indiferente á tanta baja, resolvió separarle sin dilacion, reemplazándole con otro que compitiese con Zumalacárregui. Pero la circunstancia de haberse valido ya para el cargo de general en gefe, de sus primeros militares sin ningun éxito favorable, hizo sen-

tir á los ministros cristinos la necesidad de que su eleccion recayese en un hombre dotado de cualidades extraordinarias. Grande fué el embarazo en que se vieron para elegirle, mas al fijar su atencion en un ilustre proscripto, cesaron completamente sus dudas, y aun llegaron á lisonjearse de haber asegurado la victoria con tan acertada eleccion. El hombre que les infundia semejante confianza, era el célebre don Francisco Espoz y Mina.

Este general, cuya historia militar es bastante conocida, tenia hacía mas de tres años su residencia en Cambó, pequeña aldea de Francia, poco distante de España. Desde este retiro, al mismo tiempo que atendia al restablecimiento de su salud ya muy deteriorada, observaba la reñida y sangrienta lucha que pasaba casi á su vista, mostrándose siempre al parecer tan satisfecho de los triunfos de los carlistas como poco sensible á las derrotas de los cristinos, hasta el momento en que fué llamado para confiársele el mando en gefe.

Preciso es decir aqui, que aunque la conducta del general don Francisco Espoz y Mina habia dejado desde el año de 1814 señales bastante marcadas de sus verdaderas tendencias políticas, hubo sin embargo momentos en que creimos que su ambicion le tentaba fuertemente á tomar parte por el bando carlista. En la guerra empezada en Navarra el año de 1833, solo se habia proclamado el derecho de sucesion, sin tener en cuenta el sistema que habia de regir en España. Pues ¿por qué razon no habia de presumirse que Mina, excluido de la amnistía acordada por S. M. la reina Viuda, podia fluctuar entre

la indiferencia y el resentimiento antes de declararse por uno ú otro derecho? Verdad es que el antiguo partido constitucional, al que pertenecia Mina, formaba la mayoría del de doña Isabel; pero aun esto estaba compensado con el particular influjo que ejercian en el Gobierno Llauder y Quesada (1), refractarios del gran partido realista. Estos generales creyeron sin duda poder justificar su apostasía y quedar en buen lugar con los liberales, haciendo algunas excepciones de personas y contando entre estas el primero á Mina.

En prueba de la fluctuacion de este en órden á su rumbo político, citaremos á nuestros lectores un caso que por sí dice bastante. Juan Bautista Lamarque, natural de uno de los pueblos situados en los Pirineos franceses, habiéndose casado con una española de Orbayceta, fijó su residencia en este lugar poco tiempo antes de comenzar la guerra. Acusado durante ella de mantener relaciones íntimas con los cristinos, fué arrestado y despues conducido á la presencia de Zumalacárregui. Grande admirador este de cuantos se le citaban como notables en cualquier concepto, asi que vió delante de sí á Lamarque, sugeto de unos cuarenta y ocho años y de estatura sumamente diminuta, se puso á examinar con la mayor detencion su fisonomía, acordándose quizá de

(1) Cuando Mina hizo su tentativa revolucionaria en el año de 1830 sobre la frontera de Navarra, Llauder mandaba las tropas que le atacaron y repelieron del territorio español. Quesada, pocos dias antes de dejar el mando del ejército cristino, decia con el tono mas irónico á sus amigos los generales Moscoso y Montes, personajes muy influyentes en el gobierno de Madrid. "Si se resuelven vds. á mandar al pastor Jáuregui á Guipúzcoa, no se olviden de mandar tambien á Mina aqui (á Navarra); asi la cosa estará completa.

que aquel mismo hombre era quien en medio de la cruda guerra que la España hacía á Napoleon, habia tenido el arrojo de penetrar, solo, en el corazon de su imperio, arrancar de las manos de su vigilante policía la familia del general Espoz y Mina que estaba cautiva, y conducirla sana y salva á su pais. El recuerdo de un ejemplo de tan esforzada resolucion inspiró al parecer en este momento á Zumalacárregui la idea de valerse de este individuo en beneficio de los intereses de la causa carlista.

Como todo el delito de Lamarque consistia segun su confesion, en las visitas que algunas veces hacía á Mina en su retiro de Cambó, el general carlista en vez de emplear con el preso la severidad de juez, le acogió con la mayor afabilidad. Viéndose Lamarque tratado de este modo cuando mas temía un rigoroso castigo, no acertaba á demostrar su reconocimiento. Zumalacárregui, que desde el primer instante que se lo presentaron le habia dejado en plena libertad, á la segunda entrevista ya le propuso si queria encargarse de introducir pólvora y algunos otros efectos de Francia. Aceptó Lamarque la comision, y su puntual desempeño aseguró al general carlista que le servía de buena fé. Aumentándose con esto la confianza que en él habia puesto Zumalacárregui, quiso sondear por su medio las intenciones de Mina, y cuáles eran sus sentimientos respecto á la causa carlista. La vecindad de Orbayceta á Cambó, y la comision que Lamarque estaba desempeñando, le proporcionaban el poder verle con frecuencia. Las expresiones de urbanidad y atencion se cruzaron de una á otra parte. Espoz todavía proscripto, no dejó de mezclar

algunas interrogaciones que se podian interpretar por otros tantos avances. Si esto no pasó mas adelante, se debe atribuir á las esperanzas que al mismo tiempo le daban sus amigos los revolucionarios ó progresistas de España, quienes le aseguraban á cada instante que el partido cristino le buscaria como el único hombre capaz de sostener su causa (1).

Apenas se publicó el nombramiento de Espoz y Mina, entregó Rodil el mando á su segundo y se retiró del campo. Los que mejor le conocen han asegurado que al llegar este caso, debió de sufrir mucho su natural amor propio, excediendo su sentimiento al de sus predecesores. La causa era sin embargo sobrado justa, pues con un aumento tan considerable de fuerzas y todos los demás elementos necesarios, lejos de hacer cosa alguna útil en beneficio de la causa que defendía, el ejército que estaba á sus órdenes habia sufrido males que no alcanzaron á Valdés ni Quesada. Acostumbrado Rodil á hacer la guerra á los insurgentes de América, trató con igual rigor al pueblo vasco-navarro, ya fuese por la costumbre contraida, ya porque hubiese creido que este era el medio mejor de obligarlos á la sumision. Si citamos

(1) Despues del nombramiento y traslacion de Mina á Pamplona, Lamarque continuaba todavia prestando algun servicio á la causa realista. Sin embargo no tardó mucho en ser acusado nuevamente de infidencia, á causa de que entraba en Pamplona. Zumalacárregui no queria dar crédito á tales acusaciones, en razon de que Lamarque seguia por otra parte sirviéndole con celo: mas un hecho que ocurrió entonces, dió la razon á sus acusadores. Una partida compuesta de algunos inválidos carlistas, se hallaba situada estos dias en la fábrica de Orbayceta cerca de la casa y familia de Lamarque. Atacados los inválidos de improviso por una banda que al parecer vino de la parte de Francia, los antiguos veteranos tomaron sus armas, la acometieron y obligaron á huir. Dos cadáveres se encontraron despues en el campo de batalla: uno de ellos era el de Lamarque.

como la cualidad mas esencial de Rodil la actividad, debemos tambien decir que en la época de que tratamos, le fue en muchos casos nociva, pues como ya se ha visto, de tantos movimientos solo reportaron sus tropas inmensas fatigas. El número considerable de bajas que tuvo el ejército cristino durante su mando, se aumentó con las de los acometidos del cólera-morbo, que por este tiempo afligió á Navarra, aunque sus efectos fueron realmente mucho mas terribles para el paisano que para el soldado. De notar es tambien que luego que Rodil se persuadió de que su reputacion iba á menguar en esta guerra, dejó enteramente á sus subalternos el cuidado de la disciplina; de manera que en los últimos dias de su encargo de general en gefe ya se dudaba si el ejército cristino dependia de una sola cabeza, y mucho mas si esta era la que en otros empleos de importancia se habia conducido con el mayor celo y exactitud recomendable.

Cuando Mina recibió en Cambó la noticia oficial de su nombramiento de general en gefe, era muy triste el estado de su salud, tanto que se puede decir que apenas salia de la cama. Sin embargo, fueron tan eficaces las instancias y ruegos de sus amigos, y tan abundante el incienso de sus aduladores, que al fin le decidieron á trasladarse á Pamplona. Al saber los constitucionales que habia entrado en esta capital, llenos de una ciega confianza en su caudillo, empezaron á tributar los mayores elogios al gobierno que le habia llamado, felicitándole cual si la guerra estuviese ya terminada.

Como los mismos lugares y montañas que ahora

servian de alcázar al carlismo, fueron en otro tiempo la cuna y el principal teatro de las pasadas proezas de Mina, sus ardientes partidarios se aferraron en la idea de que solo la presencia de este viejo guerrero bastaria para destruir el grande prestigio que á la sazon gozaba Zumalacárregui. Un periódico de Zaragoza se esforzó por aquellos dias en demostrar la solidez de esta opinion en un artículo bajo el epígrafe del hombre de la *montaña*, y del hombre de la *patria*. Con este último título ornaba á Mina, mientras designaba con el primero á Zumalacárregui. Despues del exámen de las virtudes y sobresalientes cualidades que á su apasionada imaginacion se le antojó atribuir á uno de los dos caudillos, el periodista aragonés hizo caer la balanza á la parte del que se complacia en llamar el hombre de la *patria*. Grande era, á la verdad, el empeño con que toda la prensa constitucional procuraba inculcar en el público las fundadas esperanzas del pronto término de la guerra.

Los carlistas al saber la próxima llegada de Mina y el himno de triunfo que por este suceso comenzaban á entonar sus adversarios, salieron por la honra de su general, correspondiendo á arrogancia con arrogancia; y sus argumentos no menos ciegos y apasionados que los de sus antagonistas, indicaban bien que existia en ellos por lo menos un fondo igual de confianza. La venida pues de Mina á Navarra y esta lucha de reputacion á reputacion, excitó un interés tan general entre los partidos, que en algun modo se podia comparar al combate de Aquiles y Hector entre Griegos y Troyanos.

Mas el Mina de ahora no era para los habitantes de Navarra el Mina que los habia acaudillado veintidos años antes; pues desde el momento que por medio de una rebelion trató de apoderarse de la ciudadela de Pamplona en 1814, atentado que no se consumó por la lealtad de las tropas, todos los títulos gloriosos que unian á este general con su pais habian desaparecido para siempre. Vióse confirmado esto bien claramente cuando los sucesos políticos de 1820 le trajeron nuevamente á España y lo elevaron al primer cargo militar de Navarra. La fria acogida que entonces le hizo el pueblo, no fue sino el preludio de las graves desavenencias que estallaron al año siguiente, de resultas de las cuales se vió precisado el gobierno constitucional á separarle del mando. Si despues de esta época, algun hombre imparcial conservó á Mina algun afecto, fue movido del aprecio que hacian de su mérito anterior; pero su descabellada tentativa del año de 1830 acabó de convencer á todos que no habia en este general ni la prudencia ni el patriotismo que le suponian. A estas disposiciones tan poco ventajosas que prevalecian en el espíritu público del pais que Mina venía á subyugar, se juntaban inconvenientes de otra especie. Las opiniones políticas de los habitantes vasco-navarros estaban demasiado pronunciadas para que prestigio alguno las pudiese hacer cambiar; y aunque se prescindiese de una ú otra consideracion y solo se atendiese á las facultades físicas é intelectuales, no podia tampoco Mina rivalizar en modo alguno con Zumalacárregui. Su salud quebrantada y su mucha edad no le permitian asistir personalmente á la guerra co-

mo el general carlista; y Mina no era tampoco una de aquellas inteligencias superiores que dirigen las operaciones militares desde un gabinete.

De todas las cualidades que distinguieron á Espoz en otro tiempo, la única que conservó íntegra al volver á su pais despues de tantos años, fue la de una crueldad fria y sistemática. Ni la edad avanzada ni el matrimonio que habia contraido con una señora, segun se cuenta, muy estimable, ni el roce que debió de haber tenido con tantas personas como conoció en Francia é Inglaterra, habian podido disponer aquella alma á la sensibilidad.

Aunque nuestro objeto no sea dar aqui el retrato del general Mina, cualquiera podrá formar de él un juicio exacto fijando la consideracion en el modo que tuvo de tomar el mando que le ofrecieran. Porque ¿quién es el hombre que á no hallarse dominado de las pasiones mas mezquinas se atreve estando habitualmente enfermo y con cabal conocimiento de lo que pasaba en la guerra, á admitir un cargo tan delicado y de tanta responsabilidad y trascendencia? ¿Quién á no ser un Mina hubiera osado imponerse una carga tan pesada en circunstancias como la suyas? Y ¿qué causa pudo moverle á tomar este mando? ¿Era por ventura el deseo de demoler los pueblos que habian hecho su celebridad; el devastar los campos que debian serle tan amados por haberlos cultivado un dia con sus propias manos y haber servido despues de teatro á sus glorias, ó porque quisiese tal vez exterminar hasta el último vástago de sus antiguos soldados en pago de lo que contribuyeron á que se ciñese la frente de laureles?

Nosotros seriamos los primeros en disculpar á Mina si se hubiese hallado en igual caso que un Sarsfield, un Valdés, un Rodil ó un Oráa. Le disculparíamos tambien, ó al menos no lo acusariamos con esta vehemencia, si se hubiese contentado con un mando cualquiera fuera de la provincia que le vió nacer; y acaso llegariamos hasta hacer su elogio, si enfermo como estaba entonces hubiera admitido el mando con solo el objeto de emplear el poderío de su posicion en reducir á los habitantes de Navarra por medios justos y humanos; mas lejos de abrigar semejante pensamiento, todas sus intenciones se dirigieron desde el principio á ejercer un rigor infinitamente mas inhumano que el que desplegaran sus antecesores. La conducta de Mina en esta ocasion fue mucho mas innoble que la del general Jáuregui, el cual aun cuando peleaba constantemente por la causa del bando cristino y la servia fielmente, evitó en lo posible á su pais Guipúzcoa los males de la guerra.

La primera medida que acordó Mina luego que entró en Pamplona, fue expedir una circular á todas las justicias de los pueblos, previniéndoles varias cosas, la mayor parte imposibles; apremiándolos no obstante con la última pena. Dueño de la capital de Navarra y de sus principales poblaciones, teniendo además á su disposicion un ejército considerable no habia Espoz dudado un momento que sus órdenes serian observadas con la misma exactitud que durante la guerra de la independencia; mas como á los pocos dias se convenciese de que sucedia lo contrario, lleno de enojo ordenó á los gefes de las columnas de opera-

ciones que arrestasen algunos alcaldes y se los remitiesen á Pamplona.

Luego que los tuvo en su poder les preguntó por qué razon no le habian dado noticia del movimiento y paradero de los carlistas, y por qué les suministraban raciones contra lo prevenido en su circular. Los alcaldes respondieron que los realistas tenian interceptados con sus partidas volantes todos los pasos, y los paisanos que ellos enviaban con el aviso á Pamplona, ó no podian atravesar la línea, ó se excusaban por temor; añadiendo por lo respectivo á las raciones que se las arrancaban á la fuerza, sin que estuviese en su mano evitarlo. Esta disculpa aunque tan razonable, no fué suficiente á suspender la resolucion que Mina tenia tomada de antemano, resolucion encaminada á principiar á derramar sangre para atemorizar á las justicias que no cumpliesen sus mandatos.

A pesar de haber llegado el invierno y de continuar el estado de salud de Mina tan fatal como en Cambó, los ruegos de sus amigos le decidieron á hacer una salida fuera de los muros de Pamplona. Habiendo emprendido su marcha, se dirigió hácia Puente la Reina, durmió en esta villa, y al dia inmediato se presentó en el pueblo de Mañeru. Durante este corto viaje de cuatro leguas hecho con sumo trabajo y con el único fin de que los pueblos le viesen, no oyó el general cristino ninguno de aquellos entusiásticos vivas, de aquellos extremados aplausos que en otra era resonaban en estos mismos sitios, por donde habia pasado tantas veces en triunfo (1). La frialdad

(1) Durante la mayor parte de la guerra contra Napoleon, Mina tenia su

con que le acogieron los moradores de los pueblos que visitó, formaba tal contraste con lo que habia sucedido en los tiempos anteriores, que Mina al considerarlo, sintió agravarse su mal y deseó volverse inmediatamente á Pamplona, abrigando en su corazon el mayor resentimiento por la indiferencia que el pais le mostrara.

Mandaba por aquellos dias una de las columnas de operaciones del ejército cristino el general don Luis Fernandez de Córdoba, en quien como mas antiguo deberia recaer el mando de todas las fuerzas de Navarra que se juntasen para dar un combate en el caso de no asistir el mismo Mina en persona. Jóven fogoso, y no falto de talento, Córdoba tenia la ventaja de poseer las maneras finas de la alta sociedad, habiendo ascendido en un breve intervalo de tiempo, en el discurso de unos diez años de paz no interrumpida, hasta los mas elevados empleos de las carreras diplomática y militar, con no poca envidia de sus contemporáneos en el servicio y de muchos qué despues le adularon en el colmo de sus glorias.

La rapidez de sus ascensos hacia que le mirasen con fuerte antipatía y hasta manifestasen gran descontento de tenerle por superior en el mando los otros generales y gefes que por este tiempo servian en las filas constitucionales de Navarra, y cuyo mayor número habian encanecido bajo el peso de las campañas hechas contra Napoleon y posteriormente en el nuevo mundo: pero Córdoba á una grande au-

---

cuartel general en los mismos pueblos que visitaba ahora, y cada vez que aparecia á la vista de sus habitantes era saludado con miles de "vivas."

dacia juntaba el carácter necesario para sostener á despecho de sus rivales el puesto en que le habia colocado la fortuna.

Mientras la rivalidad comenzaba á dividir el campo cristino, Zumalacárregui aunque lo ignorase, consideraba por otras razones este momento el mas oportuno para dar una accion general, figurándosele que las fuerzas enemigas eran menos numerosas que en otras ocasiones. Decidido á llevar á efecto esta resolucion, concentró hasta once batallones y cuatro escuadrones en el valle de la Berrueza, dispuesto á esperar allí á las divisiones de Córdoba y Oráa, que estaban juntas en los Arcos. Escogido ya el campo anunció el combate á sus tropas en una proclama que presentó á la aprobacion de don Cárlos, proclama que fué leida despues á la tropa en las mismas posiciones que ocupaba; mas no habiendo venido al cabo de tres dias el enemigo, Zumalacárregui que por un sistema invariable nunca aguardaba mas largo tiempo, abandonó la Berrueza y se dirigió hácia la alta montaña. A pesar de este movimiento los cristinos no salieron tampoco de los Arcos. El general carlista no pudiendo emprender operacion alguna ventajosa y capaz al mismo tiempo de atraer á Córdoba y Oráa para combatirlos en el lugar que intentaba, se vió precisado á retroceder á la Berrueza, volviendo á ocupar segunda vez las anteriores posiciones. Córdoba con su natural penetracion parece comprendió de contado el objeto de Zumalacárregui, y viendo que se trataba de un reto, se preparó á admitirlo, haciendo se le incorporase la division llamada de la Ribera que mandaba el general Lopez;

con cuya llegada ascendian sus fuerzas á diez y siete batallones, seis escuadrones y algunas piezas de artillería.

Zumalacárregui habia escogido para campo de batalla el espacio que separa los pueblos de Asarta y Mendaza. Este terreno accesible á las tres armas, y cuya extension de levante á poniente excederá muy poco de un cuarto de legua, está cerrado por dos cordilleras que se elevan sobre cada uno de los flancos; posicion excelente bajo todos conceptos, pero que para sacar de ella todas las ventajas que ofrece, se necesitaban tener cuando menos quince batallones, y los carlistas no contaban allí mas que con once. Zumalacárregui colocó cuatro batallones en las faldas de la peña de Mendaza dominando al llano, otros cuatro (de los cuales igualmente que los anteriores, tres eran navarros y uno guipuzcoano) en el ángulo saliente que forma la base de la peña de Asarta ó de Nazar, sobre el mismo paraje que estableció su derecha en la accion de 29 de diciembre de 1833: en estos dos puntos se apoyaban las dos alas de la línea. Los tres batallones restantes de alaveses y toda la caballería compuesta de quinientas lanzas, formaban exclusivamente el centro. Esta parte de la batalla fué confiada al brigadier don Bruno Villareal. El general don Francisco Iturralde mandaba la izquierda apoyada en la peña de Mendaza, y Zumalacárregui en persona se hallaba en la derecha. Esta distribucion de los once batallones carlistas tenia por objeto principal el atraer hácia el centro de la línea á los cristinos, y luego que estos empeñasen aquí, como la parte mas débil, el combate,

deberian avanzar á un mismo tiempo las dos alas sobre los flancos, y tomar la ofensiva. El movimiento que debia hacer la derecha, era muy fácil le previniesen con anticipacion los cristinos; mas no se creia pudiese suceder lo mismo con respecto al de la izquierda, á causa de la ventaja que tenian las tropas colocadas en ella, pues podian mantenerse ocultas sin el menor peligro hasta la hora crítica de dar el ataque. El plan era obra del mas detenido exámen, mas á pesar de eso vamos á ver por qué motivo no tuvo favorable resultado.

El 12 de diciembre, desde muy de mañana salieron las tropas carlistas de sus acantonamientos y vinieron á ocupar las posiciones de que hemos hecho mencion; pero hasta despues de las once no comenzaron á entrar los cristinos en el valle de Berrueza, verificándolo por la garganta de San Gregorio. Sus batallones á medida que iban saliendo al raso, entraban en formacion de columna, y marchaban avanzando en el mismo órden hácia sus adversarios. Todas las cabezas de columna traian ya la direccion que mas convenia á los fines de Zumalacárregui, lo que prueba que los contrarios ignoraban todavía el término de la línea, y por consiguiente el lugar donde se ocultaba la izquierda realista. En este momento el general Iturralde cometió una falta gravísima, presentando á la vista de los cristinos sus cuatro batallones, que como hemos dicho, se hallaban ocultos por los accidentes del terreno. Esta demostracion prematura reveló á Oráa, que venia á la vanguardia, el verdadero objeto de Zumalacárregui, con cuyo motivo abandonando al instante la direccion que traia

hácia el centro, tomó otra nueva volviéndose sobre la derecha, hasta rebasar considerablemente la izquierda carlista; y remontando despues las pendientes que sirven de base á la peña de Mendaza, desplegó sus batallones y atacó de revés á los de Iturralde. Este general habia visto perfectamente todo el movimiento de su adversario; pero no pudiendo evitarlo sin empeorar su situacion, tuvo que esperar este combate, aunque le consideraba desventajoso por dominar la posicion de Oráa la de los carlistas.

Entre tanto las divisiones de Córdoba y de Lopez fueron siguiendo el mismo movimiento de la vanguardia, y apenas se colocó esta en línea, se situaron aquellas sobre su izquierda. Desde que los cristinos pusieron la base de esta línea, comprendió Zumalacárregui que manteniéndose sin hacer nada en la posicion que ocupaba, su centro y derecha quedarian fuera de combate. No teniendo pues para sostener los batallones de Iturralde otro recurso que tomar la ofensiva, descendió al llano, y por medio de un cuarto de conversion con el centro, se aproximó á la línea enemiga. Atacar á un enemigo superior en posicion ventajosa, era ya por sí solo un grande obstáculo para que los carlistas pudiesen alcanzar la victoria; y aunque para ejecutar le conversion habia mas espacio que el que se necesitaba, algunas pequeñas colinas y sinuosidades que allí habia retardaron el movimiento de los batallones del centro; de manera que al desplegarse simultáneamente estos y los de la derecha en batalla, se introdujo bastante confusion. A pesar de esto los carlistas atacaron con

tal ímpetu, que obligaron á los cristinos á replegarse sobre su segunda línea. Suponemos que este fuese el momento en que Córdoba dió á Oráa la órden de efectuar su retirada, pero que este no quiso obedecer. Así consta de un oficio que se interceptó dirigido por este último al Gobierno. Los esfuerzos que entonces hicieron los carlistas para desalojar á sus adversarios de la posicion que ocupaban, no produjeron otro fruto que la pérdida de varios de sus mas valientes soldados. La caballería misma, no obstante su entusiasmo y arrojo, nada pudo hacer. Luego que los cristinos vieron que el combate se prolongaba y los fuegos de los carlistas iban á menos, avanzaron sus piezas, y bajando poco despues de su posicion, cargaron con denuedo. Afortunadamente la noche estaba ya encima, sin cuya circunstancia muchos carlistas hubieran sido hecho prisioneros. Hasta el mismo Zumalacárregui estuvo muy en peligro de perecer habiendo caido con su caballo al pasar una zanja; pero gracias á la oscuridad pudo llegar hasta donde estaba el décimo batallon de Navarra, único que no entró en accion y se mantuvo en reserva.

El combate de Mendaza y Asarta duró unas cinco horas, en las cuales tuvieron los carlistas de pérdida cerca de cuatrocientos hombres, quedando ochenta y cuatro de ellos en el campo. Allí perecieron el oficial Arano, intrépido partidario, y el jóven francés Barres, alferez y hermano de otros dos oficiales, el capitan de caballería García de Lodosa, y otros sugetos de alguna valía en el ejército realista. El comandante del primer batallon de Guipúzcoa don Joaquin Julian de Alzá recibió una herida grave

de bala de fusil: en fin las pérdidas excedieron á las de todo otro combate mandado hasta entonces por Zumalacárregui. El conocimiento que nos suministra la experiencia que tenemos de esta guerra, nos hace calcular que las de los cristinos serian mayores. A pesar de eso, atendido el estado de las cosas y el juicio que de ellas se formó, el combate fué desventajosísimo para los carlistas; circunstancia tanto mas notable, cuanto estos se hallaban acostumbrados á salir de todos los encuentros con muchísima menos pérdida que sus enemigos. Y si no hubiese sucedido así siempre ¿qué fuera del ejército vasco-navarro? ¿Dónde estaban los medios para reemplazarlo en proporcion á los que tenian sus adversarios?

Algunos se maravillaron entonces de que la prudencia y sagacidad de Zumalacárregui le abandonasen esta vez hasta el punto de recibir una batalla campal, cuando el enemigo tenia fuerzas tan superiores en número é instruccion á las suyas. Tampoco les pareció bueno el sitio escogido para el combate; no porque dejase de ser de los mejores, sino porque era como suele decirse de mal agüero, habiendo sido siempre fatal á los que en otras ocasiones le defendieran. Prudente y muy sagaz anduvo entonces, por mas que se haya dicho, el general carlista en la eleccion de posiciones cortadas (1), desde donde como Datames contra los persas (2) con poca pérdida de

(1) Así lo sentia Orás y lo decia á Mina en una comunicacion oficial, con motivo de haberle preguntado, si sabia cuales fuesen los proyectos de Zumalacárregui.

(2) Aunque inferior en tropas salió vencedor en todas las batallas, porque nunca venia á las manos sino cuando habia encerrado á sus adversarios en parajes estrechos, lo que acontecia frecuentemente á un práctico en el pais y astuto pensador. (Cornelio Nep. Vida de Dat).

los suyos diezmaba los batallones cristinos; y la extrañeza que despues causó su resolucion á los hombres de quienes hablamos, provino sin género de duda de ignorar sus verdaderos designios. Empleadas la mayor parte de las fuerzas cristinas en sostener las guarniciones establecidas y mantener expeditas las comunicaciones, estos diez y siete batallones que habia reunido Córdoba, formaban el nervio principal de la guerra. Batido que hubiese sido este cuerpo ningun obstáculo se presentaba contra las miras de Zumalacárregui. El general Oráa ha sido el que nos ha revelado por medio de la comunicacion de que hemos hecho mérito, que la pretension que tuvo el carlista de vencer no era una mera ilusion; pues á pesar de la gravísima falta que cometió Iturralde y de las demás ventajas con que los cristinos entraron en la accion, llegó un momento en que Córdoba cedió á los realistas la victoria. ¿Qué otra cosa se debe inferir de haber dado á Oráa la órden de que se retirase? Indudablemente este general incurrió en una de las mas grandes faltas no obedeciéndole; pero por otra parte es preciso tambien confesar que comprendia mejor que otro ninguno el verdadero estado de las cosas y los intereses que estaban empeñados en este combate. Además, una vez pronunciada la retirada, por ordenada y bien conducida que fuese, difícilmente hubieran podido los cristinos contrarestar aquel ímpetu, firmeza y velocidad que en semejantes casos distinguian á los carlistas. Hasta la salida misma del valle de la Berrueza, bien fuese en direccion de Estella, bien de los Arcos, ofrecia graves inconvenientes, pues era indispensable pasar un

desfiladero, y el tiempo empleado en esto podia ser causa de una completa derrota.

Si en los campos de Mendaza hubiese sido fiel la victoria á las armas de don Cárlos, los proyectos de Zumalacárregui se hubieran realizado sin dilacion. En menos de dos dias se habrian juntado veinte batallones y toda la caballería, y con el Príncipe á la cabeza, se hubieran presentado incontinenti á las orillas del Ebro. Pasado que fuese este rio, Zumalacárregui habria tomado el camino de la capital, llegando á sus puertas casi al mismo tiempo que la noticia de su marcha. Y en este caso ¿qué tropas podrian disputarle la entrada? Ninguna; porque el Gobierno no las tenia sino diseminadas y á muy larga distancia, y las de Navarra y provincias vascongadas no podrian hacerlo, ya por las dificultades que oponian mas de cien lugares fuertes que era menester conservar, ya por la desmoralizacion que en nuestra hipótesi habria de producir el éxito del último combate, y sobre todo porque antes que los gefes dependientes de Mina las reuniesen, las hiciesen partir y diesen alcance á los carlistas, habria ya cambiado de faz toda la España. El resultado de la presentacion á las puertas de Madrid en Diciembre de 1834, del ejército carlista victorioso, conducido por Zumalacárregui y con don Cárlos al frente, no se debe graduar por el que tuvieron acontecimientos algo semejantes tres años despues; porque en el primer caso era infinitamente menor el número de los comprometidos por la causa cristina y los pueblos en general miraban como efímero el mando de los que gobernaban. De todo lo cual se deduce que lo

que arriesgó Zumalacárregui en la accion de Mendaza era digno de sus altas miras, al paso que Córdoba expuso imprudentemente las inmensas ventajas y superioridad que sobre la otra tenia la causa cristina.

Vencidos los carlistas sin duda alguna por solo la falta cometida por Iturralde, por este general que en la llanada de Alava habia sabido envolver con tanta habilidad la division de O-Doyle, asegurando por este medio la mas completa de las victorias; Zumalacárregui despues de levantar el campo, repasó la cordillera de Arquijas acampándose aquella misma noche en las eras de Zúñiga. Comenzó al instante á poner en buen órden sus batallones, les distribuyó municiones, hizo curar sus heridos y llevarlos á los hospitales, hallándose todos antes de rayar el alba en disposicion de disputar la marcha á sus adversarios en caso que intentasen pasar el Ega por el pie de Arquijas para venir á buscarlos. El caudal de agua del Ega por aquel paraje, no ofrece á la verdad una gran ventaja para disputar el paso respecto á que por cualquiera parte puede esguazarse con facilidad; pero su curso por entre rocas y la aspereza de sus orillas presentan allí una defensa regular. El paso que no ofrece obstáculo es aquel en que está situado el puente llamado de Arquijas; pero aun este se halla dominado por excelentes posiciones pobladas de árboles. Zumalacárregui hizo cortar algunos del otro lado del rio, destruyó despues el puente que era de madera y muy poco sólido, y colocó en seguida tres batallones sobre las alturas que por la parte de Zúñiga dominan la orilla opues-

ta. La restante fuerza la puso en escalones en el espacio que hay hasta este pueblo como una reserva pronta á acudir adonde los acontecimientos la hiciesen necesaria. Ningun cristino se vió sobre la montaña de Arquijas hasta la tarde del dia 14 de Diciembre, en que aparecieron algunas fuerzas. Conoció sin embargo Zumalacárregui que el enemigo trataba solo de un reconocimiento de la posicion que los carlistas ocupaban, y suponiendo que el dia inmediato vendria á su encuentro, tomó las disposiciones convenientes para recibirle.

Ufano el jóven general cristino con el resultado de la última batalla, avanzó lleno de confianza la mañana del 15 de Diciembre, y sin vacilar un instante comenzó el ataque contra los que le disputaban el paso por donde estaban los restos del puente de Arquijas. Es de advertir que aunque destruido este, se podia pasar el rio por allí casi á pie enjuto. Trabóse un tenaz y recio combate, y cuantas veces los de Córdoba avanzaron, otras tantas fueron rechazados. Algunos de los combatientes de ambos lados viendo que el fuego dirigido desde lo alto de las posiciones á las profundidades no podia hacerles daño, descendieron á las orillas y se disputaron en varios parajes el paso al arma blanca. Como las fuerzas presentadas á la vista por el general cristino eran inferiores á las de la batalla de Mendaza, creyó Zumalacárregui que las demás habrian sido destinadas sobre el flanco ó la retaguardia á auxiliar el ataque que se estaba dando, y que siendo asi, no tardarian mucho en dejarse ver por alguna parte. Ningun confidente ni ordenanza montado de los que habia des-

tacado con objeto de asegurarse de ello, volvia con el aviso, hasta que cerca de las dos de la tarde llegó uno diciendo, que el enemigo con fuerza de consideracion avanzaba rápidamente sobre la izquierda con el intento al parecer de salir á retaguardia. Libre entonces Zumalacárregui del cuidado en que le habia tenido la incertidumbre, ordenó que los generales Iturralde y Villareal con cinco batallones saliesen al encuentro del enemigo que venia mandado por Orán. Este gefe al ver que los carlistas defendian con tanto empeño el paso de Arquijas, se dirigió á cubierto de la cordillera del mismo nombre al puente de Acedo, y entrando en el valle de Lana corrió á atacarlos por la espalda, no dudando desconcertar á Zumalacárregui con su atrevida maniobra, pues suponia que al menos le haria dejar el campo; mas apenas columbró que venian fuerzas á encontrarle, detuvo su marcha y se hizo fuerte en la posicion de la peña de la Gallina que tenia á mano y donde luego estableció su bateria de montaña. En esto el general cristino Gurrea, que despues del combate de Mendaza habia sido destacado para escoltar los heridos enviados por Córdoba á los Arcos, amagó la derecha carlista con la fuerza de infantería y caballería que mandaba, descendiendo al efecto por el puerto llamado la Escalera á Santa Cruz de Campezu.

Amenazados ya ambos flancos, se esperaba que los del puente harian mayores esfuerzos para pasar el rio, pero se observó por el contrario que el ataque era mas flojo en este punto. Fijó entonces Zumalacárregui la vista en la subida de Arquijas, y

descubrió que todo el camino estaba lleno de gente que se retiraba, divisándose tambien muchos heridos. El número pareció tan considerable que solo esto bastó para infundir doble ánimo en los pechos realistas.

Mientras tanto el dia tocaba á su término y la noche cogió al fin á los combatientes en las mismas posiciones que respectivamente ocupaban. La oscuridad hizo que los carlistas no viesen la retirada de Córdoba, á quien como se ha dicho, habia precedido la de sus heridos.

Esta misma oscuridad dió lugar á que Zumalacárregui que suponia al enemigo á las orillas del Ega, hallándose sin municiones, ínterin las traian de la Amézcoa, se replegase con sus fuerzas sobre Orbiso, que además de una excelente posicion, era como el centro de los tres puntos que al anochecer tenian los cristinos. Despues de acomodar su gente, de racionarla y hacer marchar á lugar conveniente sus heridos, el general carlista esperó la llegada del dia. Durante la noche todo el valle estuvo como sepultado en el silencio, sin recibirse noticia alguna de los movimientos de los cristinos. Esperábase con impaciencia la luz del dia para salir de esta ignorancia; pero una densa niebla que lo cubria todo desde el amanecer, dejó burladas por algunas horas estas esperanzas.

Hasta muy entrado el dia no supo Zumalacárregui la situacion tan crítica en que se habia visto Oráa durante la noche, á causa de haberse retirado á los Arcos la division de Córdoba dejándole abandonado en la peña de la Gallina: abandono que hizo

quejarse á Oráa diciendo que al separarse se le habia señalado por punto de reunion el campo del enemigo, y por el de retirada la *eternidad*. Si lo sublime y heróico de estas frases pertenece exclusivamente al general Córdoba, como un arranque feliz de su rica imaginacion, ya se ha visto cuan mal lo cumplió por lo que á él tocaba. Mas dejando á un lado el juicio de un émulo suyo, lo que no admite duda ni puede contradecirse es, que Córdoba fué en Arquijas el primero que marchitó el laurel con que tres dias antes se habia ceñido su frente en los campos de Mendaza.

Suponiendo que sea verdad todo lo que bajo su firma decia Oráa al Gobierno, se puede juzgar en vista de los hechos (y este es tambien nuestro parecer), que sin su cooperacion en estas dos ocasiones, hubiera dado Córdoba escasa prueba de capacidad para el mando de general en gefe. La manera tan brillante con que mas tarde desempeñó este dificil encargo, no corresponde al tiempo de Zumalacárregui ni á la táctica con que éste genio conducia sus batallones (1).

(1) Luego que la muerte arrebató á Zumalacárregui, el sistema de guerra que constantemente habia seguido, fue variado por sus sucesores; y el ejército acostumbrado á diseminarse por batallones con el fin de descansar de las fatigas y poder subsistir con mayor facilidad, sin juntarse sino cuando era preciso atacar ó hacer alguna operacion, continuó en adelante siempre reunido. De aquí nacieron mil incomodidades y privaciones que hasta entonces no habian experimentado los carlistas. Además, desde que se estacionó el ejército en la cordillera de Arlaban para oponerse á la entrada del enemigo en las provincias de Guipúzcoa y de Vizcaya, las armas carlistas estrecharon el campo de sus operaciones. El general Córdoba que necesitaba tiempo para instruir el considerable número de quintos que el Gobierno habia destinado al ejército que estaba bajo sus órdenes, aceptó gustoso la ocasion que se le ofrecia de poder instruirlos y disciplinarlos sin necesidad de moverse de Vitoria, punto que á otras muchas ventajas juntaba la de estar á tres horas de distancia de las posiciones de los carlistas, quienes por conservar su línea se veian obligados á mantenerse

Todo lo que la fuerza moral del ejército carlista pudo perder en Mendaza, fué resarcido con grande exceso en Arquijas; porque estando este combate tan próximo al otro, se tuvo por una continuacion del mismo. Cuando llegó á noticia de Mina el resultado final de ambos encuentros, reconoció el antiguo carácter de sus compatriotas, convenciéndose al mismo tiempo de lo difícil que era subyugarlos por las armas, á menos que se les quitasen todos los recursos indispensables para la guerra: por lo tanto acordó

á la espectativa meses enteros, mientras Córdoba era árbitro, no de operar segun le convenia, sino tambien de venir á combatir el dia y hora que le acomodaba. Verdad es que el hábil y digno general conde de Casa-Eguía aprovechó parte de este tiempo maniobrando á retaguardia de la línea de Arlaban, tomando varias plazas fuertes situadas en el territorio de las dos provincias, pero no es menos cierto que entretanto Córdoba ocupó el condado de Treviño y estableció guarniciones entre Valcarlos y Pamplona, formando así las decantadas líneas que, como se vé, no fueron otra cosa que la consecuencia del sistema que los generales carlistas habian adoptado; sistema de que Córdoba, conociendo lo ruinoso que era á su ejército el internarse en las montañas vasco-navarras, supo aprovecharse con la doble ventaja de hallarse al cabo de cinco ó seis meses con una formidable y bien organizada masa. Esto seguramente no hubiera sucedido en vida de Zumalacárregui, porque este general con sus atrevidas empresas hubiera obligado á Córdoba á tener en continuo movimiento sus tropas; y las marchas, fatigas y combates consiguientes á este modo de hacer la guerra, habrian causado gran número de bajas, sin lograr jamás instruir á los quintos. La seguridad del territorio que se defendia, tampoco se debe mirar como una compensacion de los males que producia el nuevo plan; porque si bien se aseguraban la propiedad y las personas del distrito que abrazaban las líneas de Arlaban, cosa á la verdad digna de fijar la atencion, siempre resultaba que se abandonaba el todo por la parte: además de que el ejército cristino harto escarmentado no podia hacer incursiones sin exponerse á sufrir enormes pérdidas. Al escribir esta nota no es nuestro ánimo menoscabar de modo alguno la alta y bien merecida reputacion del respetable conde de Casa-Eguía, sino hacer conocer á nuestros lectores el verdadero valor y mérito del plan que tanta fama ha dado á Córdoba. En cuanto al respetable conde de Casa-Eguía tenemos la mas profunda conviccion de que si este general hubiese tenido cuarenta mil soldados en vez de los veinte y cinco mil de que solo constaba el ejército realista, aun con su nuevo sistema hubiera destruido el de mas de cien mil hombres que mandaba el cristino. ¡Honor al hombre que sin manos para manejar la espada ni tener las riendas de un caballo, proveyó nuestros depósitos con cinco mil prisioneros hechos en las diferentes guarniciones que tomó!

la medida de cerrar toda la frontera francesa estableciendo guarniciones en varios puntos. Las tropas carlistas bajo el mando del coronel Sagastibelza, en union con los guipuzcoanos, hostilizaban de contínuo á las guarniciones y las tenian encerradas. Para protegerlos, Mina destinó una fuerza de dos mil hombres, cuyo mando confió al coronel don Francisco Ocaña.

Un recio temporal habia cubierto de nieve las montañas de Navarra poco despues de la accion de Arquijas. Córdoba y Oráa llevaron sus tropas á descansar á las poblaciones grandes. Zumalacárregui dividió tambien las suyas por batallones, viniéndose en seguida él mismo á la Amézcoa, donde á la sazon estaba don Cárlos. Aquí pasaron las pascuas de Navidad con suma satisfaccion y júbilo, aumentado por la concurrencia de muchas personas que de varias partes de las Provincias vinieron á felicitar al Príncipe y á su general con motivo de las señaladas ventajas alcanzadas en Arquijas.

El año de 1834 estaba ya espirando, cuando todas las tropas enemigas de Navarra se hallaban en parajes adonde Zumalacárregui no podia ir á atacarlas por estar apoyadas en fortalezas, ó encerradas en pueblos respetables. Esta particularidad, y lo poco que el general carlista gustaba de tener por tantos dias á sus soldados en la inaccion, dió lugar á que se resolviese á marchar repentinamente á Guipúzcoa, para caer por sorpresa sobre el camino que de Tolosa se dirige á Vitoria. El objeto principal de este movimiento era ver si por tal medio lograba coger al general Jáuregui con su columna, que no hacia mas que pasar de contínuo desde una guarnicion á otra.

Zumalacárregui se lisongeaba de que tal vez la casualidad haria le encontrase en disposicion de poderle cortar el paso ó la entrada en las guarniciones, cuyo hecho solo aseguraria su completa derrota. Con esta mira el 31 de Diciembre apareció casi de repente en Villareal de Zumarraga, pero no halló la oportunidad que buscaba; porque Jáuregui estaba á la sazon en la inmediata villa fortificada de Villafranca, al mismo tiempo que los generales Carratalá y Espartero permanecian en Elorrio con una fuerza de mas de seis mil hombres. Apenas supieron estos generales el lugar adonde habia venido el carlista con solos cinco batallones, se pasaron á Vergara, pueblo tambien guarnecido por los cristinos, desde cuyo punto combinaron con Jáuregui el movimiento contra Zumalacárregui. Villafranca y Vergara estan situados sobre el camino real de Tolosa á Vitoria, y distantes entre sí como cinco leguas. En el intermedio está Villareal de Zumarraga, y no lejos de aqui el lugar donde nació el caudillo carlista. Práctico en el terreno, esperó tranquilamente en Villarreal á sus adversarios hasta que los tuvo á muy corto trecho, dirigiéndose despues con sus batallones á Ormaiztegui. Al llegar aqui, como Jáuregui viniese á su encuentro desde Villafranca, dejó el camino real y tomando el de Segura, en una cordillera que de pronto se eleva, hizo detener á dos de sus batallones mandándoles dar frente á los cristinos que de cerca los venian siguiendo. Los tres batallones restantes pasaron el rio de Segura y se colocaron en las posiciones que hay delante de esta villa. La subdivision que el carlista hizo de sus tropas acredita que su intencion

no era empeñar en aquel momento un combate general; mas á pesar de eso, el que con los dos batallones navarros trabaron los cristinos, fué de los mas tenaces y sangrientos. La desigualdad que habia entre los realistas que lo sostuvieron y las numerosas fuerzas de Carratalá y Espartero, obligó al fin á ceder el campo. La *Punta del Español* y la *Chimenea* fueron disputadas con un denuedo digno del mayor elogio. El capitan Morales natural de Andalucía y otros oficiales del batallon de guias de Navarra, regaron copiosamente con su sangre estas posiciones célebres entre los carlistas. La pérdida de los cristinos fué muy considerable; pero sin embargo quedaron dueños del campo.

Cuando Carratalá subió á lo mas elevado de la posicion y descubrió la segunda línea de los carlistas, mandó detener su gente, y por estar próxima la noche, dejó la continuacion del ataque para el dia siguiente.

Desde que este despuntó, Zumalacarregui colocadas sus tropas en posicion, estuvo confiadamente aguardando el combate, mas los cristinos en vez de emprenderle, cerca de las dos de la tarde dieron indicios de abandonar las posiciones dominantes que ocupaban para retirarse. Como tal movimiento no entraba en el cálculo de los carlistas, creyeron estos al principio que era una estratagema. Nosotros no pudimos entonces, ni podemos ahora comprender por qué Carratalá con cerca de ocho mil hombres, auxiliado además por Espartero y Jáuregui, no se resolvió á atacar en esta ocasion á Zumalacárregui que solo tenia cinco batallones.

Asegurado el general carlista por sus confidentes y exploradores de que los cristinos se retiraban por el mismo camino que habian traido la víspera, y que Jáuregui volvia tambien á toda prisa á Villafranca, sacó inmediatamente sus cinco batallones de la línea y siguió al alcance de Carratalá y Espartero. Como la movilidad de los carlistas era muy superior á la de los cristinos, antes que estos hubiesen acabado de salir de Ormaiztegui ya les alcanzaban los fuegos de aquellos. Desde este pueblo al de Zumarraga se fueron batiendo los constitucionales en retirada; pero muy presurosamente, porque los realistas los acosaban de tal modo que ni lugar les dejaron para posesionarse de las formidables posesiones que á cada paso se les ofrecian en el camino. La de Zumarraga es casi inexpugnable, y sin embargo no bien habian intentado defenderla cuando fueron desalojados. La noche, verdadera protectora de los fugitivos, y las fortificaciones de Vergara, ocultaron una de las mas vergonzosas derrotas. Zumalacarregui entró en Villareal en medio de las mayores aclamaciones del pueblo que le miraba como uno de aquellos héroes fabulosos de la antigüedad.

A los dos dias de los combates de Ormaiztegui, los cinco batallones carlistas se vinieron á descansar á la Amézcoa. Este respiro servia tambien para reparar la deterioracion de las armas de fuego. Las partidas volantes molestaban entre tanto cada vez mas á las guarniciones. El comandante de la Borunda, don Victoriano Cordeu, se apoderó del pueblo de Echarri-Aranaz, y tuvo sitiada por varios dias la guarnicion del fuerte. Para sacarla de tal estado se vió precisado

Mina á mandar su secretario don Laureano Sanz con una fuerza considerable. (1)

Digno de compararse con Cordeu tanto por su valor como por su audacia, era el capitan don Manuel Lucus, natural de Pitillas. Este bizarro oficial con los veinte ó pocos mas caballos que acaudillaba, recorria toda la ribera de Navarra, vadeaba tan pronto el Aragon como el Arga, sorprendiendo á cada instante las partidas y escoltas de sus enemigos. Aunque por carácter tuviese Zumalacárregui marcada aversion á las bandas de caballería sueltas, á causa de que sus individuos son por lo regular gente sin disciplina y acostumbrada á no hacer otra cosa que lo que se les antoja, teniendo alguna vez las poblaciones que sufrir mas de ellos que de ejércitos enteros, la moderacion y excelente conducta de Lucus llegaron á captar de tal modo su aprecio y confianza, que le autorizó para hacer varias expediciones que atendida la fuerza que capitaneaba, se puede decir que llenó el pais de sus hazañas. Por dos veces le concedió don Cárlos á propuesta de Zumalacárregui la cruz laureada de san Fernando de segunda clase, y por consiguiente se hizo acreedor y obtuvo la pension que marca el reglamento á los condecorados con esta real distincion; distincion que ningun otro mereció de aquel general. Valiente sin jactancia, y reservado sin

(1) He aqui el modo como Sanz daba á Mina parte de este acontecimiento:

"Excmo. Sr. Acabo de llegar á esta villa de donde pocos momentos antes salió el Rojo de San Vicente, el que con los cien hombres que manda, hacia cuatro dias que tenia sitiada á la guarnicion; siendo asi que esta se compone de mas de cuatrocientos. He llamado al comandante y le he dicho cuanto me ha parecido del caso, etc.

ser misterioso, era conocido entre los navarros por *Manolin*, uno de los mas modestos militares que ha podido producir la España en estos tiempos. Como prueba de su pundonor citaremos aquí un ejemplo. Perseguidos los veinte caballos que mandaba por gruesos destacamentos, destacamentos que simultáneamente salian contra él de todos los puntos de la Ribera que ocupaban los cristinos, fué un dia sorprendido al entrar en un pueblo de Navarra. Solo y á pie con la espada en la mano se abrió paso por en medio de sus enemigos, quedando en poder de estos todos los caballos y algunos de sus soldados. Avergonzado con la idea de tener que presentarse á su general en tal estado despues de este revés, hizo juramento de morir antes de hacerlo sin una fuerza por lo menos igual á la que perdiera. Despojóse en seguida de las espuelas y espada de montar, juntó con los que tenia hasta veinte y dos hombres, los armó de escopetas y fusiles que con mucha dificultad pudo recoger en los pueblos; puesto á la cabeza de ellos y moviéndose de aquí para allí, dió al fin con un destacamento de caballería cristina que pasaba escoltando un correo. Lucus apostó convenientemente sus soldados, tomó con tanto acierto sus medidas y los atacó con tal resolucion, que consiguió hacerlos á todos prisioneros. Entonces montando su gente en los caballos cogidos y poniendo entre filas á los ginetes cristinos, se dirigió donde estaba Zumalacarregui y le presentó treinta y dos en lugar de los veinte y un caballos que habia perdido en la sorpresa.

En el mes de enero de 1835 concluyó la provincia de Guipúzcoa la formacion de los batallones 3.°

y 4.º Los alaveses no aumentaron el número de los suyos, pero recibieron nueva gente los que existian. Todo esto se hizo continuando las juntas y los generales en la misma escasez de metálico.

Despues de la accion de Arquijas, Córdoba, único general que quedaba de los que de Portugal habian venido con Rodil á Navarra, se retiró del ejército, no volviendo á tener mando en él hasta que dieron un sucesor á Mina. Lorenzo tomó nuevamente el de su antigua division, y hallándose animado contra Córdoba de un espíritu de emulacion igual por lo menos al de Oráa, buscó desde entonces con empeño las ocasiones de combatir mas resueltamente que nunca á los carlistas. En todos los lugares de su tránsito manifestaba el ardiente deseo que tenia de eclipsar por honrosos medios la reputacion de su jóven antagonista. Sus operaciones comenzaron por llevar á la guarnicion de Maestu, situada en el fondo de las montañas mas vecinas á la Amezcoa, algunos socorros que necesitaban con mucha urgencia; y como el camino mas directo desde donde Lorenzo estaba, fuese el del puente de Arquijas, se decidió á pasarlo con su columna, pero en ocasion en que los carlistas no se hallaban por allí para defenderlo.

La noticia de este movimiento alcanzó á Zumalacárregui en la llanada de Alava, y con toda su actividad, por causa de la distancia y las lluvias, no pudo llegar al Ega con la anticipacion que deseaba. La vanguardia que le precedia, tomó posicion en los altos de Orbiso, porque Lorenzo habia ya pasado el Arquijas. Superado tan felizmente este primer obstáculo, el general cristino avanzó decididamente

contra las fuerzas carlistas que tenia á su frente. El choque fué extremadamente violento, y aun casi se podria asegurar que en proporcion al número de combatientes, el mas sangriento que se viera en esta guerra. Los dos batallones navarros y los otros dos alaveses, únicos que se hallaron presentes, sufrieron pérdidas considerables. Solo el batallon de Guias de Navarra tuvo entre muertos y heridos catorce oficiales, que eran mas de la mitad de los que allí estaban; y á pesar de tan obstinada resistencia, se perdió la posicion. Lorenzo se contentó con ganarla, y sin dar lugar á que los realistas recibiesen nuevos socorros, se apresuró á marchar hácia Maestu, regresando despues á la línea por distinto camino.

Oráa que tambien habia ido á conducir socorros á otras guarniciones, terminada su mision, se vino á juntar con Lorenzo en las cercanías de Estella. Reunidas allí sus fuerzas y mal animados contra Córdoba por antipatía, rivalidad ó envidia, ambos generales, los mas tenaces perseguidores de Zumalacárregui, acordaron venir á buscarle al mismo paraje en que aquel no habia podido vencerle. Intentar eclipsar por tales medios la reputacion de Córdoba era bien digno de dos gefes valientes, y bajo este punto de vista ningun hombre imparcial dejará de aplaudir su conducta; pero un general prudente no debe hacer jamás de sus soldados instrumento de una vana y temeraria empresa. Personas de crédito hubo que aseguraron haber oido á Lorenzo, que aun cuando supiese perder mil hombres, pasaria el puente de Arquijas.

Cuando dos generales competidores creen firme-

mente que la victoria les será favorable, no se tarda mucho en venir á las manos. Al comenzar el mes de febrero, Zumalacárregui se hallaba en el valle de Berrueza con tres batallones. Con otros cinco habia mandado al brigadier Gomez á recorrer la provincia de Guipúzcoa, y Villarreal ocupaba con los tres alaveses las inmediaciones de Maestu. Diseminados de este modo los once batallones que se habian hallado en los pasados combates de Mendaza y Arquijas, Lorenzo que no tardó en saberlo, deseando aprovechar la buena ocasion que se le presentaba, reunió al instante en los Arcos las mismas tropas que habia conducido el general Córdoba, y con ellas se dirigió á la Berrueza. En esto Zumalacárregui con los tres batallones que tenia, repasó la cordillera de Arquijas, y repitió las órdenes que habia dado el dia precedente para que Villareal y Gomez se le reuniesen. El primero como mas próximo se le incorporó pronto; pero el segundo, hallándose á la sazon entre Tolosa y San Sebastian, tuvo que hacer una larguísima marcha para llegar á tiempo al combate. Desde las doce del 4 de febrero hasta las diez de la mañana siguiente, anduvieron los batallones que estaban con Gomez en Guipúzcoa cerca de veinte leguas; de suerte que cuando se estaban formando en los campos de Zúñiga, comenzaba ya la division de Lorenzo el ataque contra el puente de Arquijas.

Esta accion principió de la misma manera que la dada por Córdoba. Zumalacárregui despues de haber corregido los defectos que hubo en ella, recomendó á las tropas su anterior denuedo y constancia en defender las posiciones. Oráa encargado siempre de

ejecutar los movimientos de flanco, no siguió esta vez el que habia hecho en el choque del 15 de Diciembre; pues en vez de dirigirse á envolver la izquierda, se vino á atacar la derecha, descolgándose por el puerto de la Escalera hácia la parte de Santa Cruz de Campezu. Reservas prevenidas y colocadas con acierto por Zumalacárregui acudieron puntualmente á repelerle, haciendo se detuviese en los límites del rio Ega. Divididos por el curso de este los dos ejércitos, estuvieron todo el dia batiéndose en unas mismas posiciones hasta que llegó la noche. Aprovechando los cristinos la oscuridad empezaron á retirar sus muchos heridos, concluido lo cual levantaron todos el campo viniéndose por trozos y en bastante desórden á los Arcos.

Lejos de corresponder el resultado de la segunda batalla de Arquijas á lo que Lorenzo se habia propuesto antes de darla, solo sirvió para hacer mejor la situacion personal de Córdoba. Fueron sus dos rivales los que habiendo intentado la misma empresa sin llevarla á cabo, le dieron armas para que luciese su carácter y talento. Sucumbió entonces Lorenzo á la desgracia, y se vió en la necesidad de dejar el mando. Si Oráa lo conservó, débese á la dificultad que habia para reemplazarle: pero de todos modos Córdoba fue quien únicamente quedó en favor con el Gobierno.

Zumalacárregui colocado durante la accion entre Zúñiga y el puente, habló en particular con todos los heridos que retiraban, distribuyéndoles por su mano no solo cuanto dinero tenia, sino tambien el que sus amigos le prestaron. Sensible le fue ver entre

aquellos, y con pocas esperanzas de vida, al capitan del batallon de Guias de Navarra Mr. Bezar, apenas restablecido de la herida que habia recibido en el anterior combate de Arquijas. Este honrado y valiente francés, cuya decision es bien digna de los mayores elogios, á pesar de tener mas de cincuenta años, hacía las jornadas á pie, y con una escopeta de caza al hombro recorria como un cazador las montañas próximas al camino; cualidades todas que le granjearon el afecto particular de Zumalacárregui. Cuando le retiraban de la batalla, agarró Bezar con grande efusion la mano de su general, quien le preguntó si Cárlos X tenia muchos servidores como él, y respondiéndole afirmativamente, le dijo: «extraño que se dejase destronar.»

Junto á Bezar fue herido tambien uno de los gefes mas recomendables, mas entusiastas y mas cabales del ejército de don Cárlos, el valenciano don Joaquin Tous. El lector nos perdonará estos sinceros y justos elogios hácia un hombre, cuyo carácter admiramos siempre, y que si sanó de la herida recibida en Arquijas, solo fue imperfectamente y para sacrificarse un año mas adelante en Arlaban, siendo ya coronel del 2.° batallon de Castilla.

El cuartel de don Cárlos obligado hasta entonces á estar en contínuo movimiento, sin poder fijar su residencia en punto alguno por no existir lugar bastante seguro de las invasiones del enemigo, confiado ahora en el respeto que debería infundir á los cristinos el pueblo de Zúñiga despues de las dos acciones de Arquijas, se decidió acaso con sobrado arrojo á establecerse en él, permaneciendo alli por el largo pe-

riodo de dos meses sin otra fuerza para su custodia que los cien infantes que le servian de guardia. Los cristinos habian cobrado en efecto tanto miedo á estos sitios, que no obstante estar enclavados entre las guarniciones de Viana, los Arcos, Estella, Salvatierra, Echarri-Aranaz, Olazagoitia, Maestu, la Guardia y Logroño, no se atrevieron á emprender hácia ellos movimiento alguno que causase al Príncipe la menor alarma.

La guerra que tan cruda se habia presentado en estos parajes hasta que empezó á correr el nuevo año, parecia haberse trasladado ahora á la alta montaña, y especialmente al valle de Baztan; pues moviéndose allí con mayor actividad las fuerzas enemigas desde una á otra guarnicion para cumplir con el objeto á que las destinara Mina, facilitaban á los carlistas el medio de poder hostilizarlas. Hacíanlo con calor el coronel Sagastibelza y los gefes de los batallones guipuzcoanos, obligando asi á los cristinos á conducir contínuamente hácia aquella parte nuevos socorros. En una de estas ocasiones fue batida al pie del puerto de Belate la columna mandada por el gefe Ocaña, la que perseguida vivamente se vió en la precision de encerrarse en el pueblo de Ciga. Sagastibelza la sitió al momento, mas no teniendo los medios necesarios para obligarla á rendirse, dió sin retardo aviso á Zumalacárregui, quien hallándose en la Berrueza, tomó inmediatamente dos de sus batallones y voló arrostrando un temporal de los mas crudos al Baztan, dejando entre tanto al frente de Lorenzo á los coroneles don Juan Antonio Zaratiegui y don Joaquin Elio. Encerrado Ocaña en las casas de Ciga, habian practicado sus

soldados varias aspilleras, desde las cuales se defendian con ventaja hacia tres dias cuando llegó Zumalacárregui. En tal estado ordenó al coronel don Vicente Reina hiciese venir al campo los dos obuses fundidos, y habiéndolo ejecutado, se dispararon algunas granadas contra las casas, pero sin fruto, porque ni una sola cayó donde se queria. Entre tanto arreciaba el temporal de agua, nieve y viento, y estando ya próximas las fuerzas cristinas que Mina habia mandado desde Pamplona en socorro de los sitiados, los realistas levantaron el cerco.

Asi que vió Zumalacárregui la afluencia de tropas que caminaban hácia el Baztan, y supo que la division de Lorenzo dejaba tambien la parte de Estella para acudir allí, con la mayor rapidez retrocedió á la Berrueza, llevando consigo uno de los obuses. Al mismo tiempo dispuso que condujesen el cañon *Abuelo*, y con el auxilio de ambas piezas acometió á la guarnicion de los Arcos. Encerrábase esta entre paredes no muy sólidas, siendo ademas aquel lugar el que por su situacion podian los carlistas atacar con menos riesgo. Un dia entero emplearon en batirlo con el obus y el cañon, pero con tan escaso acierto que llegó la noche sin que hubiesen logrado ni abrir brecha ni aun causar daño notable en el edificio; siendo lo peor que solo quedaban para renovar el ataque al dia siguiente doce balas de cañon y ninguna granada.

Esta circunstancia y la de que con la tardanza se daba lugar á que las tropas cristinas acudiesen al socorro de la guarnicion sitiada, inquietaban en extremo al carlista, porque nada habia tan contrario á su máxima fundamental como el empeñarse en proyec-

tos que pusiesen al descubierto su impotencia, amenguando la fuerza moral de sus tropas, que queria poner siempre á salvo de todo evento. Atacar la guarnicion de los Arcos y no rendirla, era lo mismo que dar nuevo aliento á todas las otras que en lo general estaban tenidas por mucho mas fuertes. ¿Cómo pues evitar un mal de tanta consideracion y lograr lo que se deseaba? Un solo medio le ocurrió entonces á Zumalacárregui. En vez de acordonar el fuerte como se acostumbra en semejantes casos, por una línea de centinelas para cortarles la comunicacion, asi que anocheció, mandó retirar á la villa todas las que habia, dejando expedita y libre la campaña. De este modo el gobernador cristino podia durante la noche hacer mejor sus reconocimientos, procurarse noticias y saber si los carlistas se preparaban ó no á continuar el ataque á la mañana siguiente. Hechas todas estas averiguaciones, viendo por una parte el gobernador cristino que los realistas se disponian á renovar e fuego al instante que amaneciese, y no ofreciendo por otra seguridad alguna la poca solidez de los muros, apenas se persuadió de la facilidad de la fuga, no dudó emprenderla con toda la guarnicion, dejando en el fuerte de cuarenta á cincuenta heridos ó enfermos con cuantos efectos y municiones existian allí. Las tres de la mañana serian cuando Zumalacárregui recibió la noticia de lo que ocurria, y habiendo acudido á la parte hácia donde estaban los enfermos, mandó abrir una puerta en el muro y por ella penetró en el fuerte. Apenas amaneció, hizo sacar á la plaza todos los efectos de vestuario y equipo y los distribuyó por sí mismo entre sus soldados. Mientras se em-

pleaba en esto, apareció allí inesperadamente D. Cárlos, circunstancia que produjo la mayor satisfaccion á sus defensores.

La situacion tan miserable y digna de lástima en que el general carlista encontró á los enfermos y heridos del fuerte, excitaron de tal modo su compasion que inmediatamente dispuso se les preparase en una de las mejores casas de la villa un local espacioso y aseado. Los habitantes de los Arcos aunque de opinion realista, cuando se trataba de ejercer un acto de humanidad ó filantropía, se prestaban con la misma buena voluntad á socorrer á los constitucionales que á los del bando opuesto; y así es que hicieron inmediatamente lo que se les mandaba. Entonces fue el ver á los voluntarios navarros apresurarse á tomar en sus brazos ó sobre sus hombros, sin que nadie se lo previniese, para trasportarle á la nueva morada, á su mismo enemigo. Al comtemplar el cuadro que ofrecia tal ejemplo de magnanimidad, vimos á mas de una alma generosa asomársele las lágrimas á los ojos. Dos ó tres oficiales enfermos ó heridos que existian en casas particulares, recibieron muestras de la bondad é interés de Zumalacárregui: ellos lo publicarán si viven. Lo que acabamos de referir nada ofreceria de extraordinario en otras ocasiones; mas en el presente caso merecia llamar la atencion de todos, porque eran cabalmente los dias en que la guerra se hacia con un encarnizamiento sin igual.

Y despues de visto lo que pasó en los Arcos ¿quién es el hombre capaz de creer que las cosas continuarian bajo el mismo régimen de atrocidad y

acaso mayor que hasta entonces? Mina como si se hubiera ofendido del trato generoso de su rival, pocos dias despues dejó asesinar en su mismo lecho á unos cuantos heridos carlistas que se hallaban en el hospital de Ituren. Como la gravedad de sus heridas no permitiese trasladarlos al nuevo hospital, adonde habian sido conducidos los compañeros de estos desgraciados, el coronel Sagastibelza consultó á Zumalacárregui lo que haria de ellos, y el General le contestó que una vez que no podian ser conducidos los dejase en donde estaban; pues se debia creer que las tropas cristinas, aun cuando llegasen á Ituren, los respetarian, si no por su lastimoso estado, á lo menos en consideracion al modo que los carlistas habian tratado á sus heridos en los Arcos. Aqui se ve por lo menos que Zumalacárregui hacia á Mina y á sus generales el honor de atribuirles sentimientos mas humanos que los que en realidad tenian.

Tambien en estos dias el sanguinario Mina condenó á la pena de garrote en público cadalso, pena que se ejecutó en el mismo Pamplona, á don Pablo Modet, propietario de consideracion y vecino de Estella, sugeto lleno de bondad y de un carácter pacífico, que no solo no habia tomado parte activa en la guerra ni salido jamas del seno de su familia, sino que habia renunciado al cargo de vocal de la junta gubernativa de Navarra, con que le brindaran los carlistas en un principio. De modo que resentimientos particulares de época muy anterior, ó insaciable sed de sangre, ó una política sobre manera inhumana, debieron de ser la causa de tan atroz ejecucion. Si el tener Modet dos hijos sirviendo en las filas realis-

tas, y la necesidad de dar á Navarra un ejemplar escarmiento aterrando por este medio á los demas padres, fue como supusieron algunos, lo que movió á Mina á cometer este acto de horrible crueldad, el sacrificio de la noble víctima, mas que favorable, fué en extremo contrario á sus intenciones.

El único rasgo de humanidad, si asi puede llamarse, que hemos visto en Mina durante el tiempo de su mando, fué el de restituir á Zumalacárregui su tercera hija, la que hallándose lactando á las inmediaciones de Pamplona, fue llevada á esta ciudad por órden del general Armildez de Toledo que mandaba en la plaza. Al cabo de un año se la reclamó el padre á Mina, quien al disponer se la entregasen, le dijo que ignorando absolutamente la prision de esta niña, no habia podido mandar antes ponerla en libertad. Sin rebajar en nada el mérito que pueda tener la accion de Mina devolviendo al padre una niña de diez y ocho meses, debemos decir aquí que habiendo pasado Zumalacárregui en una ocasion por el pueblo, donde residía la anciana y respetable madre de aquel general, esta señora se presentó á hacer cierta reclamacion al cárlista y desde luego la obtuvo.

A excepcion del caso de que hemos hecho mencion, donde quiera que se busque á Mina, se le hallará por las huellas de sangre y de devastacion que marcan sus pasos. La Navarra contará siempre como una de sus felicidades el que plugiese á la Divina Providencia tenerlo en sus últimos años casi perpetuamente encerrado en su palacio; pues á no ser asi, los males hubieran sido mucho mayores.

El órden cronológico de los sucesos nos conduce

á hablar ahora de lo que pasaba en los extremos del teatro de la guerra.

A virtud de algunos cambios dispuestos por Zumalacárregui, volvió el general Eraso á mandar en Vizcaya, y el brigadier Gomez reemplazó á don Bartolomé Guibelalde en Guipúzcoa. Los batallones vizcainos habian hecho tales progresos en la disciplina, que podian ya rivalizar con los mas sobresalientes de las otras provincias. La desunion que reinaba entre sus gefes naturales y no la falta de resolucion y valor fue la causa de este retraso; pues á no mediar esa desavenencia, los vizcainos que en todos tiempos han dado pruebas inequívocas de subordinacion, constancia y arrojo, no hubieran cedido en nada á los cuerpos mas disciplinados de Navarra. El general Eraso hizo una incursion con ellos en Castilla, y cerca de Medina de Pomar tuvo la suerte de destruir completamente un regimiento provincial, al que tomó un gran número de prisioneros. Entusiasmados y contentos los vizcainos con el éxito de esta jornada, volvieron á su pais sin haber sido molestados, ni en la ida ni en la vuelta, por el general Espartero su perseguidor. Dijose que este, despues tan célebre personaje, se hallaba entonces mas ocupado que nunca en convoyar los efectos de comercio que pasaban de Bilbao á Vitoria.

El paso periódico y constante de Espartero por un mismo camino, sugirió á un paisano que habitaba uno de los caseríos situados entre Llodio y Luyando, la idea de atentar contra la vida de aquel general, empleando un medio que por lo original merece contarse. Algunos han dicho que el resentimien-

to del paisano nacía de que los soldados esparteristas le habian robado la casa; otros de que le habian maltratado; pero nosotros creemos que el vizcaino obró en este caso llevado de la persuasion de que con solo matar al general cristino, la guerra y los males de su pais tendrian término. Pero lo cierto es que reflexionando de contínuo sobre aquella marcha tan uniforme de Espartero desde Orduña á Bilbao y vice versa, echó mano de un grueso tronco, y haciendo de él una especie de cañon, lo puso en un sitio que dominaba el camino real, cargándolo hasta la boca. Como el tránsito por allí de Espartero era indefectible, cuando llegó el caso, el paisano dió fuego á su pieza y en seguida echó á correr. Los soldados cristinos treparon inmediatamente la altura de donde habian visto salir el tiro, y encontraron por consecuencia del disparo el tronco hecho pedazos. Hasta entonces todo probaba que el culpable no fuese mas de uno; pero á pesar de esos indicios y de la facilidad que habia en averiguar quien fuese el autor, la infeliz villa de Luyando, como la mas próxima al lugar de la escena, fue incontinenti entregada á las llamas. De las sesenta casas que contaba, mas de la mitad quedaron reducidas á ceniza; y si no sufrieron todas igual suerte, fue porque los gefes incendiarios las necesitaban á la sazon para albergarse en ellas. Semejantes excesos lejos de contribuir á la pacificacion, irritaban cada vez mas á los habitantes de Vizcaya. Incendiar las villas y hasta las grandes ciudades puede ser en algunos lances necesario en la guerra, pues hasta las leyes mas rigurosas lo autorizan; mas el hacerlo únicamente por vengar una

injuria personal mezclando al inocente con el culpable, es verdaderamente una cosa que no pertenece á los hombres grandes de ningun tiempo.

Al ver Zumalacárregui que Mina dirigia cada dia nuevos refuerzos al Baztan, y que todo el celo de este general se reducia á cerrar enteramente á los carlistas su comunicacion con Francia, hizo nuevo arreglo en las operaciones de las tropas que habia destinado á aquel punto. El coronel Sagastibelza, práctico consumado y verdadero gefe del pais mas cercano á la frontera, con el 5.º y 8.º batallon de Navarra era el que al través de las columnas y de los muchos fuertes guarnecidos, penetraba hasta allí, recibia los salitres y las demas cosas que le presentaban los comisionados de don Cárlos conduciéndolas al interior. Mas no era eso solo lo que hacian estas fuerzas: Sagastibelza apoyaba su derecha en el 7.º y 9.º batallon de Navarra que mandaba el general Elío, y su izquierda en los batallones guipúzcoanos dirigidos por el brigadier don Miguel Gomez; pues estos tres gefes elegidos por Zumalácarregui como los mas capaces en su concepto de conciliarse entre sí y llenar sus deseos, aunque tenian instrucciones y mandos diferentes, debian obrar de conformidad en varios casos. Protegido por todas estas fuerzas el coronel Reina, conducia desde un lugar á otro sus nuevas piezas de obuses y morteros, ensayándolas contra los fuertes, particularmente contra el de Elizondo. Luego que las columnas cristinas sentian el estruendo del cañon, se apresuraban á marchar al socorro del punto amenazado; mas antes que llegasen á él, Reina retiraba de allí las

piezas por caminos desusados poniéndolas á salvo. Los batallones carlistas libres entonces de todo embarazo, situándose convenientemente aguardaban la llegada de los contrarios y los acometian. Algunas veces estos combates no eran ni muy empeñados ni mortíferos, pero siempre ocasionaban muchas bajas al ejército cristino, viéndose por consecuencia que el sostenimiento de las guarniciones envolvia un sistema ruinoso para los de Mina. No era este sin embargo hombre que desistiese con facilidad de sus proyectos: su obstinacion le mantuvo constantemente en el pensamiento de hacer la guerra sobre la frontera, sin acabar de convencerse de que todos sus esfuerzos, juntos con la correspondencia particular y amistad que reinaba entre él y el comandante general de los Bajos Pirineos, conde de Arispe, no bastaban á cerrar el paso á los realistas.

Deseoso Zumalacárregui de atacar la guarnicion de Maestu, dió órden á Reina y á Sagastibelza de que amenazasen á la de Elizondo, concentrando las fuerzas posibles en las inmediaciones de esta villa, llamando hácia ella la atencion de los cristinos. Señalado dia al efecto, hallándose Oráa con su division en la parte de Salvatierra, condujo Zumalacárregui el *Abuelo* contra Maestu; pero antes de forzarlo á rendirse, llegó al socorro del fuerte una respetable columna, la cual viendo el peligro en que estaba la guarnicion, la levantó. Este suceso causó gran satisfaccion, porque Maestu, vecino á la Amézcoa y lugares donde los carlistas tenian los hospitales militares y los talleres, era uno de los mayores estorbos y exigia una exquisita vigilancia.

Retirado el *Abuelo* del frente de Maestu, Zumalacárregui se dirigía hácia el valle de Ollo con intencion de salir al de Araquil á encontrar á Oráa, cuando al pasar por Cirauqui, observó que allende el Arga desfilaba desde Puente la Reina á Larraga una division enemiga, que se vió ser la de Lorenzo, mandada por el marques de Villacampo. Zumalacárregui tenia allí ocho batallones, al paso que su adversario contaba de seis á siete lo mas; ventaja pocas veces vista de parte de los carlistas, que decidió á su gefe á salirle al encuentro por el puente de Mendigorría. Mucha fue la actividad que entonces desplegó el general realista, asi como la rapidez con que caminaron los batallones; mas sin embargo los cristinos se dieron tal prisa, que cuando los tiros de los carlistas llegaron á alcanzarles, ya la vanguardia de Villacampo estaba pasando el puente de Larraga, habiendo tomado posicion la retaguardia en la izquierda del Arga, en cuyo punto se resistió hasta que por fin se vió obligada á pasar tambien el puente. El coronel ayudante de estado mayor don Cárlos Vargas, que iba de los primeros, recibió una herida grave que los facultativos graduaron de mortal. Zumalacárregui tuvo un gran sentimiento al saberlo, porque Vargas era de las personas de su mayor confianza y uno de sus dos ayudantes secretarios. En esta ocasion fue igualmente herido el capitan de caballería don Gregorio Oyar, conocido entre sus compañeros por *Malcasco*, oficial mas valiente que hábil. El capitan Henninseng ha dado en sus memorias una idea algo exagerada de Oyar, y esa circunstancia nos precisa á nosotros á justificarle. Esta accion dada

en las inmediaciones del puente de Larraga el 8 de marzo, costó á los carlistas doscientos hombres.

La principal pérdida fue efecto de haber dejado pasar la oportunidad de acometer á Oráa, como Zumalacárregui pensaba y lo hubiera hecho, á no haberse empeñado en el combate contra Villacampo. El tiempo que empleó en esto, le hizo falta despues para tomar á Oráa la delantera. Por eso al saber en Valdeollo que este general se habia ya adelantado, mandó hacer alto á fin de dar descanso á sus tropas y observar al mismo tiempo los movimientos que emprendian los cristinos, puesto que segun sus órdenes, Sagastibelza iba á embestir de nuevo y con mayor vigor que nunca la guarnicion de Elizondo. En efecto, el dia 10, en medio de un temporal terrible de ventisca, agua y nieve, se oia claramente en Valdeollo el estallido del mortero. Zumalacárregui, con la idea de estar mas próximo á las escenas del Baztan, se pasó al instante con sus tropas al otro lado del camino real de Irurzun á Pamplona. Este movimiento preventivo le salió bien, pues mientras él atravesaba los valles de Gulina y Atez para acercarse mas á Sagastibelza, Oráa salía de los Berrios, pueblos inmediatos á Pamplona, y marchaba paralelo al socorro de los de Elizondo. Todo el dia se hallaron las dos columnas á la misma altura, pero sin verse. La vanguardia carlista fue la primera que descubrió la de su enemigo al entrar en el pueblo de Elzaburu, y esto le facilitó la ventaja de poderse poner luego á cubierto para observar mejor sus movimientos. Zumalacárregui colocando silenciosamente los batallones

detrás de las casas del pueblo de Oroquieta, distante poco mas de un tiro de fusil de Elzaburu, se persuadió que Oráa mandaría alojarse, allí parte de su gente, ya porque la tarde declinaba, ya porque para ir desde aquellos pueblos al Baztan, hay necesidad de pasar el puerto de Belate ú otro de los inmediatos, en los cuales no existe lugar alguno donde poder acogerse, y ya tambien, porque siendo Elzaburu, como todos los lugares de este pais, de muy corto vecindario, los cristinos para acomodar su tropa, no podrian dejar de servirse de Oraquieta. Las presunciones de Zumalacárregui se realizaron al momento: tres batallones avanzaron hácia donde él estaba, bien agenos de encontrarle allí; pero como la guerra se hacía con mucha prevision y vigilancia, no pudieron sorprenderse al recibir la primera descarga. Trabóse al instante una empeñada accion: los cristinos extendieron considerablemente su derecha á fin de reconocer si los carlistas tenian tomado el paso de el Baztan, con cuya idea subieron á las primeras alturas que les fueron disputadas tenazmente por el 6.° batallon de Navarra mandado por don Pablo Sanz. Con la venida de la noche cesó el combate. Los cristinos se concentraron todos sobre Elzaburu y los carlistas sobre Oroquieta. Todavía á estas horas juzgaba Zumalacárregui ser la division de Oráa la que tenia al frente, y en tal concepto habia dado las órdenes para que se continuase el sitio de Elizondo; mas habiendo sabido por la noche que era Mina en persona el que estaba delante y que con él venian no una sino dos divisiones, mandó á Sagastibelza que levanse el sitio, pusiese las piezas en seguridad con una

parte de sus fuerzas y que el resto fuese á combatir al enemigo.

Luego que amaneció, salió Mina con sus tropas de Elzaburu y se dirigió hácia el Baztan. Zumalacárregui por su parte hizo al instante lo mismo. Los caminos que llevaban eran diferentes, pero muy próximos el uno al otro. Cubierto el suelo de cerca de una cuarta de nieve, lo templado del dia la habia ido derritiendo, con lo cual se habian formado grandes barrizales que servian de impedimento para la marcha. Los de Mina iban por el mejor camino: Zumalacárregui procuraba atacarlos de flanco, mas el terreno no se lo permitia, hasta que al llegar cerca de un punto que llaman las *Siete Fuentes*, jurisdiccion, segun creemos, de Donamaría, aproximándose los carlistas á sus adversarios, los acometieron. Los cristinos comenzaron desde luego á batirse en retirada, y lo hicieron como hombres que pelean por la vida. Sobre un campo de los mas desiguales donde apenas habrá un palmo de terreno que no esté en declive, donde los peñascos y precipicios se tropiezan por todas partes, vimos hacer á una compañía de caballería cristina las evoluciones mas precisas, mas oportunas y mas útiles que pueden ejecutarse.

Con todo eso, si los cristinos se salvaron aquel dia, lo debieron á la direccion que trajeron las fuerzas mandadas por Gomez y Elio; pues si como vinieron de flanco, hubieran venido á salir de frente á los de Mina, la pérdida de estos era indudable. Ni Elio ni Gomez podian saber positivamente la verdadera direccion de sus enemigos, mucho mas cuando todos pensaban que irian á Elizondo por el camino recto

pero segun despues se vió, su objeto era dirigirse primero á Santesteban, donde tenian tambien guarnicion. Gomez sin embargo llegó á tiempo para tomar una parte muy activa en el combate, pues los guipuzcoanos que mandaba, á las nueve de la noche hacían todavía un vivo fuego contra la retaguardia de Mina y una hora mas tarde entraba este general en Santesteban en completa derrota, despues de haber perdido mucha gente, y hasta la litera en que por causa del mal estado de su salud se hacía conducir. El 10.mo batallon de Navarra que por primera vez entraba en accion, se portó con suma bizarría; siendo el único que tuvo una pérdida considerable, pues de sus ocho capitanes, cinco fueron heridos. Su comandante don Teodoro Carmona mereció los mayores elogios de Zumalacárregui, y el ayudante del comandante general de Guipúzcoa, don Isaac Ramery, al tiempo de ir á comunicar una órden, fue herido de gravedad.

El general carlista al retirarse del campo de batalla, pasada media noche, llevó sus tropas á Oroquieta, extendiéndolas desde alli por todo el valle de Ulzama, á fin de que se repusieran un poco de la fatiga que habian sufrido en aquellos últimos dias. El 14 de Marzo reunió nuevamente sus batallones, y viendo que la mayor parte de las fuerzas cristinas estaban dentro del Baztan, marchó rápidamente hácia el Araquil; y pasando á la derecha de este pequeño rio, hizo destruir los puentes de Izurdiaga, Irurzun y Erroz, en cuyos puntos dejó alguna tropa de observacion y se vino con el resto á poner sitio al fuerte de Echarri-Aranaz. El 15 al amanecer se sen-

tia ya el ruido del *Abuelo* y de un obus de los fundidos por Reina. El fuerte tenia para su defensa tres piezas de menor calibre, mas de cuatrocientos soldados, y en bastante abundancia todos los artículos de boca y guerra. La resistencia que hizo la guarnicion fué de las mas tenaces, y seguramente no hubieran triunfado de ella los carlistas á no haber recurrido al auxilio de la mina. El brigadier de artillería don Joaquin Montenegro fué el encargado de esta operacion. Los sitiados apenas se enteraron de los trabajos de la mina, arrojaron hácia el lugar donde esta se abria tal cantidad de granadas de mano, que consiguieron prendiera el fuego en las casas mas próximas al fuerte, cuya mayor parte eran de madera. No obstante este incidente, Montenegro por entre carbones y cenizas abrió una nueva mina, y concluida mandó dispararla. De resultas de la explosion se vino á tierra una parte considerable del recinto, entre cuyos escombros quedaron envueltos cuarenta ó mas soldados cristinos. A pesar de esto los sitiados continuaron resistiéndose hasta el dia 19 en que, no el gobernador sino los soldados, saliendo por las brechas, se entregaron á discrecion y sin forma alguna que empeñase la palabra del general realista. Todo el tiempo que duró el sitio, estuvo Zumalacárregui dirigiendo en persona el obus, no por vana puerilidad, no por entretenimiento, ni por falta de quien lo hiciese, sino por economizar las municiones, de que habia siempre grande escasez en su ejército. Sin embargo de haberse apoderado del fuerte sin contraer empeño alguno, trató generosamente á la guarnicion: á los oficiales les dejó sus espadas, equipajes y la li-

bertad de retirarse á Pamplona; al gobernador además de haberle dispensado una acogida lisonjera, le dió un certificado en que decia, que habia cumplido fielmente con su deber; y á la tropa la incorporó á peticion suya en las filas realistas; siendo los artilleros del fuerte de Echarri-Aranaz los primeros soldados que de esta arma hubo en el ejército carlista.

En aquel sitio fué herido, aunque levemente, en la cabeza al pasar por una calle, el general don Bruno Villarreal. El mismo Zumalacárregui estuvo muy expuesto á perecer por un accidente bien singular. Del exámen que entonces se hizo para saber cómo esto habia tenido lugar, resultó que los artilleros del fuerte, engañados por las sombras de varios soldados que en medio de la noche giraban de acá para allá cerca de una gran fogata, dirigieron la puntería de sus piezas rasante al ángulo del edificio, tras del cual se ocultaba la hoguera; pero creyéndose que la bala seguiría aquella direccion, dió de lleno sobre el flanco de la casa que estaba al descubierto. Zumalacárregui se hallaba alojado hácia esta parte, y cuando estaba durmiendo, pasó la bala agujereando la pared y casi rasando su cabeza hasta el punto de quedar su cama cubierta de escombros.

El *Abuelo* en fuerza de lo mucho que trabajó aquel dia, comenzó á mostrar su decrepitud rajándose por la boca. Con ese motivo fué preciso cortarle mas de un pie de longitud y ponerle dos fuertes argollas de hierro para que el mal no pasase adelante. Los soldados que para distraerse de las fatigas de la guerra suelen aprovechar la cosa mas insignificante, tomando de ella ocasion para algun chiste, decian en-

tonces que el *Abuelo* habia obtenido el grado de teniente coronel en recompensa de los grandes servicios hechos aquel dia.

Justo es que hagamos en este lugar mencion honorífica del capitan de artillería don Rufino Roman de Trovo, compañero inseparable del tan célebre cañon, pues era el único oficial que dirigió siempre sus fuegos. Zumalacárregui al ver la fatiga con que manejaba aquella roñosa mole, aunque siempre con entusiasmo, le animaba diciendo.—"Trovo, dia llegará en que haga pinten á V. junto al cañon."

Antes de dejar Zumalacárregui á Echarri-Aranaz, no queriendo que su triunfo causase la desolacion de los infelices cuyas casas se habian incendiado durante el sitio, los hizo llamar á su presencia; y aunque su escasez de metálico era tan grande, mandó darles una cantidad suficiente á enjugar por el pronto sus lágrimas: singular contraste con lo que al propio tiempo estaba haciendo Mina en el Baztan.

Desde Echarri-Aranaz fué Zumalacárregui á sitiar el fuerte de Olazagoitia, cuyo edificio era muy sólido, y de consiguiente no pudo la artillería carlista hacer en él un grande efecto. No obstante se batieron las obras nuevas construidas al exterior; pero entre tanto se juntó en Salvatierra una columna que avanzó al socorro de la guarnicion. Al aproximarse, el general carlista se retiró con su gente y el *Abuelo*. Los cristinos levantaron la guarnicion, y el pueblo quedó desembarazado. Quitado este obstáculo, las comunicaciones de Guipúzcoa con Navarra resultaron mucho mas fáciles y breves.

Nuestros lectores estarán sin duda impacientes

por saber lo que hacian Mina, Oráa y demas generales en el Baztan, pais no muy lejano del paraje donde ocurrian las escenas de que acabamos de hablar, y preguntarán quizá por qué no acudieron á socorrer á los sitiados en cinco dias que tronó el cañon de Echarri-Aranaz, y en los dos de Olazagoitia. Fieles historiadores de los sucesos que entonces pararon, expondremos la causa tal como fué.

Exasperado Mina con la embestida pasada de Zumalacárregui; indignado de que el Baztan por sí solo fuese un foco donde nacian incidentes capaces de absorver por entero su atencion, sin poder subyugarlos con todas sus guarniciones y la continua asistencia de un crecido número de sus fuerzas, aburrido hasta el extremo con el frecuente ensayo de obuses y morteros que los carlistas hacian diariamente contra los fuertes de Elizondo; creyó que mientras no les privase del material, las desgracias irian adelante, y sus guarniciones todas estaban en inminente peligro. Mina, aleccionado por la experiencia, sabia que el llevar un tren de batir, cualquiera que él fuese, bueno ó malo, grande ó pequeño, es empresa difícil en un pais como el Baztan, aun cuando lo condujesen con las carretas de bueyes propias de la tierra. No podia ignorar tampoco la dificultad con que los carlistas habian fundido las piezas; por lo mismo lo que le interesaba era saber, no donde estas se hacian, sino donde se ocultaban las nuevas con que Reina se habia presentado hacía pocos momentos delante de Elizondo. Para saber tan importante noticia, recurrió Mina á uno de los medios mas terribles de averiguacion. En la suposicion de

que los habitantes del pueblo de Lecaroz, tan cercanos á Elizondo, serian sabedores del lugar donde se hallaban ocultas las piezas, acordó por primera providencia poner presos á todos los varones; y no satisfaciendo estos como él queria, á las preguntas que les hizo, los mandó sortear y pasar por las armas. Y como si con esto no quedase llena la medida de su crueldad, ordenó además se pusiera fuego á toda la poblacion: acuerdo digno del incendiario del Castelfollit de cuya ingratitud y dureza de corazon no debia esperar otra recompensa aquel leal pais su patria, que tanto habia contribuido á encumbrarle sacándole de la clase mas ínfima del pueblo.

No fueron suficientes para arrancar el secreto á los moradores de Lecaroz, si es que le sabian, ni la fria crueldad de Mina, ni los grandes ejemplos de terror que estaba dando, puesto que prefirieron el martirio. Otros medios y diligencias proporcionaron al fin á Mina el descubrir donde estaban las piezas, y hallándose este lugar tan cerca, pronto las tuvo en su poder. Pero ni aun estos trofeos con que de contado regresó ufano á Pamplona, bastaron para sostenerle en el mando; pues el Gobierno habia visto ya en las operaciones de estos últimos dias, y especialmente en el suceso de Lecaroz, que Mina no era el hombre que le convenia, porque lejos de contrarestar en el espíritu público el ascendiente de Zumalacárregui, le daba todos los dias nuevo valor y consistencia con su bárbaro proceder.

Al retirarse Mina del Baztan, dejó allí toda la division de Oráa, y á cargo de este general la direccion de las operaciones. Desde entonces se siguió la guerra

con mejor método, pero estando ya reducida á un estado puramente defensivo, concluyó el general cristino por abandonar el pais á los carlistas.

Un nuevo enemigo comenzaba por aquella época á darse á conocer en el teatro de la guerra de Navarra: este era el comandante don Leon Iriarte llamado por otro nombre *Charandaja*, el que como antiguo oficial de Mina, durante la guerra de la independencia, se asemejaba mucho en sus cualidades á Iturralde, y hasta habia tambien seguido el mismo género de vida. Mina confió á Charandaja un batallon compuesto de la hez de los naturales, con el que hacía frecuentes salidas de Pamplona, recorriendo de paso los valles de Orba y Aybar y la tierra entre Aoiz, Lumbier y Sangüesa. Su principal objeto era impedir que estos pueblos facilitasen los granos que les pedian los carlistas para la manutencion de sus tropas; pretexto que servia por otra parte á Charandaja para arrebatar sin conmiseracion cuanto los labradores tenian en sus casas, conduciéndolo en seguida á los puntos fortificados mas próximos. A Iriarte opuso Zumalacárregui Cordeu y Lucus, con los cuales tuvo el primero varios encuentros sin que ninguno fuese decisivo, porque Charandaja mandaba una fuerza doble que la de Cordeu y Lucus, y operaba además en un terreno circunvalado de guarniciones, las que apenas se trababa combate, venian al socorro de los suyos.

Antes de terminar este capítulo, hablaremos del escuadron que con el título de defensores de la *Legitimidad* creó Zumalacárregui por este tiempo, con motivo de los muchos oficiales tanto del reino como

extranjeros, que diariamente se presentaban en sus filas. Provistas todas las plazas de los batallones y escuadrones existentes, el número de los oficiales que habia demás, particularmente de caballeria, era aun muy considerable. El general los reunió todos en un cuerpo bajo el inmediato mando del brigadier don Juan Bellengero que acababa de presentarse. Por consecuencia de este acuerdo entraron en el escuadron de oficiales muchos hombres distinguidos por su nacimiento, capacidad y crédito que se prestaron sin repugnancia y hasta con cierta satisfaccion á hacer el servicio de simples voluntarios. En los primeros dias que siguieron á la creacion de este cuerpo, se vieron en él los nombres de Arjona, Cabañas, Freyre, Balmaseda, Henninseng, Latorre, Sancho, Moral, Caraza, Quevedo, Soto, Hortelano, Saiz, Sarraminaga, Vial y otros varios que no recordamos, pero que mas adelante se han dado á conocer algunos de ellos, probando en el desempeño de otros cargos su valor é inteligencia.

Otro escuadron poco menos numeroso que el de la Legitimidad formaban los ayudantes de Zumalacárregui, y en él figuraban los nombres de Berdiel, Lacy, Reina, Plaza, Caces, Urra, Barres, Martinez, Benavides, Aezquivel, Arjona, Pavía, Eraso, Cisneros y otros no menos conocidos.

Al citar estos nombres no podemos pasar en silencio el de don Javier Jáuregui, paisano, amigo y antiguo compañero de caza de Zumalacárregui, quien conducido del particular afecto que profesaba á éste, tomó parte en la lucha. Este honrado guipuzcoano, simple carpintero antes de la guerra, fue el primero

que ejerció entre los carlistas las funciones de ingeniero, prestando servicios de la mas grande importancia; servicios que sin duda le hacen acreedor á esta honorífica mencion en una obra dedicada á la memoria de Zumalacárregui, su amigo.

CAPITULO VIII.

Constancia del gobierno cristino.—Nuevos refuerzos que manda al ejército de Navarra.—Accion de Arroniz.—Valdés ministro de la Guerra y general en gefe del ejército enemigo.—Negociacion entablada con el reino británico para regular la guerra.—Zumalacárregui en Lecumberri.—Accion de Ezcurra.—Progresos del ejército realista.—Zumalacárregui en Mondragon y Valdés en Victoria.—Disposiciones de aquel.—Valdés invade la Amézcoa.—Sus maniobras y las de Zumalacárregui.—Accion célebre de Artaza.—El ejército cristino se retira en derrota sobre Estella.—Acantonamiento de los batallones carlistas en la Berrueza.—Llegada de Lord Eliot al cuartel general de Zumalacárregui.—La estipulacion sobre el cange de prisioneros queda firmada.—Los vizcainos y guipuzcoanos vencen á los cristinos en Garnica.—Zumalacárregui ataca la guarnicion de Irurzun.—Toma de Treviño.—Los cristinos retiran la guarnicion de Estella.—Muerte del coronel don Cárlos O-Donell.—Sitio de Villafranca de Guipuzcoa.—Espartero es sorprendido y completamente deshecho en el alto de Descarga.—Oráa es derrotado al retirarse del Baztan.—La guarnicion de Villafranca capitula.—La de Tolosa se retira á San Sebastian.—Las de Vergara é Eivar se entregan.—La de Durango huye.—La de Ochandiano es obligada á rendirse.—Zumalacárregui marcha sobre Bilbao.—Causas que le resolvieron á esta operacion.—Primer dia de ataque.—Zumalacárregui es herido.—Lo conducen á Cegama.—Su muerte.—Juicio sobre él.

on este tiempo el gobierno cristino lejos de arredrarse con los contínuos reveses que sufrian sus armas, parecia que tomaba por norma de su conducta aquella constancia que atribuyen los historiadores al senado romano, cuando destruido un ejército por Anibal ó por la heróica Numancia, enviaba al instante otro que le reemplazase. Así antes de que pasara el mes de marzo, ya se vió entrar en Navarra un refuerzo considerable

dirigido por el general Aldama. El silencio con que la nueva division habia pasado el Ebro y acercádose hácia la base de operaciones del ejército cristino contra lo que en otras ocasiones se habia visto hacer á sus gefes, confirmó la noticia que poco antes habia empezado á correr entre los habitantes, de que Aldama tenia órden de estar á la espectativa observando á los carlistas sin venir jamás á las manos. Grande debió de ser la sorpresa de aquel al encontrar tan pronto lo que ni remotamente buscaba.

Aldama despues de reforzar su division con algunos de los batallones que antes de su llegada existian en el teatro de la guerra, á pesar de la prudencia y notable cautela con que obraba, se arriesgó á pisar las faldas de Montejurra, montaña aislada y que por lo mismo se debe considerar como el puesto avanzado de todas las que rodean á Estella. Mientras esto sucedia, Zumalacárregui acababa de llegar con ocho batallones al valle de Ega, donde á la sazon se hallaba su caballería; y habiendo recibido allí noticia de la aparicion de esta fuerza enemiga á poco mas de una hora de distancia, se dirigió sin retardo á su encuentro. Iba Zumalacárregui el primero y un poco mas adelante de sus batallones, cuando al llegar á una pequeña eminencia, por la cual pasa el camino que va de Luquin á Arroniz, descubrió cerca la division enemiga. Retirándose entonces algunos pasos para no ser visto de ella, echó pie á tierra, dando á sus tropas la órden de hacer alto y sentarse en el mismo camino que llevaban. La division cristina se dirigía en este momento hácia las eras de Arroniz, situadas al pie de la altura que ocupaban los carlistas, con el

objeto segun se vió luego, de pararse y formar allí sus masas. Como ambas fuerzas estaban tan próximas la una á la otra, temiendo Zumalacárregui que solo el simple rumor de la gente bastase á descubrirlo, mandó guardar el mas profundo silencio, ordenando al propio tiempo á los que le acompañaban se retirasen de él algunos pasos. Fijó en seguida su atencion en la multitud de enemigos que se ofrecia á su vista, y pareciéndole esta fuerza superior á la que segun sus cálculos podia tener allí el gobierno cristino, prorrumpió en una exclamacion de extrañeza. No fué, sin embargo, esto bastante á hacerle cambiar la resolucion que traia de acometerla, y lo habria verificado al punto á no haberse propuesto hacerlo valiéndose de cierta coyuntura que esperaba. Zumalacárregui creia que sus adversarios dejarían las armas en pabellon, como sus disposiciones preparatorias lo indicaban, y cuando las tuviesen en este estado, pensaba caer desde la altura sobre ellos, de improviso; pero la ocasion que aguardaba no llegó á verificarse, porque los cristinos antes de romper filas y permitir al soldado se separase de sus armas, mandaron á las cumbres vecinas destacamentos de cazadores con algunos caballos para que las reconociesen, y esto puso á los carlistas en la necesidad de descubrirse y salir á encontrarlos.

A la primera señal de alarma, el general enemigo que tenia todos sus cuerpos formados en masa, destacó algunos para que subiesen á la altura. Los dos batallones navarros que marchaban los primeros, no bastando para resistir el ataque simultáneo de las tropas cristinas, iban á dejar su posicion, cuando antes que

estas se estableciesen en ella, fueron desalojadas por el 6.º batallon de Navarra, mandado por don Pablo Sanz y don Manuel Gonzalez del Campillo. Los cristinos queriendo utilizar entonces su superioridad numérica, dieron mayor extension á la línea de batalla, y prolongándola sobre su derecha, ocuparon el pueblo de Arroniz. Posesionados ya de esta villa, avanzaron contra el flanco de los realistas, quienes por su parte acudieron tambien á recibirlos, dándoles una acometida tan impetuosa, que los obligaron á buscar apoyo en algunos edificios exteriores, señaladamente en las paredes del átrio de un santuario que domina el pueblo, llamado Nuestra Señora de Mendía. Llegadas las cosas á tal estado, los carlistas faltos de artillería, no podian continuar el ataque sin mucha desigualdad y exponer los habitantes de Arroniz á toda clase de excesos y horrores; por cuyas causas mandó Zumalacárregui á sus tropas se replegasen sobre los lugares de Urbiola y Villamayor que solo distaban hora y media, y adonde llegaron siendo ya de noche. Apenas amaneció el dia siguiente, se oyó en los cantones de los realistas la marcha que tocaban las cajas y cornetas cristinas en Arroniz, y suponiendo el carlista que esta fuese la señal para venir á su encuentro, despues de reunir sus batallones, los colocó en posicion. Hecho así, viendo que aquellos no parecian, avanzó con toda su caballería hasta dar vista á Arroniz. En esta disposicion esperó á que los de Aldama hiciesen su movimiento; pero observando pocos instantes despues que tomaban la direccion de Sesma y Lerin, llevándose consigo sus heridos, cuyo número segun las mejores noticias pasa-

ba de seiscientos, siguió por espacio de mas de una legua el alcance de su retaguardia: mas al ver la suma precaucion y buen órden con que se retiraban, considerando inútil seguir adelante, se volvió á Arroniz. Aun no habia acabádo de entrar en esta villa, cuando sobrevino un terrible aguacero que cogió en el camino á las tropas de Aldama.

En Arroniz supieron los realistas muchas particularidades curiosas relativas á la accion del dia precedente, así como la enorme pérdida que habian sufrido las tropas cristinas, y el profundo sentimiento que habia causado á Aldama este inesperado suceso. Nosotros sin embargo, no atribuimos esta última circunstancia, sino á la órden que tenia de conservar intactas sus tropas para la campaña que debia de comenzar muy en breve bajo la direccion personal de uno de los miembros del gabinete cristino.

Este personaje era el general don Gerónimo Valdés, ministro de la Guerra, quien antes de hacer pública en el ejército la mision que segunda vez le llevaba á Navarra, procuraba mandar á esta provincia cuantas fuerzas podia reunir. Como este gefe profesaba, segun hemos indicado ya, principios mas razonables y filantrópicos que los demas innovadores de España, se resistia tal vez á hacer la guerra bajo el pie de barbarie que la habian hecho sus predecesores; por lo que instaba al Gobierno á que trabajase cerca del gabinete inglés con el fin de que este interviniese en regularla. El ministerio Tory, á cuyo frente se hallaba el duque de Wellington, acogió con aprecio la proposicion, y desde entonces se dió la mayor prisa á mandar en su nombre un comisionado á las

provincias con este importante encargo, cuyo resultado veremos mas adelante.

Despues que Aldama se retiró con sus tropas de la inmediacion de las montañas á los pueblos fortificados, Zumalacárregui se vió en estado de no poder por el pronto emprender operacion alguna en la merindad de Estella; pero como la guerra continuaba haciéndose con mayor actividad en el Baztan por el empeño que los cristinos tenian en cerrar la frontera francesa á los realistas, y estos en defenderla, se vino con varios batallones á Lecumberri. Esta villa que por su situacion céntrica ofrecia al general carlista el mejor y mas pronto medio de recibir noticias de cuanto ocurria en todas partes, y la posibilidad de acudir con presteza á cualquier paraje en que fuese necesaria su presencia, era mirada por él como su verdadero punto estratéjico; haciendo muchas veces concurriesen allí los gefes que operaban independientemente en otros sitios para informarle personalmente de todo, y poder combinar mejor las operaciones que debieran emprenderse. En esta ocasion habian sido llamados don Miguel Gomez y don Joaquin Elio. Zumalacárregui estaba conferenciando con ellos en el momento de llegar á Lecumberri el aviso de que Oráa habia salido de Santesteban, dirigiéndose hácia la parte donde se hallaban acantonadas las tropas que dirigian aquellos dos gefes.

Componíanse las de Gomez de dos batallones guipuzcoanos, y las de Elío de otros dos navarros: estas como mas próximas fueron casi sorprendidas en el pueblo en que estaban por los de Oráa; de modo que para poder salvarse se vieron precisadas á huir algo

desordenadamente, aunque sin perder un solo hombre. Los guipuzcoanos entre tanto tuvieron tiempo para prepararse á recibir al enemigo, lo que ejecutaron con tal resolucion y denuedo que le obligaron á retirarse; con lo cual creció hasta el extremo la audacia de los guipuzcoanos, quienes hicieron á Oráa varios prisioneros, despues de causarle una gran pérdida.

Este combate que tomó su nombre de Ezcurra, por ser el pueblo que ocupaban á la sazon los guipuzcoanos, contribuyó á poner coto á las salidas de las columnas cristinas que andaban por el Baztan.

Al entrar la primavera del año 1835, todo lo que pertenecia al ejército carlista se hallaba en un estado de prosperidad tal, que casi excedia de lo que poco antes se creia posible.

Desde que Zumalacárregui puso á don Cárlos O-Donell á la cabeza de la caballería de Navarra, esta arma hacía cada dia nuevos progresos. La edad florida de este gefe, su inteligencia y natural intrepidez parecian anunciar muchos dias de gloria á las armas realistas; pero los suyos desgraciadamente estaban ya contados.

Apenas las pesquisas de Mina le habian hecho dueño de las cuatro piezas de artillería que los carlistas poseian en el Baztan, cuando Reina comenzó á reunir nuevamente almireces, calentadores y braseros; y aunque con mayor trabajo que la vez primera, consiguió al fin no solamente fundir otras cuatro piezas, sino tambien que estas fuesen mas aproximadas á la perfeccion que las anteriores, lo que se debia sin duda á la práctica que los fundidores habian ya adquirido en el oficio.

Tambien las armerias habian hecho grandes adelantos, especialmente la que estaba situada en un lugar de la Amézcoa llamado Ecala. La inteligencia de los hombres que allí trabajaban, era de las mas completas en la construccion de las armas blancas y de fuego; pero faltaban los medios de hacerlas, pues en todo se dejaba ver la escasez y miseria que pesasaban sobre el gobierno y ejército carlista.

En las fábricas de pólvora se trabajaba con suma maestría; mas como los salitres costaban mucho dinero contante, las elaboraciones eran tan mezquinas, que apenas alcanzaban á sufragar al consumo del fusil empleado en los combates: de manera que cuanllegaba el caso de hacer uso del cañon, todo el sistema económico se resentia de este gasto extraordinario.

Por mas que se afanaban las juntas de las provincias, apenas podian procurar á Zumalacárregui ningun auxilio: asi los cuidados del general carlista eran al presente mucho mayores que al comenzar la guerra; siendo esto tanto mas de sentir, cuanto la penuria de medios no le permitia pasar á la ejecucion de mayores empresas.

No pudiendo combatir á sus adversarios desde que dejaron de recorrer el pais montuoso y se retiraron á puntos fortificados, se resolvió á penetrar en Alava y Guipúzcoa, y por fin se fijó por algunos dias en Mondragon. En esta villa combinaba con los comandantes generales de Vizcaya y Guipúzcoa la operacion de un sitio, cuando recibió la noticia del arribo del general Valdés á Vitoria, y de que el número de fuerzas alli reunidas ascendia ya á treinta

y dos batallones, sin contar las columnas que separadamente operaban en el Baztan con Oráa, en Guipúzcoa con Jáuregui, y en Vizcaya con Espartero.

Desde que el carlista vió levantarse tal tempestad en Vitoria, se dispuso á marchar al paraje que le pareció mas á propósito para esperarla.

Lejos de conservar reunidos los catorce batallones que habia juntado en aquel punto, y de llamar otros nuevos que le auxiliasen, destacó los guipuzcoanos para que atendiesen á la defensa de su pais natal y se proporcionasen al mismo tiempo los recursos necesarios para su subsistencia. Al general Sarasa le dió iguales instrucciones con respecto á la division de Vizcaya; y al cuartel de don Cárlos que á la sazon estaba en Oñate, le hizo presente que convendria se retirase hasta Segura como punto menos expuesto á una invasion. Ejecutadas que fueron estas medidas, Zumalacárregui con los seis batallones navarros que le acompañaban se trasladó rápidamente á la Amézcoa. Situado allí, esperando saber con alguna anticipacion el movimiento de Valdés desde Vitoria, no dudó mandar los cuatro á los valles circunvecinos para que estuviesen con menos incomodidad y pudieran mas fácilmente proveer á su manutencion.

Era el 20 de abril cuando Valdés, que se habia anunciado con una proclama dirigida á los habitantes (1), salió con su ejército de la capital de Alava, y tomando la direccion de Contrasta, se presentó

(1) Véase el número 13 de los documentos justificativos.

aquella misma tarde á la vista de este pueblo. El general Villareal que lo ocupaba con dos batallones de alaveses, cumpliendo con las instrucciones que tenia, lo evacuó inmediatamente, replegándose hácia Eulate donde estaba Zumalacárregui. Los cristinos despues de entrar en Contrasta y apoderarse de las pocas casas que hay allí, colocaron sus fuerzas en los campos vecinos, donde pasaron la noche, terminando asi las operaciones de aquel dia.

Al instante que Zumalacárregui recibió el aviso de la salida de su enemigo de Vitoria y la direccion que tomaba, expidió á los gefes de los batallones acantonados en los valles de Ega y Berrueza, una órden para que inmediatamente se le presentasen. En su consecuencia, antes que amaneciese el dia 21, ya se hallaban acampados en las cercanías de Eulate los batallones de Guias 1.°, 2.°, 3.°, 4.°, 6.° y 10.° de Navarra, el 1.° de Castilla y el 1.° y 2.° de Alava. Zumalacárregui podia á la verdad haber aumentado algunos dias antes estas fuerzas; pero las dificultades de mantenerlas en un pais tan estéril y exausto de todo, y la imposibilidad de maniobrar con soltura en un terreno tan angosto y desigual como lleno de obstáculos, le persuadieron que los diez batallones que hemos citado serian suficientes para hacer frente á los treinta y dos de Valdés.

La mañana estaba ya bastante avanzada cuando el ejército cristino se puso sobre las armas. Poco despues comenzaron sus batallones á desfilar á la vez por dos distintos caminos; si bien ambos los conducian á Eulate. Zumalacárregui que desde muy temprano se habia venido acompañado de una pe-

queña escolta hasta cerca de Contrasta, á fin de observar por sí mismo los movimientos del enemigo y disponer en su vista lo conveniente, mandó sin dilacion á sus tropas que evacuasen á Eulate y que emprendiese en seguida la marcha en direccion de San Martin de Amézcoa. Despues de haber salido del primer pueblo, Zumalacárregui apostó dos batallones en un bosque que hay á la mitad del camino entre Eulate y San Martin. Su objeto era comenzar desde aquí á oponerse á la marcha de los cristinos, caso de que siguiesen por el fondo del valle; oposicion que acreditó un tiroteo de guerrillas bastante vivo que tuvo luego principio. Notando el general carlista que en lugar de aumentarse el fuego iba en disminucion, procuró informarse de la causa que lo motivaba, y vió por sus propios ojos que los enemigos, en fuerza considerable, subian por los puertos de Aranarache y Eulate á la sierra de Urbasa. Al pronto creyó que esta tropa seria no mas que la parte destinada á caer sobre su flanco derecho; pero como el desfile continuaba y los cristinos iban evacuando por completo el valle, se halló indeciso sobre los verdaderos proyectos de Valdés.

Para salir de tal incertidumbre, mandó á don Teodoro Carmona que subiese con su batallon 10.° de Navarra por el puerto de San Martin á lo alto de la sierra, y observase la direccion del ejército contrario. Apenas llegó Carmona al punto designado, tuvo que comenzar el fuego contra las guerrillas que cubrian los flancos de la columna, mas como estas en vez de atacarle con resolucion y arrojarle de allí, manifestaron la misma flojedad que las que se habian

presentado al frente del bosque entre San Martin y Eulate, pudo Carmona examinar detenidamente lo que hacia el ejército cristino, avisando á Zumalacárregui que los enemigos conforme iban llegando á la venta de Urbasa, se formaban en masa por batallones y que segun todos los indicios pensaban permanecer allí algun tiempo.

La venta ó palacio de Urbasa, (de ambos modos se le nombra) hácia la cual dirigian su marcha los cristinos, es un vasto edificio de piedra, bastante sólido, de forma cuadrangular, y el único que existe en el grande espacio de la planicie de aquella sierra, donde á causa de su elevada situacion hace un frio extremado; no viéndose á sus inmediaciones ningun género de cultivo, ni siquiera agua para beber. Unicamente la yerba que allí nace, atrae en el buen tiempo algunos pastores con sus ganados. Pero la venta es un refugio necesario en invierno para el viajero que tiene precision de pasar de la parte de Estella á la de Salvatierra, Borunda y Guipúzcoa, ó vice versa.

No obstante las muchas causas que habia para dejar pronto las cercanías de la venta de Urbasa, Valdés permaneció allí pasivo hasta que vió llegar á su último soldado. Trece horas empleó el ejército en andar las tres leguas que de aquel paraje dista la venta de Contrasta, y el motivo principal de esta increible lentitud no pudo ser efecto de otra cosa que de la necesidad en que se estaba de conducir los treinta y dos batallones á la desfiláda por unos caminos estrechos, tortuosos y sumamente desiguales.

Zumalacárregui llevó tambien sus tropas á la Amézcoa baja. Al llegar aquí se cubrieron las avenidas de la sierra, mandando á esta buenos guias y prácticos, acompañados de unos 200 tiradores, á fin de mantener con sus disparos toda la noche en vela al enemigo. Tomadas estas medidas, los diez batallones se alojaron en Zudayre y pueblos inmediatos, en donde descansaron despues de bien racionados para combatir con mas brios al dia siguiente.

Al rayar el alba, Zumalacárregui dió la órden para que se tocasen durante largo rato las cornetas y cajas, y se distribuyese á las tropas el aguardiente acostumbrado en los dias de combate; recorriendo en seguida las compañías y animándolas con algunos breves discursos. A las cinco de la mañana comenzó á establecer en varios puntos sus batallones, y creyendo que los enemigos bajarian adonde él estaba por el puerto de Zudayre, que es el mas ancho y suave, colocó veinte compañías por escalones. Cerca de las ocho tuvo este órden una completa variacion; porque en lugar de descender los contrarios por el citado puerto, se observó que iban pasando por el borde de la sierra hácia el de Artaza. Zumalacárregui sorprendido al principio de tal movimiento, comprendió al fin que el tan formidable ejército no trataba ya mas que de retirarse de su vista rehuyendo el combate. Entonces con la mayor resolucion tomó cuatro batallones y subió con ellos al puerto de Artaza. Al llegar á él, los cristinos empezaban á salir al descubierto desde el bosque que hay mas elevado en busca á lo que

luego se vió, del camino de Estella. Los cuatro batallones dirigidos por Zumalacárregui en persona, acompañado á la sazon del escuadron de oficiales de la Legitimidad, atacaron la cabeza del ejército enemigo con tanto ímpetu, que le obligaron á retirarse á la espesura del bosque de donde habian salido; mas habiéndoles llegado poco despues nuevos refuerzos, volvieron á presentarse al descubierto, y entonces se trabó una accion de las mas tenaces que se vieran en la presente lucha. Los soldados cristinos, con lo sufrido en las dos noches de campamento en un pais tan destemplado, y el hambre que ya sentian por no haber economizado nada de las tres raciones que les habian dado al tiempo de ponerse en marcha desde Vitoria, aflojaron algo al principio del combate, aunque no tanto como habrian aflojado otros en igual caso, pues siendo españoles no eran menos capaces de soportar el hambre y los trabajos que sus adversarios. Sin embargo, mucho contribuyó al resultado que tuvo este choque el ejemplo que dieron á sus tropas los generales cristinos, porque Seoane á la cabeza de una de las columnas de ataque recibió una herida de gravedad, y Córdoba se conducia tambien admirablemente. ¡Pero de qué gloria no se hicieron dignos estos cuatro batallones carlistas que desde una posicion desventajosa disputaron el paso por mas de cinco horas á una masa tan formidable.

El sol habia llegado ya á la mitad de su carrera cuando mandó Zumalacárregui que avanzasen hasta el lugar de la pelea dos batallones de la reserva, los cuales impacientes por tomar parte en la accion,

marcharon á la carrera; pero antes de llegar á su destino recibieron la órden de volver al punto de donde habian salido. Esta contramarcha procedia de que los cristinos habian ya avanzado hasta cortar la línea de comunicacion que el general realista tenia con sus reservas por medio del puerto de Artaza; novedad que obligó al carlista á retirarse en la misma direccion que proyectaban seguir los constitucionales hasta que despues de andar un buen trozo de la cordillera, descendió al valle de Hellin por el puerto de Chavarri.

El gefe de las fuerzas navarras que se habian mantenido en reserva (honor que cupo al autor de esta historia) continuó en donde al principio se hallaba; es decir, en el fondo de la Amézcoa baja, hasta las cuatro de la tarde, hora en que no sabiendo todavía ni lo que habia pasado en lo alto del puerto, ni el paradero de su general, se resolvió subir á la cima acompañado de dos batallones para hacer un reconocimiento. Los exploradores que iban á la cabeza, apenas pusieron el pie en el puerto, cuando observaron que todo el ejército se dirigia hácia Estella, excepto una division compuesta de seis ó siete batallones que permanecia formada en columna cerrada á pocos pasos de allí con el objeto al parecer de cubrir la retaguardia. Luego que el primer batallon de Navarra que marchaba á la cabeza, tomó posicion en el alto del puerto, comenzó el ataque contra la division enemiga, la que permaneciendo antes arma al brazo, viéndose acometida, opuso una gran resistencia. Despues, ora fuese porque se acercaba la noche, ora porque habria llegado el momento de la retirada,

ora en fin, porque vieran aumentarse el número y la audacia de los que la atacaban, comenzó la retaguardia cristina á marchar con algun desórden. El camino era una senda muy pendiente y de las mas escabrosas; por cuya razon los realistas dejando la huella avanzaron por ambos flancos y desde posiciones dominantes hicieron vivísimo fuego sobre sus enemigos, causándoles daño de mucha consideracion. Cuéntase que cuando esto pasaba, la cabeza del ejército de Valdés entraba ya en Estella, y aunque todavía hubiese desde esta ciudad al punto en que se hallaba la retaguardia, dos leguas, el desórden que reinaba en ésta se comunicó progresivamente hasta aquella. Si la derrota no produjo una catástrofe y los carlistas no hicieron algunos miles de prisioneros, débese por una parte á la aspereza del terreno que no les permitia avanzar lo que quisieran; y por otra á la acertada resolucion que tomó uno de los generales cristinos de detenerse aquella noche en el pueblo de Abarzuza, proporcionando asi un punto de refugio y apoyo á los infinitos dispersos que por espacio de varias horas anduvieron errantes por los montes. En esta retirada hicieron uso los cristinos de los cohetes á la *congreve*, pero en el desórden en que lo verificaron y la precipitacion con que se retiraban, no les dió tiempo á tirar sino muy pocos, que lejos de causar daño alguno á sus adversarios, fue para ellos motivo de grande algazara, por serles desconocida tal clase de proyectiles.

Zumalacárregui asi que oyó el fuego de este combate, volvió á subir á lo alto del puerto de Eraul, presentándose sobre el flanco derecho enemigo; pero

como las tropas que le acompañaban eran las mismas que habian combatido tan obstinada y valerosamente por la mañana, estaban tan fatigadas y escasas de municiones, que nada pudieron hacer lo que en otro caso hubieran ejecutado.

Tal fué el resultado de la famosa accion de las Amézcoas: accion sobre la cual tanto han hablado despues los cristinos, refiriéndola los émulos de Valdés como si fuese la derrota de Cannas, y citándola por el contrario sus amigos, como una de las mas señaladas victorias. El daño que sufrieron los carlistas fue de poca entidad, pues no tuvieron mas de dos capitanes muertos, don Javier Iduarte, natural de Puente la Reina, y don Martin Uriz, reputado entre sus compañeros por el mas valiente, admirándose los comandantes de su batallon de verle salir ileso de entre las balas todas las veces que entraba en accion la compañía de granaderos que él mandaba.

Si el ejército cristino no tuvo en punto á hombres una pérdida material capaz de fijar demasiado la atencion pública, se puede asegurar que á lo menos la moral fue incalculable. Las operaciones que siguieron á este combate y de que luego hablaremos, confirmarán sobradamente la certeza de lo que decimos; pues no hubo durante la guerra otra ocasion en que los realistas sacasen tanta utilidad y ventajas como en esta.

Para mayor gloria de Zumalacárregui, quiso lisongearle la suerte con traer á su cuartel general dos dias despues del suceso de las Amézcoas, al lord Eliot. Este noble personaje enviado por el gobierno de la Gran Bretaña con la importante mision de

regular la guerra, habia sido ya presentado á don Cárlos. La satisfaccion y contento que en esta ocasion mostraban los pueblos, los trofeos militares recogidos en el campo de batalla y reunidos despues en el alojamiento del general carlista de Asarta, y los prisioneros que casualmente vió á su llegada junto á la puerta, darian á conocer al ministro inglés de parte de quién se declaró la victoria, mucho mejor que las estudiadas relaciones oficiales.

El ilustre comisionado era persona de agraciado semblante, de gentil y airosa talla, de edad de unos treinta y cuatro años y de traje muy sencillo y sin adorno alguno. Le acompañaba en calidad de secretario el coronel Gurwood que traia puesto su uniforme. Cuéntase que al ir á pasar desde Francia á España, les encarecieron tanto en Bayona las privaciones del ejército carlista, hasta de las cosas mas indispensables á la vida, que tuvieron que comprar á subido precio una gran cantidad de comestibles, incluso el pan; mas asi que atravesaron la frontera conocieron el fin del engaño y lo inútil de sus precauciones.

Al contemplar Zumalacárregui los progresos de su obra, no pudo menos al ver á lord Eliot, de sentir una satisfaccion que casi podria llamarse noble orgullo, puesto que con medios tan mezquinos y fuerzas tan escasas habia obligado á sus enemigos á suspender los sanguinarios efectos del inhumano decreto conocido bajo el nombre de *Ley marcial*; decreto que él mismo habia oido pregonar solemnemente y con el aparato acostumbrado en la milicia por

las calles de Pamplona el dia siguiente al fusilamiento del general don Santos Ladron.

Firmada la estipulacion, (1) la prensa de Madrid se desató en invectivas y acriminaciones contra el general Valdés, suponiendo que además de ser ignominiosa para el partido cristino, le seria tambien desfavorable, y muy útil por el contrario á los carlistas. El general Córdoba tomando la defensa de Valdés, contestó á los periodistas por medio de un manifiesto que publicó en los felices dias que precedieron á la funesta muerte de Zumalacárregui. En él, dejando á un lado lo que se debia á la civilizacion, probó con hechos recientes é indisputables, que la estipulacion era incomparablemente mas ventajosa á las tropas constitucionales que á las realistas: verdad innegable que solo el espíritu de partido, que es una especie de locura, podia desconocer. Fíjese sino la consideracion en que en los dos meses que siguieron al tratado, los carlistas reunieron en sus depósitos mas de trescientos oficiales, y dos mil soldados prisioneros; sin contar un número mucho mayor de estos últimos que voluntariamente tomaron las armas en favor de don Cárlos, al paso que los cristinos no tenian *un solo* hombre para cangear.

El general carlista hizo reunir todos los prisioneros que acababan de llegar procedentes de la accion de las Amézcoas, y presentándolos á lord Eliot, les anunció que en obsequio de este personaje les otorgaba no solamente la vida, sino la libertad. Mandó despues que se les diese de comer, porque su desfa-

(1) Véase el número 14 de los documentos justificativos.

llecimiento llegaba al extremo, y que del mejor mo do posible se cubriese su desnudez. A los dos dias se volvieron á presentar en señal de reconocimiento, al mismo lord cuando este iba á marchar, pero se hallaban ya tan cambiados que nadie podia persuadirse fuesen los mismos.

Con motivo de haber manifestado su secretario lo satisfactorio que seria al ilustre mensajero tener una autógrafa de Zumalacárregui, tomó este la pluma y escribió: "En Asarta, lugar del valle de Ber„rueza, célebre por los diferentes combates que han „ocurrido en él durante este siglo, tuvo el honor de „recibir el 25 de abril de 1835 á S. E. el lord „Eliot—Tomás Zumalacárregui."—El mismo secretario hizo al general carlista el presente de un excelente anteojo de campaña que dijo habia servido en cierta ocasion al lord Welington durante la guerra de España. Zumalacárregui estimó tanto este regalo, que mientras vivió lo llevó siempre consigo, y hoy dia á pesar de no ser por sí de mucho valor, forma la principal joya de su familia.

Al ver las señales nada equívocas de agradecimiento y contento que manifestó el ministro inglés, nos lisongeamos de que llevaria profundamente impresa la memoria de Zumalacárregui.

Al tiempo mismo que esto tenia lugar en el cuartel general carlista, Valdés iba replegándose con el grueso de sus tropas al otro lado del Ebro, renunciando á la idea de domar el espíritu belicoso que dominaba en las montañas de Navarra. El resultado de la última accion habia probado al general-ministro que no solo serian vanos sino del todo ruinosos

los esfuerzos que se hicieran para sostener la guerra en el interior de las provincias vasco-navarras. Penetrado pues de esta verdad, resolvió cortar de una vez el incendio que amenazaba invadir el pais dominado por los cristinos, fijando por límites la barrera del Ebro. Lord Eliot pasó á Estella en busca de Valdés, pero no habiéndole hallado allí, tuvo que ir hasta Logroño.

En Vizcaya el comandante general interino don Juan Manuel Sarasa determinó por estos dias presentar una batalla en el pueblo de Garnica al general Iriarte, gefe de las tropas cristinas. La accion estaba hacía muchas horas empeñada y sostenida con igual valor, cuando apareció á la espalda de Iriarte el comandante general de Guipúzcoa don Miguel Gomez con dos batallones de esta provincia. El socorro llegó tan oportunamente que bastó su sola aparicion para decidir la victoria en favor de los carlistas. Este hecho de armas fué el mas notable que hasta entonces habia ocurrido en Vizcaya y tan glorioso para sus tropas y las guipuzcoanas, como para Sarasa y Gomez. En este combate perdió la vida peleando como un soldado de los mas valientes, el coronel don José Maria Pouso, natural de Galicia y antiguo compañero de armas de Zumalacárregui. Su valor igualmente que su constancia en los principios realistas, merecen muy bien que dediquemos estas cortas líneas á su glorioso fin.

La fama del caudillo carlista y el temor que infundia á sus enemigos, era por este tiempo tan grande, que en todas las cuatro provincias no encontraba ya mas enemigos que los encerrados en las plazas

y fuertes. Zumalacárregui se resolvió á atacar uno de estos, y como mas fácil eligió el de Irurzun situado en el punto donde se reunen los caminos que de Vitoria y Tolosa conducen á Pamplona, distante solo tres leguas de esta última plaza. Tres dias lo batió Zumalacárregui con el *Abuelo* sin poderlo rendir, y por fin se vió obligado á levantar el sitio ya por una avería que hubo en la pieza, y ya tambien por el mal tiempo y porque una fuerza imponente venia de la parte de Pamplona á socorrer la guarnicion. Sin embargo el fuerte habia sufrido tanto que los cristinos tuvieron que llevarse esta.

Apenas se retiró Zumalacárregui del frente de Irurzun, vino la junta de Alava á hacerle presente las grandes ventajas que resultarian á su provincia de la toma de Treviño; pues hallándose esta villa y el condado á que da su nombre enclavados en el territorio alavés, era su guarnicion uno de los mayores obstáculos para las operaciones administrativas. Treviño ademas de estar situado no lejos del curso del Ebro ofrecia á la sazon el inconveniente de distar solo tres ó cuatro horas de los parajes en que Valdés tenia acantonado su ejército. A pesar de esto Zumalacárregui confiado por una parte en la fuerza moral que sus tropas habian adquirido; y por otra en el refuerzo de tres batallones, dos alaveses y uno guipuzcoano que hizo venir al intento, se resolvió á embestir inmediatamente la guarnicion de Treviño. Concentrados los trece batallones destinados á esta operacion sobre la venta llamada de Armentia, los acantonó en los pueblos mas inmediatos. Los tres primeros dias que siguieron á esta operacion se pa-

saron en la mayor inquietud, pues fueron los que tardaron en llegar el viejo cañon y un obus de los fundidos por Reina. Sus conductores habian encontrado en el camino graves obstáculos, que solo pudo vencer su celo y paciencia; pero esta misma tardanza hizo que á su llegada todo se hallase ya dispuesto para el ataque. Las dos piezas fueron puestas luego en batería, y el fuego contra el fuerte se abrió inmediatamente. El cañon hizo muy poco efecto; el obus mucho; debiéndose solo á éste el que al fin la guarnicion capitulase á los dos dias. Los batallones alaveses 4.° y 5.° que mandaba el coronel don Prudencio Sopelana, aunque nunca se habian batido á la vista de Zumalacárregui, fueron los que se emplearon en todas las operaciones del sitio, habiéndose portado, particularmente el primero, con una bizarría sorprendente.

Desde el principio habia llegado el estruendo del cañon á los oidos de Valdés, mas á pesar de eso no determinó moverse hasta muy tarde; de manera que cuando llegó á Treviño, ya los realistas habian levantado el campo y hecho su retirada con los prisioneros y artillería; dejando solamente á los cristinos, como señal de su triunfo, los escombros del fuerte.

Viendo Valdés amenazadas todas las guarniciones cristinas situadas en el interior de Navarra y provincias vascongadas, dió la órden de evacuar algunos puntos fortificados antes que tomándolos Zumalacárregui, pudiese aumentar sus recursos y su gloria. La primera guarnicion á quien mandó retirarse fué la de Estella; poblacion considerable y la

mas importante de Navarra despues de Pamplona. Grande fué la satisfaccion de los carlistas cuando la vieron libre de cristinos. Zumalacárregui al volver de la toma de Trevño, se fué á descansar allí con sus batallones, verificando su entrada en medio de las aclamaciones del pueblo.

La fortuna se mostraba por todas partes favorable á las armas de don Cárlos, mas el estado de penuria siempre era el mismo para el general de sus tropas. La escasez de metálico particularmente habia subido por estos dias á tal punto, que Zumalacárregui no sabia ya de que arbitrio valerse ni á que recurso apelar para no interrumpir el pago puntual del real de vellon que se daba diariamente al soldado y que no habia dejado de satisfacérsele desde el principio de la guerra. Pero ¡qué de desvelos y fatigas no tuvo que sufrir antes de conseguirlo! En el apogeo de su renombre y poder, no pedia ni necesitaba Zumalacárregui para ocurrir á todas las indispensables atenciones, mas de quinientos mil reales de vellon mensuales, cuya suma apenas bastaria á cubrir las necesidades de un solo dia del ejército constitucional que se hallaba al frente.

Al salir de Estella, el general carlista se dirigió hácia la llamada Cuenca de Pamplona. La columna enemiga que estaba allí antes de su llegada, se retiró inmediatamente hasta ponerse á cubierto bajo el cañon de la plaza. Iba el escuadron de oficiales de la Legitimidad el mas próximo á la retaguardia enemiga, cuando esta volvió caras cerca de los muros. Entonces algunos oficiales bizarros, si bien poco prudentes en esta ocasion, dejándose arrastrar de su na-

tural ardor y deseo de distinguirse, quisieron dar muestra individual de su valor, acometiendo á un grupo de caballos enemigos. Desde luego salieron de entre estos varios tiros de carabina, hiriendo uno de ellos mortalmente al coronel de lanceros de Navarra don Cárlos O-Donell, quien por tomar parte en este combate parcial, habia dejado la cabeza de su regimiento. Sintió Zumalacárregui profundamente la pérdida de un oficial tan distinguido, y el elogio mayor que se puede hacer de O-Donell, es decir que por muchos dias estuvo exclamando su general que tal pérdida era irreperable. Conducido despues al pueblo de Echauri espiró en los brazos de su hermano el coronel don Juan O-Donell; el mismo que cuatro ó cinco meses despues, fué asesinado vil y cobardemente por el feroz populacho de Barcelona. Los restos del don Cárlos creemos existen en Echauri.

Valdés continuaba siempre sobre la derecha del Ebro. Zumalacárregui, no habiendo entre las guarniciones de Navarra ninguna que no se hallase en disposicion de resistir á sus escasos medios de ataque, resolvió marchar contra la de Villafranca de Guipúzcoa, y hácia los últimos dias del mes de mayo el estrépito del viejo cañon resonaba ya en el fondo de aquellas montañas.

Defendíanse tenazmente los sitiados, ya por lo fácil que les era guardar todos los puntos de un pueblo bien cerrado y de reducida circunferencia, ya por la suma confianza en que estaban de que vendrian á socorrerlos. Además, la artillería de los sitiadores, aunque sumamente próxima á la muralla, no hacía

en esta notable daño, cuya consideracion unida á la de que se llevaban cuatro dias de ataque sin haber conseguido resultado alguno, prolongándose el sitio mucho mas de lo que se pensara, obligó á Zumalacárregui á mandar al Baztan á su capellan particular don Miguel Antonio Legarra, persona muy práctica en el pais, activa y sumamente celosa, con el encargo de que dispusiese la conduccion de uno de los morteros. La operacion era dificil no teniendo los realistas camino carretil para conducir la pieza hasta Villafranca; pero no obstante Legarra supo vencerlo todo, debiéndose tambien á esta circunstancia el haberse hecho en menos tiempo del que se creia necesario. Vino Reina acompañando el mortero para dirigir el fuego, á causa de que el general don Joaquin Montenegro que en los dias anteriores habia hecho este servicio, acababa de ser herido.

Cuando dicha pieza comenzaba sus disparos, aparecieron amenazando á un mismo tiempo por partes opuestas dos columnas cristinas. La menor de estas fuerzas era la que mandaba el general Jáuregui, quien despues de haberse trasladado desde San Sebastian á Tolosa, manifestaba querer socorrer la guarnicion de Villafranca que solo distaba tres horas; pero habiendo sabido que por disposicion de Zumalacárregui habia ido á observarle el comandante general de la provincia don Miguel Gomez con los batallones guipuzcoanos, no obstante, su gran práctica en el terreno, no se atrevió á salir fuera de las fortificaciones de Tolosa. La segunda columna mandada por el general don Baldomero Espartero, constaba de una fuerza considerable, igual por lo menos á todo

el ejército carlista concentrado al rededor de Villafranca. Espartero despues de entrar en el punto fuerte de Vergara, subió el alto de Descarga y estableció su campo sobre el mismo camino real.

Por este tiempo el comandante general de Vizcaya, don Francisco Benito Eraso, ocupaba con la mayor parte de las fuerzas de su provincia el pueblo de Villareal de Zumarraga, situado tambien sobre el camino real, á media hora de distancia del alto de Descarga. Asi que tuvo noticia de la aproximacion de Espartero, dió de ello aviso á Zumalacárregui, quien le ordenó continuase donde á la sazon se hallaba; añadiendo que en el caso de avanzar el enemigo, luego que estuviese á la vista, le dejase libre el paso hácia Villafranca, con la advertencia de que apenas se hubiese adelantado la columna cristina mas allá de Villareal, se apoderase de esta villa y atacase en seguida la retaguardia enemiga. Como la principal intencion de Zumalacárregui era atraer hácia donde él estaba á Espartero, el fuego contra Villafranca prosiguió con doble vigor. Las cosas se presentaban del modo mas conveniente á los deseos del general carlista cuando la suerte, si bien favorable, lo dispuso todo de otra manera.

Queriendo el general Eraso informarse á punto fijo de la posicion que ocupaba el enemigo, hizo salir cerca del anochecer del pueblo de Villareal donde se hallaba, un escuadron de caballería y varias compañías de infantería, con el encargo de reconocer el camino real hasta el alto de Descarga; mandándoles al propio tiempo como por via de precaucion que durante esta maniobra estuviesen los batallones for-

mados sobre el camino real. El escuadron de caballería asi como la infantería que iba detrás, marcharon á un paso tan acelerado, que olvidando toda medida prudente, se introdujeron á escape en medio del campamento enemigo. Era ya de noche, y sus sombras junto con el resplandor de las hogueras y el humo, causaron tal espanto á los soldados de Espartero, que todo el ejército se dispersó, abandonando una gran parte las armas que tenia en pabellon. En medio de este desórden los que tomaron la direccion de Vergara, se salvaron fácilmente; pero los que siguieron otro rumbo, ó fueron á dar á barrancos sin salida, ó á parar á sitios donde se hallaban los carlistas. Mientras los dispersos erraban de aquí para allí, acudieron al lugar de la escena los batallones vizcainos y parte de los guias de Alava, y sin necesidad de disparar apenas un tiro, hicieron envueltos en las tinieblas un gran número de prisioneros. Dos mil cuando menos eran los que á la mañana siguiente estaban reunidos en los pórticos de la iglesia de Zumarraga con una cantidad extraordinaria de armas. Esta victoria conseguida sin que los realistas perdiesen ni siquiera un hombre, se debió al terror pánico que en las filas enemigas infundia por este tiempo el solo nombre de Zumalacárregui.

Al terminar la relacion del suceso de Descarga llamaremos la atencion sobre los dos *duques de la Victoria*, para que los hombres imparciales decidan á cual de ellos corresponde con mas justicia este título; si al que despues de tantas victorias, coronadas al fin por una muerte gloriosa, nombró don Cárlos en 1836, ó al que con posterioridad creó S. M. la

reina viuda doña Maria Cristina de Borbon.

Pocos dias despues de la derrota de Descarga, cuando pasábamos por el sitio en que ésta tuvo lugar, los paisanos nos mostraron con la mano un caserío que habia cerca del camino real, donde decian se hallaba Espartero al tiempo de la sorpresa, pero que favorecido por las sombras de la noche se habia podido fugar por entre los lanceros carlistas sin que estos le conociesen.

El felicísimo suceso de que acabamos de hacer mencion, fué precedido de una victoria muy señalada en el Baztan. El general don Marcelino Oráa, despues de levantar simultáneamente las guarniciones de la frontera y de reunir en Elizondo todas las fuerzas, se retiraba con ellas hácia Pamplona. El coronel Sagastibelza que no le perdia de vista con su brigada, la del coronel Elío y un batallon de Guipúzcoa, á pesar del terrible temporal que hacía, le acometieron con tanta impetuosidad y resolucion al pie del puerto de Belate, que consiguieron ponerle en completa derrota, haciéndole prisioneros ochenta y seis entre gefes y oficiales y mas de setecientos soldados. Los cristinos habian abandonado con tal precipitacion el Baztan, que dejaron en él varios efectos y hasta cargas de municiones, de que al momento se aprovecharon los realistas.

Luego que Zumalacárregui recibió la noticia de estas dos victorias, hizo cesar el fuego contra Villafranca y mandó un parlamentario á la plaza para anunciárselas á los sitiados. Estos no quisieron al principio darles crédito, mas al fin se convinieron en que algunos de los suyos pasasen á Zumarraga para

ver por sus propios ojos los prisioneros; y habiéndose convencido de la certeza del hecho, se entregaron mediante capitulacion. Antes que esta se firmase, llegó el aviso de que Jáuregui habia abandonado muy de prisa á Tolosa, llevándose consigo la guarnicion á San Sebastian. Fué tan grande la precipitacion con que entonces obró este general, que dejó en el fuerte mas de cien cargas de cartuchos de fusil y una gran cantidad de víveres. Zumalacárregui ordenó al comandante general don Miguel Gomez que pasase á Tolosa á fin de poner á buen recaudo lo que allí habia quedado; y hecho asi, lo mandó trasportar todo á Segura y desde allí á la Amézcoa. En estas disposiciones del general carlista se ve que aunque triunfante en todas partes, su prevision no le permitia jamás entregarse á vanas ilusiones.

Tomada posesion de Villafranca, Zumalacárregui pasó á Segura donde á la sazon estaba el cuartel de don Cárlos. No obstante la gran satisfaccion que debió de gozar el general carlista al presentarse delante del Príncipe despues de dos señaladas victorias, de la conquista de Villafranca y de haber abandonado los cristinos á Tolosa, conseguido todo en el breve discurso de ocho dias, no dejó por eso de experimentar infinitos disgustos; pues la baja envidia aumentaba sus intrigas en proporcion que el héroe sus triunfos. Zumalacárregui salió el mismo dia de Segura para ir á adquirir nuevos laureles. Mientras él se afanaba en todos sentidos por el completo triunfo de la causa, algunos miserables, cuyos nombres no queremos mentar, además de entorpecer las dili-

gencias encaminadas á procurar varios recursos del extrangero, empleaban toda clase de amaños á fin de cercenarle los que con su espada se habia adquirido.

Dos dias despues colocó Zumalacárregui sus baterías al frente de Vergara, y antes de disparar contra la villa, intimó la rendicion al gobernador. De cerca de mil hombres se componia la guarnicion, y no podemos acertar el motivo de no haberla levantado Espartero despues del suceso de Descarga y su retirada de aquel punto. El gobernador capituló sin hacer ningun género de resistencia, y de sus resultas toda la tropa quedó prisionera de guerra.

La guarnicion de Eybar capituló al mismo tiempo y se entregó al general Eraso.

En los dos ó tres dias que Zumalacárregui permaneció en Vergara, su salud se alteró de tal modo que envió á don Cárlos su dimision. Al dia siguiente vino el Príncipe al mismo Vergara, y despues de haber salido á recibirle á caballo á cierta distancia de la villa con todo el estado mayor, entró conduciéndole por entre filas en medio de las salvas de artillería y del repique general de campanas hasta alojamiento que le tenian preparado. Al entrar en él don Cárlos, tuvo un breve coloquio con su general, y aunque no tengamos fundados motivos para saber que ni en esta ocasion ni aun despues se hablase nada de la dimision que el dia anterior habia presentado, es innegable que por consecuencia de lo que entonces se trató, salió Zumalacárregui aquella misma tarde de Vergara, dirigiéndose hácia Durango para continuar sus operaciones. Apenas la guarnicion de

esta villa supo la aproximacion de los carlistas, se retiró inmediatamente á Bilbao. Lo mismo quiso hacer la de Ochandiano, pero no lo pudo verificar por la prontitud con que la cercó el comandante general de Alava don Bruno Villareal. Al instante que tuvo de ello noticia Zumalacárregui, acudió con el mortero y el cañon, la embistió y despues de haberla encerrado en la iglesia, la obligó á capitular. En este sitio de Ochandiano y hallándose colocado en la batería al lado de Zumalacárregui, fué herido el coronel don José Francisco Alzáa, antiguo comandante de voluntarios de Oñate, de cuyas resultas murió á las pocas semanas, dejando á la provincia de Guipúzcoa hartos recuerdos del celo y entusiasmo que siempre le animaron por la causa de don Cárlos.

Puesto ya Zumalacárregui en Ochandiano se inclinaba á marchar con preferencia sobre Vitoria como punto mas próximo y mas fácil de tomar que ningun otro: además de que el gobernador de uno de los fuertes inmediatos habia prometido entregarlo en el momento que los realistas se presentasen delante de la plaza. Pero una indicacion que tres dias antes se le habia hecho á Zumalacárregui, la delicadeza de éste la miró en aquellas circunstancias como un soberano precepto, y se resolvió á ir contra Bilbao: porque es preciso decirlo, algunos de los individuos, que entonces aconsejaban al Príncipe, estaban en la íntima persuasion de que la conquista de esta importante villa era una cosa segura, segun lo habia inculcado en sus ánimos la malicia ó la ignorancia. Don Cárlos mismo conducido por unos princi-

pios y deseos los mas austeros, hijos de una probidad que desgraciadamente no pertenece á este siglo, escuchaba con satisfaccion todo proyecto que tendiese á evitar los empréstitos, dirigiéndose todas sus miras á alcanzar el triunfo, sin sobrecargar con un solo real la inmensa deuda del Estado. Los aduladores (que nunca faltan) sabiendo esta disposicion del Príncipe, para asegurar mejor su confianza, llamaban su atencion hácia la necesidad de tomar á Bilbao para salir de la penuria en que á la sazon se hallaban, pues una vez dueños de esta villa comercial, podrian exigirla un empréstito forzoso; y siendo esta toma un hecho tan importante en el mundo político, no faltaria despues quien les ofreciese recursos en abundancia.

Zumalacárregui que por una parte conocia lo equivocado de este pensamiento, y que por otra no se lisonjeaba tan ligeramente con lo que todavía estaba en manos del enemigo, hubiera querido desimpresionarlos de semejante idea; pero por desgracia eran estos unos momentos en que su fidelidad debia sufrir las mayores pruebas: asi en vez de combatir el proyecto, cedió fácilmente al espíritu dominante, creyendo sin duda que habiendo presentado su dimision, no debia ser responsable de los sucesos que en adelante tuviesen lugar, puesto que no se le contestaba cosa alguna.

Desde que Zumalacárregui emprendió su movimiento hasta que llegó al frente de Bilbao, habló varias veces con desconfianza acerca de la operacion que iba á comenzar. De modo que podria decirse que en el fondo de su alma presentia la desgracia

que le sucedió. Sin embargo, durante el tránsito estudió con suma atencion el pais que atravesaba, y decia: "A lo menos si no tomamos á Bilbao, tendre„mos aquí una batalla con Valdés: sit al aconteciese, „el terreno nos ofrece grandes ventajas." Acompañaban al general carlista en esta expedicion catorce batallones, sin contar algunos otros que estaban con Villareal observando los movimientos del enemigo que se hallaba sobre el Ebro. Iba en seguida de la infantería el tren de batir. Este con las piezas que se tomaron en Vergara, despues de dejar por inútil el famoso *Abuelo*, se componia de dos cañones de á doce, y uno de á seis de hierro, de dos de á cuatro, de bronce, de dos obuses y un mortero. Todas estas piezas en general estaban escasamente dotadas, y para el mortero solo habia treinta y seis bombas. Es de notar tambien que los carlistas no tenian entonces todavia lo que se llama maestranza, talleres, fundiciones, ni otra cosa alguna organizada de las que corresponden á la importante y dispendiosa arma de artillería; ni otra cosa mas que lo que dejamos indicado. Verdad es que en estos mismos momentos avisaron á Zumalacárregui que en una casa de Guipúzcoa, no lejos de San Sebastian, habia como propiedad particular de los descendientes de cierto famoso artífice, dos piezas de hierro magníficas; la una del calibre de á treinta y seis, y la otra de á veinte y cuatro, las mismas que mandó traer al instante. Las dos piezas se hallaron en efecto, pero Zumalacárregui, en cuyo tiempo se hizo tan feliz descubrimiento, no las llegó á ver. Ellas y todos los beneficios y ventajas que por estos dias alcanzó el ejército

bajo su direccion, solo sirvieron á minorar las dificultades á los generales que le sucedieron en el mando.

Cuando las tropas carlistas llegaron al frente de Bilbao, se hallaba esta plaza guarnecida por una fuerza de cuatro mil hombres, sin contar los nacionales. Además de varios fuertes, obras de campaña y de los muchos recursos que ofrecia la poblacion para sostener un asedio, tenia colocadas de cuarenta á cincuenta piezas de artillería, de las cuales mas de treinta eran de grueso calibre. El repuesto de municiones, tanto de fusil como de cañon, era igualmente de los mas considerables.

Empleó Zumalacárregui los dos primeros dias en circunvalar la plaza, si bien esta operacion fué en parte casi ilusoria, porque en la *ria* de Bilbao existian á la sazon un buque de vapor de guerra francés y otro inglés, y tanto sus comandantes como los cónsules respectivos de estas dos naciones, mantuvieron libre la comunicacion, no obstante la buena acogida y consideraciones que les guardó el general carlista, prometiéndoles toda clase de miramientos y respetos hácia las propiedades y personas de cuantos ingleses y franceses vivian en la villa, caso que los realistas entrasen en ella.

Hecho el reconocimiento de la plaza, se levantaron á poca distancia al frente del santuario de Nuestra Señora de Begoña tres diferentes baterias, en las cuales se colocaron los obuses y cañones, cuyos fuegos comenzaron contra la plaza al tercer dia á poco de amanecer. Al momento respondieron los fuertes de la villa con toda aquella valentía y

vigor que debia infundirles la diferencia tan enorme que habia entre sus medios y los de sus sitiadores.

Apenas vió Zumalacárregui esta desigualdad, preparó una columna para dar el asalto; pero su artillería no causaba daño de consideracion en las obras de la plaza. Como entonces todo su afan se dirigia á abrir brecha, no cesaba de correr de una á otra batería; y tomando muchas veces en sus manos el espeque para remover el cañon, animaba á los artilleros con el ejemplo. Ni el ardiente sol de junio, ni la sed, ni el inminente peligro, eran bastantes á rendir los brios de aquellos valerosos soldados; mas por desgracia de la causa tantos esfuerzos, tanto entusiasmo y tan decidida voluntad, tenian que estrellarse antes de producir utilidad alguna, puesto que una bala de á diez y ocho ó veinte y cuatro, arrojada desde la plaza con mediano acierto, era suficiente á destruir cuantas obras levantaban los realistas á costa de inmenso trabajo y fatigas. Las granadas horizontales que disparaban las baterías del enemigo, eran las que hacian en ellas mayor estrago, al mismo tiempo que esparcian la muerte en toda la línea de ataque.

A pesar de no poder ocultársele á nadie tantos y tan grandes obstáculos, existian aun entre los carlistas hombres tan crédulos y tan extraordinariamente obstinados, que estaban en la persuasion de que arrojando unas cuantas bombas al centro de la poblacion, los vecinos se rebelarian contra el gobernador y le obligarian á capitular. Aferrados en tal error insistian sin cesar en que se hiciese la prueba; mas Zumalacárregui como no podia prestarse á sus de-

seos, les solia decir entre otras cosas: "Mientras el „enemigo se sostenga en la línea de fortificaciones „exteriores, yo no puedo mandar arrojar proyectiles „sobre las casas; pero sí lo haré en el momento que, „rechazado de los fuertes, trate de defenderse en „ellas (1)." Estas palabras darán bastante á conocer los sentimientos que animaban al general carlista en favor de los pueblos, y serán un testimonio eterno para que la posteridad vea la diferencia que habia entre él y los que mas tarde han bombardeado á Barcelona, Sevilla y otras ciudades. El interés que en sus actos mostraba Zumalacárregui por la suerte de los pueblos, es en nuestro concepto lo que mas poderosamente contribuyó á fortalecer su grande prestigio entre los habitantes de Navarra y las tres provincias vascongadas: de modo que considerándole su escudo y protector, como un dia los italianos á Próspero Colona, á quien por antonomasia apellidaron *el defensor del paisano*, en medio de los gravámenes de todo género que sobre ellos traia la guerra, le obedecian ciegamente y se prestaban gustosos á cualquier sacrificio que les exigiese, aun si cabe con mas prontitud y mejor voluntad que si se lo mandasen los mismos individuos del Gobierno que lo hacian de órden de don Cárlos. En ambos casos todo cedia y era en ventaja de este Príncipe; pero de esa y otras causas menos importantes tomó quizás materia la en-

(1) Despues de herido Zumalacárregui, cediendo el general don Francisco Benito Eraso su sucesor, en el mando del sitio, á las exigencias de los jefes, dispuso que se arrojasen algunas bombas á la villa; pero semejante acto no produjo otro resultado que el de un triste desengaño.

vidia para ocasionar no pocos disgustos á Zumalacárregui, y tejer, sirviéndonos de la espresion de un autor español, aquella corona de espinas que la suerte reserva al mérito.

A pesar de la tenuidad de los medios de ataque, fué tan constante el fuego de la artillería hecho por los carlistas, que de sus resultas, antes de hacerse de noche, habian ya reventado los dos cañones mayores. Desde entonces todo el tren de batir realista quedó reducido á un cañon de á seis y dos de á cuatro: ¡monstruosa desproporcion por cierto si se compara con la artillería y medios de defensa de la plaza, desde la que sin cesar tiraban balas de á diez y ocho y veinte y cuatro! Una granada horizontal penetró en el pórtico del santuario de Begoña, y cogiendo enfilados los pabellones de armas que allí tenia el batallon de Guias, hizo menudos pedazos setenta y seis fusiles y bayonetas, y al reventar mató los dos centinelas que estaban inmediatos. Dos minutos despues, una segunda granada, á muy pocos pasos de allí, hizo todavía mayores estragos.

Llegó por fin la noche y puso término á los trabajos del primer dia de combate contra Bilbao. Apenas quedó todo en silencio, Zumalacárregui pensó seriamente en la dificultad de la conquista. Entonces se lamentó con nosotros de lo perniciosas que habian sido ciertas voces acogidas con suma facilidad por los individuos que rodeaban á don Cárlos, doliéndose al propio tiempo de las trascendentales consecuencias que tendria la retirada del frente de Bilbao sin tomar la plaza; pues se hallaba persuadido de que con solo esto, iban á recobrar los

cristinos toda la fuerza moral que habian perdido despues de los combates de las Amézcoas. Avaro de la sangre de sus soldados no queria exponerlos al fuego de las baterías enemigas ni dar mayor prueba de la impotencia de las suyas.

Zumalacárregui no comió en todo aquel dia, ni durmió por la noche: solamente reposó un poco despues de firmar un parte que dirigia á los ministros, anunciándoles que la desproporcion que habia entre sus fuerzas y las que le oponia el enemigo, le obligaria sin duda á levantar el sitio. Les decia tambien que era sumamente necesario viesen de buscarle pronto dinero para pagar las tropas. Luego que Zumalacárregui vió partir al conductor del pliego hácia Durango, en cuya villa estaba el cuartel de don Cárlos, se sintió como aliviado de un gran peso, y dejando la casa que ocupaba en el barrio de Bolueta, extramuros de Bilbao, se dirigió al lugar donde estaban las baterías. Era este dia el 15 de junio, en el que siendo aun muy temprano, comenzó sus disparos la plaza. El general, queriendo examinar los reparos hechos por el enemigo durante la noche, subió al piso principal de una casa situada cerca del santuario de Nuestra Señora de Begoña, y desde un balcon del todo abierto, sin salir á la parte exterior, se puso á mirar detenidamente la línea enemiga. En esto una bala de fusil entró por la ventana y le hirió en el tercio superior y parte anterior é interna de la pierna derecha, rozando el borde interno del hueso tibia, á la distancia de dos pulgadas, poco mas ó menos, de la rodilla. El intendente don Domingo Antonio Zabala, el auditor don Jorge Lázaro y los

demás que á la sazon le acompañaban, despues de haber hecho llamar al médico-cirujano don Vicente Gonzalez de Grediaga, le retiraron de allí, y colocándole en una camilla, le trasladaron en seguida á la casa que le servia de alojamiento en Bolueta. Apenas los facultativos le hicieron la primera cura aplicando en la herida el bálsamo de Malats, no quiso permanecer ni un instante mas allí, y ordenó se le condujese á Cegama por el camino de Durango. Cuarenta granaderos fueron encargados de trasportarle relevándose de tiempo en tiempo. Medio incorporado ó sentado en su camilla, se entretuvo una buena parte del camino fumando y hablando con los granaderos. Al llegar á Zornoza pueblo situado á tres leguas de Bilbao, viendo que le seguia el pagador del ejército don José Maria Mendigaña, le dijo que por qué no se habia quedado con las tropas en el sitio; á lo que contestó el pagador que iba acompañándole por si se le ofrecia algo, pues asi se lo habia mandado don Juan Antonio Zaratiegui, constándole que no tenia un solo maravedí en su bolsillo.—"Es verdad, repuso el ge„neral, que no tengo un cuarto: sírvase V. darme „treinta onzas, y vuélvase inmediatamente al sitio." Asi lo ejecutó al momento Mendigaña (1).

Los que trasportaban á Zumalacárregui, despues de haber este descansado dos horas en Zornoza, le volvieron á tomar sobre sus hombros, y no obstante

(1) Cuando Zumalacárregui fue herido, hacia cuatro meses que ni él ni su estado mayor recibian el tercio acostumbrado de paga por falta de fondos, al paso que el soldado y todo oficial empleado en los batallones estaba pagado al corriente.

el fuerte calor que hacía, continuaron marchando por el camino de Durango, adonde llegaron al anochecer. Al instante que lo supo don Cárlos, quiso informarse del estado del general por el facultativo que le iba acompañando, á cuyo efecto hizo llamarle inmediatamente. En el ínterin otros dos facultativos vinieron de parte de los ministros á ver á Zumalacárregui; el uno era don Teodoro Gelos que desempeñaba á la sazon el cargo de cirujano en el cuartel general; el otro un jóven voluntario inglés perteneciente al escuadron de oficiales de la Legitimidad, cuyos profesores habiendo reconocido la herida, fueron de dictámen que antes de quince dias podria el enfermo estar en disposicion de montar á caballo. Excusado es decir que al instante que se extendió esta voz por el pais, empezó á mitigarse el profundo dolor que habia causado, tanto en el ejército como entre los habitantes, el funesto suceso ocurrido.

Zumalacárregui esperaba la visita que desde la noche anterior se le habia anunciado le haria don Cárlos, y el Príncipe se la hizo efectivamente muy temprano en la mañana del 17. Colocóse junto á la cama, y con la bondad que le caracteriza, entabló un breve coloquio con el herido; no habiendo ocurrido en este acto cosa alguna notable mas que reconviniendo afectuosamente don Cárlos á Zumalacárregui por haberse expuesto tanto, le contestó este: "que no „haciéndolo asi, nada podria adelantarse: que demasiado habia vivido ya, y que en aquella guerra tan „desigual y destructora por necesidad debian morir „cuantos la habian comenzado." Asi nos lo ha referido una persona que se hallaba presente; pues nosotros

único encargado entonces de toda la correspondencia y de cuanto tenia relacion con el ejército, no pudimos acompañar al general. El Príncipe insistió en que se quedase en Durango, haciéndole ver el excesivo calor que hacia y lo que podria perjudicarle la falta de quietud; mas nada de eso fué suficiente á hacerle cambiar la resolucion que habia formado de retirarse al pueblo de Cegama: hizo por el contrario nuevo empeño en llevarla á cabo sin detencion. En su consecuencia apenas se despidió de don Cárlos, vinieron los granaderos y se continuó la marcha como el dia anterior. Los facultativos Gonzalez Gredíaga, Gelos y el jóven inglés seguian el comboy. En el camino se les incorporó un famoso curandero llamado *Petriquillo*, en cuya habilidad confiaba mucho Zumalacárregui por haberle conocido desde sus primeros años, asi como por la celebridad que en el arte de curar se habia adquirido; celebridad que no nos atrevemos á asegurar si la merecia justamente.

El mismo dia 17 llegó Zumalacárregui á Cegama, y al pasar por Segura se agregó á la comitiva otro cirujano llamado Boloqui, á cuyo tiempo el jóven inglés de quién hemos hablado, se retiró á Zornoza donde entonces se hallaba el escuadron á que pertenecia. De nuestro deber es hacer aqui esta advertencia para que no se diga que la mano de la Inglaterra anduvo tambien en esto: sobrado notorio es á todos lo mucho que ha hecho esta nacion contra la causa realista para atribuirle un crímen que solo se funda en las calumnias mas absurdas.

Aunque Zumalacárregui llevaba á su lado al virtuoso fray Cirilo de Pamplona, su hermano político,

hoy dia misionero en la América, habiéndose encontrado en Segura con su ayudante secretario don Cárlos Vargas apoyado todavía en dos muletas y sin acabar de curarse de la grave herida que habia recibido, le ordenó que le acompañase. Luego que el general llegó á Cegama, á pesar de su estado de postracion que se aumentaba de dia en dia, entabló formal correspondencia con don Francisco Benito Eraso, que como segundo gefe habia quedado mandando el ejército. Zumalacárregui pedia entonces con las mayores instancias que se levantase el sitio de Bilbao, añadiendo que caso de que se continuase y las tropas carlistas ocupasen la plaza, se guardase inviolablemente la promesa hecha por él á los cónsules de Francia é Inglaterra. El temor de que faltasen á esto, le atormentaba aun mas que los dolores que padecia; tanto que si alguna vez conciliaba el sueño ó el ardor de la fiebre le hacia delirar, las palabras que pronunciaba solo versaban sobre ese punto.

La rivalidad que existia entre los tres facultativos, y la antipatía que naturalmente debian de tener Grediaga, Gelos y Boloqui al curandero *Petriquillo*, no nos permite en causa tan delicada admitir sus informes, ni justificar á los unos con daño de la reputacion de los otros. Como el no saber bien una facultad no es considerado generalmente como un crímen cuando se está autorizado para ejercerla, diremos con la conviccion mas profunda que la ignorancia tuvo el primer lugar en la catástrofe que vamos á referir. Unicamente estuvieron de acuerdo los tres facultativos y *Petriquillo* en una cosa, cual fué la de

afirmar que la herida era leve, y que quince dias ó lo mas un mes, seria suficiente para su curacion. ¿Por qué pues sucedió una cosa tan contraria? Sin duda porque mientras *Petriquillo* daba friegas y unturas, Gonzalez Grediaga, como doctor en medicina, propinaba al paciente lo que le parecia; Gelos y Boloqui, levantando el bendaje de la herida, buscaban con la tienta el sitio donde se escondia la bala, martirizando asi de contínuo al herido. Es indudable que la salud de Zumalacárregui se habia alterado visiblemente de resultas de los disgustos y sinsabores que experimentó por aquellos dias, asi como lo es tambien que con este motivo habia el general llamado poco tiempo antes al médico-cirujano Gonzalez Grediaga para consultarle, y que su disposicion á una enfermedad fué impulsada fuertemente por la herida y el viaje que bajo tan malos auspicios hizo á Cegama; pero tampoco se puede negar que los facultativos obraron en el presente caso sin método alguno. Y si les faltó firmeza para oponerse al curandero y convencer á Zumalacárregui de su error en cuanto á la extremada confianza que ponia en este hombre, ¿por qué razon intervinieron ó hicieron por su parte una segunda cura?

Desde el momento que Zumalacárregui llegó á Cegama, se persuadió que los dolores generales que sentia, procedian de la bala que tenia dentro: por eso el dia 24 de junio muy temprano se resolvieron á extraérsela Gelos y Boloqui, y lo verificaron en efecto, aunque no sin causar segun nos ha informado un testigo ocular, un destrozo considerable en la pierna del infeliz paciente. La mayor parte de la glo-

ria pertenecia al primero de aquellos dos, como principal autor de la operacion: la bala colocada en un plato corria de una casa á otra y hasta se pensaba mandarla al cuartel de don Cárlos, cuando los síntomas alarmantes que se presentaron en la persona del herido, hicieron pasar á todos los que le rodeaban, parientes, ayudantes y amigos, de un estado de inmoderada alegría al de la mayor consternacion. Al saber lo que ocurria, el ayudante Vargas tomó sus muletas, y aunque con trabajo se presentó en casa del general sobre las siete de la mañana.

Desde que le extrajeron la bala, habia sobrecogido á Zumalacárregui un gran temblor, y conociendo él mismo su próximo fin, pidió se hiciese todo lo conveniente al caso. En seguida se presentó allí el párroco de Cegama para confesarle. Despues de este acto, como lo que le restaba de vida era muy poco segun el parecer de los facultativos, llamaron al escribano, quien se contentó con preguntar al general: "Señor don Tomás ¿qué deja vmd. y cual es su últ-„tima voluntad?" A lo que contestó Zumalacárregui. "Dejo mi mujer y tres hijas, únicos bienes que po-„seo: nada mas tengo que poder dejar." Luego le fué administrada la sagrada Eucaristía, y pocos instantes despues, sobre las diez y media de la mañana espiró.

Así terminó su carrera el héroe carlista á los cuarenta y seis años de edad, y diez y nueve meses de haber comenzado sus campañas.

Zumalacárregui fué vestido antes de llevarle á la sepultura con todo lo mejor que poseía; mas como nunca tuvo uniforme de general, se le puso su frac

y pantalon negro, chaleco blanco, corbata negra y la gran banda de la Real y militar órden de San Fernando; la misma con que don Cárlos le habia condecorado por su propia mano despues de las acciones del 27 y 28 de octubre. Aun este único adorno era incompleto, pues solo consistia en la banda sin la placa ni cruz que le es propia. El funeral se celebró el 25 por los curas del pueblo, acompañando al cadáver varios parientes y amigos del difunto y los ayudantes Lacy, Caces, Berdiel y Plaza.

El hermano político de Zumalacárregui y el capitan don Simon Capapé, su antiguo y fiel servidor formaron inventario de su modesta herencia, que consistió en tres caballos con sus monturas, una mula, tres pares de pistolas, un sable y una espada, una escopeta de caza, el anteojo que le regaló el coronel Gurwood, y finalmente algo mas de catorce onzas en dinero metálico, resto de las treinta que le entregó el pagador Mendigaña en Zornoza: las otras las habia distribuido durante la marcha entre los granaderos que le conducian. Hé aquí todos los bienes materiales que por su muerte legó Zumalacárregui á su esposa y tres tiernas hijas.

Don Tomás Zumalacárregui era de estatura de cinco pies y dos pulgadas: tenia la espalda un poco ancha y algo torcida. De ordinario no llevaba la cabeza muy erguida, y antes por el contrario, cuando caminaba á pie, marchaba con la vista fija en el suelo, como si fuese ocupado de una profunda meditacion. Sus ojos eran claros y castaños; el mirar penetrante, profundo como el del águila: su tez clara, la nariz regular, el cabello castaño oscuro y espeso;

en sus últimos años principiaba ya á encanecerse, y lo llevaba por lo comun muy corto. La patilla unida al bigote favorecia en extremo á su fisonomía, mostrándola tan singular, como belicosa: nunca se veia en sus acciones ni públicas ni privadas, cosa que desmintiese aquel aire de imperio con que la naturaleza le habia dotado. Zumalacárregui hablaba poco y no reia mucho: escuchaba con particular atencion á cuantos le dirigian la palabra, y cuando daba audiencia, era tan enemigo de dejar negocios pendientes y de hacer esperar á las personas (especialmente desgraciadas), que se olvidaba hasta de comer. Jamás se sentó á la mesa hasta no haber oido al último de los que deseaban hablarle. Asi, con frecuencia sucedia que la comida dispuesta para el mediodía, le aguardaba todavía por la noche: esto acontecia todas las veces que pasaba veinte y cuatro horas en un pueblo. Sin embargo de haber residido en las principales capitales de España ocupando el lugar brillante que pertenece al gefe principal de un regimiento, Zumalacárregui frecuentaba poco la sociedad. De él puede decirse, lo que Voltaire escribe de Cárlos XII rey de Suecia: "Que este retraimiento era efecto de que „todo entero se entregaba á los trabajos de la guerra." Mas no se crea por eso que cuando llegaba el caso, no sabia conducirse con aquella galantería tan propia de la oficialidad española; al contrario era sumamente atento y urbano, y por lo mismo que no hacía alarde de ello, resaltaban mas sus obsequios. Profesaba un odio implacable al juego y á la mentira. Su mayor diversion era la caza, siendo tal su pasion por esta, que dedicaba siempre á ella todo el

tiempo que le dejaban libre sus obligaciones. De este ejercicio le provino sin duda aquella soltura y agilidad de miembros que se le notaba, pues algunas veces, especialmente en invierno, hacía á pie jornadas enteras. El carácter de Zumalacárregui se resentia con facilidad de su temperamento bilioso, y como el gran Condé llevaba á mal se le contradijese. No obstante, tan pronto como era en dejarse llevar de la impaciencia y aun del enojo, era fácil en calmarse: los testimonios que podriamos citar, aumentarian considerablemente este volúmen. Arrogante con los sobervios mientras daban muestras de altivez, se abatía, hasta ponerse á su nivel, con los modestos para infundirles el vigor que parecia habian perdido. Celoso por la religion de sus abuelos, estaba muy lejos del fanatismo y de la hipocresía. Trataba á todos segun la moral de su conducta, y ni aun los eclesiásticos si estaban faltos de virtudes, hallaban en él consideraciones particulares. Los talentos y la calidad de las personas eran tenidos en grande aprecio por Zumalacárregui. Como su afan le conducia á ser el primer actor de sus disposiciones, nada hay que extrañar que fuese el artillero que daba fuego al cañon, el ingeniero que hacía los reconocimientos, el polvorista que juntaba los mixtos, y hasta el cabo, sargento, capitan y coronel en sus funciones respectivas: los mas minuciosos detalles le llamaban la atencion. Jamas expidió una órden ú oficio por escrito sin entregarlo por su propia mano y examinar antes la inteligencia ó capacidad del conductor, obligándole tambien á repetir palabra por palabra, lo mismo que acababa de decir. Con tal observador

ningun hombre de mérito podia estar largo tiempo confundido, ningun criminal impune, ningun adulador bajo otro disfraz. Al contrario de lo que generalmente sucede, Zumalacárregui conforme crecia en gloria y reputacion, iba deponiendo la gravedad de su aspecto; y no solo al último soldado sino al mendigo mas miserable, se mostraba á toda hora accesible. La generosidad era en él una virtud innata, y la energía la cualidad mas sublime de su carácter (1).

---

(1) El señor don Cárlos se sirvió nombrar á Zumalacárregui en 25 de junio de 1835 para el empleo de capitan general, concediendo al mismo tiempo á su viuda el sueldo correspondiente al empleo de teniente general, y dos mil reales vellon de pension vitalicia á cada una de sus hijas. Once meses despues, siendo ministro universal el señor don Juan Bautista Erro, deseando el Príncipe perpetuar la memoria del ilustre Zumalacárregui, expidió nuevo decreto en favor de la descendencia de este, por el cual la concedió la grandeza de España con los títulos de "Duque de la Victoria, y Conde de Zumalacárregui." Los dos decretos de que acabamos de hacer mérito, están señalados entre los documentos justificativos con los números 15 y 16.

ANÉCDOTAS.

ANÉCDOTAS

SOBRE

ZUMALACARREGUI.

En el año de 1827, mandaba Zumalacárregui el regimiento de cazadores del Rey, 1.° de infantería ligera, en ocasion en que este cuerpo pasaba por Madrid para ir al ejército de observacion que se concentraba en la provincia de Estremadura. Al presentarse con algunos oficiales á cumplimentar segun costumbre al capitan general de Castilla la Nueva don Juan Caro, S. E. viendo entre ellos al

comandante de batallon don Francisco Ocaña, destinado hacía pocos dias á dicho cuerpo por el inspector Llauder; ya fuese por causa de resentimientos antiguos, ya por celo del servicio, le dirigió palabras bastante duras, improperándole por su pasada conducta política, al paso que las mezclaba con muestras satisfactorias á los demas oficiales presentes, y sobre todo al mismo Zumalacárregui; pero este, en vez de agradecerle tal distincion, le contestó así: "Mi general, no es esta „la ocasion ni el lugar de tratar así á un „gefe, á quien por haber puesto el gobier„no á mi lado estoy en la obligacion de „defender; V. E. podrá decir lo que me„jor le parezca al inspector que le ha co„locado; pero mientras el comandante „Ocaña se halle en un regimiento que yo „mande, ni al capitan general de Casti„lla la Nueva podré tolerar le trate de „este modo." Dicho esto, Zumalácarregui tomó de la mano á Ocaña y se salió de la sala. Este Ocaña es el mismo de quién hablamos en el capítulo VII que, batido

en el Baztan por Sagastibelza, se encerró en Ciga.

No teniendo Zumalacárregui mas vestido que el que llevaba puesto, se mandó hacer en tiempo que la guerra era muy activa y el frio grande, una casaca de paño. El sastre que la hizo acababa de traerla y de recibir el valor de ella, cuando asomándose el general á la ventana de su alojamiento, advirtió el mal estado en que por falta de vestido se hallaba el capitan don Cárlos L... de nacion francés. Llamándole entonces por su nombre Zumalacárregui, le hizo probar la nueva casa, y viendo que le venia bien, le despidió con ella; quedándose en el mismo estado que antes.

El interés que Zumalacárregui tomaba por la suerte de los labradores, era tan conocido, que cuando los pueblos

mandaban bueyes vivos para dar raciones de carne, examinaba sus calidades: si los hallaba jóvenes y robustos para el trabajo de los campos, al momento los hacía cambiar por otros mas viejos con el primer habitante que la suerte le presentaba, sin exigirle jamás cosa alguna por la permuta.

Un gefe de los principales del ejército cristino habia abandonado hacia tiempo á su anciana esposa, cuyas virtudes eran, de muchos años antes á la época que referimos, conocidas de Zumalacárregui. Mientras este era perseguido por su marido, la suerte le condujo al pueblo donde la infeliz lloraba su abandono, sepultada en un rincon olvidada de todos. Asi que llegó, la fué á visitar y la consoló, obligándola al mismo tiempo á recibir la cantidad de que podia disponer para socorrer con ella en parte su necesidad.

El primer prisionero que cayó en poder de las tropas de Zumalacárregui, fué un oficial de caballería llamado don N. Guerrero. Su esposa en cuanto lo supo vino á implorar gracia; mas como al mismo tiempo Lorenzo, Oráa y Quesada fusilaban á diestro y siniestro á cuantos carlistas caian en sus manos, el general de Navarra puso en el memorial de aquella señora: "Dejando á un lado „cuentas atrasadas, el marido de la su„plicante y ademas los dos sargentos que „fueron con él prisioneros, obtendrán „plena libertad, siempre que las autori„dades de Pamplona convengan en ha„cer lo mismo con el oficial don Juan „Recarte, que segun noticias se halla en „poder de las mismas." Quesada, no obstante esta ventajosa proposicion, mandó pasar por las armas á su prisionero.

Castigaban á un voluntario con doscientos palos por el robo de una gallina

encontrada en su morral. Sufrida ya la pena, el paciente con semblante alegre y familiar, dijo á Zumalacárregui: "Si Vd. los perdona, yo diré quienes robaron la gallina y despues la pusieron en mi morral.—No amigo, contestó el general; es mejor que lo calles ya que has sufrido la paliza. Sin embargo, digno pareces de galardon por el servicio que hiciste á la amistad, y supuesto que ya es imposible librarte del dolor de los palos, á lo menos toma esa moneda para que bebas un trago" y le dió una pieza de oro.

Zumalácarregui, como todo cazador, tenia grande aficion á los perros, y una persona esperó complacerle, haciéndole presente de un hermoso dogo. Al descender una vez del pueblo de Madoz, pasando por entre un rebaño, el perro, que como descubridor precedia al caba-

llo de Zumalacárregui, hizo presa de una oveja, de modo que la mató: el general entonces sacó una de sus pistolas del arzon y disparando no pudo acertar á herirle, pero mandó á los ordenanzas que lo matasen con las lanzas y asi lo ejecutaron. Los que acompañaban al general, creyendo ó juzgando por su aficion al perro, que se arrepentiría en breve de esta órden, le pidieron gracia; pero Zumalacárregui les respondió.—La muerte de una oveja en parte es subsanable pagando su valor al dueño, como ahora lo haremos; pero si mañana el perro hiciese lo mismo (segun me lo persuado de su índole) con una persona, díganme vds., ¿cómo lo compondremos?

Una madre que habia sido expulsada de Peralta, villa dominada por los cristinos, seguia con dos tiernos hijos á

la espalda, la marcha de uno de los batallones de Navarra, en que servía su marido como simple voluntario. Habiéndola encontrado Zumalacárregui cierto dia, la preguntó quién era, y por ella supo las circunstancias que referimos. "Tomad, la dijo, estas monedas; fijaos en uno de estos pueblos, y en adelante acudid vos á vuestro marido todos los meses y recibireis lo mismo." Con esta providencia y otras semejantes, vino Zumalacárregui á gravar su bolsillo particular, siendo asi que no tenia otros bienes ni riqueza que los 2500 reales de vellon que tomaba mensualmente por via de sueldo.

Desde la ventana del alojamiento observó cierto dia Zumalacárregui, estando en Asarta, que una muger anciana vestida con una saya andrajosa y acompañada de un jóven de quince años le mira-

ba arrimada á la pared mas vecina, como si intentara explicar con los ojos lo que por timidez no se resolvia á decir la lengua. El general que era demasiado buen fisonomista para conocer luego á los que le buscaban, ordenó á un ayudante la preguntase si deseaba alguna cosa.—Hablar con S. E. dos palabras si se puede, dijo la buena muger.—Que suba, contestó Zumalacárregui desde la ventana. Conducida con el muchacho á su presencia, habló así: "Yo soy, señor, „una pobre viuda, y venia á ver si que„ria V. E. tomar este chico como volun„tario, el cual es mi tercer hijo y me „está molestando todos los dias con que „quiere estar en compañía de sus dos „hermanos que sirven en el primer ba„tallon de Navarra. Por dos veces se me „ha huido de casa para sentar plaza, pe„ro como es tan jóven, los comandantes „no quieren admitirle." Id y traedme tambien vuestros dos hijos, replicó Zumalacárregui. Vuelta despues la muger con los tres, conmovido el ánimo del

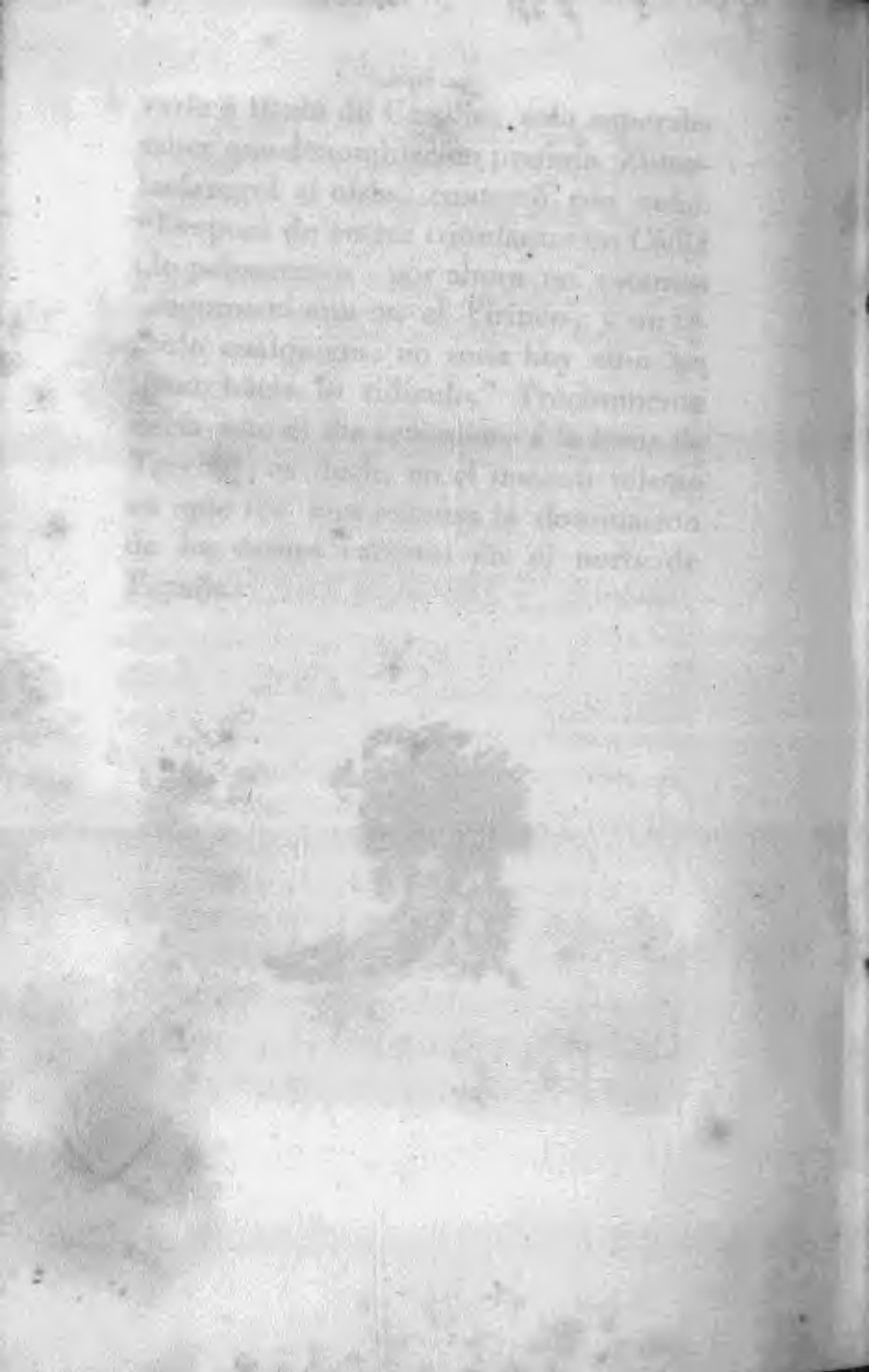
general con la consideracion del desamparo en que iba á quedar la madre, trató que uno de los dos primeros se volviese con ella para sostenerla con su trabajo; mas ellos dieron sus razones y se mantuvieron inquebrantables: la madre tampoco queria exponer á los hijos, porque ya comprometidos era fácil que al que fuera le prendiesen los cristinos. Entonces Zumalacárregui dió una gratificacion á la muger, señalándola tambien una modesta pension que debería recibir mensualmente. Además mandó al comandante de su guardia que al salir esta madre acompañada de sus tres hijos, se la hiciesen los mismos honores que á él. De esta manera creyó Zumalacárregui deber honrar aquella persona andrajosa.

Al entrar Zumalacárregui por el mes de marzo en la Virgala mayor, pueblo

de Alava, los soldados le presentaron el regidor con un edicto que dijeron haber arrancado del paraje público en que estaba fijado todavía á la llegada de las tropas. Contenia un indulto del gobierno cristino en favor de los carlistas que dejasen las armas, y por las órdenes vigentes espedidas por Zumalacárregui habia incurrido el regidor en la pena de muerte á causa de la publicidad que dió al documento: sin embargo, se contentó con hacer á este comer el edicto á su presencia; y ordenando despues que le diesen un vaso de vino, le despidió, cambiando asi en risa la irritacion de sus acusadores.

Cuando eran mas frecuentes los triunfos de Zumalacárregui, una de las personas de mas influencia habia encargado á un íntimo amigo de este, le dijese, que hallándose don Cárlos dispuesto á ele-

varle á título de Castilla, solo esperaba saber que denominacion preferia. Zumalacárregui al oirle, contestó con ceño: "Despues de entrar triunfantes en Cádiz „lo pensaremos: por ahora no estamos „seguros ni aun en el Pirineo, y un tí- „tulo cualquiera, no seria hoy sino un „paso hácia lo ridículo." Precisamente decia esto el dia inmediato á la toma de Treviño; es decir, en el instante mismo en que fué mas extensa la dominacion de las armas carlistas en el norte de España.



DOCUMENTOS JUSTIFICATIVOS.

DOCUMENTOS JUSTIFICATIVOS.

N.° 1.

FUEROS FUNDAMENTALES

DEL

REINO DE NAVARRA.

TITULO I.

Del reino de Navarra.

Art. 1.° El antiquísimo reino de Navarra es indivisible y no se puede partir. Ley 1.ª, tit. 1.°, lib. 1.° de la Novísima Recopilacion de Navarra, pág. 67 y 68.

Art. 2.° La incorporacion del reino de Navarra á la corona de Castilla, fué por vía de una union eqüe principal, reteniendo cada uno

su naturaleza antigua asi en leyes, como en territorio y gobierno. Ley 33, tít. 8.°, libro 1.° de la Novísima Recopilacion.

Art. 3.° Verificada la union, Navarra quedó y permaneció reino de por sí, rigiéndose por sus fueros, leyes, ordenanzas, usos, costumbres, franquezas, exenciones, libertades y privilegios: es reino distinto en territorio, jurisdiccion, jueces y gobierno de los demás reinos del rey de España. Ley 59, tít. 2.°, lib. 1.° de la Novísima Recopilacion y los Reales Juramentos.

TITULO II.

De los navarros.

Art. 4.° Son Navarros:

1.° Los procreados de padre ó madre Navarro habitante actual en Navarra. Ley 6.°, tít. 8.°, libro 1.° de la Novísima Recopilacion y Reales Juramentos.

2.° Los que hayan obtenido carta de naturaleza de los tres Estados, ó de su Diputacion en los casos que esta puede concederla. Leyes 1.ª y 3.ª, tít. 8.°, lib. 1.° de la Novísima Recopilacion.

Art. 5.° Unos mismos códigos navarros ri-

gen en todo el reino de Navarra, y en defecto de ley del reino rige el derecho romano. Ley 1.ª, tít. 3.º, lib. 1.º de la Novísima Recopilacion.

Art. 6.º Todos los navarros son admisibles á los empleos y cargos públicos, teniendo las calidades prevenidas por las leyes. Reales Juramentos.

Art. 7.º No puede ser detenido ni preso ni separado de su domicilio ningun navarro; ni allanada su casa, sino en los casos, en la forma, y por los jueces que las leyes han establecido. Leyes 11, 12, 13, 14, 17 y 19, tít. 8.º, lib 1.º de la Novísima Recopilacion.

Art. 8.º No puede suspenderse ninguna ley en ningun caso por privilegiado que sea, sin consentimiento de los tres Estados, aunque lo pida la diputacion del reino. Ley 31, tít. 3.º, lib. 1.º de la Novísima Recopilacion.

Art. 9.º Ningun navarro puede ser procesado ni juzgado sino con arreglo á lo dispuesto, y por los tribunales designados por las leyes. Ley 1.ª, tit. 1.º, lib. 2.º de la Novísima Recopilacion.

TITULO III.

De las Córtes.

Art. 10. La potestad de hacer las leyes reside en las córtes con el Rey. Cap. 1.°, tít. 1.°, lib. 1.° del Fuero. Proemio del Amejoramiento del rey don Felipe.

Art. 11. Las leyes, las disposiciones generales á manera de ley ni las ordenanzas decisivas no se hagan sino á pedimento, y con voluntad, consentimiento y otorgamiento de los tres Estados. Leyes 3, 4; y 12, tít 3.°, lib. 1.° de la Novísima Recopilacion.

Art. 12. Las córtes se componen de tres brazos ó estamentos: Eclesiástico, Militar ó de Nobles, y de Universidades ó de pueblos. Proemio del Amejoramiento del rey don Felipe, y Reales Juramentos.

Art. 13. A las córtes deben ser llamados todos los que tuvieren derecho. Ley 7.ª tít. 2.°, lib. 1.° de la Novísima Recopilacion.

Art. 14. No se junten córtes sin que primero se responda á los agravios. Ley 16, tít. 2.°, lib. 1.° de la Novísima Recopilacion.

Art. 15. No se trate en las córtes de concesion de servicio mientras no se reparen ó

respondan los contrafueros y agravios que representare el Reino. Ley 18, tít. 2.°, lib. 1.° de la Novísima Recopilacion.

Art. 16. Los llamados á córtes generales no sean echados, ni inhibidos, ni vedados sino precediendo conocimiento de causa. Leyes 9 y 10, tit. 2.°, lib. 1.° de la Novísima Recopilacion.

Art. 17. Los concurrentes á córtes no pueden ser encarcelados ni arrestados por cosa ninguna en los lugares donde son llamados por todo el tiempo que estuvieren en ellos entendiendo en córtes, ni los síndicos, ni el secretario. Leyes 11, 12, 13 y 14, tít. 2.°, lib. 1.° de la Novísima Recopilacion.

TITULO IV.

De los Brazos, Estamentos ó Estados.

Art. 18. Los tres brazos son iguales en facultades, y reunidos en un mismo salon discuten y resuelven juntos los negocios. Reales Juramentos.

Art. 19. El número de individuos de cada uno de los brazos no es limitado; puede el rey conceder asiento á los particulares ó pueblos que le parezca, y estos justificando con

audiencia del reino las calidades requeridas por las leyes, son admitidos. Ley 25. Córtes de 1794 y siguientes.

Art. 20. Los pueblos no pueden nombrar por diputado suyo, sino á personas que tuvieren su contínua residencia ó habitacion en el mismo pueblo. Ley 21, tít. 2.°, lib. 1.° de la Novísima Recopilacion.

Art. 21. A los diputados á córtes nombrados, despues de presentados y admitidos sus poderes, no se les puede revocar y nombrar otros. Ley 20, tít. 2.°, lib. 1.° de la Novísima Recopilacion.

TITULO V.

De la diputacion permanente de córtes á córtes.

Art. 22. El encargo principal de la diputacion permanente, es velar la estricta observancia de los fueros, leyes, ordenanzas, usos, costumbres, franquezas, exenciones, libertades y privilegios, sin tolerar la mas pequeña infraccion reclamando contra ella sin cesar hasta obtener la reparacion completa. Ley 32, tít. 3.°, lib. 1.° de la Novísima Recopilacion.

Art. 23. Los diputados, síndico y secreta-

rio, no pueden ser encarcelados, asignados, detenidos ni multados por asuntos concernientes al reino, ó en los que intervengan á virtud de sus destinos en la diputacion. Ley 43, córtes de 1828 y 1829.

Art. 24. La diputacion examina los poderes reales para la convocacion á córtes, y los devuelve ó aprobados, ó con los reparos que advierte, y que deben subsanarse antes de darles curso. Ley 17, tít. 2.°, lib. 1.° de la Novísima Recopilacion.

Art. 25. Examina los poderes de los pueblos.

Art. 26. La diputacion asiste al juramento que los vireyes prestan al ingreso de su dignidad. Ley 2.ª, tít. 1.°, lib. 1.° de la Novísima Recopilacion.

Art. 27. La diputacion entiende en los demás asuntos que designan las leyes, y en los que los tres Estados le dejan encargados por sus resoluciones.

TITULO VI.

De la celebracion y facultades de las córtes.

Art. 28. Las córtes deben reunirse á mas tardar de tres en tres años, excepto si este pla-

zo estuviere prorogado por las últimamente celebradas. Leyes 3, 4 y 5, tít. 2.°, lib. 1.° de la Novísima Recopilacion.

Art. 29. Si el rey no convocare las córtes al tiempo correspondiente, la diputacion permanente se lo hace presente, recordándole la disposicion de las leyes, y la obligacion de cumplirla.

Art. 30. Los tres Estados forman el reglamento para su gobierno interior, y examinan los poderes de los diputados ó procuradores que no hubiesen sido aprobados por la diputacion permanente.

Art. 31. El rey abre y cierra las sesiones en persona ó por medio del virey á quien confiere poderes especiales absolutos, cuya forma se halla inserta en la Novísima Recopilacion, ley 17, tít. 2.°, lib. 1.° de la Novísima Recopilacion.

Art. 32. Los tres Estados no pueden deliberar en presencia del rey ni del virey.

Art. 33. El rey y los tres Estados tienen la iniciativa de los negocios y de las leyes.

Art. 34. Las resoluciones en cada uno de los brazos se toman á pluralidad absoluta de votos, y para la resolucion de las córtes se

necesita la conformidad de los votos de los tres brazos.

Art. 35. Si uno de los Estados desechase algun proyecto de ley ó algun otro asunto, se propone en las dos sesiones siguientes, y subsistiendo la discordia por tres veces, queda negado.

Art. 36. Ademas de la potestad legislativa que ejercen las cortes con el rey, les pertenecen las facultades siguientes:

1.ª Recibir al rey, al sucesor inmediato de la corona, y al regente ó regencia el juramento de guardar los fueros, leyes, ordenanzas, usos, costumbres, franquezas, exenciones, libertades, preeminencias y privilegios del Reino.

2.ª Recibir igualmente juramento del virey en ánima del rey, al final de las sesiones.

3.ª Conceder por sí solas las cartas de naturaleza.

4.ª No publicar y de consiguiente dejar sin efecto las leyes decretadas por S. M. que estime conveniente retirar.

5.ª En la union eqüe principal de la corona de Navarra á la de Castilla, se llamò por sucesora del señor rey don Fernando el Catòlico á su hija doña Juana, y despues de sus

dias al príncipe don Cárlos su nieto, y á sus herederos en los reinos de Castilla, guardando los fueros y costumbres del de Navarra.

Art. 37. El número de consultores del virey para los asuntos de córtes, debe cuando menos ser igual de navarros y no navarros. Ley 25, tít. 2.°, lib. 1.° de la Novísima Recopilacion.

TITULO VII.

Del Rey.

Art. 38. El rey á su advenimiento al trono debe jurar solemnemente ante los tres Estados, por sí ó por medio de su virey, habilitado con poder especial, la observancia de los fueros, leyes, ordenanzas, usos, costumbres, franquezas, exenciones, libertades y privilegios de Navarra, y que lo tendrá como reino de por sí, separado é independiente de los demás reinos y señoríos: que deshará bien y cumplidamente todas las fuerzas y agravios que se hicieren á los particulares, comunidades y pueblos: que en Navarra no podrá emplear sino hasta cinco que no sean navarros. Cap. 1.°, tít. 1.° del Fuero general.

Art. 39. Los tres Estados á nombre del

reino, recibido el juramento del rey, juran que defenderán al rey, su persona, corona y tierra, y le ayudarán á guardar, defender y mantener fielmente los fueros y leyes, á todo su leal poder. Cap. 1.°, tít. 1.° del fuero general.

Art. 40. El rey decreta las leyes, y las devuelve al reino para su otorgamiento, que es acto enteramente libre. Real cédula de 28 de mayo de 1726, inserta al final de las córtes de dicho año.

Art. 41. El rey cuida de que en todo el reino se administre justicia, pronta y cumplidamente. Ley 6.ª, tít. 3.°, lib. 1.° de la Novísima Recopilacion.

Art. 42. Indulta á los delincuentes con arreglo à las leyes. Cap. 5.°, tít. 1.°, lib. 2.° del Fuero. Ley 54 de 1724 y siguientes.

Art. 43. Nombra todos los empleados públicos, y concede honores y distinciones de todas clases conforme à las leyes. Cap. 1.°, tít. 1.°, lib. 1.° del Fuero.

TITULO VIII.

Del poder judicial.

Art. 44. A los tribunales y juzgados perte-

nece exclusivamente la potestad de aplicar las leyes en los juicios civiles y criminales, juzgar y hacer que se ejecute lo juzgado. Leyes 59 y 60, tít. 2.°, lib. 1.° de la Novísima Recopilacion.

Art. 45. Las leyes determinan los tribunales y juzgados que ha de haber, la organizacion de cada uno, sus facultades y el modo de ejercerlas. Leyes 59 y 60, tít. 2.°, lib. 1.° de la Novísima Recopilacion.

Art. 46. Los tribunales de Navarra son los alcaldes ordinarios, la Corte mayor y el Real y supremo Consejo, con el número de jueces cada uno, y calidades de individuos determinadas en las leyes. Las antes citadas.

Art. 47. En el tribunal de la Real Corte mayor debe haber cuatro alcaldes que hayan de entender en el fecho de la justicia, á saber: es el primero por el rey, el segundo por el Brazo y Estado de la iglesia, el tercero por el Brazo y Estado de los ricos-hombres é hijos-dalgo, y el cuatreno por el Brazo de las universidades. Cap. 1.° Ordenanzas del rey don Cárlos III, titulado el Noble, año de 1413.

Art. 48. Los mandamientos de justicia van sellados con el sello de la cancillería de Navarra. Leyes del tít. 5.°, lib. 2.° y 1.°, tít. 19, lib. 2.° de la Novísima Recopilacion.

Art. 49. Los navarros no pueden ser juzgados fuera de los tribunales designados, aunque la causa sea de Estado ó guerra. Ley 4.ª, tít. 23, lib. 2.º, de la Novísima Recopilacion,

Art. 50. Todas las causas y pleitos deben rematarse en el supremo Consejo, sin que se puedan sacar ni llevar procesos fuera del reino. Leyes 59 y 60, tít. 2.º, lib. 1.º de la Novísima Recopilacion.

Art. 51. El virey y Consejo no hagan autos y provisiones acordadas sino conforme á los fueros y leyes del Reino, y en casos de necesidad y evidente utilidad, y que pidan brevedad y convengan al servicio de Dios y bien público del Reino; y los hechos con estas condiciones, representando el Reino junto en córtes ser de inconveniente ó perjuicio, cesan y no tienen efecto. Ley 12, tít. 3.º, lib. 1.º de la Novísima Recopilacion.

Art. 52. No se pueden dar cédulas reales de suspension sobre pleitos pendientes en los tribunales, y las que se dan, son obedecidas y no cumplidas. Ley 19, tít. 4.º, lib. 1.º de la Novísima Recopilacion.

Art. 53. El príncipe heredero, que se titula príncipe de Viana, jura con la misma solemnidad que el rey. Reales juramentos.

TITULO IX.

Del Virey.

Art. 54. El virey presenta poderes reales para el ejercicio de su dignidad, y en su virtud tiene las mismas facultades que el rey. Ley 2.ª, tít. 1.°, lib. 1.° de la Novísima Recopilacion.

Art. 55. Jura la observancia de los fueros y leyes en ánima suya, y tambien en deshacer los agravios y contrafueros. Ley 2.ª, tít. 1.°, lib. 1.° de la Novísima Recopilacion.

Art. 56. Es presidente de los reales tribunales el real poder.

TITULO X.

De los ayuntamientos.

Art. 57. Para el gobierno interior de los pueblos ó valles que forman una comunidad, hay ayuntamientos nombrados en la forma prescrita por las leyes. Ley 66, tít. 2.°, lib. 4.° de la Novísima Recopilacion.

Art. 58. Las leyes determinan la organizacion y atribuciones de los ayuntamientos. Ley 6.ª, tít. 2.°, lib. 1.° de la Novísima Recopilacion.

TITULO XI.

De las contribuciones y fuerza armada.

Art. 59. La facultad de hacer repartimientos ó imponer contribuciones de dinero, está reservada á los estados juntos en córtes generales. Tambien lo está hacer el reparto de la gente que pide el rey, si la otorga el Reino. Cap. 1.°, tít. 1.°, lib. 1.° del fuero.

Art. 60. Las fortalezas del reino de Navarra deben estar en manos y al cuidado de militares navarros. Ley 1.ª, tít. 5.°, lib. 1.° de la Novísima Recopilacion. Reales juramentos.

TITULO XII.

Del recurso de contra fuerza.

Art. 61. Agravio ú contrafuero es toda infraccion de cualquiera de los fueros, leyes, ordenanzas, usos, franquezas, exenciones, libertades y privilegios, hecha por el rey, virey, tribunales de justicia ó empleados como tales. Ley 20, tít. 5.°, lib. 5.° de la Novísima Recopilacion.

Art. 62. El reino ó su diputacion, como protector de los fueros y demás, y celador de

su observancia, por simple querella propone la infraccion al virey, quién, oyendo á sus consultores, decreta la reparacion. Ley 20, tít. 5.°, lib. 5.° de la Novísima Recopilacion.

TITULO XIII.

De los juramentos reales y de los vireyes.

Art. 63. Los juramentos reales y los de los vireyes contienen la cláusula de que observarán y guardarán, harán observar todos los fueros, leyes, ordenanzas, usos, franquezas, libertades, privilegios y oficios del reino de Navarra, como en ellos se contiene, desharán los agravios y contrafueros; la de no ir contra los fueros, leyes y demás, y que si contravinieren en todo ó en parte, los tres estados y pueblo de Navarra no sean tenidos á lo cumplir, antes todo sea nulo y de ningun valor. Reales juramentos.

Extractado de los cuerpos legales de Navarra. Valencia 21 de diciembre de 1839.—*Dr. Angel Sagaseta de Ilurdoz.*

N.° 2.

«Diputacion general del señorío de Vizcaya.—Siendo indispensable que á nuestro regreso á

Vizcaya, mediante la indisposicion de don Pedro Novia Salcedo, vuelva á ocupar el destino de diputado general de aquel señorío el señor brigadier don Fernando Zabala, comandante general de la division carlista de aquel señorío, cuyas funciones no es fácil desempeñar simultáneamente con las de diputado, y tomando en consideracion que para el mayor acierto de las operaciones militares que deben ejecutar en combinacion las fuerzas leales vasco-navarras, es indispensable que estas partan de un centro comun; atendiendo á los conocimientos y aptitud de V. S., al celo de que abunda por el mejor servicio del Rey N. S. (D. L. G.), y á la circunstancia de reunir mayores fuerzas bajo sus órdenes que otro gefe alguno de las provincias vascongadas, ha venido la diputacion en nombrar á V. S. comandante general en gefe de las tropas vizcainas, en reemplazo del señor brigadier don Fernando Zabala, esperanzada de que aceptando este mando, desplegará V. S. sus talentos militares y todos los recursos de que pueda disponer á fin de combatir al enemigo comun, y libertar al suelo vizcaino de las tropas invasoras que le oprimen, dictando cuantas disposiciones juzgue convenientes y se hallen dentro del círculo de sus

atribuciones militares, para la mas pronta y sólida reorganizacion de sus batallones, con arreglo á sus fueros y á lo que reclaman con tanto imperio las circunstancias críticas en que nos hallamos; á cuyo efecto se servirá V. S. tomar desde luego el mando y darse á reconocer en los cuerpos del ejército en la forma que prescribe la ordenanza. Dios etc.—Echarri-Aranaz 7 de diciembre de 1833.—El marqués de Valdespina.—Francisco Javier Batiz.—E. A. D. S. Miguel de Artiñano, oficial mayor.—Señor coronel don Tomás Zumalacárregui, comandante general de Navarra y de Vizcaya.»

N.° 8.

«Diputacion á guerra de la provincia de Guipúzcoa.—Convencida de lo útil que es al altar y al trono el que hagamos su defensa bajo el mando militar único de V. S., en virtud del acuerdo que he firmado en union de este reino, el señorío de Vizcaya y la provincia de Alava; tengo el gusto de manifestarle mis deseos de que así se cumpla. Dios etc., de mi diputacion en Echarri-Aranaz, á 7 de diciembre de 1833. – Ignacio Lardizabal. – José Joaquin Hermoso, de Mendoza. – José Ramon, de Ber-

rueta. - Manuel Muñoz Ostolaza. - P. L. M. N. y M. L. provincia de Guipúzcoa. — Manuel de Gástañaga. — Señor comandante general del ejército real de Navarra, don Tomás Zumalacárregui.»

N.° 4.

«Voluntarios: Los corazones de los habitantes de Ayézcoa y Roncal están cambiados: estos hasta hoy engañados nos entregan ya las armas, se disponen á obedecer lo que se les mande para en adelante, y prometen ser fieles á la causa del magnánimo Cárlos V. Sin duda que los Ayezcoanos se han expuesto voluntariamente al peligro de ser víctimas con su poco cuerda resistencia; pero Dios que conoce cuán doloroso debia ser para nosotros el hacer uso de las armas contra compatriotas, se ha dignado enviarles en vez de la guerra, una paz durable. Desde este dia en adelante la Ayézcoa servirá á nuestros batallones de seguro refugio, cualquiera que sea el número de los enemigos. Además, nada es tan satisfactorio para los corazones nobles, como el perdonar las injurias. Al título de valientes que habeis antes merecido á costa de vuestra sangre, vais á juntar desde este momento el de generosos, perdonan-

do á los vencidos. Yo espero que en esta ocasion tratareis bien á los desgraciados habitantes de Ayezcoa y de Roncal, puesto que en lo sucesivo deben reputarse como navarros fieles. Si alguno de vosotros no lo hiciese así, y llegase hasta el extremo de desconocer los sentimientos de humanidad injuriando ó maltratando á sus patrones, será castigado con rigor. En cuanto á los que se abandonen al saqueo, ellos serán irremisiblemente pasados por las armas. — Garralda 17 de enero de 1833. - Zumalacàrregui. »

N.° 5.

«Logroño 23 de febrero de 1834. - Mi querido hermano. Nada me puede ser mas interesante que tu felicidad y la de tu familia : el paso que estoy dando es la prueba mas convincente de esta verdad. Hasta mi llegada á Madrid á mediados del mes anterior, ignoraba absolutamente tu existencia , y cuando supe de tí, se llenó de amargura mi corazon. A pocos dias se dignó nuestra benéfica reina nombrarme regente de la nueva audiencia que debe establecerse en Búrgos, y desde este momento me propuse buscar cuantos medios me fuesen posibles para hacerte saber mi posicion y propor-

cionarte los que te pudieran instruir del estado en que se halla la nacion; felizmente era capitan general de Castilla la Vieja tu antiguo gefe el Excmo. señor don Vicente Quesada, y no dudé que contribuiría eficazmente para conseguir el plan que me proponia. El dia 21 de este mes llegué á Búrgos con el objeto de arreglar el nuevo tribunal, mas al saber que el mismo general estaba nombrado para el mando del reino de Navarra y su ejército, abandoné por ahora mi proyecto y me apresuré á venir á esta ciudad para tratar exclusivamente de tu bien. He encontrado á este digno gefe, cuyo carácter y cualidades te son bien conocidas, tan dispuesto á cuanto le he manifestado, que me es imposible explicarte la satisfaccion de que estoy poseido; me ha manifestado los pasos que tiene dados al mismo fin, y de estos debes inferir que conservas personas interesadas en evitar tu ruina. Conviene, pues, y es absolutamente preciso te dejes conducir por el general; no puedes dudar que soy el mas interesado en tu honor, y que en manera alguna consentiré jamás en que quede mancillado: esta es la mejor ocasion y quizás la última, en que puedes demostrar eres amante de tu patria, y que deseas manifestarlo como lo tienes hecho

en otras ocasiones: lo que te ofrezca el general será cumplido en un todo; me constan sus relaciones y la grande consideracion que se le tiene en el Gobierno: en este concepto desecha tus resentimientos y dáme el placer de verte reconciliado con la mejor de las soberanas, para lo que contribuiremos todos del modo mas eficaz. — Me alegraré que continúes sin novedad en tu salud, y que dispongas de tu hermano que te ama de corazon. - Miguel Antonio Zumalacárregui.»

Contestacion.-- «Domeño 1.° de marzo de 1834. — Mi apreciable hermano: el mismo oficial portador de una carta del general Quesada, y con el que te dirijo esta, me ha entregado la tuya del 23 del pasado, por cuyo contexto estoy informado del nombramiento que de regente de la proyectada audiencia de Búrgos ha hecho en tí la Reina Viuda. Con tal motivo aprovecho la ocasion para darte la enhorabuena, pues bien sabes que como buen hermano, no te deseo menos á tí aquellas felicidades que para mí con tanto ahinco procuras. Solo no tengo por oportuno el contestar á tus prevenciones, teniendo por mejor el que nos respetemos recíprocamente nuestras opiniones. Al general Quesada le contesto que para resolver acerca de sus proposi-

ciones, necesito reunir no solo los cuerpos de tropas, sino tambien aquellas personas mas particularmente comprometidas en asunto de tanta trascendencia, puesto que yo no me cuento en el caso presente por mas que un individuo. Tú bien sabes el modo con que siempre me he comportado, que el honor ha sido en todo tiempo mi norma, y que para conservarlo íntegro en la delicada posicion en que me encuentro, necesito atrincherarme en los principios que he proclamado, los cuales sabes fueron unos en todos tiempos: bajo este concepto será bueno comiences á persuadirte cuán imposible se presenta la realizacion de tus deseos. Conservate bueno, y queda tuyo tu afectísimo hermano. – Tomás Zumalacárregui.»

N.° 6.

Carta de don Juan Crisóstomo Vidaondo, vocal de la junta de Navarra.

«Elizondo 15 de enero de 1842. – Señor don Juan Antonio Zaratiegui. – Muy señor mio y de mi mayor aprecio: si no estuviera observando desde estas montañas como anda el mundo, y lo mucho que los hombres trabajan en perseguirse y fraccionarse, tal vez me hubiera sor-

prendido el contenido de la muy estimada carta de V. del 19 de diciembre último, que he recibido el 10 del actual. Me anuncia V. en ella haberse impreso en París en noviembre anterior un folleto en cuyas páginas se lee, que en las proposiciones que al inmortal Zumalacárregui hizo Quesada en fines de febrero ó principios de marzo de 1834, con el objeto de que depusiesen los carlistas las armas, *Zaratiegui lai suscrivit serieusement et de bon coeur aux propositions qui lui furent faites.* ¡Véase ahí en un solo renglon empeñada la delicadeza de un hombre! hé ahí como de una plumada viene abajo toda una reputacion! pero á bien que no es dificil patentizar á ese Monsieur, ó sea á ese caballero, hablando en nuestra lengua patria, que se equivoca, que anda muy distante de la realidad de los hechos, que no está en los datos, que se ha dejado llevar de noticias siniestras, y le aconsejo que si trata de esplotar la abundante mina de nuestra historia, vetas tiene muy ricas y preciosas en que ensayarse, y aun acreditarse puede de autor ingénuo é imparcial. Sea, si le place, un severo Aristarco, pero respete siempre los sagrados derechos de la verdad. Esta es la que V. invoca, á ella apela, porque ciertamente ella es la

espada mejor templada y de dos filos; con el uno hiere y postra al agresor, con el otro defiende y salva al inocente acometido. Precisamente me invita V. á que hable de un suceso cuyo desenlace tuve la satisfaccion de presenciar muy al principio de nuestra lucha. Sencilla será mi narracion, pues la glosa queda para el curioso lector. Dias hacía que circulaba la voz de que mediaban comunicaciones entre el gefe cristino y el de los carlistas; voz alarmante que llamaba un poco la atencion del pais, cuando hallándose en este mismo pueblo de Elizondo la junta de Navarra, de la que yo era individuo, recibió un oficio del comandante general entonces, don Tomás Zumalacárregui, para que nos trasladásemos á la villa de Lumbier donde se hallaria el cuartel general. Efectivamente, los señores don Juan Echevarría, don Benito Diaz del Rio y yo, salimos inmediatamente para el punto designado, y tan pronto como llegamos nos dirigimos al alojamiento del comandante general quien nos informó de la iniciativa tomada por Quesada y de las proposiciones que le hacía, todas relativas á que los carlistas abandonáramos la empresa, y á que llevando los batallones á las inmediaciones de Lodosa entregaran allí sus armas y recibirian

las licencias absolutas. Con respecto á los que habian sido gefes en el antiguo ejército, les prometia Quesada el retiro con arreglo al grado de aquel tiempo y años de servicio. De política, de fueros, de gobierno absoluto ni representativo no recuerdo que el general cristino hablase ni una sola palabra. Entramos, pues, en discusion, y Zumalacárregui nos manifestó sus ideas. Conocia aquel insigne hombre, aquel talento singular para la guerra, cual era su verdadera posicion; necesitaba tiempo para el desarrollo de sus planes, *y queria tambien sondear el espíritu de los convocados á aquella reunion que se componia de varias notabilidades, fuera de los tres individuos de la junta de Navarra.*

Lleno V. de esa fogosidad que le es propia, y descubriendo desde luego ese carácter navarro, tomó la palabra, se explicó en estilo bien enérgico y *rechazó* (para usar de las mismas frases del folletista parisiense) *con indignacion tan detestable proyecto.* Convenimos en que se hiciera público lo ocurrido y se diera una relacion que redactó V. con vigor y entusiasmo, despreciando altamente las proposiciones

de Quesada, y que se leyó á los batallones que quedaron bien convencidos, asi como el pais bien satisfecho de lo obrado sobre el proyecto de Quesada. ¡Lindo modo por cierto de *suscribir V. sériamente y de grado y voluntad á las proposiciones hechas á Zumalacárregui por Quesada*! ¿Asi prueba el autor del folleto que todos, excepto Zaratiegui, rechazaron con indignacion ese detestable proyecto? Si no hubiera puesto ese *excepté* hubiera dicho una verdad. Me parece que llevo referido lo bastante para que el honor y delicadeza de V. queden en el grado y lugar que se merecen; pero si no basta, aqui estoy siempre pronto á servir á V. y á cuantos cuenten con mi inutilidad, pues nunca cree que la emplea mejor que cuando aboga por el perseguido y atribulado el que es de V. atento y afectísimo Q. S. M. B. – Juan Crisóstomo de Vidaondo y Mendinueta.»

N.° 7.

Carta del general Sarasa.

«Arrás 20 de enero de 1842.=Mi estimado amigo Zaratiegui. Con singular placer he recibido su apreciable del 11, que me ha sido de

mucha satisfaccion por saber de la buena salud que disfruta, pero me ha sorprendido la lectura del párrafo que me trascribe de uno de los folletos que ha publicado el tal don Antonio Cásares (á quien no conozco), y sí el que los folletos que ha publicado el relacionado, han sido desestimados por S. M. por inexactos, segun relacion de un legitimista amigo mio que há como quince dias me dijo, preguntándome por el autor, si le conocia. Ninguno he visto; pero si lo que ha escrito es tan verdadero como el párrafo citado, se conoce escribe de mala fé por calumniarnos, y no extraño ahora lo que me dijo el amigo con respecto á la desaprobacion de S. M. de tales folletos, en los que no dejará de mancillar la reputacion de muchos, asi como lo hace con V. tan escandalosamente. Recuerdo la mayor parte de las ocurrencias que sobrevinieron con motivo de la llegada à Lumbier de los oficiales cristinos Vidondo y Eraso sobre fines de febrero de 1834, enviados por Quesada con una carta para Zumalacárregui, y otra de un hermano de este, liberal, que Quesada hizo venir desde Búrgos á Logroño con este motivo, aconsejando ambas que se depusiesen las armas por batallones á las inmediaciones del Ebro y que todos obten-

driamos un indulto : y como gracia especial ofrecia Quesada interponer su valimiento para que Zumalacárregui obtuviese el retiro de su antiguo empleo de coronel, y á ser posible se extenderia tambien á alguno de los demás gefes. Contestó Zumalacárregui, para dar tiempo á las cosas, que el asunto era muy importante para resolverlo solo, y que al efecto reuniria los principales de los comprometidos. Escribió segunda vez Quesada impaciente de la tardanza, diciendo que Zumalacárregui, yo, y no sé si algun otro, fuésemos á tratar particularmente el negocio con él á Noain, que mas se haria en una hora hablando que en un año escribiendo. A poco rato que se recibió esta comunicacion pasé á la casa alojamiento de Zumalacárregui, y la primera salutacion fué decirme: «Quesada invita á V. conmigo á Noain, — «A qué »le contesté: ¡para qué nos fusile! yo no mar»cho — y replicó sin detencion : ni yo tampo»co.» Inmediatamente llamó Zumalacárregui á la junta gubernativa á Lumbier, y venida, se celebró la reunion en casa de Doncel con asistencia de todos los gefes presentes, del auditor Lázaro y V. — Zumalacárregui presentó á todos los asistentes las cartas recibidas, y seguidamente trazó el cuadro de nuestra verdadera si-

tuacion, recorriendo todos los puntos uno por uno. El recuerdo de la situacion sembró la melancolía en los concurrentes, si bien no disminuyó la resolucion general de cada uno, esforzándose Zumalacárregui para que se examinase bien el caso por aquellos que habian puesto en sus manos el mando. En este estado recuerdo haber oido pronunciar á V. algunas expresiones que manifestaban su impaciencia en despachar el *ultimatum* á Quesada, rechazando sus exigencias; y como me hallaba comprometido con el general cristino Lorenzo, que me hizo igual invitacion desde Navascues el 19 de octubre de 1833, que salió con su columna despues del fusilamiento del inmortal general don Santos Ladron, sin concluir su lectura la quemé, y manifesté mi parecer de antes morir que transigir: siguió Eraso y sucesivamente todos, y no hubo necesidad de votar, porque todo vino á ser como un clamor general. Zumalacárregui dijo entonces, la suerte está echada, no queda mas partido que vencer ó morir: y mandó á V. extendiese una proclama para la tropa y pueblo, la que firmada por él la leyó V. en el centro de los batallones en las eras de Lumbier, concluyéndose aquel acto con vivas repetidos á la Religion y á nuestro ama-

do soberano el señor don Cárlos V. No sé como el folletista se determina á calumniar á V. tan abiertamente, haciendo ver al público todo lo contrario de lo que ocurrió; sin duda que tiene á V. bien mala voluntad; pero entiendo no debe acalorarse V. por ello, puesto que se conoce es uno de los muchos enemigos que tenemos, aunque bien pudiera V. contrarestarle, pues su decision fué manifestada; y asi como yo lo afirmo, podrán hacerlo tambien los concurrentes á aquella reunion, que aun existen algunos si necesario fuere. - Consérvese V. bueno, mandando á su siempre apasionado amigo y seguro servidor Q. B. S. M. - Juan Manuel Sarasa.»

N.° 8.

Carta del brigadier Ripalda.

«Villanueva sur Lot 20 de enero de 1842. — Mi venerado general: en contestacion á la apreciable de V. de fecha 2 del actual, respecto al párrafo que contiene la página 7.ª del folleto publicado en París con el nombre de *Captivitè de Charles V.*; en honor á la verdad debo decir: Que es cierto que el general Zumalacárre-

gui nos reunió en su casa alojamiento de Lumbier á diferentes gefes, y recuerdo que entre ellos estaban el general don Benito Eraso, varios vocales de la junta gubernativa, los generales hoy don Juan Manuel Sarasa y don Miguel Gomez, V. que hacía funciones de secretario, los comandantes del primer batallon de Navarra don José Goñi, don Francisco García, y finalmente yo y don Tomás Tarragual que lo eramos del segundo batallon. Ya para entonces Zumalacárregui en particular nos habia hablado de unas cartas que le dirigió el gefe del ejército enemigo don Vicente Quesada, y su hermano don Miguel Antonio Zumalacárregui que le acompañaba por medio del oficial don Francisco Antonio Vidondo, y de la respuesta que les habia dado para ganar tiempo; en cuyo intermedio descansarian nuestras tropas tan fatigadas de las persecuciones pasadas, y se daria lugar al arribo de la junta gubernativa que estaba en el Baztan, á quien llamaba perentoriamente á fin de resolver, con todos los principales gefes, el negocio que de tanta trascendencia se presentaba. Tras de Vidondo se presentó en el cuartel general don José Javier Uriz, vecino de Sada, con un segundo mensage de Quesada. Me acuerdo que cuando llegó, estába-

mos en el pueblo de Navascues, y Zumalacárregui le acogió con cierto enojo, porque siendo reputado Uriz por realista á causa de sus antecedentes políticos, no se habia presentado en el campo carlista, y ahora lo hacia por mandamiento y en servicio del gefe cristino. A los pocos dias nos trasladamos á Lumbier: allí vino la junta y se hizo la reunion, porque Quesada apretaba por una contestacion definitiva. Zumalacárregui comenzó por hacer una relacion sobre nuestro deplorable estado para emprender como de nuevo una lucha contra un enemigo tan superior en fuerzas y recursos, no contando nosotros con ningunos; fijándose especialmente en la falta de calzado, pólvora (que entonces aun no la elaborábamos) y plomo; sin cuyos requisitos y siempre perseguidos, no podriamos menos de venir á ser víctimas del enemigo, mientras que por otra parte era tal la ignorancia en que, con respecto á la persona del Rey N. S. viviamos, que todavía no se sabia si aquella guerra comenzada, hacia cinco meses en favor suyo, era ó no de su soberana voluntad. Esta fué la sola reflexion que ocupó por un momento la mente de los asistentes. Desde aquí pasó Zumalacárregui á manifestar aquello que la mayor parte sabiamos: es decir, el con-

tenido de las cartas de que hablamos. En estas decia Quesada, que se concederia un indulto general á todos para que pudieramos marchar á nuestras casas, entregando antes las armas por batallones en las inmediaciones del Ebro; y de no hacerlo así nos amenazaba dicho Quesada con cazarnos por los montes como á fieras. Su confianza en destruirnos era mucha con el auxilio de la Francia, y confiado en los refuerzos que traia de la Guardia Real, nos trataba, no como á un poder real, sino como á una banda de foragidos, hombres perdidos y destituidos de todo humano recurso. Concluido todo esto, Zumalacárregui nos pidió parecer acerca del asunto, y recuerdo y afirmo bajo mi palabra de honor, profirió V. enérgicamente algunas palabras, diciendo en sustancia, que en el momento debia declararse guerra á muerte á Quesada, nuestro mas mortal y personal enemigo. Eraso y Sarasa siguieron á V. y todos los demás que nos encontrábamos en aquella junta abrazamos tan noble resolucion y aseguramos al general que preferiamos morir antes que acceder á las exigencias de Quesada; y que aunque no tuviésemos mas arma que la bayoneta encontrariamos con ella en las filas enemigas ó una muerte gloriosa ó los cartuchos que nece-

sitábamos. Cuando el inmortal Zumalacárregui vió nuestra decision, nos dijo que su modo de pensar era el mismo que el nuestro, pero que habiendo obtenido de nuestra autoridad y por eleccion el mando que egercia y no del Rey N. S., no podia eximirse de escucharnos antes de pasar adelante. Diónos un apretado abrazo á cada uno en particular en prueba de su cordial afecto, y mandó á V. por término redactar un manifiesto para enterar á las tropas y al pueblo de todo, animándoles á la resistencia. Firmado del general este documento, nos adelantamos los que éramos comandantes de batallon para formarlos en las eras de Lumbier, en medio de las cuales apareció V. á caballo y leyó en alta voz el manifiesto, produciendo un entusiasmo dificil de explicar. Este acto concluyó con muchos vivas á la Religion y al Rey N. S. don Cárlos V. Desde este instante pareció dominar al general Zumalacárregui un genio superior para oponerse al enemigo. Es cuanto debo decir en presencia de su carta de V., en que me inserta el párrafo del folleto titulado *Captivitè de Charles V.*, satisfaciendo asi á la verdad y al honor.—Soy de V. afectísimo y seguro servidor Q. B. S. M.—Fermin Ripalda.

N.° 9.

Carta del general Gomez.

Burdeos 22 de enero de 1842.—Mi apreciable amigo don Juan Antonio Zaratiegui: por una casualidad he visto un folleto publicado en lengua francesa en París con el epígrafe de *Captivité de Charles V*, fecha 28 de noviembre último, por Fr. Antonio Casares. No se lo envio á V., porque no lo he podido facilitar: en París será fácil hacerse con él. En la página 7.ª hay un párrafo, que traducido dice asi: «A fuerza de perfidia y de astucia habian conseguido colocar cerca del Príncipe, desde su salida de Madrid, gentes de quienes estaban seguros, y que no permanecieron ociosos en Portugal. Al momento que Cárlos V estuvo en las provincias, tuvieron la destreza de acomodarse bien, y de concierto con aquellos que se habian metido en el cuartel general de Zumalacárregui, trabajaron en la realizacion del proyecto. Estos últimos aconsejaron á Quesada el pensamiento de proponer una transaccion á Zumalacárregui con oferta del grado de teniente general y de algunos em-

» pleos para aquellos que designase como dig-
» nos de su confianza. Zumalacárregui parecia
» oir sus proposiciones, pero era con el objeto
» de ganar tiempo para proveerse de munició-
» nes que le faltaban, y de que le dejasen li-
» bres á su mujer, la de Guibelalde y la de
» don Florencio Sanz, cuya libertad les habia
» propuesto Quesada: *Zaratiegui suscribió*
» *formalmente y de buen corazon á las pro-*
» *posiciones que le fueron hechas.* La junta de
» Navarra que estaba en Elizondo, alarmada de
» las voces que corrian é instruida de todo por
» el capitan Baiges, fué á encontrar á Zumala-
» cárregui á Lumbier. Para disipar las inquie-
» tudes, el general rompió para siempre con el
» enemigo, y publicó con este motivo una pro-
» clama que tranquilizó á todos. La transaccion
» propuesta por Quesada era como la de Ver-
» gara: el reconocimiento de Isabel con el go-
» bierno representativo y los principios revolucio-
» narios, y además la aprobacion de ciertas eleccio-
» nes para diferentes empleos. Todos, exceptuando
» Zaratiegui, rechazaron con indignacion este de
» testable proyecto, y es de advertir que Itur-
» ralde y Uriz, que estaban mas que nadie al
» corriente de las intrigas de los traidores, y
» quienes los detestaban, tuvieron un fin trágí-

»co. El resentimiento y el furor del justo me»dio moderado no perdonan.» Con mérito de lo que dicen de Portugal es claro será tan falso como lo de las provincias; pero como presencié lo que ocurrió en estas, segun me acuerdo, sé bien que Quesada no fué ni podia ser sugerido de ninguno del cuartel general de Zumalacárregui para el paso que dió. Quesada no hizo jamás avance alguno en política á Zumalacárregui. V. se acordará que escribió su primera carta comenzando por consejo y terminando por amenaza. El consejo era que nos entregasemos en sus manos á discrecion, que asi salvariamos las vidas. A Zumalacárregui ofrecia su retiro segun sus años de servicio, cuya gracia era extensiva á algun otro gefe, como por ejemplo Eraso, Iturralde y otros. Zumalacárregui fué el que llamó á la junta gubernativa; de ningun manera se movió esta por aviso del capitan Baiges, que era la única persona que por entonces se observaba por no merecer mucha confianza. Al tiempo que se trató en la junta de Lumbier del particular, tengo presente se hallaba V. escribiendo, y aun sin acabar la lectura de la carta y razonamiento del general, se levantó V. y habló con bastante calor contra Quesada, combatiendo sus

amenazas. Terminó V. su fogoso discurso á invitacion del general que le daba priesa por lo que estaba V. escribiendo. Todos nos pronunciamos en el mismo sentido, riéndonos de las bravatas del señor don Vicente á quien conociamos muy bien, por cuya razon, aunque nos hubiésemos visto debilitados en el éxito de nuestra empresa, no hubiéramos cometido la fatal equivocacion de ponernos en sus manos. Terminada la junta, yo marché á formar los batallones á las eras, segun me ordenó el general, y V. quedó escribiendo el manifiesto ó proclama que despues leyó V. mismo al frente de las columnas: nunca ví mas entusiasmo en los batallones, y la confianza que tan justamente depositamos en el general, jamás la expresaron con mas decision. En el tiempo que esto sucedia todavía no teniamos la menor noticia del Rey N. S., y aun se ignoraba si le eran ó no gratos nuestros esfuerzos; sobre cuyo asunto me habló varias veces Zumalacárregui, y me ofrecí ir á buscar á S. M. y no me lo permitió, y despues se resolvió fuese don Juan Crisóstomo Vidaondo. No se me oscurece de donde ha sacado el folletista (pues que él no lo vió), que Uriz era uno de los que estaban mas al corriente de las intrigas, presentándolo

como uno de los mejores carlistas. Uriz fué invitado diferentes veces para que se nos uniera, y no fué posible sacarlo de su casa: no tenia en aquel momento entre nosotros otro carácter que el de un enviado de Quesada. Este le llamó á Logroño y él se le prestó (de buena ó de mala gana, á ir á Lumbier para persuadirnos; y temiendo á Quesada sin duda por el mal éxito de su comision, quedó en nuestro partido. V. que debe conservar todos los antecedentes, se reirá de tanta maldad, y en su tiempo pondrá en movimiento la parte que le toque en estos folletos que ya son despreciados por todo hombre sensato, porque ellos mismos manifiestan el objeto para que están escritos y la clase á que corresponden sus autores.— Deseo que se conserve V. bueno y que disponga como debe de su afectísimo amigo,—Miguel Gomez.

N.° 10.

Cuartel general de Villaba 18 *de abril de* 1834.

Iturralde: he sabido los sentimientos de V., y que se halla arrepentido de la locura que ha cometido: ya debe V. conocer que están per-

didos sin remedio; que la cuádruple alianza firmada por la Inglaterra, España, Francia y Portugal en Lóndres el 22 del pasado, les quita toda esperanza, pues deben saber que es ya constante que don Cárlos de Borbon ha consentido en pasar á una isla británica á vivir bajo la custodia inglesa y vigilancia de un representante español, con la pension que la generosidad de la Reina ha querido dejarle para su subsistencia.

V. y compañeros pueden asi salvar sus vidas y haciendas, si desde luego se me presenta V. con el tercer batallon, á cuya cabeza se halla, á entregarme las armas. Si me prenden y entregan VV. al vil, ladron, cobarde y asesino Zumalacárregui, para el que nunca habrá perdon, tambien lo obtendrian los demás individuos de los otros batallones.

Terminadas ya casi enteramente las cosas de Portugal, marchará todo nuestro ejército de aquella frontera á ponerse bajo mis órdenes. Terminada ya la quinta en todo el reino, vendrán tambien numerosos refuerzos; ocuparé militarmente el pais con multiplicadas guarniciones; cortaré todos los recursos; aumentaré las columnas de operaciones y los cazaré á VV. por los montes como á las fieras.

Esta es la perspectiva que les espera, nada exagera el que se compadece aun de la suerte de tanto desgraciado, es el virey de Navarra. — El marqués de Moncayo.

N.° 11.

La primera vez que llegaron adonde estaba Zumalacárregui los enviados de Quesada, Vidondo, Eraso, y despues tambien Uriz, presentaron una nota de las fuerzas cristinas que les habia dado el mismo Quesada, con el objeto de intimidar á los carlistas y obligarles mejor á abrazar lo que les proponia. Esta nota contenia lo siguiente:

« San Fernando, tres batallones. Córdoba, tres batallones. – El Príncipe, dos batallones. — Extremadura, un batallon. - Princesa, un batallon. Gerona lijero, dos batallones. – 6.° de línea, un batallon. De zapadores, un batallon – Chinchilla, un batallon. - Sigüenza, un batallon. – Compostela, un batallon.—Plasencia, un batallon. - 6.° lijero, dos batallones. — Zaragoza, dos batallones. - Avila, un batallon. - Guardia Real, cuatro mil hombres. - Soria, dos batallones. - Caballería, mil hombres. –

Columnas de Castilla en las Provincias y sobre el Ebro, tres mil y quinientos infantes y cuatrocientos caballos. Todos los batallones en el dia están arreglados bajo el pié de guerra, y se hallan compuestos de setecientos hombres cada uno lo menos.»

N.° 12.

Extracto sacado de documentos oficiales.

Este consistia en ocho regimientos de la Guardia Real de infantería y cuatro de caballería: en todo (contando con los provinciales) 17,000 infantes y 2,000 caballos: en diez y ocho regimientos de línea y seis ligeros de infantería; y en cinco regimientos de línea y ocho ligeros de caballería. Los veinte y cuatro de la primera arma componian 30,000 infantes, y los trece de la segunda, 5,000 caballos; de manera que, uniendo á esta fuerza y á la de la Guardia Real los 8,000 infantes y 2,000 caballos de la que constaban los cuerpos guardacostas, la artillería é ingenieros, y los doce á catorce regimientos de milicias provinciales que de contínuo se mantenian sobre las armas,

se puede calcular en 75,000 infantes y 9,500 caballos el total del ejército español peninsular de entonces. La mitad de esta fuerza tenia Rodil bajo sus órdenes en el momento que se encontró en Navarra.

N.° 13.

Habitantes de la Navarra y de las tres provincias vascongadas.

S. M. la Reina gobernadora, en nombre de su augusta hija nuestra legítima reina doña Isabel II, se ha dignado confiarme la direccion general de todas las fuerzas empleadas en la pacificacion de vuestro pais, y de las que las sostienen inmediatamente en Aragon y Castilla. Mi mision es esencialmente pacífica, y de vosotros solos depende el que no pierda este carácter. S. M. llora los males que os abruman hace tanto tiempo, y ve con profundo dolor los campos regados con vuestra sangre, la ruina de vuestras fortunas y la devastacion de vuestros hogares. Es indispensable para vuestro bien y para la tranquilidad de la nacion,

de que formais una débil parte, el poner prontamente un término á la guerra cruel y fratricida, que han encendido en medio de vosotros algunos hombres desmoralizados á quienes poco importa que os aniquilen enteramente, con tal que puedan satisfacer su ambicion y saciar su sed de sangre y de rapiña.

Es indispensable, repito, que se acabe de una vez esta guerra funesta, y que os sean devueltas la tranquilidad y la dicha de que gozabais antes que la perfidia y traicion os la hubiesen arrebatado. Tal es, habitantes de Navarra y de provincias vascongadas, el noble encargo que me ha confiado S. M. y que estoy resuelto á cumplir á todo precio. Tiempo hace que me conoceis, y sabeis por experiencia que soy humano é indulgente; pero si bien es verdad que siempre sabré seguir las impulsiones naturales de mi corazon, sabré igualmente sacrificarlas sin titubear al deber que me impone la mision que me ha sido confiada. S. M., por su inextinguible clemencia, concede un perdon pleno y absoluto y pone desde este momento bajo la proteccion de las leyes y de las autoridades encargadas de su ejecucion á todos los individuos, sin distincion de clases ni de personas, que dentro el término de quince

dias abandonen las filas de los rebeldes y se presenten con sus armas á los gefes que mandan las divisiones y brigadas que componen el ejército de operaciones, ó á los comandantes de los puestos donde hay guarnicion. Asi mismo absuelve S. M. de las penas corporales establecidas contra el crímen de rebelion á los que se presenten desarmados á las autoridades arriba mencionadas.

Espera S. M. que los padres, esposas, parientes y amigos del os que la seduccion ha arrastrado á las filas de los rebeldes se apresurarán á darles á conocer este nuevo rasgo de su solicitud maternal, y les exhortarán á no dejar pasar este nuevo medio de salud que se les ofrece, y no duda S. M. que las poblaciones corresponderán á él, manifestando su reconocimiento por su cambio de conducta; pero si no se someten dentro del término fijado, declaro desde este momento del modo mas positivo que entregaré á las llamas sin consideracion alguna todas las poblaciones de ciertos valles que sirven ordinariamente de refugio á los rebeldes, y en los cuales encuentran estos una acogida criminal y nuevos recursos. No obstante, respetaré las personas y bienes de los habitantes que se retiren á las villas en don-

de hay guarnicion, ó á las provincias tranquilas. Esta medida es dolorosa, pero cuando habla el bien de la patria, deben callar todos los respetos humanos; el incendio de Moscou salvó á la Rusia. ¡Habitantes de Navarra y provincias vascongadas: vengo á traeros el perdon y la paz, ó la persecucion y el exterminio! La eleccion depende de vosotros.

Si deshaciendo el encanto de las ilusiones con que los verdaderos enemigos de vuestra fidelidad os engañan y extravían, rechazais sus pérfidas instigaciones y os unís á mí de buena fé para restablecer el órden legal y la obediencia en vuestro pais, lo mismo que el resto de la monarquía, hallareis en mí, apoyo y proteccion, y un amigo y defensor en cada uno de los que sirven bajo mis órdenes. Si al contrario, persistís en vuestra funesta ceguedad y desatendeis las palabras que os dirijo en nombre de la Reina, nuestra Señora, con el sincero deseo de vuestra dicha y bienestar futuros, seré inflexible en el cumplimiento de mi deber, y no perdonaré medio alguno para llenarlos, por mas rigurosos que sean. Abandonad las vanas esperanzas con que os halagan los que pretenden levantar su fortuna á costa de vuestra ruina: volved los ojos hácia las otras

provincias que, tanto en la Península como á la otra parte de los mares, componen la vasta monarquía española, y vereis la felicidad y nueva existencia de que disfrutan bajo el pacífico gobierno de nuestra Reina legítima. Dichosa situacion, asegurada por la union de los ánimos, contra la cual jamás podrán prevalecer vuestros limitados recursos.

Cese, pues, de una vez esta lucha desigual y desastrosa para vosotros. Las naciones de Europa la contemplan con horror é indignacion, y se interesan en su pronto éxito; las mas poderosas, como la Francia y la Inglaterra, se han unido á la justa causa de la Reina nuestra Señora, por los mas solemnes y sinceros tratados que han resuelto irrevocablemente sostener. La bondad de S. M. es vuestro único refugio: invocadla con confianza, pues yo os la ofrezco sinceramente en su Real nombre.

Dado en el cuartel general de Vitoria á 18 de abril de 1835.

El ministro de la Guerra, VALDES.

N.° 14.

CONVENIO (1) *para el cange de prisioneros, propuesto por lord Elliot, comisionado de S. M. B., que servirá de regla á los comandantes en gefe de los ejércitos beligerantes en las provincias de Guipúzcoa, Alava y Vizcaya y en el reino de Navarra.*

ART. I.

Los comandantes en gefe de los dos ejércitos actualmente en guerra en las provincias de Vizcaya, Guipúzcoa, Alava, y en el reino de Navarra, convienen en conservar la vida á los prisioneros que se hagan de una y otra parte, y de cangearlos del modo siguiente:

ART. II.

El cange de prisioneros será periódico, dos ó tres veces al mes, ó con mas frecuencia si las circunstancias lo exigen ó lo permiten.

(1) Córdoba á quien habia comisionado Valdés para tratar con Lord Elliot para la redaccion de las cláusulas de este tratado de cange, pidió con instancia, y el enviado inglés consintió en que á la palabra *convenio* se añadiese *estipulacion*.

ART. III.

El cange será justo é igual á proporcion del número de prisioneros que presente cada partido, y los excedentes quedarán en poder del partido opuesto hasta que se ofrezca nueva ocasion de cange.

ART. IV.

En cuanto á los oficiales, el cange se hará de grado á grado: «*entre los oficiales de todas categorías, empleos, clases y dependencias, que serán cangeados por los dos partidos, cada uno segun el rango que le corresponde.*

ART. V.

Si terminado un cange entre los dos partidos beligerantes, uno de ellos tuviese necesidad de un lugar seguro para custodiar los prisioneros excedentes que no habrán podido ser cangeados, por la propia seguridad, buen trato y honor de estos mismos prisioneros, será convenido que serán guardados en un depósito por el partido en poder del cual se hallan, en uno ó muchos pueblos, que serán respeta-

dos por el contrario en caso que pueda penetrar en ellos, y además que no se les podrá dañar ni incomodar de modo alguno en todo el tiempo que permanezcan allí; en la inteligencia de que en las villas ó pueblos en donde se hallen los prisioneros, no podrán fabricar armas, municiones, ni efectos militares.

Las plazas serán designadas con anticipacion por los dos partidos beligerantes.

ART. VI.

Mientras dure la presente lucha, no se ejecutará persona alguna civil ó militar por razon de sus opiniones, sin que sea juzgada y condenada conforme á los reglamentos y ordenanzas militares vigentes en España.

Esta condicion debe entenderse únicamente para los que no son en realidad prisioneros de guerra; en cuanto á estos debe regir lo estipulado en los artículos precedentes.

ART. VII.

Cada uno de los partidos beligerantes respetará religiosamente y dejará en plena libertad á los heridos y enfermos que se hallen en los hospitales, pueblos ó villas, cuarteles, ó en cual-

quier otro lugar, *con tal que estén provistos de un certificado de uno de los cirujanos de su ejército.*

ART. VIII.

Si la guerra se extendiese á las otras provincias, se observarán estas mismas convenciones del mismo modo que en las provincias de Guipúzcoa, Alava, Vizcaya, y en el reino de Navarra.

ART. IX.

Estas condiciones se observarán religiosamente y con el mayor rigor por todos los comandantes que podrian sucederse en los dos partidos.

ART. X.

Habiendo sido firmado este tratado por duplicado, se ha cambiado el puesto de las firmas de los dos generales á fin de que hubiese paridad perfecta entre los dos partidos. (1)

(1) Zumalacárregui habia firmado primero, el 25 de abril en Asarta; pero habiendo insistido Córdoba, que dirijia esta conferencia diplomática en representacion de Valdés, en que se pusiesen las adiciones que indicamos aquí con letra bastardilla, resultó que fué preciso redactar de nuevo el tratado, y entonces Zumalacárregui firmó por segunda vez, el 28 de abril en Eulate.

Cuartel general de Logroño á 27 de abril de 1835.—El comandante en gefe del ejército de operaciones del Norte,

Gerónimo Valdes.

Cuartel general de Eulate 28 de abril de 1835. El comandante en gefe del ejército,

Tomas Zumalacarregui.

Teniendo en consideracion el elevado mérito y distinguidos servicios y constante lealtad del malogrado teniente general de mis reales ejércitos don Tomás Zumalacárregui, he venido en nombrarle capitan general de los mismos, y con motivo de su gloriosa muerte conceder á su viuda doña Pancracia Ollo el sueldo entero que le correspondia por su expresado empleo de teniente general, y la pension de 2,000 reales anuales á cada una de sus tres hijas. Todo en recompensa de las eminentes y heróicas virtudes de tan insigne y animoso caudillo. Tendréislo entendido y dispondreis su publicacion y puntual cumplimiento.—Dado en el Real palacio de Durango á 25 de junio de 1835. - Está rubricado de la Real mano.

N.° 16.

Real Decreto. — Ansiando mi paternal corazon multiplicar en favor de mis leales vasallos muestras de gratitud y amor, y queriendo premiar los extraordinarios esfuerzos de estas heróicas provincias en la memoria del distinguido caudillo que con el auxilio del Cielo supo confundir la revolucion usurpadora llenando de gloria á la nacion entera y de asombro á toda Europa; para perpetuar su ilustre nombre, recompensar debidamente la lealtad y que sirva por siempre de noble emulacion, de estímulo y de ejemplo á la fidelidad y al mérito, vengo en conceder al capitan general de mis Reales ejércitos don Tomás Zumalacárregui, grandeza de España de primera clase con los títulos de *duque de la Victoria*, *y conde de Zumalacárregui*, para sí, sus hijos y descendientes legítimos, con relevo del pago de lanzas y medias anatas, reservándome señalar, exterminada la usurpacion, las fincas y derechos territoriales que han de formar la vinculacion anexa á la misma grandeza y sostener perpetuamente el decoro de la dignidad á que le elevo; siendo mi soberana

voluntad que por el fallecimiento del agraciado y falta de hijos varones entre desde luego en posesion de esta merced su hija primogénita doña Ignacia Zumalacárregui, de quien pasará á sus hijos varones, y no teniéndolos á sus hijas, y de ellos á sus descendientes habidos de legítimo matrimonio, observándose la prelacion de grado, edad, sexo y línea establecida en los mayorazgos regulares de España. Si la doña Ignacia muriese sin sucesion legítima, pasarán la grandeza y bienes á su hermana segunda doña Josefa Zumalacárregui, guardándose el mismo órden de suceder establecido para aquella, y si esta falleciese igualmente sin sucesion, recaerán bajo las expresadas reglas en la hija tercera doña Micaela Zumalacárregui y los que de ella vinieren: debiendo el heredero y sucesor en esta grandeza tomar siempre por primer apellido el de *Zumalacárregui*, cualquiera que sea el de la casa á que en lo sucesivo pudiese ella pasar por enlaces matrimoniales, y quedando obligado á lo mismo durante el matrimonio el que se case con la doña Ignacia ú otra de las sucesoras. Quiero además que al advenimiento de la paz se exhumen las gloriosas cenizas del general Zumalacárregui, del sencillo sepulcro

en que hoy yacen, se trasladen á Ormaiztegui, y precedidas las correspondientes exequias se depositen en un digno mausoleo con toda la solemnidad, aparato y pompa que sabrá desplegar la provincia de Guipúzcoa, á cuyo patriotismo y celo confio la ejecucion de esta mi Real voluntad; que se erija en aquella villa á la misma época un monumento público que recuerde á las generaciones futuras las glorias de tan ilustre vasallo; que su nombre sea siempre el primero en la lista de los capitanes generales de mis ejércitos. Por último, tengo á bien conceder á la duquesa viuda la banda de la órden de Damas nobles de María Luisa. Tendréislo entendido y dispondreis su cumplimiento. Real de Villafranca á 24 de mayo de 1836. — Yo el Rey. — A don Juan Bautista de Erro.

ERRATAS.

En la página 23, línea 11, donde dice, *orilla izquierda*, léase *orilla derecha*.

En la página 75, línea 14, donde dice, *en el de penetrarse percibieron que*, léase, *en el momento que percibieron que*.

INDICE.

INDICE.

PAGINAS.

Discurso preliminar desde la..... I
hasta la..... VIII
Introduccion desde la..... IX
hasta la..... XVIII
CAP. I. *Orígen del espíritu belicoso de Navarra hasta la salida de Zumalacárregui. Comienza en la*... 1
y concluye en la..... 29
CAP. II. *Salida de Zumalacárregui de Pamplona hasta la retirada de Sarsfield á la misma plaza dejando el mando á Lorenzo. Principia en la*..... 30
y concluye en la..... 85

Cap. iii. *Ezpeleta, capitan general de Aragon, sus conocimientos é influencia en Navarra hasta los sucesos del puerto de Lizarraga. Empieza en la*..... 87
y concluye en la..... 125
Cap. iv. *Deseos que animan al gobierno cristino hasta la causa inesperada que detuvo la operacion intentada contra Rodil luego que entró por Navarra. Comienza en la*..... 127
y concluye en la..... 182
Cap. v. *Billete autógrafo mandado por D. Cárlos á Zumalacárregui hasta anécdota sobre el calzado. Principia en la*..... 183
y concluye en la..... 242
Cap. vi. *Creacion del batallon de Guias hasta la historia del cañon llamado* Abuelo. *Empieza en la*..... 243
y concluye en la..... 286
Cap. vii. *El gobierno nombra al general Mina para suceder á Ro-*

dil hasta creacion del escuadron de oficiales de la Legitimidad. Comienza en la..... 287
y concluye en la..... 346
Cap. viii. *Constancia del gobierno cristino á pesar de los reveses sufridos en sus armas: juicio sobre Zumalacárregui. Principia en la*... 347
y concluye en la..... 395
Anécdotas de Zumalacárregui desde la..... 401
hasta la..... 412
Documentos justificativos desde la.... 418
hasta el fin..... 472

JUICIO CRITICO.

JUICIO CRITICO

DE LA

VIDA Y HECHOS

DE

DON TOMAS DE ZUMALACARREGUI,

ESCRITA

POR

D. JUAN ANTONIO ZARATIEGUI.

Entre la multitud de producciones que han salido de la imprenta en estos últimos años, ninguna ha llamado tanto nuestra atencion como la historia que vamos á examinar. Y cuando esto afirmamos, no se crea que aludimos á los importantes hechos de armas que encierra, sino que hablamos de la obra como composicion literaria, dejando aparte cuanto tenga relacion con la política. En una palabra, nos contraemos al mérito filológico del libro del Sr. Zariategui, á quien nos proponemos juzgar aqui como escritor, no como general, ni como persona influyente de este ó del otro partido.

Aunque el Sr. Zaratiegui no hubiese hecho mas que trasmitir fielmente á la posteridad las hazañas de un célebre

guerrero español, debiéramos estarle muy agradecidos; pero cuando á esa fidelidad ha juntado todas las demás cualidades del historiador, debe ser mayor nuestro reconocimiento.

Efectivamente, si para escribir bien cualquiera historia se necesita segun los mejores críticos, *instruccion*, *fidelidad*, *discernimiento y moralidad*, la obra que nos ocupa, revela que el Sr. Zaratiegui posee estas calidades en grado eminente. Excusado es hablar de la instruccion, porque cuando se trata de un autor como el presente, todos conocen que siendo navarro, ninguno debia saber mejor la geografía del pais en que pasaron los hechos que cuenta; que habiéndose hallado en la escena desde el principio de la lucha, ninguno podia estar mejor enterado de todas las circunstancias de personas, lugares y tiempos, sus motivos ó causas, y los efectos que produjeron; y que juntando á estos conocimientos un talento claro, una edad madura, un juicio sólido y bastante experiencia del mundo, pocos podian aventajarle en conocer el estado político del pais, teatro de la guerra, su modo de gobernarse, su legislacion peculiar, sus usos y costumbres, sus recursos, el estado de civilizacion, carácter y genio de sus habitantes etc.

En medio de ser la fidelidad una de las dotes mas difíciles del historiador, el Sr. Zaratiegui ha sabido conservarla en toda la narracion de los sucesos, como lo advertirá cualquiera que lea su libro, se halle en disposicion de juzgar y no haya sido indiferente á los acontecimientos de la última guerra. En efecto, verá que el autor es veraz, porque no solo no ha fingido ningun hecho, sino que á los verdaderos no ha añadido ninguna circunstancia que los haga mas ó menos interesantes; es exacto, porque tampoco ha omitido ninguna particularidad notable ni para aumentar la importancia de las acciones ventajosas, ni para disminuir la gravedad de las desfavorables; es imparcial, porque se mues-

Déjase discurrir que un autor tan hábil como el Sr. Zaratiegui habrá observado en su historia las reglas exigidas por esta clase de composiciones. Asi es con efecto. Nótase en la vida que ha escrito: 1.° excelente plan, pero un plan, cual convenia á un biógrafo; pues abrazando su obra todas las acciones memorables del héroe y todos los sucesos en que tuvo alguna parte, ha sabido formar de ellos un cuadro, que aunque compuesto de muchas partes, es verdadera y rigurosamente uno; haciéndonos ver sin advertirlo, por qué medios llegó el Personaje á la elevacion en que le vimos. 2.° Todas las dotes que requiere la narracion de las composiciones históricas, porque cuenta los hechos con órden y de modo que se vé su conexion; pasa rápidamente por los sucesos poco interesantes, y aun en los que lo son, omite las circunstancias inútiles, elige las mas relevantes y las presenta por el lado mas luminoso; los adornos de que usa son los que admitia la obra, de buen gusto y sólidos; y el carácter que domina en toda ella, es el de un sábio que habla con la posteridad. 3.° Exactitud en los retratos, tanta que algunos pueden compararse á los tan alabados de Salustio. Enumera y reune en un solo cuadro todas las cualidades morales y políticas de los personajes con tal maestría, que parece estamos viendo la persona retratada. 4.° Propiedad en las arengas, habiendo algunas de tanto mérito que igualan en nuestro concepto á las mejores de Tucidides y de Tito Livio. Nosotros, prescindimos de la cuestion tan debatida entre los críticos modernos de si las arengas son ó no adorno lejítimo de la historia, pero cuando tienen la oportunidad y la belleza de las del Sr. Zaratiegui, confesamos que insensiblemente nos adherimos á la opinion afirmativa. 5.° y último, novedad, solidez, profundidad y brevedad en las pocas reflexiones que emplea, con la circunstancia de ser como deben, nacidas de los hechos mismos. Ya hemos dicho que el autor es en esta parte sumamen-

te sobrio, pero á juzgar por las que ha hecho en su historia, es preciso convenir que tambien en eso es notable el señor Zaratiegui.

Al escribir este su obra, pone por tema aquellas palabras que dijo Cornelio Nepote en la vida de Datames, general del rey Artajerjes y despues su enemigo..... «aunque siempre inferior en tropas, salia victorioso en todas las batallas; porque jamás las daba, sino cuando habia atraido á su adversario á algun paraje estrecho, lo que lograba muchas veces por tener bien conocido el terreno y ser muy sagaz.» No puede ser mas exacta la comparacion. Y no solo fueron parecidos Datames y Zumalacárregui en la escasez de tropas y en la sagacidad para combatir al enemigo, sino en el esfuerzo y actividad, en la prudencia para no emprender nada sin haberlo pensado bien antes, en la osadia para ejecutar lo que una vez habia resuelto, en hacer la guerra á un gobierno establecido que contaba con infinitos recursos, y hasta en su fin trajico, si bien el general persa fué víctima del hierro alevoso de un falso amigo.

Da el Sr. Zaratiegui principio á su historia con un discurso preliminar, en el cual despues de preguntarse si publicada su obra, se acrecentará ó disminuirá la reputacion que actualmente goza en Europa Zumalacárregui, despues de manifestar la gran confianza que este le dispensó, despues de decir que siendo testigo ocular de todos sus actos, tanto públicos como privados, durante la última guerra, ninguno podia estar mejor enterado que él de su vida; hace ver que fueron dos las causas que le movieron á escribir esta historia, la una, el deseo de ofrecer este pequeño tributo á la preclara memoria del hombre á quien todos admiran y que le distinguió con particular predileccion; y la otra, el de satisfacer á tantas preguntas como de contínuo se le hacian por nacionales y extranjeros acerca de la persona y carácter de

general carlista. Pasa en seguida á dar la razon por qué en las operaciones de Zumalacárregui, á pesar de la celebridad que goza como general, no se advierte ninguna de aquellas reglas que revelan la existencia de un plan concertado de antemano, y concluye diciendo que si solo por haber acaudillado seis, ocho ó doce batallones, no se le quiere conceder una plaza entre los mas grandes capitanes, es muy justo que al menos se le conceda un lugar entre aquella especie de héroes que por medio de las armas mas sencillas humillaron la arrogancia de sus enemigos. En todo este discurso hay verdad, claridad, bastante facilidad en el decir, sencillez y correccion; pero quisiéramos que el autor hubiese omitido los dos paréntesis, y sobre todo el primero que nos parece absolutamente innecesario. Un buen escritor como el Sr. Zaratiegui debe economizar mucho los paréntesis, y cuando tenga necesidad de usarlos para expresar una idea que solo por este medio puede emitir cómodamente, ha de procurar que sean muy breves y estén en el lugar debido. Tampoco hubiéramos querido que en la línea 5.ª de la página VII hubiese puesto el autor *ejecutar ó llevar á cabo*, porque significando estas dos palabras una misma cosa, sobra la una, y de consiguiente hay en ellas un verdadero ripio, que si bien tolerable alguna vez en el verso, ha de evitarse siempre en la prosa, en la cual conviene no olvidar aquella máxima de un famoso crítico antiguo, *quod non prodest, nocet*. Cabe en las reglas del buen decir que un hombre vivamente herido de una idea, insista en ella, no se canse en repetirla; y no pareciéndole bastante enérgica la primera expresion, busque otras para enunciarla aun con mas fuerza; pero no siendo en casos tales, el repetir una misma cosa con palabras diferentes, lo calificaremos siempre de «estéril abundancia,» como lo llama Boileau.

Al citado discurso preliminar sigue como introduccion una

bella descripcion de Navarra, en la que el autor manifiesta la extension que esta provincia tuvo en otro tiempo y la que tiene en el dia, la multitud de sierras de primero y segundo órden que encierra, la porcion de rios, torrentes y riachuelos que corren por su suelo, los distritos ó merindades en que se halla dividida, su poblacion y riqueza, el carácter y costumbres de sus habitantes, sus fueros y el modo que han tenido de gobernarse. Está hecha con maestría, buen estilo y lenguaje correcto. En toda ella no hemos hallado defecto alguno que de notar sea, si se exceptúa la preposicion *de* que subsigue al advervio *allende* en la línea 11 de la primera llana, preposicion que á nuestro juicio sobra despues de aquella palabra; á lo menos asi nos lo enseña el ejemplo de nuestros clásicos, de los cuales podemos citar ahora á Mariana, quien si no recordamos mal, dice en la primera página de su historia *allende el rio Eufrates*, sin usar de la preposicion *de* antes del artículo *el*.

Concluida esta introduccion, tan oportuna y tan bien escrita, pasa el autor á explicarnos la causa del espíritu belicoso de Navarra, el estado político de la Nacion antes de comenzarse la guerra civil, y despues de hablar sumariamente de las cuartas nupcias de Fernando VII, del decreto revocatorio de la ley de sucesion á la corona, de la creacion del bando cristino, de la última enfermedad y muerte del Rey, entra á referir los movimientos de algunas provincias en favor del infante D. Cárlos, como principio de la lucha á que aludimos, y sigue relatando los principales sucesos de esta hasta la salida de Zumalacárregui de Pamplona. Este capítulo primero está escrito, como toda la obra, con una claridad, sencillez y naturalidad que embelesan. En medio de estas cualidades se hallan pasajes sublimes sembrados de imágenes y embellecidos con los demás adornos de la verdadera elocuencia. Pondremos aquí una pequeña muestra á nuestros lectores. Al hablar el autor por incidencia de la oposicion que

mostraba el conde de Gages, antiguo virey de Navarra, á que se abriesen caminos reales en aquel pais diciendo que para con la Francia les valiera mas á los españoles levantar murallas de bronce, añade: «Desconocida era entonces á la humana inteligencia la terrible tormenta que segun iba trascurriendo el siglo, venia avanzando sobre la Europa, envuelta en la revolucion francesa; mas luego que esta se dejó ver claramente en las cumbres del Pirineo con el semblante ensangrentado, la espada y la tea en la mano, todos los ancianos de Navarra se acordaron de su antiguo virey.» Aqui hay dos metáforas á cual mas hermosa: la una es la de la tormenta que avanza, convirtiéndola en un ser animado que camina con paso firme á determinado fin: la otra es la personificacion de la revolucion francesa trasformándola en gigante espantable que con la cara ensangrentada, la tea en una mano y la espada en otra, viene á reducir el mundo á sangre y fuego. Tanto en este capítulo como en otros varios, notamos algunos italianismos en el uso del artículo definido *el* y *la*, artículo que emplea el autor en cosas únicas en su especie, como cuando dice *la* Europa, *la* España, *la* Navarra etc., defectos que de tanto oirlos, no nos disuenan ya.

Tambien advertimos algunas consonancias como las de *infante*, *reinante*, *garante*, y la asonancia de *sucesion*, *nacion*, en el párrafo segundo de la página 6. Mas adelante, al fin de la 14, hallamos el verbo *pronunciarse* usado en lugar de rebelarse, sublevarse, levantarse contra la autoridad faltando á la obediencia debida, cuya significacion se le ha dado en nuestra época revolucionaria para colorear los motines de que hemos sido testigos: pero por mas comun que se haya hecho en este sentido, siempre diremos que el que le use comete un neologismo en tanto que no le adopte la corporacion que tiene las facultades de prohijarle. Igualmente notamos que el autor emplea la expresion *mientras que*, sin

reparar que usado de este modo, es un galicismo. Nosotros decimos por ejemplo «mientras el uno duerme, el otro escribe» ó cosa asi, y no «mientras *que* el uno» etc., pues esto suena á gabacho á mil leguas.

El capítulo 2.° da principio con la salida de Zumalacárregui de la ciudad de Pamplona y concluye con la retirada á la misma plaza del general Sarsfield despues de dejar á Lorenzo el mando del ejército. Aqui se hace una breve relacion de la vida del jefe carlista hasta que se comenzó esta guerra, de su presentacion en el campo realista, de su viaje á Bilbao y Vitoria y de las ofertas que allí le hicieron, de su regreso á Navarra, de lo ocurrido antes de conferirle el mando, del efecto de su primera proclama á los navarros, de la dispersion del ejército vasco, de su energía é incomparable ánimo en tal ocasion etc. Desde este capítulo empieza la narracion de los sucesos que hicieron célebre al héroe guipuzcoano, narracion sumamente interesante no solo por la importancia de los hechos que comprende, sino por la inteligencia y buen gusto con que está escrita. No hemos encontrado en todo el capítulo falta alguna reparable, á no ser que quieran tenerse por tales alguna que otra redundancia y el uso, aunque raro, de alguno que otro consonante ó asonante, defectos que suelen hallarse en el mas atildado escritor por muy fino que tenga el oido, mayormente si se le juzga con el rigor que nosotros juzgamos al Sr. Zaratiegui.

Habla el capítulo 3.° de los conocimientos é influjo del general Ezpeleta en la provincia de Navarra, de sus esfuerzos para acabar con los carlistas, de la presentacion de Oráa en el teatro de la guerra, de la importancia de este jefe en las circunstancias en que se le nombró, de la batalla de Asarta y consecuencias que produjo, de la entrada de Zumalacárregui en los valles de Ayézcoa, Salazar y Roncal y desarme de sus habitantes, de la fortificacion de varias villas

por los cristinos, de la toma de la fábrica de Orbaiceta por los realistas, del combate de Huesa, de la sorpresa de Zubiri y Urdaniz ejecutada por los carlistas y de los sucesos del puerto de Lizarraga. Nótase en este capítulo el mismo órden lógico, la misma claridad, la misma sencillez que en los precedentes: hay concision en el estilo, propiedad y correccion en el lenguaje. Pero hállanse tambien, aunque pocos, algunos lunares; siendo el primero en nuestro concepto el modo adverbial *por el pronto*, que se lee en la última línea de la pág. 104; porque no significa lo que allí quiso el autor, sino otra cosa muy distinta: *Por el pronto* quiere decir *interinamente*, *en el entretanto*, *provisionalmente*, y en el lugar donde está puesto se le hace significar *entonces*, *por aquel tiempo* ó cosa parecida. La frase *dar alcance* de la línea primera de la pág. 109 no tiene tampoco la significacion de *llegar á juntarse con el que vá adelante*, que intenta darle aquí, sino *encontrar á uno despues de varias diligencias hechas á este fin*. En la de *á no poder mas*, que se halla mas abajo en la línea 20, hay tambien impropiedad; porque en este lugar fué su intencion decir: *fatigadísimos hasta mas no poder*; esto es, fatigados hasta el último extremo, y dijo realmente *fatigadísimos por no poder otra cosa*, idea muy agena de su voluntad. Dos renglones mas abajo se lee *el lugar donde aquellos se encontraban*, en cuya última palabra hay un galicismo, puesto que el verbo *encontrarse* no tiene en la lengua castellana la significacion de *estar* ó *hallarse*, que es la que allí le da el historiador. Igualmente se advierte impropiedad en la línea 8.ª de la pág. 115, porque *combatir sobre la marcha* no es presentar de paso una accion al enemigo, que fue el concepto del Sr. Zaratiegui, sino combatir inmediatamente, sin dilacion; ideas desemejantes, para cuya emision es necesario emplear frases enteramente diversas. En la 2.ª y 3.ª línea de la página 16 se encuentran los consonantes

abundante, *bastante*, defecto que pudo evitarse sustituyendo al segundo el adjetivo *suficiente* que nos parece tambien el mas propio.

La brevedad que nos hemos propuesto, no nos permite continuar analizando uno por uno los demás capítulos de la obra. Asi, pues, solo diremos respecto al 4.°, que nos ha gustado mucho la arenga que el Sr. Zaratiegui dirigió á la junta reunida en Lumbier para hablar del mensaje enviado por Quesada á Zumalacárregui. Es una de las mejores de la historia: está dictada por el ardor de la juventud y por el mas fogoso entusiasmo. Véese al orador poseido de justa indignacion al recordar que un antiguo correligionario suyo en política como el general Quesada, que en otro tiempo habia peleado y derramado su sangre en aquel pais por los mismos principios que ahora se defendian allí, fuese quien propusiera á honrados militares constantemente leales, á sus antiguos compañeros de armas, que las depusiesen sometiéndose al imperio de su voz, olvidando lo mas sagrado, lo que mas apreciaban en el mundo; el honor, la fidelidad y el juramento. Mostró en esta peroracion el Sr. Zaratiegui la noble altivez del navarro, el orgullo y valentía del soldado español.

Tambien debemos elogiar, cual se merece, en este capítulo, la arenga que el autor pone en boca de Zumalacárregui cuando se negó á salvar la vida á los cuatro oficiales prisioneros de la guarnicion de los *Arcos*, por quienes habian ido á suplicarle los parientes y amigos de los que el general Quesada habia arrestado y conducido á la ciudadela de Pamplona con un eclesiástico que los auxiliase, para pasarlos por las armas al instante que el gefe carlista fusilase á los cuatro oficiales que tenia en su poder. Pasaremos por alto la terrible resolucion que tomó Zumalacárregui en tan duro trance; resolucion heróica que no cabe en pechos comunes, que llenó

de espanto á su enemigo y dió á su causa un renombre y pujanza increibles. Limitaremos nuestras observaciones á la alocucion, alocucion brillante que pudiera honrar al príncipe de los historiadores latinos. Todo es magnífico en este discurso: decir grave y magestuoso, tono análogo á las circunstancias, razonamiento sólido, profundidad en los pensamientos y energía en la expresion. No parece sino que se está oyendo hablar á un ser sobrehumano, que sordo á las súplicas de los mortales, les hace ver la inutilidad de lo que piden, les persuade con palabras de fuego á que desistan de su vano empeño, y con aire firme y resuelto les traza la línea que han de seguir. En fin, vemos una cosa extraordinaria que admiramos y no acertamos á definir.

La obra del Sr. Zaratiegui no solo nos ha confirmado en la ventajosa idea que ya teniamos de su relevante mérito, sino que nos ha hecho formar un concepto muy superior. Verdad es que su libro tiene algunos defectos, mas tambien debe confesarse que son muy pocos, y de aquellos que es imposible dejen de escaparse al escritor mas esmerado y correcto. Por lo demás, la obra está perfectísimamente escrita: hay órden en las ideas, sencillez y claridad en la narracion, propiedad y correccion en el lenguaje, facilidad en la diccion, naturalidad y concision en el estilo. Esta excelente produccion del Sr. Zaratiegui nos impele á rogarle haga un nuevo servicio á su patria continuando la historia de la guerra civil de las provincias del Norte, obra que á pocos les será dado desempeñar mejor, no solo por las recomendables circunstancias literarias que en él concurren, sino tambien por haber sido uno de los que mas figuraron en tan sangrienta lucha.

(*La redaccion de la* ESPERANZA.)

FIN DE LA OBRA.

MARTIRIOS SANGRE EL CRISTO
OBRA SOCIAL
Caja de Ahorros de Murcia

O C É A N O
GOLFO DE VIZCAYA
PROVINCIA DE GUIPUZCOA
PROVINCIA DE VIZCAYA
MERINDAD DE ESTELLA
MERINDAD DE PAMPLONA
MERINDAD DE SANGUESA
MERINDAD DE OLITE
MERINDAD DE TUDELA
PROVINCIA DE BURGOS
REYNO DE NAVARRA
FRANCIA
ARAGON
CANTABRIA
SANTOÑA
Laredo
Portugalete
Bilbao
Bermeo
Plencia
Lequeitio
Ondarroa
Motrico
SAN SEBASTIAN
Zarauz
Orio
Tolosa
Segura
Villafranca
Vergara
Eibar
Elgueta
Florio
Villaro
Orozco
Vallasana
Miranda de Ebro
Haro
Briones
San Vicente
Cenicero
Fuenmayor
Navarrete
LOGROÑO
Viana
Los Arcos
Mendavia
Lodosa
Sartaguda
Andosilla
Falces
Peralta
Olite
Miranda de Arga
Tafalla
Larraga
Artajona
Estella
Lorca
Arroniz
Irurzun
Lanz
Alsasua
Salvatierra
Alegria
Trevino
Pancorbo
Puente de la Reina
Pamplona
Tudela
Sangüesa
Aybar
Sos
Lobera
Navardun
Un Castillo
Sadaba
Ujue
Olazagutia
Etxarri
Ulzama
Roncesvalles
Burguete
Auritz
Espinal
Urdax
Fuenterrabia
Irun
Hendaye
Andaye
Biriatou
Ascain
Urrugne
Ciboure
St Jean de Luz
Guethary
Bidart
Biarritz
Anglet
Bayonne
St Esprit
Boucaut
Guiche
Bidache
Hastingues
Peyrehorade
Adour R.
Etang d'Oseguore
Batisses
Cap Breton
Corps de Garde de Ondres
Rochers de Labrouc
Plateau de Chingoudy
Cabo du Figuier
Pte de Socoa
Pte de Ste Barbe
Pte de Hendaye
Pte de Behobie
Pte de Chingoudy
Pte de Bidart
Pte de Biarritz
Pte de Boucaut
Pte de Guiche
Pte de Bayonne
Pte de Lesseps
Pte de Blanc
Pte de Mouguerre
Pte de Lahonce
Pte de Urcuray
Pte de Mendionde
Pte de Hasparren
Pte de Ustaritz
Pte de Espelette
Pte de St Palais
Pte de Iholdy
Pte de Osseux
Pte de Sauveterre
Pte de la Bastide de Béarn
Pte de la Bastide Clerence
Pte de Navarreins
Pte de Aramits
Pte de Laruns
Pte de Arrete
Pte de Accous
Pte de Urdos
Pte de Somport
Pte de Canfranc
Pte de Jaca
Pte de Ansó
Pte de Roncal
Pte de Isaba
Pte de Burguete
Pte de Auritz
Pte de Espinal
Pte de Urdax
Pte de Fuenterrabia
Pte de Irun
Pte de Hendaye
Pte de Andaye
Pte de Biriatou
Pte de Ascain
Pte de Urrugne
Pte de Ciboure
Pte de St Jean de Luz
Pte de Guethary
Pte de Bidart
Pte de Biarritz
Pte de Anglet
Pte de Bayonne
Pte de St Esprit
Pte de Boucaut
Pte de Guiche
Pte de Bidache
Pte de Hastingues
Pte de Peyrehorade
Pte de Adour R.
Pte de Etang d'Oseguore
Pte de Batisses
Pte de Cap Breton
Pte de Corps de Garde de Ondres
Pte de Rochers de Labrouc
Pte de Plateau de Chingoudy
Pte de Cabo du Figuier
Pte de Pte de Socoa
Pte de Pte de Ste Barbe
Pte de Pte de Hendaye
Pte de Pte de Behobie
Pte de Pte de Chingoudy
Pte de Pte de Bidart
Pte de Pte de Biarritz
Pte de Pte de Boucaut
Pte de Pte de Guiche
Pte de Pte de Bayonne
Pte de Pte de Lesseps
Pte de Pte de Blanc
Pte de Pte de Mouguerre
Pte de Pte de Lahonce
Pte de Pte de Urcuray
Pte de Pte de Mendionde
Pte de Pte de Hasparren
Pte de Pte de Ustaritz
Pte de Pte de Espelette
Pte de Pte de St Palais
Pte de Pte de Iholdy
Pte de Pte de Osseux
Pte de Pte de Sauveterre
Pte de Pte de la Bastide de Béarn
Pte de Pte de la Bastide Clerence
Pte de Pte de Navarreins
Pte de Pte de Aramits
Pte de Pte de Laruns
Pte de Pte de Arrete
Pte de Pte de Accous
Pte de Pte de Urdos
Pte de Pte de Somport
Pte de Pte de Canfranc
Pte de Pte de Jaca
Pte de Pte de Ansó
Pte de Pte de Roncal
Pte de Pte de Isaba

TA GEOGRAFICA

de

NAVARRA,

Alava, Guipuzcoa y Vizcaya.

ESCALAS

Leguas Geograficas de España de 7572 Varas Castellanas ó 17½ al Grado

Leguas Legales de España de 3000 Varas Castellanas ó 26⅔ al Grado

PROVINCIA DE ALAVA

BURGOS

MERINDAD DE PAMPLONA

MERINDAD DE SANGUESA

MERINDAD DE ESTELLA

MERINDAD DE OLITE

MERINDAD DE TUDELA

RIBERA DE NAVARRA

ARAGON

REYNO DE NAVARRA

VITORIA

PAMPLONA

ESTELLA

OLITE

TUDELA

SANGUESA

TARAZONA

BORJA

LOGROÑO

CALAHORRA

Miranda de Ebro

Haro

Briones

Cenicero

Fuenmayor

Navarrete

Logroño

Varea

Agoncillo

Lodosa

Mendavia

Sartaguda

Andosilla

Peralta

Falces

Miranda de Arga

Lerin

Estella

Lerate

Arroniz

Oyon

Viana

Los Arcos

Sesma

Lapuebla de Labarca

Laguardia

Labastida

Salvatierra

Alegria

Vitoria

Trevino

Miranda de Ebro

Pancorbo

Berantevilla

Armiñon

Puentelarra

Guinicio

Ameyugo

Galbarros

Briñas

Ebro

Ega

Arga

Aragon

Irati

Urrobi

Ulzama

Erro

Roncal

Salazar

Aezcoa

Esteribar

Egüés

Huarte

Zizur

Villava

Burlada

Echauri

Olza

Ibargoiti

Lizoain

Arriasgoiti

Unciti

Aoiz

Urroz

Monreal

Lumbier

Navascues

Berroeta

Yesa

Salvatierra

Fago

Burgui

Ustarroz

Jaurrieta

Abaurrea alta

Aria

Roncesvalles

Orbaiceta

Orbara

Ochagavia

Esparza

Zubiri

Larrasoaña

Irurzun

Lanz

Arive

Arruazu

Ancin

Allin

Lerin

Sesma

Lapuebla de Labarca

Laguardia

Labastida

Salvatierra

Alegria

Vitoria

Trevino

Miranda de Ebro

Pancorbo

Berantevilla

Armiñon

Puentelarra

Guinicio

Ameyugo

Galbarros

Briñas

Ebro

Ega

Arga

Aragon

Irati

Urrobi

Ulzama

Erro

Roncal

Salazar

Aezcoa

Esteribar

Egüés

Huarte

Zizur

Villava

Burlada

Echauri

Olza

Ibargoiti

Lizoain

Arriasgoiti

Unciti

Aoiz

Urroz

Monreal

Lumbier

Navascues

Berroeta

Yesa

Salvatierra

Fago

Burgui

Ustarroz

Jaurrieta

Abaurrea alta

Aria

Roncesvalles

Orbaiceta

Orbara

Ochagavia

Esparza

Zubiri

Larrasoaña

Irurzun

Lanz

Arive

Arruazu

Ancin

Allin

Corella

Cintruenigo

Fitero

Baraco del Toro

Cascante

Tudela

Tafalla

Olite

Artajona

Larraga

Sos

Lobera

Navardun

Sadaba

Un Castillo

Tauste

Cortes

Mallen

Gallur

El Busto

Zerrera

Portazgnillo

Monteagudo

Torre de Sartaguda

Aldeanueva

Alfaro

Castejon

Corral de la Fruitera

Torre Nueva

Palacio de Campo-nuevo

Castillo de Sancho Abarca

Cantillas

Castiliana

Bureta

Abbitas

Laguna del Santo

Ebro

Rio Aragon

Rio Arga

Rio Ega

Rio Ebro

Rio Aragon

Rio Arga

Rio Ega

Rio Ebro